



*El sol sale
por el
Oeste*

ISABEL KEATS

El sol sale por el Oeste

Isabel Keats

© 2018 Isabel Keats. Todos los derechos reservados.

EL SOL SALE POR EL OESTE

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción total o parcial.

Todos los personajes de este libro son ficticios.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Imagen de portada: Bigstockphoto

Diseño de la cubierta: Isabel Keats.

<http://www.isabelkeats.com/>
[mail to:isabelkeats@gmail.com](mailto:isabelkeats@gmail.com)

Por esas largas tardes de verano que pasé abismada en las trepidantes historias de Zane Grey y James O. Curwood que coleccionaba mi padre.
Ojalá que esta novela también os haga soñar.

Índice de contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Un verano más](#)

[¡Gracias!](#)

[Fragmentos de algunas de mis novelas](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo 1

El avión de Delta Airlines aterrizó con cierta brusquedad en una de las pocas pistas del aeropuerto de Jackson Hole que las máquinas quitanieves habían terminado de despejar tras la intensa nevada del día anterior. Ahora la aeronave rodaba un poco más despacio por la recta oscura, y a través del cristal empañado de la ventanilla pude distinguir los enormes montículos de nieve acumulada que resaltaban con intensidad contra el asfalto húmedo.

Un poco más allá, un operario del aeropuerto rociaba con una manguera el fuselaje de un enorme aparato gris desde la pequeña grúa de un camión cisterna y, a pesar de que la temperatura en el interior del avión era agradable, no pude reprimir un escalofrío.

—Y yo que pensaba que me había librado de todo esto para siempre — mascullé malhumorada.

Tras los duros inviernos de mi infancia en Chicago, me había jurado a mí misma que acabaría viviendo en uno de esos paradisíacos rincones que salían en las revistas atrasadas que mi madre, que trabajaba como limpiadora en un edificio de oficinas, solía llevar a casa cuando acababa su turno. En esos parajes idílicos en los que el sol brillaba a todas horas, y la maravillosa temperatura y las playas de aguas transparentes invitaban al baño. Finalmente, mi sueño se había hecho más o menos realidad. Después de años de trabajo incansable, había conseguido llegar a ser *prima ballerina* de Los Angeles Ballet y, siempre que podía, me escapaba con mis amigos de la compañía a Venice Beach, para aprovechar el escaso tiempo libre que nos quedaba entre funciones y rutinas de entrenamiento.

Pensar en aquellos tiempos felices me revolvió el estómago, y me alegré cuando el avión se detuvo por fin y no me quedó más remedio que ocuparme de cosas más prosaicas, como recuperar mi bolso del abarrotado compartimento de equipajes. En cuanto recogí mi maleta de la cinta transportadora, me encaminé hacia la salida con pasos cansinos. Afuera, una

multitud esperaba impaciente a sus seres queridos, pero a mí no me esperaba nadie. Surfeé encima de una arrolladora ola de autocompasión; en los últimos tiempos, ese se había convertido en el único deporte que practicaba.

—¿Señorita Brooks?

Al menos no me esperaba nadie conocido. Sorprendida, alcé la cabeza y vi a un chico de veintipocos que llevaba en la mano un cartón con mi nombre escrito en letras mayúsculas.

—Sí, soy yo, ¿cómo lo has sabido?

—Me hablaron de una chica que viajaba sola, rubia, menuda y muy atractiva. —Hizo un gesto pícaro que lo hizo parecer aún más seductor, pero yo me limité a mirarlo con fijeza y ni siquiera sonreí.

—¿Eres Vance Bennet? —Pero antes de terminar de formular la pregunta me di cuenta de que ese desconocido era demasiado joven para ser el amigo de Raff.

Mi interlocutor se aclaró la garganta con un carraspeo, como si estuviera algo cortado, y siguió en un tono más serio:

—Soy Josh, su hermano. Vance no ha podido venir, tenemos mucho jaleo en el rancho preparando la parición de primavera, y él es quien se encarga de dirigir a los hombres.

No pregunté a qué se refería. De un tiempo a esta parte, las cosas me resbalaban por completo. Mi curiosidad estaba muerta y no sentía el menor interés por el lugar en el que, en contra de mi voluntad, me veía obligada a pasar los próximos meses. Apenas me había fijado en el aeropuerto de Jackson, construido en madera y piedra, y lleno de acogedoras chimeneas encendidas, pese a que era uno de los más bonitos en los que había estado nunca. Me di cuenta de que aquel jovenzuelo imberbe seguía hablando sin parar. Al parecer mi silencio le ponía nervioso, y ese pensamiento estuvo a punto de arrancarme la primera sonrisa en meses.

—He venido en la camioneta, no es un transporte muy lujoso, pero con la que cayó ayer es lo más práctico. ¿Me permites? —Señaló la maleta con ruedas que estaba a mi lado.

Me encogí de hombros y, sin darle siquiera las gracias, empecé a caminar a buen paso —aunque lo de caminar era mucho decir; con mi cojera sería más adecuado hablar de trote sin gracia— en dirección a la salida. Mi actitud hostil debió sorprenderlo porque el tal Josh se quedó inmóvil unos segundos antes de agarrar el asa de la maleta y seguirme a toda prisa.

En cuanto salí al exterior, una ráfaga de viento helado con una buena

carga de copos compactos me golpeó en el rostro. Estremecida, me arrebujé mejor en la cazadora de cuero que había comprado antes de venir y que resultaba claramente insuficiente para el gélido invierno de Wyoming. A Josh no se le escapó mi gesto y se apresuró a abrir la puerta de una *pickup* destartalada, equipada con unos aparatosos neumáticos de invierno.

—Ese abrigo es demasiado fino y tus botas tampoco son adecuadas, ¿no tienes otras?

—No. Vengo de Los Ángeles y esto es lo más abrigado que encontré. ¿Te importa cerrar la puerta de una vez, me estoy congelando?

—Perdona.

Azorado, cerró la puerta con fuerza, cargó la maleta en la parte trasera, que estaba cubierta con una lona, y se apresuró a subirse al vehículo. Arrancó el motor, encendió la calefacción a la máxima potencia y se puso en marcha.

—Así que Los Ángeles, ¿eh?

Saltaba a la vista que Josh era de los que no se rendían con facilidad. Lo más probable era que su hermano Vance —uno de los mejores amigos del mío desde su época de estudiantes universitarios— le hubiera puesto al día de los jugosos detalles de mi triste historia. Casi podía imaginar los bonitos ojos grises anegados en lágrimas al escuchar el modo en que mi prometida carrera de bailarina había sido truncada por un estúpido accidente de tráfico. Seguramente, el pobre chico había decidido que era normal que, dadas las circunstancias, no me mostrara demasiado amistosa y estaba decidido a extremar la paciencia conmigo.

—No me extraña que estés helada; estamos a cinco grados bajo cero. ¿Qué temperatura hacía allí?

—No me fijé.

Noté que me miraba de soslayo. Pese a toda esa cháchara en el aeropuerto sobre una chica rubia, menuda y atractiva, no tenía la menor duda de que en ese momento estaba pensando que había exagerado bastante. Yo era la primera que sabía lo mucho que había empeorado mi aspecto físico en los últimos tiempos. Para empezar, estaba demasiado flaca. Tenía el rostro demacrado, y unas profundas ojeras oscuras hacían que mis ojos castaños parecieran tan enormes como los de esos pobres niños africanos de vientre hinchado. Mi pelo, aunque de un tono rubio claro poco habitual, había perdido su brillo y lo llevaba recogido de cualquier manera en un moño sin gracia. Además, a pesar de venir de la soleada California, mi piel tenía un tono pálido y poco saludable.

La ropa que llevaba puesta tampoco me favorecía lo más mínimo. Aparte de la anticuada cazadora de cuero —que no me abrigaba lo suficiente y que había comprado en un mercadillo a precio de saldo—, había perdido demasiado peso en los últimos meses y a mis pantalones oscuros les sobraban varias tallas. Lo cierto era que no me importaba lo más mínimo, y por eso no me había tomado la molestia de renovar mi vestuario. Ya no recordaba los tiempos en que los hombres se giraban a mi paso.

—Vamos despacio porque las máquinas quitanieves no dan abasto y aún queda mucho por limpiar, pero el Doble B no queda a más de treinta y cinco kilómetros de Jackson.

Los siguientes minutos mi acompañante habló sin cesar del rancho, el ganado, el clima, los garitos más divertidos de la ciudad... Al parecer, mi falta de respuesta y el hecho de que siguiera mirando por la ventanilla sin prestarle la menor atención, acentuaban sus ansias comunicativas.

El paisaje era un duotono aburrido; el blanco inmaculado de la nieve que cubría los prados, contrastaba con el gris de los troncos y las ramas desnudas de los árboles cubiertos de escarcha. Contemplé el panorama con indiferencia hasta que, al otro lado de la valla de madera que separaba los campos de la carretera, una mancha de color en movimiento rompió de pronto esa monotonía.

Una manada de caballos, cuyo pelaje iba del dorado claro hasta el castaño oscuro, surgió de la nada y galopó durante un buen rato en competición amistosa con la camioneta, con las largas crines al viento. Jamás había visto un espectáculo semejante fuera de una pantalla de cine y fui incapaz de reprimir una exclamación de deleite.

—¿Has visto? —Maravillada señalé con el dedo los magníficos animales, al tiempo que mis labios se distendían en una sonrisa involuntaria.

Josh se me quedó mirando con fijeza. Hacía tanto tiempo que no sonreía que, por lo visto, había olvidado el efecto que solía tener ese simple gesto sobre profesoras, compañeros e, incluso, sobre mi hermano Raff. Al ver su expresión de pasmo, apreté los labios con fuerza, decidida a convertirme de nuevo en la tiparraca antipática a la que había recibido en el aeropuerto.

En ese momento, pasamos por debajo de un arco de madera en el que podía leerse «Rancho Doble B». De una cadena colgaban dos bes entrelazadas, y mi expansivo compañero empezó otra de esas largas explicaciones a las que era tan aficionado.

—Esta es la entrada al Doble B. ¿Ves ese símbolo?, es el hierro de

nuestra ganadería. Esos caballos que has visto antes son nuestros. En el rancho criamos unos de los mejores ejemplares de *cuarto de milla* del país. —Un matiz de orgullo vibraba en sus palabras—. Ahora mismo debemos tener unos quinientos, aunque en realidad, la especialidad del Doble B es el ganado para carne, alimentado casi exclusivamente en los pastos. Tenemos unas cuatro mil cabezas, la mayoría *black angus* y...

—¿Te importaría callarte un rato, por favor? Me duele la cabeza.

—¿Sí? Pobrecita, lo siento. —Su tono amable me hizo poner los ojos en blanco; por lo visto el niño ese era inasequible al desaliento o, por lo menos, a los malos modales—. En cuanto lleguemos a casa te buscaré una aspirina o algo así, pero no te preocupes, ya me callo.

Fiel a su palabra, el resto del trayecto se limitó a tararear una melodía con insistencia machacona. Solo rompió su mutismo cuando detuvo el coche frente a un edificio de madera de buen tamaño para anunciar con entusiasmo:

—¡Bienvenida al Doble B, señorita Brooks!

Pocos minutos después, mi maleta y yo nos encontramos en mitad de un inmenso salón de doble altura, cuyo techo estaba construido con descomunales vigas de madera vista. En esta ocasión sí que miré con curiosidad a mi alrededor y, muy a mi pesar, tuve que reconocer que el interior de la casa era impresionante.

En la gigantesca chimenea de piedra rústica que iba de suelo a techo, el fuego brillaba deliciosamente acogedor en contraste con el paisaje nevado que mostraban los amplios ventanales que la flanqueaban. Enfrente de ella, tres sillones de cuero envejecido, de un tamaño acorde con el resto de la habitación, invitaban a la tertulia. El suelo de amplios tablones de madera sin desbistar estaba cubierto, casi en su totalidad, por mullidas alfombras de pelo largo. Estuve a punto de soltar un silbido de admiración nada femenino. Aquel sitio parecía el decorado de una película de vaqueros; eso sí, de vaqueros podridos de dinero.

—¡Mamá, ya ha llegado nuestra invitada! —gritó Josh.

Al instante, una cabeza pelirroja se asomó por encima de la barandilla de madera que comunicaba la habitación con el piso de arriba, y unos ojos curiosos me examinaron sin el menor disimulo.

—¡Carol, avisa a mamá! —Sin decir nada, la jovencita corrió a obedecerlo.

Diez minutos después, una mujer muy bella, de unos cincuenta años, hizo su aparición en el salón acompañada por la adolescente. Ambas eran

altas y delgadas, con el pelo de un tono dorado rojizo muy similar, aunque una lo llevaba suelto a la altura de los hombros y la otra recogido en una trenza que casi le llegaba a la cintura. Las dos tenían los mismos ojos grises que Josh, y no fue difícil adivinar que eran madre, hija y hermano, respectivamente.

—Bienvenida, Aisha, ¿no es así? Soy Tessa. —La mujer me tendió una mano con un ademán lánguido.

—Aisha Brooks, en efecto.

Le estreché la mano con fuerza y noté, con maliciosa satisfacción, que fruncía los labios en una mueca de dolor casi imperceptible.

—Yo soy Carol Bennet. —La adolescente me tendió la mano a su vez, pero su apretón estaba lleno de firmeza y no pude repetir la jugada—. ¿Podemos tutearte?

—Por supuesto. Y ahora, aprovechando que ya somos todos amigos —utilicé mi tonillo más impertinente—, me gustaría hablar con Vance. Cuanto antes.

Los ojos grises de la mujer se entornaron con hostilidad pero, a pesar de ello, respondió educadamente:

—Mi hijo está muy ocupado en estos momentos, podrás verlo a la hora de la cena.

Sus palabras me hicieron fruncir el ceño.

—¿Vance es tu hijo? Pensé que tenía los mismos años que mi hermano Raff.

—En realidad es mi hijastro, me casé con su padre cuando Vance tenía la edad de Carol. Pero por lo que él nos ha contado, Raff y tú tampoco tenéis lazos de sangre, ¿me equivoco?

No, no se equivocaba, pero no me gustaba nada que me lo recordaran. Para mí, Raff Connor era tan hermano mío como si nos hubiera parido la misma mujer. Mi padre llevaba un tiempo conviviendo con la madre de Raff y un buen día —yo tendría unos seis años— se largó y me dejó allí tirada como un trasto viejo, con una armónica desafinada y unas cuantas prendas de ropa remendada por todo capital.

La madre de Raff no nadaba en la abundancia con su sueldo de limpiadora, precisamente. Sin embargo, me acogió como a una hija más y ninguno de los dos me hizo sentir jamás que sobraba en esa familia. Y, aunque ahora mismo Raff no figuraba en los primeros puestos de mi lista de popularidad —al fin y al cabo, ese detestable espíritu protector que lo

caracterizaba era el responsable de que yo me encontrara en aquel lugar perdido de la mano de Dios—, lo adoraba.

—No compartimos la misma sangre, es cierto, pero es tan hermano mío como si hubiéramos ocupado el mismo útero durante nueve meses.

—Te entiendo. —Carol me lanzó una sonrisa comprensiva—. A mí me ocurre lo mismo con Vance; es tan hermano mío como Josh, a pesar de que no tengamos la misma madre.

Experimenté una punzada de simpatía hacia la adolescente pelirroja, pero la reprimí enseguida. No pensaba pasar en aquel rancho más tiempo del necesario, y lo último que entraba en mis planes era encariñarme con sus habitantes.

Capítulo 2

Carol me acompañó a mi habitación, un dormitorio amplio amueblado con sencillez, pero con muy buen gusto. Por una puerta ventana se salía a una estrecha balconada de barandilla continua que iba de extremo a extremo de la fachada, desde la que se disfrutaba de una vista impresionante sobre la agreste cordillera de picos nevados. Después de curiosear un poco, deshice el escaso equipaje que había llevado y me derrumbé sobre la cama de matrimonio, cubierta con una espléndida manta de piel de algún desdichado animal.

—No está mal la choza —murmuré, enredando los dedos con deleite en el pelo suave y cálido.

Somnolienta, decidí echarme una siesta hasta la hora de la cena y, en cuanto terminé de programar la alarma del móvil, me quedé dormida.



La alarma me arrancó de un sueño profundo dos horas más tarde. Me desperecé con un enorme bostezo y me dirigí al increíble baño de mármol, que contrastaba de manera escandalosa con el del piso cochambroso en el que había vivido los últimos años.

Raff se había enfadado mucho cuando me visitó en aquel miserable apartamento, pero yo había aguantado el chaparrón sin inmutarme. Mi hermano sabía de sobra que jamás —salvo algún préstamo puntual que le había devuelto a la primera oportunidad— había aceptado su dinero y que nunca lo haría. Era demasiado independiente, o quizá demasiado orgullosa. En realidad, no me importaba lo más mínimo cuál era la verdadera razón. Consideraba que, tanto Raff como su madre, ya habían hecho demasiado por mí. Así que, desde que cumplí los dieciséis, había trabajado en cualquier cosa que surgiera para costear mis gastos.

Más tarde, cuando conseguí una beca para estudiar en una de las

escuelas de danza más prestigiosas del país, me había visto obligada a aceptar durante unos años la ayuda económica de Raff para mantenerme y pagar la habitación del apartamento que compartía con otras dos compañeras. Sin embargo, en cuanto pude le devolví hasta el último centavo a pesar de sus protestas. El que mi hermano fuera multimillonario no significaba que yo no pudiera valerme por mí misma. Esa era una de mis reglas y se la repetía a menudo. Y, pese a que en los últimos tiempos las cosas se habían puesto bastante negras, me había atenido a esa máxima con obstinación.

A toda velocidad, me lavé la cara y me rehice el moño de cualquier manera sin ni siquiera mirarme en el espejo. De un tiempo a esta parte, rehuía la imagen de esa desconocida esquelética y con cara de malas pulgas que me devolvía mi reflejo. Sin molestarme en cambiar la ropa arrugada que había llevado durante toda la jornada por algo más presentable, bajé la escalera de madera en busca del comedor.

Mientras dudaba en el vestíbulo sobre qué dirección tomar, la puerta principal se abrió de golpe y dio paso una figura gigantesca, acompañada de una ráfaga de viento helado y una miríada de copos de nieve. Tanto la pelliza de piel de cordero como el sombrero Stetson que le tapaba la mayor parte del rostro estaban cubiertos de escarcha, y el recién llegado se vio obligado a apoyar todo su peso contra la puerta para conseguir cerrarla de nuevo. Una vez logrado su objetivo, sacudió con fuerza las pesadas botas sobre el felpudo que había también en el interior antes de agacharse para desatarse los cordones.

—¡Me encanta el clima de Wyoming! —exclamé con expresión de deleite.

El hombre alzó la vista de sus botas durante unos segundos y me miró sorprendido.

—¿Aisha Brooks? —preguntó al fin, con una voz grave que parecía salir de lo más profundo de su pecho.

—La única e inimitable.

La sombra del ala del sombrero seguía ocultando el rostro masculino, por lo que no pude adivinar qué cara había puesto al escuchar mi impertinente respuesta. Sin decir nada, el tipo centró de nuevo toda su atención en los cordones de sus botas hasta que consiguió desatarlos y quitárselas. Después de dejarlas a un lado de la puerta se incorporó en toda su estatura que, pese a que estaba descalzo, era más que considerable.

—Es complicado desatarse los cordones con los dedos medio congelados

—explicó con amabilidad—. Bienvenida al Doble B, Aisha Brooks. Soy Vance.

Me tendió una mano que me vi obligada a estrechar y que, en efecto, estaba helada. Una vez hechas las presentaciones, se apresuró a despojarse de la gruesa pelliza forrada de borrego que colgó de una de las perchas de madera clavadas en la pared. Luego, sacudió el sombrero contra el muslo un par de veces y lo colocó encima. Cuando terminó, se volvió hacia mí sin dejar de atusarse los cabellos acartonados con los dedos. Esa fue la primera vez que conseguí distinguir sus rasgos con claridad.

—No te pareces nada a tus hermanos —solté a bocajarro.

Los ojos verdes se entrecerraron ligeramente como si acabara de sonreír, aunque su boca permaneció muy seria.

—¿No? Vaya, me rompes el corazón. Tengo entendido que Josh es todo un donjuán.

Sí, Josh era un jovencito muy guapo, pero no podía decirse lo mismo del tipo que tenía enfrente. Para empezar Vance Bennet no era ningún jovencito, sino un hombre en su plenitud y, desde luego, no podía decirse que fuera guapo. Sus facciones eran demasiado irregulares y demasiado marcadas para merecer el calificativo. Los pómulos altos, la nariz aguileña, una mandíbula agresivamente cuadrada y el pelo castaño oscuro, aunque lo llevaba corto, le daban el aspecto de un jefe apache algo salvaje. Solo los ojos, de un verde indefinido que cambiaba según le diera la luz, desentonaban con el resto del conjunto y resaltaban incongruentes en el rostro moreno.

—¿Tienes sangre india? —Mi escasa delicadeza no pareció incomodarle lo más mínimo.

—Tengo un treinta por ciento de sangre *sioux*, un diez por ciento de sangre mexicana, un veinte por ciento de sangre alemana y un cuarenta por ciento de sangre escocesa. —De nuevo, las comisuras de sus ojos se arrugaron de manera casi imperceptible—. Mi padre siempre decía que yo era un tipo imprevisible. Según él, era imposible saber a qué raza le daría por tomar la iniciativa en mi cerebro y en mi corazón en cada momento.

—Fascinante.

Hice como que reprimía un bostezo con la mano, pero al parecer los Bennet —como ya había comprobado con el hermano menor— no eran de los que se ofendían con facilidad. La única reacción del gigantesco individuo que tenía delante fue entrecerrar un poco más los párpados, con esa risa silenciosa tan peculiar.

En ese momento, apareció Tessa que se había cambiado para la cena y llevaba un vestido muy elegante.

—Así que ya os habéis conocido... —Su mirada recelosa iba del uno al otro.

—Pues sí, tu *hijo* —recalqué la palabra con mala idea— ya me ha puesto al día de lo mucho que se le va a complicar la vida el día que necesite una transfusión.

La mujer frunció el ceño confundida, pero Vance se limitó a soltar una carcajada y sujetándonos por los codos, se colocó en medio de las dos y nos condujo hasta el comedor sin dejar de charlar de la previsión meteorológica para las próximas horas.

Cuando llegamos, Josh y Carol ya esperaban sentados a la mesa.

—¿Tampoco este año piensas utilizar los pastos de detrás de la nave? —preguntó Josh con la boca llena de pan, lo que le valió una mirada desaprobadora de su madre.

—Al menos podrías esperar a que nos sentáramos, Josh.

—Perdona, mamá, estoy hambriento.

—Voy a esperar un año más —contestó su hermano—, después del brote de coccidiosis de hace dos años prefiero no arriesgarme, ya sabes que el suelo húmedo y embarrado de esta época del año es un inmejorable caldo de cultivo si la bacteria sigue latente. Por cierto, dice Miguel que este año tenemos casi el doble de vacas preñadas que el anterior; el nuevo semental bien vale lo que pagamos por él.

—¿Chicos, es necesario que hablemos de estos temas cuando estamos sentados a la mesa? —protestó Tessa con voz suave—. Os recuerdo que tenemos una invitada.

—No te preocupes por mí, Tessa, no me importa lo más mínimo. —Esbocé una blanda sonrisa, que me hacía parecer la ingenuidad personificada—. Esta charla de preñeces y sementales resulta tan... erótica. A lo largo de mi vida me he encontrado a tantos que presumen de machotes y luego no dan la talla, que estoy deseando conocer a uno de verdad.

Carol que acababa de llevarse el vaso de agua a la boca se atragantó y empezó a toser y, al ver la expresión escandalizada de Tessa, los dos hermanos mayores intercambiaron una mirada de diversión.

La entrada de una mujer de rasgos hispanos, bajita y morena, cargada con una fuente más grande que ella, disipó la leve tensión del ambiente. La mujer depositó la bandeja frente a Vance, que aspiró el olor del guiso con

fruición antes de volverse hacia mí.

—Te presento a Fernanda, la persona que se encarga de llenar los siempre famélicos estómagos del rancho. Su fama como cocinera hace tiempo que ha traspasado las fronteras del estado.

—¡No hay mejor asado de ternera en Wyoming que el tuyo, Fernanda!
—vociferó Josh desde el otro extremo de la mesa.

—Los hermanos Bennet sois unos aduladores.

La mujer movió la cabeza con fingida desaprobación, aunque saltaba a la vista que estaba encantada con esos cumplidos.

—Pásame tu plato Aisha, vas a probar la magnífica carne que producimos en el Doble B. —Mi anfitrión estiró la mano dispuesto a servirme una buena ración.

—Lo siento, Vance, no como carne.

En el acto se hizo un silencio sepulcral y me dije, ligeramente divertida, que si me hubiera declarado ninfómana y asesina en serie no habría causado una conmoción mayor.

—¿No comes carne? —Más que una pregunta, era una acusación formulada en cinco tonos de voz diferentes.

—No, lo siento. —No era cierto en absoluto, pero estaba decidida a resultar lo más cargante posible, así que puse cara de pena—. Solo de pensar en esas pobres vaquitas indefensas...

—¡Menuda pendejada! —dijo Fernanda entre dientes y tuve que morderme el labio con fuerza para disimular una sonrisa.

—Y ¿qué vas a comer? —Josh me miraba con la misma lástima que si acabara de anunciar que me quedaban tres días de vida.

—Ensalada de tofu o, si no, un vaso de leche de almendras con galletas integrales. Lo que haya por ahí, con cualquier cosita me conformo.

—¿Leche de almendras? ¿En un rancho ganadero?

Los ojos oscuros de Fernanda rebosaban desdén; estaba claro que en mi papel de invitada pejuguera le estaba empezando a tocar la moral.

—Pues de soja entonces. —Sonreí con exquisita amabilidad.

Al ver que las mejillas de la mujer empezaban a tomar un extraño color púrpura, Vance, que no había despegado los ojos de mí durante todo aquel intercambio, intervino con expresión insondable.

—Seguro que Fernanda ha preparado unas verduras para acompañar a la carne, ¿no es así? —Le dirigió una mirada de advertencia a la cocinera, quien apretó los labios con fuerza.

—Iré a buscar la guarnición —dijo esta, por fin, y salió del comedor dando un portazo.

—¿No se habrá enfadado, verdad? —Abrí mucho los ojos—. Espero no resultar una molestia.

Tessa abrió la boca para decir algo, pero su hijastro fue más rápido.

—Por supuesto que no, en este rancho somos muy tolerantes con las convicciones ajenas. ¿Verdad? —La manera en que alzó las cejas fue muy elocuente, y los demás asintieron con docilidad.

En ese momento regresó Fernanda con una fuente de brócoli que colocó junto a mi brazo con un golpe seco. Sin inmutarme, le dirigí una sonrisa angelical que desencadenó un nuevo bufido.

—He oído que Jeff Johnson ha dejado la universidad y regresa al rancho de sus padres —intervino Carol con diplomacia.

El oportuno cambio de tema consiguió que el resto de la cena transcurriera sin incidentes. Yo apenas prestaba atención a la conversación, demasiado concentrada en mi pierna, que de nuevo empezaba a dolerme, y en planificar mi futuro inmediato. Sin dejar de empujar el brócoli de un lado a otro del plato con el tenedor —desde hacía meses, y esto sí que era cierto, había perdido el apetito por completo—, decidí que seguiría en esa misma línea hasta que me invitaran a marcharme. Raff, que me conocía demasiado bien, me había hecho prometer que me quedaría allí los meses que el juez estimara necesarios; pero si eran ellos los que me echaban no faltaría a mi promesa, me dije en un intento de acallar cierta mala conciencia.

Levanté la vista del plato y mis ojos se cruzaron con los de Vance, que me examinaba con atención. Por unos instantes, fui incapaz de apartar la mirada y tuve la extraña sensación de que esos penetrantes ojos de color cambiante podían leer en mi interior sin la menor dificultad. Incómoda, reprimí el impulso de revolverme en la silla.

—¿No comes? —Su voz profunda me sobresaltó.

—No tengo hambre. La verdad es que estoy muy cansada —. Esta vez no mentía; tenía que luchar para mantener los ojos abiertos, y el dolor de mi pierna derecha comenzaba a resultar insoportable.

—Lo comprendo. Pensaba hablar contigo esta noche, pero creo que será mejor esperar hasta mañana.

La aparición de Fernanda con una fuente de arroz con leche que dejó sobre la mesa interrumpió nuestra conversación.

—He preparado el postre favorito de Josh, espero que esto sí podrás

comerlo. —Su tono rebosaba sarcasmo.

Apoyé las palmas sobre la mesa y me levanté.

—Si no os importa me iré a dormir. Ha sido un día muy largo.

Sin esperar respuesta, abandoné el comedor con rapidez, obligándome a cojear lo menos posible. Estaba segura de que a los pocos segundos los comentarios del resto de los comensales empezarían a borbotear como las burbujas en un caldero hirviendo y no me equivoqué. Con curiosidad, apoyé la oreja en la puerta que había entornado al salir.

—¡Parece mentira que un hombre tan encantador como Raff pueda tener por hermana a semejante maleducada! Claro que, en realidad, ni siquiera son hermanos.

El tono malicioso de Tessa me puso furiosa; qué gran verdad era aquello de «el que escucha su mal oye».

—¡No come carne, no come arroz con leche...! —La voz indignada de Fernanda se oyó por encima del resto—. ¡Al parecer la señoritinga tampoco come brócoli!

La inconfundible voz de Vance las reconvino a las dos sin perder la calma.

—Tessa, será mejor que Aisha no te oiga hacer comentarios de ese tipo; según tengo entendido Raff y ella mantienen una relación muy estrecha. Y tú, Fernanda, trata de ser comprensiva. La señorita Brooks acaba de llegar a un sitio extraño en el que se verá obligada a pasar varios meses en contra de su voluntad. En estas circunstancias es normal que esté un poco... tensa.

—¡Tensa! —Ahora era su hermano el que hablaba, y sospecho que lo hacía con la boca llena de arroz con leche—. Di más bien odiosa perdida. Desde que la recogí en el aeropuerto no ha parado de darme cortes.

Carol intervino en ese momento:

—Pues a mí me ha caído bien. Es verdad que ha sido antipática y maleducada, pero me gustan sus ojos.

—Así que te gustan sus ojos...

—No te rías, Vance, ¿no te has fijado? Cuando no está perdida en pensamientos poco agradables, chisporrotean llenos de diversión.

Oí el ruido que hacían con las sillas al levantarse y me apresuré a subir la escalera para que no me pescaran espiando.

Capítulo 3

Cuando bajé a desayunar a la mañana siguiente, el comedor estaba desierto y tampoco encontré a nadie en el salón. Seguí explorando con curiosidad y di con una espaciosa cocina. Allí estaba Fernanda, sentada junto a una enorme mesa de pino, muy concentrada en desplumar a un pollo mientras canturreaba en español.

—¿Qué? ¿Asesinando animales indefensos desde por la mañana temprano?

La mujer alzó la cabeza sobresaltada y frunció el ceño al descubrirme recostada contra el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho, en una actitud claramente desafiante.

—Ya era hora de que te levantas, señoritinga, todos se marcharon hace rato.

Me encogí de hombros, sin inmutarme por ese tono poco amable.

—¿Por qué voy a madrugar? No tengo nada que hacer.

Fernanda frunció los labios con desaprobación y replicó:

—Hay mil cosas que hacer en un rancho. Por lo pronto, puedes ayudarme a quitarles las plumas a estos pollos.

—¿Qué pasa? ¿Te han sentado mal los tequilas del desayuno? Yo no toco eso, menudo ascazo. —Caminé hacia la inmensa cocina. Aga y levanté las tapas de varios cazos que borboteaban en el fuego para curiosear en su interior—. ¿No hay café? ¿Qué desayunáis aquí? ¿Sangre de pollo?

—Sí, claro. —En esta ocasión su tono rezumaba sarcasmo. A pesar de su diminuto tamaño, saltaba a la vista que la cocinera no era de las que se dejaban avasallar así como así—. La mezclamos con el tequila, así resulta más nutritiva.

Muy a mi pesar, me vi obligada a reprimir una sonrisa.

—Siéntate. —Se levantó para coger la jarra de la cafetera eléctrica que había en una de las encimeras.

Esta vez decidí que sería más sensato obedecer; necesitaba una buena dosis de café en vena por las mañanas para empezar a funcionar.

—Toma.

Colocó frente a mi una taza con el hierro del Doble B serigrafiado en la porcelana y un plato lleno de pequeñas rosquillas caseras.

—Gracias, pero por la mañana solo tomo café.

—Pues esta mañana también comerás un par de rosquillas. —Fruñí el ceño y la miré con resentimiento; anda que no le gustaba mandar a esa mujer—. Necesitarás estar fuerte para ayudarme.

—¿Ayudarte? —Alcé una ceja con arrogancia—. Te recuerdo que soy una invitada.

Fernanda vertió el café en la taza, añadió dos cucharadas de azúcar y un buen chorro de leche.

—¡Eh, ¿qué haces?! ¡Podías preguntar! —Le lancé una de mis miradas cero amistosas.

—Eres solo hueso y pellejo, así no atraerás a ningún hombre —sentenció la muy bruja y se sentó una vez más a desplumar los pollos.

—Y ¿quién te ha dicho a ti que estoy interesada en atraer a ningún hombre, pequeña espalda mojada?

—De espalda mojada nada, soy ciudadana americana. Nací aquí hace cincuenta y cinco años.

—Di más bien setenta y seis.

—Una vez que engordes un poco —prosiguió como si no me hubiera oído—, tendremos que hacer algo con esa lengua sucia que tienes. Tal vez algo drástico...

Con la yema del pulgar acarició el filo del enorme cuchillo que tenía a su lado y, de nuevo, tuve que apretar los labios con fuerza para no sonreír. Removí el café con cara de pocos amigos y después de dar un buen trago, hice una mueca al notar el sabor dulzón.

—Asqueroso.

Sin embargo, el café con leche se asentó mejor en mi estómago de lo que solía hacerlo la mezcla cargada que yo preparaba. Le lancé una mirada de reojo a la mujer, que seguía muy concentrada desplumando al segundo pollo, antes de alargar la mano, coger una de las rosquillas del plato y darle un mordisco. La masa tierna se deshizo en mi boca con una sorprendente explosión de sabores especiados —canela, jengibre y otros que no reconocí— y cerré los párpados para saborear aquella delicia sin distracciones. Cuando

volvió a abrirlos, descubrí los ojillos oscuros y cargados de malicia clavados mí.

—No está mal. —Seguí masticando con expresión indiferente.

—Como dijo Vance, mi fama como cocinera traspasa las fronteras del estado —afirmó sin la menor modestia—. ¿Qué es eso? ¿Estás enferma?

Acababa de sacar un par de pastillas del bolsillo, que tragué con ayuda del café.

—¿Eres siempre tan cotilla? —Odiaba ser el blanco de la curiosidad ajena—. Está claro que en este lugar perdido de la mano de Dios me va a tocar ser la comidilla.

Fernanda lanzó uno de esos bufidos suyos tan característicos; seguramente se le habría pegado de las vacas o de los caballos.

—No te creas tan interesante, señoritinga, un saco de huesos como tú no da ni para imaginar un capítulo de telenovela.

Le di otro mordisco a la rosquilla con rabia; qué sabría esa mujer si mi vida daba para una telenovela o para un drama lacrimógeno. Sin prestarme la menor atención, Fernanda siguió con su tarea sin dejar de canturrear. Su expresión de concentración no cambió cuando me vio coger el segundo bollo, pero estoy segura de que se felicitó a sí misma mentalmente: ni siquiera esa señoritinga descolorida que tenía aspecto de no haber probado bocado en los últimos meses era capaz de resistirse a sus dulces.

En cuanto terminé la segunda rosquilla y me bebí el resto del café, Fernanda se levantó y, sin decir una palabra, me puso delante un montón de patatas y un cuchillo afilado.

—Vas lista si crees...

—¡Pela y calla!

Durante las siguientes dos horas pelé una patata detrás de otra de aquel inmenso montón que parecía no tener fin mientras esa insufrible mujer se afanaba con el horno y los pucheros. Hubiera resultado una encantadora escena costumbrista si no hubiera sido porque los cuchillos volaban sin parar en una y otra dirección; yo no dudaba en soltar el primer comentario sarcástico que me venía a la cabeza, y la tipeja replicaba al instante con otro más cortante aún.

Así que cuando Vance entró en la cocina a media mañana, nos encontró de lo más entretenidas en nuestro implacable duelo de ingenios.

—¿Acaso pensabas que eran los caballos los que tenían cuernos? —decía Fernanda en esos momentos en un tono cargado de sarcasmo.

—¡Claro que no! Después de esta agradable mañana juntas, estoy segura de que el único que tiene cuernos en este rancho es tu marido. —Solté mi andanada con una expresión de inocencia tan angelical como falsa.

—¡No te consiento que hables así de mi Miguel!

—Ejem. —Vance carraspeó un par de veces—. Me alegra ver que ya empezáis a conoceros.

Al oír aquello, la mujer caballo soltó un resoplido desdeñoso, pero su jefe siguió muy tranquilo, como si no se hubiera percatado del ambiente hostil que reinaba en la cocina.

—Se nota que te ha sentado bien pasar la mañana con Fernanda. —Los ojos de Vance se posaron en mi rostro con aprobación—. Tus mejillas están ligeramente sonrosadas y se te ve mucho más animada.

—¿Ya es la hora de comer? —Fernanda lanzó una mirada alarmada al enorme reloj de pared.

—No, no te preocupes. Acabamos de terminar de alimentar al ganado, y he pensado que sería un buen momento para charlar con mi invitada. ¿Vienes, Aisha?

Me levanté y le dirigí una mueca burlona a la cocinera.

—La metomentodo esta me ha obligado a pelar patatas durante toda la mañana. Algo que, la verdad, no dice mucho de la hospitalidad del Doble B.

—¿Tú crees? —preguntó Vance con amabilidad, sujetando la puerta para que pasara.

—Creo que deberías des-pe-dir-la —deletreé en un tono un poco más alto para que mi mensaje llegara con claridad hasta la cocina, donde lo más probable era que fuese recibido con una mirada de sufrimiento dirigida al cielo.

—Tomo nota. —Mi anfitrión cerró la puerta del despacho.

Miré a mi alrededor con curiosidad. Como en el resto de las habitaciones del rancho, aquí también predominaba la calidez de la madera en la decoración. Una librería de suelo a techo ocupaba una de las paredes, pero por lo que pude apreciar los libros eran en su mayor parte viejos almanaques agrícolas y gruesos manuales sobre la cría de ganado de aspecto soporífero.

—Veo que a ti la romántica no te va. —Desde el accidente, el sarcasmo se había vuelto tan imprescindible para mi existencia como el aire que respiraba.

—Quizá no leo muchas novelas, pero te aseguro que soy un tipo romántico.

Señaló una de las sillas que estaban frente a un escritorio antiguo, y me dejé caer en el asiento sin demasiada delicadeza.

Él rodeó la mesa y se sentó frente a mí. Por unos segundos, nos quedamos mirándonos en silencio y me vi obligada a rectificar mi primera impresión de Vance Bennet. Era cierto que sus rasgos eran irregulares; sin embargo, en conjunto, su aspecto de tipo duro no carecía de atractivo. Esa mañana llevaba una camisa escocesa de franela de tonos granate que resaltaba el bronceado de su piel y la anchura de sus hombros. Se notaba que era un hombre acostumbrado a la intemperie y los espacios abiertos, y ya tenía algunas finas arrugas en las comisuras de los ojos. No pude evitar compararlo con Eric cuyo cuerpo, a un tiempo fibroso y delicado, y su tez pálida había acariciado tantas veces. Tampoco el cabello corto y oscuro tenía nada que ver con las largas ondas rubias de mi exnovio. En realidad, no podía imaginar dos hombres más distintos.

—¿Te duele la pierna? —preguntó solícito.

Molesta conmigo misma por distraerme con estúpidas comparaciones, obligué a mis pensamientos a discurrir por otros derroteros y alcé la barbilla en el aire, con ademán desafiante.

—¿Por qué tendría de dolerme?

—De pronto, se te ha nublado la expresión. —Ese hombre era demasiado observador para mi gusto, y tenía pinta de que iba a resultar tan entrometido o más que su cocinera—. Raff me comentó que aún tienes dolores, a pesar de que ya han pasado varios años desde el accidente.

—No hagas mucho caso de Raff. —Hice un gesto evasivo con la mano—. Mi hermano me sigue viendo como a una niña indefensa a la que debe proteger. Por culpa de ese desesperante instinto protector suyo me veo obligada a estar aquí.

Mi anfitrión, con los codos apoyados sobre los brazos de la silla y sin dejar de golpearse rítmicamente los labios con los índices, no despegaba los ojos de mi rostro. Me dio la impresión de que tardaba unos segundos de más en contestar.

—Creí —dijo al fin—. Que tu estancia aquí era la condena que te impuso el juez por tu intento de suicidio.

Qué pena que las miradas no pudieran matar porque, si no, lo habría fulminado ahí mismo.

—¡Estoy cansada de repetir lo mismo una y otra vez! —Alcé la voz, llena de rabia—. Primero mi hermano, luego el juez y ahora tú. ¿Cuántas

veces tengo que decirlo? ¡No intenté suicidarme!

Sin perder la compostura, Vance alzó ambas manos en el aire y ese simple gesto fue mucho más efectivo que si me hubiera gritado que me callase. Apreté los labios con fuerza, me moría de ganas de seguir chillando.

—¿Una sobredosis de codeína no es un intento de suicidio?

De nuevo, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para obligarme a hablar con calma:

—Es cierto que después del accidente acabé enganchada al Vicodín, un analgésico que me recetaron para el dolor. Es el riesgo que corres a veces con los opiáceos —me encogí de hombros—; pero Raff me obligó a seguir un tratamiento de desintoxicación durante más de un año y lo dejé. Ni siquiera tomo ya metadona ni antidepresivos.

Los penetrantes ojos verdes no se despegaban de mí, y dudo mucho que nadie bajo el peso de semejante mirada fuese capaz de mentir. Sin embargo, tampoco tenía por qué darle explicaciones, así que me quedé en silencio retándolo con la mirada.

—¿Entonces?

Lo preguntó en el mismo tono suave que había utilizado a lo largo de toda la conversación y, no sé por qué, de pronto me sentí obligada a justificarme. Sin levantar la vista de mis manos, que mantenía entrelazadas sobre el regazo, empecé a hablar en un tono monocorde:

—Hacía tiempo que no tomaba nada más fuerte para el dolor que ibuprofeno. Aquel había sido un día muy difícil. —Me obligué a no pensar en la traición de Eric; sabía que si lo hacía me vendría abajo y jamás me perdonaría a mí misma si derramaba una sola lágrima en presencia de ese vaquero, tan inexpresivo como un tótem indio—. La pierna me estaba matando y me dije que por una vez no pasaría nada.

Noté el intenso temblor de mis manos y las escondí entre los muslos.

—Tomé una cantidad mucho menor de lo que acostumbraba, diciéndome que así no corría peligro, pero...

Me quedé en silencio una vez más, estremecida; no podía recordar aquel día sin pensar en lo que había estado a punto de suceder. Alcé los ojos hacia él antes de continuar:

—Si una vecina cotilla a la que Raff había sobornado para que lo mantuviera informado sobre mis movimientos no lo hubiera llamado, habría muerto. —No hice el menor esfuerzo por ocultar la verdad—. Tuve la inmensa suerte de que, precisamente aquel día, Raff estaba en una reunión en

Los Ángeles. Me temo que por mi culpa ese ha sido uno de los pocos tratos que no ha conseguido cerrar; dejó a no sé cuantos directores generales de unas compañías importantísimas con la palabra en la boca y vino corriendo al rescate. Incluso me contó que se vio obligado a echar la puerta abajo como en las películas.

En mi sonrisa no había ni rastro de diversión.

—El médico que me atendió fue quien me explicó que cuando se vuelve a consumir hay mayor riesgo de sobredosis. Al parecer, la abstinencia reduce la tolerancia a la droga y con una cantidad mucho más pequeña te puedes ir al otro barrio con facilidad.

De nuevo se hizo el silencio, y en esta ocasión fue la voz profunda de mi interlocutor la que lo rompió:

—Me alegra saber que no eres una suicida frustrada, Aisha, detesto a los cobardes. Veo que Raff no me engañó al decirme que eras una luchadora.

Me encogí de hombros al oír aquello.

—Nunca he entendido que se llame cobardes a los suicidas. Solo de pensar en que aquel día estuve a punto de morirme, me tiemblan hasta las pestañas.

—Bien. —Vance tamborileó un par de veces con las yemas de los dedos sobre el escritorio—. Una vez descartada la posibilidad de que te dé por suicidarte en mi rancho, con todo el papeleo que eso conllevaría, quiero que queden claras unas cuantas cosas.

Su tono frío y decidido me hizo fruncir el ceño, pero aguardé a que continuara.

—En un rancho hay mucho trabajo, así que espero que madrugues y hagas tu parte.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Ni hablar! Tú mismo dijiste que soy una invitada. Además, me duele la pierna. No puedo realizar trabajos físicos.

—Puede que a raíz del accidente se haya acabado tu carrera como estrella del *ballet*. —La crueldad de aquel innecesario recordatorio hizo que lo mirara con odio, pero él prosiguió sin inmutarse—: Sin embargo, la vida sigue. Puedes mostrarte todo lo desagradable que quieras, pero ya oíste al juez: permanecerás en el Doble B durante los próximos tres meses o te encerrarán en una institución estatal por intento de suicidio.

—¡Ya te he dicho...!

—Ahórrate los gritos, Aisha. —La serenidad con la que hablaba ese

hombre me estaba sacando de quicio—. Ya conoces cómo funciona la ley en el estado de California. Tienes suerte de que tu hermano haya podido convencer al juez para adoptar esta solución. Por lo que me comentó Raff, no resultó nada fácil.

A pesar de que temblaba de rabia, no era una estúpida. Sabía de sobra que solo la poderosa capacidad de convicción de mi hermano y su exitosa trayectoria como hombre de negocios me habían librado de pasar una buena temporada recluida en un psiquiátrico. Así que, aunque por enésima vez tuve que hacer un esfuerzo de contención sobrehumano, conseguí preguntar con voz tensa, pero tranquila:

—Y ¿mi pierna?

Vance sacó unos papeles del pequeño montón de documentos que se acumulaban a un lado de la mesa y los ojeó con calma unos instantes.

—Esto es un informe de tu médico...

—¿Has hablado con mi médico?! —El volumen de mi voz se disparó de nuevo, incontrolable.

—Un tipo muy agradable el doctor Collins —asintió sin inmutarse.

—Le denunciaré —escupí por entre mis dientes apretados.

—No merece la pena. Como ya comprobarás, soy un hombre acostumbrado a conseguir lo que quiero. —Aunque su expresión seguía siendo amable, no se me escapó la velada advertencia encerrada en sus palabras—. Dice que ya puedes empezar a hacer ejercicio. Incluso añade que, si te lo tomas con calma, las propias rutinas de tu entrenamiento de bailarina podrían ser beneficiosas para recuperar una movilidad casi total.

—Nada de lo que haga podrá devolverme lo que perdí.

Mi voz rezumaba amargura. La eterna autocompasión brotaba con el ímpetu de un manantial por todos los poros de mi piel.

—Tal vez no, pero es uno de los mejores en su campo y opina que cuanto más te muevas menos dolor tendrás. Hay una habitación con una bicicleta estática una puerta más allá de la tuya. Nadie te molestará ahí. Por cierto —cambió de tema sin esperar mi respuesta—, me ha dicho Josh que tu ropa no es adecuada para el invierno de Wyoming, así que esta tarde iremos de compras.

Su tono cordial no me engañaba. Se notaba a la legua que el dueño del Doble B esperaba que sus órdenes se cumplieran a rajatabla, y esa certeza me acabó de cabrear. Me puse en pie, apoyé las palmas de las manos sobre la superficie de cuero del escritorio, y acerqué mi rostro al suyo hasta que las

puntas de nuestras narices estuvieron a menos de veinte centímetros de distancia.

—Ha hablado el Gran Jefe. Seguro que esperas que te responda: ¡Hau! ¿A que sí? —Lo desafié con una mueca burlona—. Pues entérate de una vez: jamás aceptaré órdenes de un paleta como tú.

Mi agresividad no provocó en él la menor reacción y permaneció impasible a lo largo de mi furibunda tirada, sin apartar los ojos de mi cara. Nos quedamos así unos minutos, retándonos con la mirada, y tuve que resistir las ganas casi insoportables de ser yo la primera en apartar la vista. Había una fuerza en esa mirada, ahora más dorada que verde, que no había encontrado antes salvo en los ojos de mi hermano Raff —aunque jamás dirigida hacia mí— y que hizo que mi corazón latiera más deprisa.

Vance se incorporó con lentitud, apoyó a su vez las palmas en el sobre del escritorio y se acercó hasta que sus labios casi rozaron mi oreja. Esa inesperada reacción hizo que mi corazón se acelerara aún más.

—Óyeme bien, pequeña princesa de ciudad. —Aquel susurro frío que cosquilleaba en mi oído me hizo estremecer—. Raff está muy preocupado por ti y me ha dado luz verde para emplear los métodos que considere adecuados durante tu estancia en mi rancho. Así que, por ese lado, no esperes ninguna ayuda. Tienes dos opciones: quedarte aquí y acatar mis órdenes, o el hospital psiquiátrico. Tú eliges.

Por fortuna, en ese momento la puerta se abrió de golpe, lo que evitó que tuviera que dar una respuesta. Aproveché para dar un paso atrás y, de inmediato, sentí un alivio colosal al cesar esa incómoda proximidad.

—¿Qué ocurre aquí?

La recién llegada se había quedado parada junto a la puerta con los brazos en jarras mientras sus ojos pasaban de él a mí y vuelta, llenos de desconfianza.

—Zoe, ¿cuántas veces tengo que repetirte que llames a la puerta antes de entrar?

Por lo visto, el tipo aquel nunca perdía su buen talante. Al ver su actitud indiferente, la tal Zoe se relajó un poco, aunque cuando se volvió hacia mí, los expresivos ojos de color miel me recorrieron de arriba abajo con un destello de celos.

¿Celos?, me dije divertida. ¿Era posible que alguien que me viera con mi aspecto actual pudiera sentir celos de mí? De pronto, comprendí que aquella era una buena oportunidad de incordiar al insoportable Vance Bennet y no lo

dudé. Puede que no me quedara más remedio que obedecer sus órdenes —tenía muy claro que pasar por el loquero no era una opción— pero, al menos, procuraría hacerle la vida imposible durante los meses que me viera obligada a pasar allí.

—Bueno, Vance, me ha encantado... —dejé la frase en el aire un segundo y me mordí el labio inferior, insinuante— charlar contigo. Eres un hombre tan considerado y atento y, por qué no decirlo, tan increíblemente atractivo que voy a tener que tener que andar con mucho ojo para no terminar enamorándome de ti.

Solté una risita coqueta, a la que él contestó con una blanda sonrisa.

—Eres muy amable, Aisha. Por cierto, imagino que sabrás que todos los que vivimos y trabajamos en el rancho comemos juntos en el barracón que hay detrás de la casa. Espero verte por ahí a la hora de la comida. Te agradecería que le echases una mano a Fernanda. A pesar de que se pone furiosa si decimos algo, ya no es tan joven, y alimentar tantas bocas es un trabajo duro.

—Me temo que va a ser difícil, Vance, querido. Ya sabes —me encogí de hombros con gesto contrito—, órdenes del médico.

Sin darle tiempo a replicar, salí del despacho, cerré la puerta y, por supuesto, me quedé escuchando al otro lado.

—¿Y esta quién es?

Esa simple pregunta encerraba un universo de celos.

—«Esta» es Aisha Brooks, la hermana de mi amigo Raff. Ya te conté que pasaría una temporada con nosotros.

—Hay algo en ella... No sé, no me fío. ¿Cuánto tiempo dices que va a quedarse?

—El que sea necesario.

Me la imaginé apretando los labios con gesto de disgusto.

—Solo espero que seas amable con ella, Zoe. Aisha Brooks no está pasando por su mejor momento. —Apreté los labios con fuerza; si había algo que odiaba en el mundo era que me tuvieran lástima—. En fin, tengo que ir a ver cómo van los chicos. Nos vemos luego.

Me alejé a toda prisa de la puerta y logré esconderme en un recodo del pasillo antes de que me pillara con las manos en la masa. Oí que Vance saludaba a alguien que pasaba por ahí, y luego la puerta del despacho se abrió de nuevo.

—Hola, pequeña Zoe. ¿Cómo vas? —preguntó una voz masculina

desconocida.

El año que había pasado trabajando en la agencia de detectives Nolan me había enseñado que la información era poder. Así que me acerqué de puntillas y volví a pegar la oreja a la puerta, decidida a espiar un poco más.

—Bien, bien. ¿Más cosas aún? —Había una nota de desagrado en la voz de la tal Zoe.

—Ya sabes que en esta época hay mucho papeleo.

—Estoy harta de esto. Es injusto que tenga que estar todo el día encerrada en este aburrido despacho mientras vosotros hacéis el trabajo chulo. —Hablaba con el soniquete de una niña mimada, y no pude reprimir las ganas de hacerle burla desde detrás de la puerta.

—Habla con Vance.

—¡Se lo he dicho mil veces! Es Josh el que tendría que estar aquí, para eso está haciendo ese cursillo de administración de empresas a distancia, ¿no? Yo solo tengo un mísero diploma de contabilidad.

—No te enfades conmigo, Zoey. Es peor ser un pariente lejano empleado en el rancho casi por caridad, que ser la hija del mejor amigo del padre de Vance.

—¡No me llames Zoey! ¡Es un diminutivo horrible!

El hombre lanzó una carcajada. Después de un corto silencio, volvió a hablar.

—Llevas un buen rato mirándome y has suspirado, ¿quiere eso decir que por fin te vas a enamorar de mí?

Aquel tipo no paraba de coquetear.

—Ni loca. Como la mayoría de los vaqueros eres un solitario y, como al resto, no te gusta quedarte demasiado tiempo en el mismo sitio. Imagino que, para un hombre como tú, es toda una hazaña llevar casi dos años en el Doble B.

—Es tu presencia la que me ata a este lugar.

Al escuchar aquello estuve a punto de dar una arcada, pero, al parecer, la querida Zoey no era completamente idiota.

—Ni lo intentes, Colin, sé de sobra que tontear con todas las mujeres. Jamás seré una de esas incautas que caen víctimas de tu encanto.

—Me temo que el jefe llegó antes que yo, ¿no es así?

—No es asunto tuyo —A juzgar por la sequedad del tono de Zoe, eso había escocido—. Anda, no me distraigas más que tengo mucho que hacer.

De nuevo tuve que correr para que no me descubrieran. A salvo en mi

refugio del pasillo, sonreí satisfecha con mis pesquisas. Al menos, ya sabía un poco más de los habitantes de aquel rancho, y como decía siempre mi antiguo jefe: «La información es poder y el poder es la sal de la vida».

Capítulo 4

A la una en punto, el sonido metálico de una campana atravesó la puerta de mi dormitorio, donde me había refugiado para escapar de las garras de Fernanda. Por unos momentos pensé en no hacer ni caso, pero me di cuenta, sorprendida, de que a pesar de que había desayunado mucho más de lo que solía, tenía hambre. Así que bajé a la cocina.

Una de las puertas de la amplia cocina comunicaba con el barracón, por lo que no era necesario salir y sufrir las inclemencias del tiempo para llegar allí. Algo de lo que me alegré infinito al escuchar el ulular amenazador del viento, y la fuerza con la que el granizo golpeaba contra los cristales de la ventana.

—Coge esa olla de carne y tráela. ¡Rápido!

Alcé los ojos al cielo, tentada de hacerle saber a esa empleada con ínfulas de gran señora el caso que hacía yo de sus órdenes, pero al ver que desaparecía en el edificio contiguo sin mirar atrás, moví la cabeza con disgusto y, después de ponerme un par de manoplas de cocina que encontré también encima de la mesa, agarré las asas de la pesada olla. Con un gruñido, la levanté y la seguí.

Nada más entrar, me golpeó una vaharada de aire caliente en el que se mezclaban el olor a lana mojada y a sudor, y tuve la sensación de que el barracón estaba lleno de hombres que hablaban a voz en grito. Una mesa de madera rústica recorría la habitación casi de un extremo a otro, y los vaqueros, todos con el sombrero puesto, ocupaban los bancos que había colocados a lo largo de la misma sin dejar de charlar y reír. No me dio tiempo a observar más detalles, porque la olla pesaba como el demonio. Jadeante, evité por los pelos golpear con ella al hombre que ocupaba la cabecera y la apoyé en la mesa sin demasiada delicadeza.

—Sorprendente. Eres mucho más fuerte de lo que pareces.

Volví la cabeza al instante y descubrí a Vance, que me miraba con una

de sus detestables sonrisas sin sonrisa.

—Si por llevar este ritmo de trabajos forzados acabo con una contractura, te denunciaré a las autoridades —respondí de malos modos.

—¡Menos cháchara, señoritinga, y empieza a servir! —gritó Fernanda desde el otro extremo de la mesa mientras llenaba hasta los topes los platos de los hombres que tenía más cerca.

—Tranquila. Yo te ayudaré.

La mano de Vance se posó sobre la mía, que en un gesto inconsciente había cerrado con fuerza en torno al mango del cucharón, y me obligó con delicadeza a dejar caer el contenido del cazo en su plato.

—Vas a tener que decirle a esa tiparraca que yo no soy su esclava. —No me molesté en bajar la voz, y al instante se hizo el silencio y todos los presentes se volvieron a mirarme con curiosidad.

Aún con los dedos en torno a mi muñeca, pese a los esfuerzos que hacía yo por soltarme, Vance tomó la palabra sin inmutarse.

—Muchachos, os presento a Aisha Brooks. Aisha pasará aquí los próximos meses. Como podéis ver es una jovencita de ciudad, así que estoy seguro de que le encantará que le contéis todo lo que sepáis sobre el ganado y la vida en el rancho.

—¡Pégate a mí, rubita, soy la voz de la experiencia! —gritó un vaquero de pelo canoso—. ¿A que sí, jefe?

La habitación se llenó de carcajadas y comentarios jocosos y Vance, que escuchaba las bromas más o menos subidas de tono con una leve sonrisa en los labios, hizo como que no veía la mirada de odio que le lancé, aunque estoy segura de que se dio cuenta de sobra. Por fin, me soltó y alzó la mano para pedir silencio.

—En fin, muchachos, no la asustéis demasiado. Aisha es una chica tímida.

Me encaré con él, furiosa, pero en esta ocasión tuve buen cuidado de hablar en voz baja.

—No me gustan nada tus bromitas.

—¿Acaso no eres tímida? Te has puesto roja.

—Será de rabia, porque yo de tímida no tengo un pelo.

—Me disculpo entonces. —Vance, que mientras hablaba no había dejado de llenar los platos, señaló la silla vacía a su izquierda—. Anda siéntate aquí mismo y cómetelo todo antes de que se enfríe.

Noté que varios de los presentes me miraban de reojo, por lo que decidí

no hacer una escena y obedecí a regañadientes. El delicioso olor del guiso de carne hizo que se me pasara el mal humor y empecé a comer con apetito.

El hombre que estaba a mi lado me observaba de reojo con una expresión de complacencia que no me gustó en absoluto.

—¿Te has dado cuenta de que eso —señaló con el dedo el último trozo de carne que quedaban en mi plato— no es tofu, precisamente?

Atravesé el trozo de carne con el tenedor y me lo llevé a la boca en un claro desafío.

—He decidido adaptarme a las circunstancias, aún en contra de mis principios. —Le dediqué una sonrisa angelical—. No me gustaría que pensarais que soy una visita incómoda.

—Por supuesto que no, Aisha. Es un placer tenerte con nosotros.

No pude detectar ni rastro de sarcasmo en su tono. Fastidiada, decidí concentrarme en la generosa porción de tarta de queso que alguien acababa de poner frente a mí. Sin embargo, después de comer un par de trozos, ya no pude más y la hice a un lado.

—¿Puedo? —Sin esperar respuesta, Vance cogió mi plato y se terminó lo que quedaba de la tarta.

Entonces, como si alguien hubiera dado la señal, los vaqueros se levantaron, se acercaron a los percheros para recoger sus pellizas y, poco después, el barracón se quedó vacío, salvo por Fernanda, su jefe y yo. Vance terminó de abrocharse la zamarra, se caló el sombrero hasta las cejas y se volvió hacia mí.

—Hoy es tu primer día, así que descansa un poco. En un par de horas pasaré a buscarte para ir de compras.

Antes de que me diera tiempo a protestar, abrió la puerta y desapareció engullido por uno de esos desapacibles remolinos de ventisca.

—La señoritinga tiene que descansar, ha trabajado tanto... —Al oír el comentario sarcástico de la cocinera, me volví hacia ella. Casi podía ver el brillo peligroso en mis ojos.

—Ya has oído al jefe, cholita. Mientras tú recoges esto —señalé la mesa llena de platos y vasos sucios— yo iré a echarme un rato en mi maravillosa cama, bien envuelta en mi no menos maravillosa manta de piel.

Fernanda movió la cabeza con los labios apretados.

—Muchacha del diablo —dijo entre dientes, aunque la oí perfectamente—, vas a aprender una lección que no olvidarás.

Hice una reverencia burlona antes de dar media vuelta y salir por la

puerta de la cocina.



Debía de estar más cansada de lo que pensaba, pues no me desperté hasta que Vance vino a buscarme.

—¡Voy! ¡Un segundo!

Vaya manera de aporrear la puerta. Atontada por el brusco despertar, entré en el cuarto de baño y me lavé la cara y los dientes antes de abrir.

—Ya veo que se te han pegado las sábanas. —Deslizó el dorso de uno de sus largos dedos a lo largo de la marca que se me había quedado en una de las mejillas.

Eché la cabeza hacia atrás en el acto.

—No me gusta que me toquen.

—¿No? Lástima, soy un hombre muy cariñoso. —Repasó mi atuendo con atención—. No puedes llevar esa cazadora, es demasiado fina. Espera un momento.

Desapareció en la habitación contigua y regresó con una pelliza muy similar a la que llevaba él.

—Era de mi padre. Me la regaló cuando era un adolescente y, aunque ya no me sirve, todavía la conservo.

Rechacé su ayuda y, con rapidez, me quité la cazadora y me puse la pelliza, que me quedaba enorme. Por suerte, me acordé de meter un gorro y unos guantes de lana en el bolsillo.

En cuanto estuvimos en el vestíbulo, aquel tipo con complejo de padre me hizo detenerme delante de él. Sin hacer caso de mis protestas, empezó a enrollar una de las mangas y luego la otra para dejarme libres las manos, antes de abrocharme el chaquetón hasta la barbilla.

—Pareces una huérfana mal alimentada.

Detecté un rastro de... ¿ternura? en su voz, pero elegí ofenderme.

—No soporto que me traten como a una niña pequeña.

—Voy a tener que hacer una lista con todo lo que no soportas, mi memoria ya no es tan buena como antes. —El buen humor de aquel vaquero era incombustible y me entraron ganas de gritar. Noté que fruncía el ceño al posar la mirada en mis pies—. Lo de tus botas no tiene arreglo, y las de Carol son al menos cuatro tallas más grandes. En fin, lo solucionaremos en breve.

—¿Vamos a ir a Jackson?

—No, iremos a Wilson. Está más cerca y hay un pequeño almacén en el

que venden lo necesario. Ponte el gorro y los guantes.

Me encasqueté el gorro de lana hasta las cejas sin la menor coquetería y, de nuevo, detecté la misma sonrisa silenciosa, a pesar de que en el rostro masculino no se había movido un solo músculo.

—¿Que pasa? —Alcé la barbilla, retadora.

Sin contestar, Vance se puso el Stetson, abrió la puerta de entrada y me hizo una seña para que saliera. En cuanto la cerró, los dedos morenos me rodearon el brazo con firmeza para conducirme hasta la furgoneta y no me quedó más remedio que aguantarme. Las intensas ráfagas de viento y las delgadas suelas de mis botas me hacían resbalar continuamente, y lo último que me apetecía era caerme de bruces en aquel suelo embarrado.

Vance sujetó la puerta del asiento del pasajero para que pasara y la cerró con firmeza, antes de rodear el vehículo y subirse también.

—Bueno, espero que disfrutes de tu tarde de compras. —Arrancó y giró el botón de la calefacción al máximo.

A pesar de ello, me alegré de llevar su pelliza. Era muy cálida y confortable, y olía ligeramente a él.

—Fernanda dice que eres un hombre muy ocupado. No entiendo por qué pierdes una tarde entera yendo de compras conmigo.

—Es un placer estar en tu compañía, Aisha.

Puse los ojos en blanco y, pese a que las difíciles condiciones climatológicas hacían que Vance fuera muy atento a la carretera, no se le escapó mi gesto.

—¿No te lo crees?

—Digamos que en ningún momento he aspirado a ser la chica más popular del Doble B —dije con la mirada perdida en el paisaje desdibujado y gris.

—No, no lo has hecho —sonrió y cambió de tema—. ¿Sabes que ya nos conocíamos?

Volví el rostro hacia él con el ceño fruncido.

—Creo que te equivocas.

Fuera lo que fuese, Vance Bennet no era un tipo del que se olvidara fácilmente.

—Fue hace unos seis años. Había ido a Los Ángeles por un asunto de negocios y Raff estaba allí por la misma razón. Yo quería quedar a cenar, pero Raff dijo que tenía dos entradas para el *ballet*. ¿*Ballet*? Debí poner cara de susto, porque él se rio y comentó lo ridículo que se sintió la primera vez

que acompañó a vuestra madre a ver una de tus funciones.

«Vuestra madre».

Al escucharlo, me invadió una profunda añoranza. En efecto, la madre de Raff también había sido mi madre durante más de catorce años. Nunca conocí a mi madre biológica, pero creo que no habría podido ser mejor que aquella mujer, grande y cariñosa, que me hizo un hueco en su corazón cuando nadie me quería.

—Como podrás imaginar —Vance seguía hablando y me obligué a prestar atención—, no es el típico plan de un ranchero de Wyoming. Dudé unos segundos, y entonces Raff comentó que era tu primera actuación como *prima ballerina*. Así que no me quedó más remedio que aceptar.

—Y odiaste cada segundo, claro está. Un paleta como tú en el *ballet*, parece un chiste. —Hice un mohín desdenoso.

Había esperado ofenderlo con aquel comentario tan grosero, pero una vez más, calculé mal. Estaba claro que los hombres de la familia Bennet no eran, lo que se dice, muy susceptibles.

—Cualquiera lo pensaría, ¿no es cierto? —Sonrió al evocar aquel momento—. Lo curioso es que amé el espectáculo desde el principio hasta el final. Era *La bella durmiente*, y me dije que jamás había visto nada más hermoso que el gran *pas de deux* de Aurora y el príncipe.

Me mordí los labios con fuerza. Tampoco yo olvidaría jamás aquel día, uno de los más felices de mi vida. No solo porque se hubiera cumplido, por fin, mi sueño de ser la primera bailarina de uno de los grandes *ballets* de Estados Unidos, sino porque había bailado con Eric, y los movimientos de ambos habían fluido como en un sueño a lo largo de toda la representación. Noté que se me hacía un nudo en la garganta, y tuve que aclarármela para que no me temblara la voz.

—Ciertas cosas nunca dejarán de sorprenderme. —Traté de sonar irónica, pero mis palabras estaban teñidas de amargura—. De todas formas, es raro que no me acuerde de ti.

—En cambio, yo recuerdo hasta el último detalle. —Me volví a mirarlo sorprendida, pero el semblante de Vance, que conducía sin despegar los ojos de la carretera, seguía tan sereno como de costumbre—. Cuando acabó la función, fuimos a tu camerino. Estaba lleno de gente. Todos charlaban y reían a carcajadas. Alguien había sacado una gigantesca botella de champán y unas cuantas copas de plástico y los brindis se sucedían uno detrás de otro. Entonces, Raff te descubrió en el centro de un grupo de bailarines y te hizo

una seña. Al instante te abalanzaste de un salto sobre él, enrollaste las piernas alrededor de su cintura y lo abrazaste con todas tus fuerzas. Aún llevabas puesto el vestido y la tiara de cristales brillantes del último acto.

»Cuando Raff te dejó por fin en el suelo, me preparé para saludarte, emocionado, pero justo entonces llegó el príncipe y, después de besarte en los labios, te arrastró en dirección a otro grupo de gente. Raff se disculpó por no haber podido hacer las presentaciones. Se hacía tarde, así que nos fuimos a cenar. Me quedé con las ganas de conocer a esa joven que irradiaba una energía especial que lo iluminaba todo a su paso.

Parpadeé varias veces en un intento de evitar que mis ojos se desbordaran. El sonido de su voz profunda mientras recordaba aquellos momentos felices me había puesto la carne de gallina.

—Me temo que te quedarás con las ganas para siempre. —Me sentí orgullosa de la frialdad con la que hablé—. Esa persona murió en un accidente de coche unos años después.

—¿Estás segura? Yo creo que anda por ahí, escondida en alguna parte.

—No me gusta que juegues a psicoanalizarme.

—Lo añado a mi lista de temas tabú.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad?

—En absoluto. —Negó con la cabeza sin apartar los ojos de la carretera—. Siempre he sido un tipo serio. Ya sabes, es mi veinte por ciento de sangre alemana.

Solté un resoplido poco femenino.

—Ya estamos otra vez. No me interesa en absoluto tu grado de mestizaje. ¿Te importaría no hablar más?

—En absoluto —repitió de buen humor—, no hay como el silencio compartido entre dos viejos amigos.

Me rendí. Definitivamente, ese tipo era una especie de cruce entre Mr. Happy y Pollyanna; por muy antipática que me pusiera, no había manera de sacarlo de sus casillas.

Recorrimos los pocos kilómetros que quedaban para llegar a Wilson en silencio o casi en silencio, porque Vance, al igual que su hermano, tenía la irritante manía de tararear la misma canción una y otra vez.

—Ya estamos.

Limpié el vaho de la ventanilla con la manga de la chaqueta, pero apenas pude distinguir el contorno de unas cuantas casas a los lados de la carretera.

—Es muy pequeño.

—No llega a los mil quinientos habitantes, pero tiene los servicios necesarios.

Detuvo el coche frente a un edificio de madera que parecía aguantar a duras penas los embates del viento. Menos de una decena de metros nos separaban del almacén pero, a pesar de ello, se me congelaron los dedos de los pies por el camino.

—Hola, Maude —Vance se llevó dos dedos al sombrero, pero no se lo quitó. En realidad, solo lo había visto sin él cuando estaba en la casa y no siempre—, ¿cómo va el negocio?

—Tirando, Vance Bennet, solo tirando.

—Pues tienes suerte, venimos a animar el cotarro. Necesitamos hacer algunas compras.

La mujer, que debía estar más cerca de los ochenta que de los setenta, salió de detrás del anticuado mostrador de madera caminando con cierta dificultad. Yo estaba muy concentrada en golpear las botas contra el suelo para activar la circulación, pero aún así noté la ávida curiosidad con la que me examinaba.

—¿Es tu novia?

Aquella inesperada pregunta hizo que me detuviera con un pie en el aire.

—¡Ni hablar, señora! A Dios gracias, mi buen gusto no está del todo muerto.

La expresión afable del rostro de la anciana no se alteró lo más mínimo ante mi exabrupto.

—Es una princesa de ciudad, Maude —intervino el vaquero con su desquiciante buen humor habitual—. Piensa que los habitantes de este valle somos todos unos paletos.

La mujer soltó una alegre carcajada.

—Yo también era así, sabe señorita...

—Brooks, Aisha Brooks —se apresuró a contestar Vance al notar mi actitud hostil.

Lo sentía mucho —bueno, en realidad no—, pero no estaba dispuesta a hacer ningún esfuerzo para contribuir con mi cuota de charla intrascendente.

—Te llamaré Aisha, si no te importa. —Me limité a encogerme de hombros; no podía importarme menos cómo me llamara esa mujer—. Yo llegué a este pueblo hace más de sesenta años, ¿sabe?. Mis padres acababan de separarse, y mi madre y yo vinimos a vivir con los abuelos. Fue un cambio muy duro. Dejar Nueva York, el colegio, mis amigos de toda la vida... Como

tú, pensaba que esto era el fin del mundo y que sus habitantes eran todos unos paletos sin el menor refinamiento. Solo soñaba con huir de aquí y volver a Nueva York.

Muy a mi pesar me picó la curiosidad, pero al ver que Vance me miraba divertido traté de disimular y solté en un tonillo impertinente:

—A ver si lo adivino. —Hice un gesto con la mano que abarcó lo que había a mi alrededor—. Nunca regresó a Nueva York.

—Oh, sí, he ido un par de veces de vacaciones.

Resoplé irritada, a ese paso la mujer no acabaría nunca de contar su historia.

—Pero no huyó, ¿no?

—Oh, no. Conocí a mi Frank en un baile y ya no nos separamos hasta que una pulmonía se lo llevó de este mundo hace dos inviernos.

Noté que se le llenaban los ojos de lágrimas y me quedé un poco cortada.

—Lo siento —dije en voz baja.

—Oh, no lo sientas, pequeña. —Maude se enjugó una lágrima con el cuello de la camisa de franela—. Fue una maravillosa historia de amor y no la cambiaría por nada del mundo.

Se hizo un silencio bastante incómodo, pero, por suerte, la buena mujer se rehízo enseguida.

—Solo te digo que tengas cuidado, Aisha. Los hombres de Jackson Hole tienen algo especial. —Le guiñó a Vance un ojo con picardía—. Y basta ya de cháchara, ¿qué era lo que queráis?

—Necesitamos unas botas, un sombrero como Dios manda, unos cuantos pares de vaqueros resistentes, camisas, camisetas interiores, calcetines, jerséis y una pelliza abrigada.

Me volví hacia él con los brazos en jarras.

—¿Por qué hablas por mí? ¿Acaso eres mi padre? No soporto que hablen por mí.

Con el rostro impasible, Vance unió las puntas del índice y el pulgar y fingió tomar nota en la palma de su mano; un gesto que me hizo rechinar los dientes. Entre tanto, Maude se había puesto manos a la obra y poco después tenía una montaña de camisas, pantalones vaqueros y un par de botas recias encima del mostrador.

—Vete probando esto.

Ya abría la boca para negarme, cuando se abrió la puerta y entró un nuevo cliente acompañado por una ráfaga de aire helado que me hizo

recordar el frío que hacía ahí afuera. Con un gruñido, me colgué del brazo un buen montón de prendas, cogí las botas, me dirigí al pequeño probador que había visto al entrar al fondo de la tienda, y desaparecí detrás de unas descascarilladas puertas batientes de madera que imitaban a las de un *saloon*.

—¡Sal para que te veamos! —gritó Vance.

—¡Espera sentado!

Mientras me probaba una prenda detrás de otra, traté de escuchar la conversación que mantenían Maude y ese vaquero marimandón. Estaba segura de que hablaban de mí pero, a pesar de que los oía reírse a menudo, no conseguía enterarme de lo que decían. Cada vez más furiosa, terminé de abrocharme la blusa, salí del probador y dejé las pocas prendas que había elegido y las botas encima del mostrador con brusquedad.

—Me llevo esto.

No quería comprar demasiado. Apenas me quedaban unos cientos de dólares de lo que había ahorrado trabajando de chica para todo en una agencia de detectives —en realidad, ese nombre le venía un poco grande a la oscura oficina que había compartido con Chuck, mi exjefe— los últimos catorce meses.

Vance cogió las prendas que había descartado y las colocó también sobre el montón. Luego descolgó de una percha un estiloso sombrero vaquero de piel de castor, lo colocó sobre mi cabeza y me examinó con fijeza.

—Muy guapa. Añade esto también, Maude.

—¡No necesito tantas cosas! —Me quité el sombrero, rabiosa.

—Claro que las necesitas. —Hablaban como si yo fuera algo dura de mollera, lo cual me enfureció aún más—. Me imagino que en estos momentos no estás nadando en la abundancia. Según Raff, te negaste a aceptar el dinero que te ofreció, así que piensa en mí como en tu banquero.

Temerosa de perder el control y lanzarle un directo a la mandíbula a ese estúpido que me daba órdenes con semejante tranquilidad, apreté los puños contra los muslos.

—Si no acepté el dinero de Raff, mucho menos aceptaré el tuyo.

Maude y el cliente que había entrado un rato antes seguían nuestro más que tirante intercambio sin disimular su curiosidad.

Vance alzó los ojos al cielo, como invitando a su Inquilino principal a armarlo de paciencia.

—Yo no te ofrezco dinero. Te ofrezco un préstamo que me cobraré con tu trabajo.

Estaba claro que su fastidiosa idea de hacerme trabajar iba en serio.

—¿Tengo que trabajar para ti? Así que, ¿ya no soy una invitada? —Hice un puchero, antes de taparme el rostro con las palmas de las manos y hacer como que me ruborizaba—. No será una proposición indecente, ¿verdad?

Él sonrió.

—Nada de proposiciones indecentes.

Recuperé la seriedad y repliqué con voz gélida:

—Puedes ahorrarte tu compasión y tu empleo. No estoy cualificada para trabajar en un rancho y no tengo el menor interés en aprender.

—Quizá podrías ayudarme en la tienda —intervino Maude—, desde que murió mi esposo se me acumula el trabajo.

—No, gracias.

Pero la anciana no se rendía con facilidad.

—¿En qué trabajabas antes de venir aquí?

Al parecer lo de disimular la curiosidad no se llevaba por aquellos pagos. Ya abría la boca para decirle que mis asuntos no eran de su incumbencia, cuando, una vez más, aquel vaquero impertinente se adelantó y respondió por mí:

—Era *prima ballerina* de Los Angeles Ballet.

—¿De veras? —Esas dos simples palabras estaban cargadas de admiración.

Esta vez hablé yo, aunque mis ojos estaban clavados en Vance.

—Claro que no —dije sin disimular mi inquina—. Hace más de tres años que no bailo. Mi último trabajo consistió en llevar las cuentas de una pequeña agencia de detectives, contestar el teléfono, investigar historias de cuernos bastante cutres, varios pufos de poca monta, y encontrar a un par de chorizos que desaparecieron dejando a cero la cuenta bancaria de sus esposas.

Maude me miraba boquiabierta.

—Qué interesante. Espero que vuelvas pronto por aquí. Podemos tomarnos un café enfrente y me sigues contando. —Mientras hablaba, iba metiendo los precios de las prendas en una caja registradora antediluviana. De pronto, alzó los ojos hacia mí muy excitada—. ¿Sabes? El otro día estuvo por aquí Linda, la directora de la escuela, y comentó que estaban buscando a alguien para organizar la función de fin de curso. ¡Hablaré con ella!

—No se moleste. No tengo la menor intención de quedarme por aquí hasta que termine el curso.

La mujer y el vaquero intercambiaron una mirada elocuente, antes de

que ella bajara de nuevo la suya hacia las teclas de la caja registradora y siguiese con su tarea.

—Bueno, de todas formas se lo comentaré.

Puse los ojos en blanco.

—Falta que elijas un abrigo —dijo Vance.

—No pienso comprar nada más. —El importe que marcaba la caja ya me había producido un par de escalofríos.

Vance me lanzó una mirada comprensiva que me hizo rechinar los dientes.

—Puedes quedarte con mi pelliza, me gusta cómo te sienta. —Sin darme tiempo a buscar el billetero en el bolso, sacó del bolsillo trasero del pantalón un fajo de billetes que llevaba enganchados con un clip de plata y pagó.

—¡He dicho que no aceptaré tu dinero!

—Mañana empiezas a trabajar para mí. Ayudarás a Fernanda por la mañana y limpiarás los establos por la tarde, así me lo devolverás cuanto antes.

Yo no era del todo estúpida. Sabía que no tenía suficiente dinero para pagar aquello y era consciente de que necesitaba buscar un empleo cuanto antes. Sin embargo, la idea de que ese hombre exasperante se saliera con la suya me ponía de un terrible mal humor.

—Está bien, trabajaré para ti.

Tragarme mi orgullo y aceptar su proposición fue una de las cosas más difíciles que había hecho en mi vida

Maude lanzó una carcajada parecida a un cloqueo que cortó en seco al notar la mirada amenazadora que le lancé. Terminó de meterlo todo en varias bolsas de papel y se las entregó a Vance.

—Me temo que la tarea que te has impuesto no va a resultar fácil —comentó con una sonrisa cómplice.

Él se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa.

—Me gustan los retos. No puedo evitarlo.

—Ya ves, Charles —Maude se dirigió al hombre de mediana edad que en todo ese tiempo no había dicho ni una palabra—, a pesar de lo vieja que soy no puedo evitar sentir envidia de esta jovencita.

Me repateó que todos hablaran como si yo no estuviera presente.

—¡Odio este pueblo de paletos! —Di una patada en el suelo, igual que lo haría una niña rabiosa, y salí del almacén como una exhalación.

●

La imponente figura cargada de bolsas del vaquero se recortó unos segundos contra la puerta del almacén. Vance se aseguró bien el sombrero y avanzó hacia la furgoneta con la cabeza inclinada para protegerse del viento. Arrebujada en la enorme pelliza, yo esperaba tiritando en el interior de la *pickup*.

—Ya era hora —dije de malos modos.

El vaquero lanzó las bolsas a la parte trasera, encendió el motor y cambió la posición de la mayor parte de las rejillas de ventilación para que el aire caliente me diera de lleno.

—En seguida entrarás en calor.

Decidí castigar su infatigable amabilidad con mi silencio y me pasé todo el trayecto de vuelta mirando por la ventana sin decir una palabra. Un castigo que, una vez más, no pareció afectar en absoluto al hombre que estaba a mi lado, que condujo sin dejar de tararear la machacona melodía de la ida.

En cuanto detuvo la furgoneta bajo la pérgola de madera que había junto a la casa, me arrodillé en el asiento, cogí las bolsas de la parte trasera y abrí la puerta. Bajé de un salto y me alejé en dirección a la casa, sin despedirme ni darle las gracias por acompañarme. Me refugié en mi habitación y solo salí cuando Carol me avisó de que la cena estaba lista. Comí en silencio y nada más terminar, me levanté y me despedí con un lacónico «buenas noches».

—Desde luego es una maleducada. —Escuché decir a Tessa en cuanto salí del comedor. Así que, como solía, cedí ante mi vena masoquista y me quedé espionando detrás de la puerta.

Vance salió en mi defensa sin perder la calma.

—Ha tenido un día difícil.

Su madrastra lanzó una carcajada sarcástica.

—Claro, ir de compras es taaan duro.

—He visto el montón de bolsas que ha traído. —Al parecer, Carol estaba de acuerdo con su madre—. Ya me gustaría a mí que mamá me comprara tantas cosas cuando vamos de tiendas y, además, ¿para qué? Ha bajado a cenar con los mismos pantalones de siempre y ni siquiera se ha molestado en recogerse bien el pelo.

—A veces las cosas no son lo que parecen, Carol —se limitó a decir su hermano con tranquilidad.

Solté un resoplido. No sabría decir por qué, pero cuanto más amable se

mostraba él más manía le cogía yo.

—¿Por qué lo dices, Vance? —Josh habló con la boca llena y me imaginé que acaba de zamparse otro de los deliciosos hojaldres rellenos de crema que eran la especialidad de Fernanda.

—Aisha Brooks es una persona muy independiente y esta tarde su orgullo ha sufrido un duro golpe.

¡Puaj!, cómo odiaba su lástima.

Se hizo un silencio, lo más probable era que los presentes estuvieran tratando de digerir aquello.

—Pero no creo que debáis preocuparos. —En cuanto oí su tono divertido, casi pude ver las arruguitas que, sin duda, se acaban de marcar en las comisuras de los ojos verdes—. Estoy seguro de que mañana la señorita Brooks estará dando guerra de nuevo.

Capítulo 5

La alarma del móvil me despertó muy temprano y, al instante, recordé que era mi primer día como empleada del rancho. Me iba a llevar un tiempo devolverle a ese estúpido vaquero el dinero que le debía, pero estaba decidida a pagarle hasta el último centavo.

De mala gana, salí de la cama calentita y, aunque la calefacción funcionaba sin problemas, se me puso la piel de gallina.

—Odio el frío, odio el frío, odio el frío —repetí entre dientes mientras rebuscaba en las bolsas algo que ponerme.

El día anterior no había prestado el menor interés a mis compras. De hecho ahí seguía todo; ni siquiera me había tomado la molestia de colgar las prendas en el armario. Sin embargo, al tocar los vaqueros nuevecitos, las abrigadas camisas de franela y los suaves jerséis de lana me di cuenta de que, salvo la cazadora y las botas que adquirí en una tienda de segunda mano justo antes de venir a Wyoming, hacía años que no me compraba nada nuevo. A pesar de que no era el estilo de ropa que solía llevar en Los Ángeles, tenía que reconocer que era bonita.

Me di una ducha rápida y me vestí. Al pasar por delante del espejo de cuerpo entero que estaba cerca del armario, me detuve sorprendida. El tono azul verdoso del jersey era muy favorecedor y, por una vez, la piel de mis mejillas no tenía un matiz enfermizo. Los pantalones se ajustaban a mis caderas estrechas y, pese a que había adelgazado demasiado en los últimos tiempos, al menos ya no parecía que iba disfrazada de saco de patatas. Las botas altas, forradas de borrego, eran deliciosamente cálidas y hacían que mis piernas parecieran más largas.

Levanté los brazos para recogerme el pelo en mi habitual moño nada favorecedor, pero me lo pensé mejor y, tras cepillarme a conciencia, me lo dejé suelto. No era un cambio brutal, pero la corta melena suavizaba mis pómulos, demasiado marcados por la pérdida de peso. Con esfuerzo, aparté la

mirada de mi reflejo y salí del dormitorio.

Tenía un pie en el primer escalón cuando recordé el comentario de Vance sobre una habitación con una bicicleta estática que nadie utilizaba. Volví sobre mis pasos, me acerqué a la puerta que quedaba a la derecha de mi dormitorio y me asomé con precaución.

«¡Vaya!», miré a mi alrededor sorprendida.

La habitación era de buen tamaño y, aunque la luz del amanecer que entraba por los ventanales desnudos orientados al este aún era débil, distinguí sin problemas el enorme espejo que iba de pared a pared, una bicicleta estática algo anticuada y, lo más sorprendente de todo, una barra de *ballet* de altura regulable.

«¡Maldito, metomentodo!» De nuevo, me invadió la rabia.

No tenía la menor duda de que aquello había sido idea de Vance Bennet; llevaba su sello inconfundible de entrometido de marca mayor. Saltaba a la vista que le había dado por ejercer de psicólogo aficionado. Pese a que apenas nos conocíamos, yo ya le había calado: era de esa clase de hombre capaz de recurrir a cualquier artimaña —siempre con aire benévolo, eso sí— con tal de salirse con la suya. Mi hermano Raff también era un poco así, por lo que había reconocido el tipo a la primera.

Estaba muy enfadada, pero una fuerza superior a mí me impulsó avanzar hasta la barra. Despacio, deslicé la palma de la mano por la suave superficie de madera y un aluvión de imágenes invadió mi cabeza: una niña diminuta, vestida con un *maillot* rosa, muy concentrada en su interminable rutina de *grands battements*, *frappés*, *échappés* y *relevés*, y el sonido del piano al fondo; más tarde, una joven delgada, con una falda de vuelo de color blanco haciendo un *grand rond de jambe en l'air*; y, finalmente, una agraciada pareja, muy rubios ambos, mirándose sonrientes a los ojos por encima de una barra similar.

No supe cuánto tiempo estuve así, perdida por completo en mis recuerdos, pero cuando regresé por fin al presente, noté que tenía las mejillas empapadas. Molesta conmigo misma, me las sequé con brusquedad con la manga del jersey y volví a mi cuarto para lavarme la cara con agua fría antes de bajar a desayunar.

Vance, Josh y Carol ya estaban devorando huevos revueltos acompañados de gruesas lonchas de bacon. En cuanto entré en la cocina, se hizo un profundo silencio y tres pares de ojos me recorrieron de arriba abajo. Fastidiada, noté que me ponía roja.

—Caramba, Aisha, estás guapísima. ¿Verdad que sí?

—Josh tiene razón, estás guapísima. —Carol sonrió con sincera admiración.

Posé la vista en Vance, desafiándole en silencio a hacer un comentario, pero él no dijo nada.

—Toma. Tu café y unas tortitas. —Sin preguntar, Fernanda lo dejó todo en el sitio que quedaba enfrente de él—. Me ha dicho el jefe que hoy vas a trabajar de firme, así que necesitarás todas tus energías.

Tuve que morderme la lengua y recordarme que un trabajo era un trabajo, y que en la vida a veces no quedaba más remedio que tragar sapos y culebras. Sin decir una palabra, me senté y empecé a comer con apetito. De pronto, alcé la mirada y descubrí los inquisitivos ojos verdes fijos en mí.

—¿Qué miras?

—A ti, por supuesto.

—Pues no lo hagas, no me...

—Ya sé. No te gusta que te miren —acabó la frase por mí.

Me mordí el labio inferior, exasperada. Vi que Josh ocultaba una sonrisa, pero enseguida su hermano empezó a hablar de las tareas que tenían pendientes y la tensión se disipó en el acto.

—Carol, tú ayudarás en el corral dos hasta que terminemos de administrar las vacunas a las vacas preñadas. Josh, llévate a Brad y un par de hombres más para llenar los comederos de forraje. Luego os ocuparéis de los caballos, hay que separar los sementales de los castrados y de las yeguas. Ah, y revisa la valla del tres; Al dice que varios de los postes necesitan refuerzo.

—¡Oído, jefe! —respondieron al unísono los dos hermanos antes de levantarse y salir de la cocina.

—Y yo, ¿qué hago, jefe? —Recalqué lo de «jefe» con mi sarcasmo habitual.

—Fernanda te lo dirá.

Me volví a mirar a la cocinera, que parecía a punto de relamerse de satisfacción, y fruncí el ceño.

Mi nuevo jefe hizo como que no se daba cuenta de nada y se levantó.

—Te veo luego.

Fernanda y yo nos quedamos a solas, retándonos con la mirada.

—Es lo que tiene la vida —dijo, al fin, con exagerada amabilidad—, que es como una noria. Unos días estás arriba y otros abajo.

—Guárdate tu sabiduría popular de campesina muerta de hambre. No me

interesa lo más mínimo.

—Puede que no, pero... —Mi interlocutora hizo una pausa dramática; se notaba a la legua que estaba disfrutando—. Ya has oído al jefe: aquí soy yo la que da las órdenes.

—Imagino que, como buena bruja que eres, ya tienes preparada la escoba, así que dámela y acabemos de una vez.

—Pues te equivocas, vienen dos chicas de Wilson a hacer la limpieza. Tú me ayudarás en la cocina. Hay que preparar los chuletones, hoy tenemos barbacoa.

—¿Carne otra vez? —Utilicé un tonillo de superioridad que no iba demasiado bien con mi nuevo y humilde puesto de pinche de cocina—. Está claro que por aquí no habéis oído hablar del escorbuto. Se me están empezando a mover los dientes en las encías.

—No te preocupes por eso, señoritinga. —Fernanda me dirigió una sonrisa malvada—. La carne irá acompañada de judías verdes, y adivina a quién le va a tocar pelar judías para veinte hombres con buen apetito. Por lo pronto, empieza a filetear ese lomo de vaca y procura no cortarte un dedo, ese cuchillo no es de juguete.

Señaló una pieza de carne del tamaño de un diplodocus.

Reprimiendo las ganas de sacarle la lengua, cogí el pesado cuchillo y examiné el gigantesco trozo sin saber muy bien por dónde empezar. Fernanda puso los ojos en blanco con un gesto teatral y empezó a explicarme el procedimiento con exagerada paciencia, como si yo fuera tonta de remate. Furiosa, agarré el puño del cuchillo con más fuerza y fantaseé con la idea de empezar a ensayar en el cuerpo menudo de la cocinera.

—¿Lo has entendido?

Su pregunta me arrancó con brusquedad de mis ensoñaciones homicidas.

—Creo que sí.

Empecé a cortar y tuve que aguantar la mirada vigilante de esa mujer insoportable hasta que se aseguró de que lo estaba haciendo bien.

El trabajo en la cocina era duro, pero entre eso y pensar en pullas ingeniosas con las que replicar a los ataques verbales de aquella negrera, se me pasó la mañana volando.

—Tiene una pinta estupenda —dijo Vance con amabilidad cuando, con cierta rudeza, dejé frente a él un plato con un jugoso chuleton que colgaba por los bordes, acompañado de una abundante ración de judías verdes.

—Espero que estés pensado en darme un buen sueldo, porque aguantar

toda la mañana a esa arpía ladrando órdenes a diestro y siniestro es insufrible.

—Descuida. —Se echó un poco para atrás el omnipresente sombrero y me lanzó una sonrisa que me hizo parpadear un par de veces—. Soy un jefe justo.

—¡Señoritinga! —Desde su puesto junto a la gigantesca parrilla, Fernanda me hizo una seña imperiosa para que fuera a buscar más platos.

—¿Ves lo que te digo? —bufé indignada—. ¡Ya voy!

A pesar de mis protestas, me lo estaba pasando bien. Me gustaba el modo en que los hombres bromeaban conmigo, haciendo comentarios picantes que en ningún momento llegaban a ser groseros, a los que yo replicaba de inmediato con otros, salpicados de cierta acidez, que desencadenaban de inmediato una explosión de carcajadas.

Cuando Fernanda terminó de servirlos a todos, me tendió un plato lleno. Miré a mi alrededor y, muy a mi pesar, vi que el único sitio vacío estaba al lado de Vance.

—¿No vas a comértelo todo? —preguntó al verme cortar el gigantesco chuletón y apartar más de la mitad—. Deberías, estás muy delgada.

Alcé los ojos del plato con cara de pocos amigos.

—Cuando necesite un consejo paternal lo pediré. Hasta entonces, te agradecería que me dejases en paz.

—Veo que tu humor no mejora con el paso de los días.

Seguí masticando sin contestar.

—Es curioso. —Vance pinchó el trozo de carne que había hecho a un lado y lo puso en su plato—. Cuánto más antipática eres conmigo, más me convenzo de que antes o después saldrá a relucir tu lado encantador.

Mi única respuesta fue un resoplido poco femenino, pero él no se dio por vencido y prosiguió sonriente:

—Ya ves. Tanta cabezonería debe de ser consecuencia de mi cuarenta por ciento de sangre escocesa.

—¡No empieces otra vez!

—Perdona, había olvidado que no te gusta hablar de mi sangre mestiza.

Le dirigí una sonrisa de lo más artificial

—¿Te he dicho ya lo insoportable que puedes llegar a ser?

—Qué raro —dijo sin perder el buen humor—. La gente suele considerarme un tipo amable.

—In-so-por-ta-ble. —Deletreé para que no hubiera duda alguna sobre lo que pensaba de él.

Tuvo la desfachatez de guiñarme un ojo y siguió comiendo.

Poco después, dejó los cubiertos en el plato con un suspiro.

—¿Quieres más judías? Voy a explotar.

Me miró con el ceño fruncido.

—Pero solo por hoy, ¿entendido? —Cogió mi plato y echó el resto de las judías en el suyo—. Me gustan las mujeres que comen con apetito.

—Y eso a mí, ¿debería importarme?

—Claro que debería, hay que procurar agradar a los que tienes a tu alrededor.

—¡Vaya! Mi bestia negra particular ya está haciéndome señas otra vez, así que, muy a mi pesar, me temo que tendremos que dejar esta fascinante conversación para otro momento.

Después de ayudar a Fernanda a recogerlo todo, decidí echarme una siesta. No tenía que presentarme en los establos hasta dentro de un par de horas, así que aproveché para descansar un rato y poner en alto la pierna que, cómo no, había empezado a molestarme.

•

Los establos ocupaban buena parte de una nave inmensa y bien iluminada en la que reinaba una actividad frenética. Nada más entrar noté que, en contraste con el frío del exterior, la temperatura era agradable. Olía a caballo, a paja, a cuero y a cientos de cosas más que no supe identificar. Me acerqué al vaquero de pelo gris que el primer día había hecho un comentario jocoso en el comedor.

—Hola, me ha dicho Vance que viniera a echar una mano, pero no sé por dónde empezar.

El hombre se apoyó en la gigantesca bala de paja que estaba haciendo rodar en dirección al fondo de la nave, y se secó la frente sudorosa con una manga.

—Has llegado en buen momento, niña. —Hice una mueca y tuve que morderme la lengua para no soltarle un buen corte—. La parición de primavera comenzará en pocos días y es una de las épocas más ajetreadas en el rancho, así que estamos limpiándolo todo. Hay que extender una gruesa capa de paja en ese rincón, por si necesitamos un sitio seco y cálido para los terneros enfermos. Luego haremos lo mismo en el corral para evitar que los terneros nazcan sobre un montón de nieve o barro. La paja ayuda además a que las ubres de las madres estén más limpias.

Golpeé el suelo con la puntera de una de mis botas nuevas. Esos temas

no me interesaban lo más mínimo. Lo único que quería era que me diera una tarea de una vez y quitármela de encima cuanto antes; pero el hombre siguió hablando, ajeno por completo a mi impaciencia creciente.

—Pero tú eres poquita cosa y no vas a poder con una de estas.

El tipo se rascó la cabeza con perplejidad, saltaba a la vista que no sabía muy bien qué hacer conmigo.

—Soy más fuerte de lo que parezco.

—Venga, Al, déjala que te ayude. No hay más que ver a la chica para saber que, como decía mi abuela, es pequeñita pero matona.

El que había hablado era un vaquero moreno, que llevaba un montón de papeles en la mano. Reconocí la voz al instante; era el mismo tipo cuya conversación con Zoe había escuchado hacía unos días en el despacho. Resultaba atractivo de un modo algo vulgar y él lo sabía; saltaba a la vista que tenía un gran concepto de sí mismo.

—Soy Colin. —Me tendió la mano con una sonrisa encantadora. Yo se la estreché sin devolvérsela y me volví de nuevo hacia Al.

El viejo vaquero se decidió por fin, y me dejó ayudarlo a llevar la rueda de paja hasta el fondo de la nave. Allí me explicó cómo desenrollarla y extenderla bien. Perdí la noción de las veces que repetimos la misma operación, pero fueron las suficientes para que la pierna empezara a molestarme de nuevo y me dolieran las lumbares.

—Ya está bien por hoy.

La voz profunda de Vance me sobresaltó. Estaba tan concentrada en la apasionante tarea de extender bien la paja con una horquilla de hierro, que no lo había oído llegar.

Erguí la espalda, que protestó con un crujido, me apoyé en el palo de la horquilla con las dos manos y lo miré con fijeza. Tenía el rostro enrojecido por el frío, y el sombrero y la pelliza cubiertos de escarcha. Por primera vez esa tarde, me alegré de que me hubiera tocado trabajar en el establo; al menos ahí se estaba calentito.

—Al, Colin, id a ayudar a Josh a terminar de separar las vaquillas preñadas del resto del ganado.

—Sí, jefe.

Los dos hombres obedecieron de inmediato, y después de abrigarse y ajustarse bien los sombreros para que las fuertes ráfagas de viento no se los arrancaran de la cabeza, salieron.

—Te he estado observando un rato —dijo Vance en cuanto nos

quedamos a solas.

Me limité a levantar la barbilla, desafiante.

—He visto que has evitado en todo momento acercarte a los animales.

—Y ¿qué? He hecho mi trabajo, ¿no?

—Te dan miedo.

Me encogí de hombros.

—Digamos que, como buena *princesa de ciudad* —recalqué con sarcasmo el apodo que él utilizaba para referirse a mí—, los bichos no son lo mío. De hecho, hasta ahora no había visto nunca vacas ni caballos tan de cerca.

Mi interlocutor se alzó el sombrero unos centímetros con un dedo, en un gesto característico, y sonrió. Los ojos le brillaban más verdes que nunca.

—¿Ni siquiera te llevaron de pequeña a una granja escuela?

—Recuerdo que una vez, cuando estaba en el colegio, nos llevaron al zoo. Pero preferí quedarme a la sombra de un árbol, jugando con una maquinita que me había prestado una compañera. Ya ves —moví la cabeza con fingido pesar—, los animales y yo no hacemos buena combinación.

—Deja eso y ven conmigo.

Agarré la horquilla con más fuerza y fruncí el ceño.

—¿Adónde?

—Raff siempre dice que eres una de las mujeres más valientes que conoce. Quiero que me demuestres que no tienes miedo.

—¿De verdad crees que me vas a picar o algo así con esa treta tan burda?
—Alcé una ceja con gesto desdeñoso.

—Pues claro. —Me tendió la mano con una sonrisa.

Aquel hombre era patético, me dije exasperada. Sin embargo, cogí la mano que me tendía y me dejé conducir hasta uno de los cubículos.

—Aisha, te presento a Ranger. Ranger esta es Aisha, espero que a partir de ahora seréis buenos amigos.

El caballo movió arriba y abajo la cabeza negra, dividida por una franja blanca que iba desde los ollares hasta las orejas, como si lo hubiera entendido todo.

—¿Ves?, está de acuerdo.

Me empujé ligeramente hacia adelante, pero yo clavé los tacones de las botas en el suelo de cemento y me resistí a avanzar. En ese momento, el caballo bufó agitando las crines negras. Asustada, di un paso atrás y choqué con el amplio pecho de Vance, que estaba pegado a mi espalda.

—Es muy... alto.

—¿Tienes miedo?

—¡Pues claro que tengo miedo, ¿no se nota?!

Estaba tan pendiente del caballo, temiendo un ataque inminente a pesar de que la puerta del box estaba cerrada con un grueso cerrojo, que no noté que él me agarraba por la cintura.

—Los valientes no son los que no tienen miedo, sino los que a pesar de tenerlo saben conquistarlo.

—¿Qué es eso? ¿Un sabio proverbio del gran Chan Pú? —A pesar de mi tono sarcástico, tragué saliva al darme cuenta de que Vance me había ido empujando con su cuerpo y que ahora estaba a menos de cuarenta centímetros de la puerta de madera—. ¡Déjame, no quiero...!

Me revolví tratando de liberarme, pero Vance me tenía bien sujeta.

—Tranquila, dame la mano.

Me apresuré a esconderla detrás de la espalda, pero no me sirvió de nada porque él me agarró de la muñeca y, sin violencia pero con firmeza, me obligó a posar la palma encima del hocico del animal y luego cubrió mi mano con la suya para evitar que la retirase.

Temerosa de que el caballo me mordiera, me quedé completamente inmóvil, sintiendo por un lado la suavidad de la piel del animal bajo la palma y, por otro, el sorprendente calor que desprendía la mano de Vance.

—Ves, no pasa nada —susurró con voz ronca junto a mi oreja.

Entonces ocurrió algo realmente extraño. Los grandes ojos castaños del caballo se posaron en los míos y, al instante, fui víctima de un misterioso encantamiento. Vance liberó mi mano y, sorprendida, fui testigo del modo en que esta —independiente de mi voluntad— empezaba a acariciar la piel sedosa de la frente del animal.

—Es tan suave —comenté maravillada.

—¿Qué esperabas? ¿Pinchos?

Su comentario burlón me arrancó de mi arrobamiento y, por primera vez, fui consciente de que no solo me había recostado contra el pecho de aquel vaquero insoportable, sino que las fuertes manos masculinas estaban apoyadas sobre mis caderas, como si aquel fuera su lugar natural. Sin dudar, me di media vuelta y lo empujé con fuerza, aunque no conseguí desplazarlo ni siquiera unos milímetros.

Ya sabía que Vance Bennet tenía una estatura por encima de la media, pero al comprobar a tan escasa distancia que ni siquiera alcanzaba a rozarle el

hombro con la parte superior de la cabeza, me sentí abrumada. En los últimos años —si no contaba a mi hermano Raff que también era altísimo—, el único hombre con el que había compartido una cercanía semejante había sido Eric quien, aunque fuerte y de músculos tonificados como buen bailarín, era esbelto y apenas me sacaba medio palmo. A su lado me había sentido muy a gusto, pero la cercanía de un tipo tan grande como Vance resultaba agobiante. No, aquella sensación de indefensión no me gustaba lo más mínimo.

Levanté el rostro hacia él y exigí:

—¡Suéltame ahora mismo!

Obediente, me soltó en el acto y dio un paso atrás.

—¿Te ha gustado Ranger?

Al comprender que mi anfitrión, lejos de albergar aviesas intenciones sobre mi virtud, tan solo había tratado de hacerme sentir más tranquila cerca del animal, mi repentina inquietud se desvaneció y, mucho más relajada, contesté con una sonrisa.

—Mucho. Es... —En ese preciso instante, Ranger, al que al parecer no le gustaba que lo ignorasen, me rozó la oreja con los belfos y se me escapó una risa nerviosa—. Me hace cosquillas.

Vance me miró con fijeza. Tenía una expresión rara en los ojos y, de repente, me lo imaginé liberando los pulgares que mantenía enganchados en las trabillas de los vaqueros para posar de nuevo las cálidas manos sobre mis caderas y atraerme con fuerza hacia sí. Fruncí el ceño y moví la cabeza en un intento de espantar esas imágenes tan chocantes.

—Bien. Entonces superado el primer obstáculo, en los próximos días te enseñaré a montar.

Me quedé mirándolo un buen rato boquiabierta. En cuanto recuperé la voz, me apresuré a negar rotundamente con la cabeza.

—Ni hablar. Una cosa es una cosa, pero montar a este bicho tan enorme es otra bien distinta.

Vance me lanzó una sonrisa perezosa.

—Te recuerdo que ahora trabajas para mí. Necesito que mis empleados sepan montar a caballo.

—Pero... no puedo, mi pierna...

—Tonterías. Si sigues el consejo que te di la fortalecerás enseguida.

Al escuchar aquello, me enfadé de verdad.

—Sí, claro, después de pasar las mañanas matándome en la cocina y las

tardes trabajando a destajo en este apestoso establo, ¿crees que aún me queda tiempo y energía para dedicarlos al baile? Tú no eres un jefe, eres un negrero de la peor calaña.

Sin hacer caso de mi tono rabioso, se quedó unos segundos considerando la cuestión.

—Hum. —Se apretó el puente de la nariz con dos dedos, pensativo—. Puede que tengas razón.

—Claro que tengo razón. Siempre tengo razón.

Una vez más, ignoró mi impertinente afirmación.

—Elige entonces: cocina o establo.

—Establo mil veces. Pero ¿qué pasará con Fernanda? Es cierto que necesita un ayudante.

—Me gusta saber que te preocupas por Fernanda.

Los atractivos pliegues que aparecieron una vez más en las comisuras de sus ojos —que a la luz eléctrica adquirirían un tono más cercano al avellana— me hicieron comprender que ese comentario tan blandito había sido un error. Si quería que Vance siguiera considerándome una persona realmente odiosa, hasta el punto de que no pudiera esperar a echarme de su precioso rancho, tendría que arreglar esa estúpida metedura de pata cuanto antes.

—En realidad, lo que me preocupa es que la comida no esté lista a tiempo.

Él movió la cabeza y se echó a reír y se puso guapísimo, lo que me dio más rabia aún.

—Aisha Brooks, eres increíble.

Desde luego, no había manera de hacer que ese hombre se enfadara, me dije furiosa. De nuevo no pude evitar compararlo con mi hermano Raff; pero lo de este tipo no tenía nombre.

—Aunque no tienes que preocuparte. —Con una delicadeza que resultaba sorprendente en un hombre tan masculino, Vance apartó un mechón de pelo que se me había pegado a la boca y lo colocó detrás de mi oreja. En el acto, me puse tensa y aparté la cabeza para evitar el ligero contacto, pero él siguió tan tranquilo, como si no hubiera notado mi incomodidad—. Carol prefiere mil veces ayudar a Fernanda en la cocina cuando vuelve del colegio que trabajar con los animales, así que volverá a su puesto encantada.

—O sea que lo de trabajar en la cocina no era más que un castigo. —Entrecerré los ojos, acusadora.

—No soy tan malo como piensas, princesita. Solo quería que Fernanda y

tú os conocierais un poco mejor.

Sin más, se encasquetó el sombrero hasta las cejas y salió de la nave.

Capítulo 6

Esa noche dormí como un tronco, y el estridente tono de alarma que utilizaba para despertarme estuvo sonando más de tres minutos antes de que, aún medio grogui, consiguiera extender el brazo y apagarla.

Sin ducharme, bajé a desayunar y, como de costumbre, los tres hermanos ya estaban allí. Vance estaba terminando su café cuando la puerta de la cocina se abrió y entró Miguel, el marido de Fernanda, acompañado de una desagradable corriente de aire frío.

—Al ha oído lobos cerca de Russ Creek. Tengo a Ranger ensillado frente al barracón.

Vance dejó la taza sobre la mesa al instante y se levantó. Se puso la zamarra, cogió uno de los rifles que estaban apoyados en un armero de madera que ocupaba buena parte de la pared junto a la puerta y, tras comprobar la munición, salió a toda prisa con Miguel pisándole los talones.

Josh también se había puesto en pie, dispuesto a seguirlos, pero su hermano mayor le indicó con un gesto que se quedara. Llena de curiosidad, me acerqué a la ventana con mi taza de café en la mano y los vi partir al galope. Las siluetas oscuras de los dos jinetes pronto desaparecieron detrás de la espesa cortina de copos de nieve.

Volví a la mesa y pregunté con una ligera inquietud:

—¿En serio hay lobos?

—En realidad viven en el parque nacional de Grand Teton, pero si el invierno es excesivamente duro no es raro verlos merodear cerca del ganado.

—Vance se ha llevado un rifle, ¿no están protegidos?

Josh se encogió de hombros.

—Sí, lo están, aunque no conozco a ningún ganadero dispuesto a quedarse de brazos cruzados mientras esos bichos atacan a una de sus reses.

Enseguida terminamos de desayunar. Ayudé a Carol y a Fernanda a recoger, y me fastidió que esta última reaccionara con inesperada serenidad

cuando le anuncié que ya no trabajaría más en la cocina; estaba claro que «mi jefe» me había chafado la sorpresa.

Volví a subir la escalera lentamente. En realidad, casi habría preferido estar ocupada en la cocina a enfrentarme a lo que tenía por delante. Ya en mi cuarto, me subí a una silla y saqué la maleta que había guardado en lo alto del armario. La puse encima de la cama, me senté junto a ella y abrí la cremallera. En el fondo estaban el maillot negro y los *leggings* del mismo color que utilizaba para los entrenamientos, así como unas desgastadas zapatillas de *ballet*. No sabía por qué había metido esas prendas en la maleta; no había vuelto a ponérmelas desde que tuve el accidente y ahora, al tocarlas, los recuerdos de esa otra vida me abrumaron una vez más.

Volví a dejar todo donde estaba y cerré la tapa con brusquedad. Me levanté, salí del dormitorio precipitadamente y entré en la habitación desocupada. Cerré la puerta, me apoyé contra la hoja de madera con los brazos cruzados sobre el pecho y clavé los ojos en la barra.

«Es ridículo», me dije enfadada. «Ese hombre no tiene ni idea».

No había vuelto a hacer ningún tipo de ejercicio desde que terminé la rehabilitación con el fisioterapeuta, y la pierna me molestaba en cuanto hacía el menor esfuerzo.

Me olvidaría de aquello. Le diría a ese vaquero con ínfulas de psicólogo que quería volver a mi puesto en la cocina. Para cortar carne, cargar con ollas y fregar docenas de cacharros no necesitaba estar en forma.

Sin embargo, él parecía decidido a que lo intentara y aunque Vance Bennet no era un déspota ni la clase de hombre que acostumbra a imponerse mediante el temor —en todo este tiempo, nunca lo había visto enfadado y, en apariencia, era el tipo más amable y fácil de llevar del mundo—, algo en los penetrantes ojos verdes me decía que estaba acostumbrado a salirse con la suya. Solo había que ver el modo en que Josh, Carol y el resto de los empleados del rancho obedecían la menor de sus órdenes al instante, pese a que jamás lo había oído levantar la voz.

«Los valientes no son los que no tienen miedo, sino los que a pesar de tenerlo saben conquistarlo».

Sus palabras resonaron con claridad en mi cabeza y cerré los ojos. Hasta antes del accidente había sido así. Desde que a los seis años mi padre me abandonó en casa de la madre de Raff como el que olvida un pañuelo, había luchado por salir adelante costara lo que costase. Nunca daba nada por perdido y había perseguido mis sueños sin rendirme jamás.

Sin embargo, el conductor que iba hasta arriba de pastillas cuando chocó contra mi coche una lluviosa tarde de noviembre había cambiado eso también. El accidente no solo había limitado mi movilidad, sino que me había obligado a renunciar también a una fulgurante carrera de bailarina, al amor de mi vida... y hasta al respeto por mí misma.

Me mordí el labio. Podía seguir así el resto de mi vida o enfrentarme a mis miedos cara a cara de una vez. Jamás recuperaría lo que perdí, pero quizá podría hacer a un lado esa amargura que parecía envolverme como una segunda piel y seguir adelante con mi existencia, aunque esta no fuese la que yo había soñado.

Volví a mi dormitorio, me desnudé por completo y me coloqué de pie frente al espejo. Hacía mucho que no me enfrentaba con mi reflejo y, a pesar de que procuré no posar los ojos en la terrible cicatriz de mi pierna izquierda, no me gustó nada lo que vi. Estaba extremadamente delgada; los huesos de caderas y rodillas sobresalían de un modo nada agradable y se me podían contar las costillas. Había perdido un montón de masa muscular y la piel de brazos, muslos y estómago se veía flácida y apagada. Ya no quedaba ni rastro de esos músculos bien definidos por las interminables horas de entrenamiento. Levanté un brazo y traté de sacar bola, pero fue un intento patético.

—Esto no tiene solución —dije en voz alta, al tiempo que negaba con la cabeza sin apartar los ojos de ese cuerpo esquelético que se me antojaba el de una desconocida.

Ahí estaba otra vez el derrotismo que me había hecho arrastrarme como un alma en pena los últimos años. Incluso había renunciado a asistir a la inesperada boda de mi hermano Raff con una española que había conocido durante su estancia en Madrid, con la excusa de que aún no estaba recuperada, pese a que nadie mejor que yo sabía que lo que en realidad me había impedido coger un vuelo para acompañarlo en ese momento tan importante de su vida había sido una mezcla de celos —odiaba pensar que Raff fuera a querer a otra mujer más que a mí— y lástima de mí misma. Sin embargo, esta vez no estaba dispuesta a sucumbir a los cantos de sirena de la autocompasión, así que alcé la barbilla y me enfrenté a mi reflejo, desafiante.

—Como dijo Calvin Coolidge y la profesora del conservatorio se encargaba de repetirnos hasta la saciedad: «Nada en este mundo puede ocupar el lugar de la perseverancia. Ni talento ni genio ni educación. Solo la perseverancia y la determinación son omnipotentes». Tú —apunté a mi

reflejo con un dedo amenazador— volverás a ser la que eras o, al menos, una versión parecida. Te juro que lo harás, aunque tengas que llorar lágrimas de sangre.

Con decisión, caminé hasta la cama, saqué el maillot, los *leggings* y las zapatillas de la maleta y me los puse. Luego me abrigué con la vieja sudadera descolorida que me acompañaba desde mis tiempos de instituto y salí de la habitación.

—¿Hoy no ayudas a Fernanda?

Tessa, parada junto a la escalera, me miró de arriba abajo con su habitual desdén. Ella, en cambio, iba impecablemente vestida con unos elegantes pantalones de lana beis y un jersey de cuello alto de cachemir un par de tonos más claros. La madrastra de Vance era la única persona del rancho que no se levantaba al amanecer. Yo, por lo general, solo la veía a la hora de la cena y a menudo me preguntaba con curiosidad qué hacía el resto del tiempo.

—No, hoy tu querido hijastro me ha dado la mañana libre.

Frunció las delicadas cejas un milímetro con desaprobación, y no me quedó claro si el gesto obedecía al hecho de haber utilizado la palabra «hijastro» o porque me hubieran dado la mañana libre.

—En fin, voy a ir de compras a Jackson, ¿necesitas algo?

—Aparte de un teatro, un cine, un museo o un parque por el que pasear que no esté petrificado por el hielo y una vida social más interesante... —negué con la cabeza—. Creo que no. No necesito nada.

—Hay un bar de mala muerte en Wilson. Imagino que es el tipo de sitio en el que te sentirás como en tu casa.

—¿De verdad? ¡No puedo esperar a conocerlo! —Palmoteé con alegría.

Con el esbozo de una sonrisa desdeñosa en los labios pintados empezó a bajar los escalones. Yo me metí en la habitación vacía y cerré de un portazo.

—Zorra arrogante —dije entre dientes.

Estaba tan furiosa, que ni siquiera me di cuenta de que había empezado a calentar hasta que noté la frente empapada de sudor. Me quité la sudadera, la tiré al suelo de cualquier manera y seguí con los ejercicios. Estirar músculos desentrenados desde hacía siglos era tan doloroso como la más despiadada de las torturas. Estuve a punto de rendirme al menos una docena de veces, pero cada vez que me planteaba la posibilidad de abandonar, volvía a escuchar la voz de Vance en mi cabeza y esas palabras eran el mejor acicate.

—No, si encima voy a empezar a oír voces —refunfuñé jadeante, al tiempo que inclinaba el cuerpo sobre la pierna derecha, tratando de tocar el

muslo con el pecho—. Lo que me faltaba.

Media hora después, un reguero de dolorosas punzadas que me subían desde la planta del pie hasta la ingle de la pierna mala me avisó de que había llegado el momento de parar. La pierna no era la única parte del cuerpo que me dolía como un demonio, y eso que aún no habían aparecido las agujetas. Con un gemido me agaché, recogí la sudadera del suelo y me la puse. Me sequé el rostro sudoroso con la manga y caminé cojeando hasta la ducha. Cada paso era un suplicio y, cada vez más preocupada, me pregunté si todo ese ejercicio no habría sido la puntilla definitiva para mi pierna.

Después de pasar más de veinte minutos debajo del chorro de agua caliente me sentí un poco mejor. En cuanto salí del baño la cama empezó a llamarme, pero resistí la tentación y apretando los dientes decidí bajar al despacho a ver si, con un poco de suerte, encontraba allí algún libro que no tratara sobre la cría de ganado.

La puerta estaba entreabierta, así que me asomé sin hacer ruido y descubrí a Zoe sentada frente al ordenador, contemplando con la mirada perdida la pequeña porción de paisaje nevado que se veía por la ventana.

—Hola, ¿te importa que coja un libro? —Zoe dio un violento respingo, y el montón de papeles que tenía apoyados sobre el muslo salió volando en todas las direcciones. Me vi obligada a reprimir una sonrisa malvada—. Perdona, ¿te he asustado?

—Pues sí, lo has hecho y ahora tendré que ordenar todos estos papeles otra vez—. Se arrodilló en el suelo y empezó a recoger las hojas de malos modos.

Respondí a su manifiesta agresividad con mi mirada más inocente.

—Lo siento de verdad. ¿Quieres que te ayude?

De pronto, me habían entrado unas ganas tremendas de echar un vistazo a todos esos papeles. Se notaba que había pasado demasiado tiempo hurgando en los trapos sucios de los clientes de Chuck, me dije haciendo una mueca. Me arrodillé a su lado y empecé a ayudarla.

—¿Qué es todo esto?

Al parecer Zoe no encontró sospechosa aquella súbita curiosidad.

—Son las planillas auxiliares de la contabilidad. Tengo que hacer los asientos contables con la información que me llega de la explotación.

—Uf, parece aburrido.

Noté un destello de desconfianza en los ojos color miel ante mi repentina amabilidad, pero enseguida se encogió de hombros.

—No lo sabes tú bien. Preferiría mil veces estar ahí afuera dando de comer al ganado.

Eché un vistazo por la ventana y me estremecí solo de pensarlo. A pesar de que casi estábamos en primavera, hacía un frío terrible. Zoe prosiguió con sus quejas, contenta de tener un nuevo par de oídos donde volcarlas.

—Pero Josh, que es quien tendría que estar aquí, está demasiado ocupado trabajando codo con codo con Vance para terminar el cursillo de administración de empresas que empezó hace no sé cuántos años.

Enarqué una ceja al ver la expresión de anhelo con la que pronunció eso de «codo con codo con Vance». Estaba segura de que acababa de descubrir el quid de la cuestión.

—Yo tengo un título en administración de empresas y contabilidad. Si quieres, podría ayudarte.

Raff había insistido en que compaginara las clases nocturnas con el *ballet* al menos durante unos años y, aunque no había sido fácil, al final me había sacado el título con buena nota. Después del accidente había desempolvado ese mismo título, y durante los meses que había trabajado en la agencia de Chuck había descubierto que tenía una habilidad especial para descubrir en los libros contables los tejemanejes financieros a los que ciertos empresarios eran tan aficionados.

—¿De verdad no te importaría seguir con esto?—. Zoe debía haberse olvidado de lo celosa que se había puesto el primer día que me vio charlando con Vance, porque se me quedó mirando como si fuera un regalo adelantado de Navidad—. Puedo explicártelo por encima y...

—No es necesario. Estoy acostumbrada a este tipo de tareas.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Brad, otro de los vaqueros que Al me había presentado el día anterior en los establos, cubierto casi por completo de escarcha. Hasta el largo pelo rubio, que llevaba recogido en una cola de caballo, parecía un palo congelado.

—¡Han capturado a uno de los lobos, Zoe! He venido corriendo a decírtelo, pensé que igual te gustaría ir a echar un vistazo.

—¡Oh, Brad, me encantaría! —Sus ojos brillaban de emoción cuando se volvió hacia mí. Me dio un poco de pena que fuera tan confiada; yo hacía tiempo que había perdido la fe en la bondad humana—. ¿Estás segura de que no te importa?

—Lobos y temperaturas bajo cero. —Fingí que me daba un escalofrío—. Segurísima.

Llena de entusiasmo, Zoe cogió el chaquetón y el sombrero que colgaban de un perchero de brazos situado cerca de la puerta y, poco después, el ruido de las botas de ambos alejándose a la carrera por el pasillo se desvaneció por fin.

Cogí el montón de hojas que Zoe había olvidado en el suelo y me instalé en la silla que estaba frente al ordenador con ellas en la mano. Después de realizar el asiento contable de la información contenida en las planillas, empecé a trastear con el último balance y a compararlo con el de años anteriores. Al cabo de un par de horas, había averiguado un par de detalles bastante curiosos.

Apagué el ordenador, me recosté contra el respaldo del sillón giratorio, entrelacé los dedos en el regazo y sin dejar de girar los pulgares, esboqué una sonrisa satisfecha.

—Bueno, bueno, bueno.



El revuelo que se organizó por la captura del lobo llegó hasta el despacho. Escuché gritos, relinchos de caballo y el motor de una de las furgonetas del rancho. Llena de curiosidad, me abrigué bien y salí a ver qué pasaba. Al menos había dejado de nevar, pero el frío cortaba el aliento. Encantada con las nuevas botas forradas de borrego que mantenían mis pies bien calentitos, caminé hacia la *pickup* junto a la que se había reunido un corrillo de curiosos.

En ese momento, llegó Vance al galope y sin esperar a que el animal se hubiera detenido por completo saltó del caballo.

—¿Cómo va, Miguel?

—Aún no ha despertado. Ya viene Brad con el trailer y he mandado a Zoe a buscar el botiquín.

La aludida llegó justo entonces, jadeante, y le entregó a Vance un maletín blanco de buen tamaño con una cruz roja dibujada en el centro.

—Voy a traer agua y jabón. —De nuevo, se alejó corriendo en dirección a la cocina.

Vance se acercó a la parte trasera de la furgoneta donde yacía el lobo completamente inmóvil y al inclinarse sobre él soltó una maldición que me hizo abrir mucho los ojos.

—No parece que se haya roto la pata —dijo Miguel que también se había acercado para ver mejor lo que hacía su jefe.

—No, por suerte no está rota. —Vance apretó con fuerza la extremidad del animal para contener la sangre que seguía manando. En cuanto consiguió detener la hemorragia, cogió unas tijeras y empezó a cortar el pelo que rodeaba la herida—. Al menos llegamos a tiempo, no sería la primera vez que veo que un animal tira y tira del alambre hasta arrancarse la pata.

Al escuchar aquello, sentí un leve mareo. Por fortuna, la llegada de Zoe con una palangana llena de agua jabonosa, un trapo y un jarro con agua limpia me distrajo.

El vaquero limpió la herida con una meticulosidad digna de un cirujano, antes de echar un buen chorro de antiséptico de yodo para desinfectarla bien. En ese momento, una nueva *pickup* que arrastraba un remolque metálico para ganado se detuvo al lado de la furgoneta con un desagradable chirrido de frenos.

—Vamos, lo encerraremos mientras aún está dormido.

A pesar de que Vance no había levantado la voz en ningún momento, noté que estaba muy enfadado. Necesitó la ayuda de dos hombres más para levantar al enorme ejemplar de la parte trasera de la furgoneta y trasladarlo al trailer.

—Ya está. —Después de asegurar bien la puerta, se volvió hacia el montón de curiosos que remoloneaban por ahí con los brazos en jarras—. Quiero saber qué demonios hacía un lazo de alambre en el Doble B.

Los hombres intercambiaron entre ellos miradas de confusión, pero nadie ofreció ninguna explicación.

—Muy bien. —Vance apretó los labios hasta que se le quedaron blancos—. Voy a decir esto una sola vez y os agradecería que se lo transmitierais, palabra por palabra, a los que no estén aquí.

Los ojos verdes echaban chispas y todos, como un solo hombre, esquivaron su mirada con expresión culpable.

—No toleraré que se utilicen este tipo de trampas en el Doble B. Cualquiera que sea sorprendido colocando una de estas o algo que se le parezca remotamente será expulsado del rancho en el acto. ¿Entendido?

—Entendido, jefe.

Los presentes asintieron con la cabeza igual que niños obedientes.

—Y ahora seguid con lo que sea que estuvierais haciendo.

Los despidió con un gesto de la mano, y los vaqueros se apresuraron a regresar a los quehaceres que habían abandonado.

—Brad, aleja el trailer de los establos y los corrales, no quiero que las

vacas preñadas se inquieten cuando esta fiera despierte —ordenó Vance, al tiempo que se sacaba el móvil del bolsillo y empezaba a marcar con impaciencia.

Me volví hacia Josh, que estaba a mi lado, y susurré:

—No lo entiendo. ¿Por qué está tan enfadado? Tú mismo dijiste que ningún ganadero se quedaría de brazos cruzados si los lobos atacaran a sus reses. Yo misma lo vi coger un rifle antes de salir a buscarlo.

Josh sonrió, al parecer encantado por mi interés.

—Vance no puede soportar la brutalidad. En especial cuando esta va dirigida a los más débiles, sean humanos o animales. Si se hubiera visto en la necesidad de disparar, lo habría hecho sin pensarlo dos veces, incluso aunque en vez de un dardo anestésico el rifle hubiera estado cargado con una bala, pero este tipo de trampas le parecen crueles y cobardes.

Observé con atención a mi nuevo jefe, que seguía hablando por teléfono.

—Y ¿qué va a hacer ahora con el lobo?

Muy a mi pesar, estaba fascinada con el asombroso autodomínio del hermano de Josh. Saltaba a la vista que estaba terriblemente furioso y, sin embargo, conservaba un férreo control sobre sus emociones. De repente, me dio por pensar en el día en que Vance Bennet perdiera algo de ese control y me estremecí; solo esperaba no estar ahí para verlo.

—Está llamando a los responsables de la reserva para que vengan a buscarlo.

—Ah.

Empezaba a sentir las manos entumecidas por el frío, así que me despedí de Josh y regresé a la casa. Ya no volví a ver a ninguno de los dos hasta mucho más tarde.



Por fin había terminado mi turno en los establos. Con un suspiro de alivio, apoyé la pala con la que había estado limpiando los boxes de los caballos contra una de las paredes y noté un crujido siniestro al tratar de erguir mi anquilosada columna vertebral. Me sujeté el cuello con una mano e incliné la cabeza a uno y otro lado. ¡Dios!, me dolía todo el cuerpo.

—¿Cansada? He visto que cojeas.

Me volví y descubrí a Vance contemplándome con gesto indolente. Estaba recostado en la puerta del box de enfrente con la suela de la bota apoyada contra esa misma puerta y los pulgares enganchados en las trabillas

del pantalón. Como de costumbre, llevaba el sombrero ligeramente echado hacia atrás, lo que le daba un cierto aire de bandido libertino. Me pregunté cuánto tiempo llevaba ahí plantado.

—No me gusta que me espíen.

Se golpeó varias veces la frente con aspecto desolado.

—Me pregunto si algún día lograré recordarlo todo.

—Me temo que no tengo tiempo para este tipo de tonterías. —Cogí la zamarra que había colgado al llegar de uno de los ganchos que se utilizaban para colocar los arneses y empecé a ponérmela.

—No tan deprisa.

—He terminado mi turno. Puedes revisar los boxes si te da la gana, no creo que hayan estado jamás ni la mitad de relucientes. —Alcé la nariz en el aire en un claro desafío.

—Tú nariz es demasiado pequeña y respingona para que ese gesto sea efectivo.

—¡No es respingona! —ofendida, me llevé la mano al mencionado apéndice. En realidad, siempre había deseado tener una nariz más grande, la mía tenía un aire infantil que me restaba dignidad.

Debió notar que había tocado un tema sensible, porque cambió de asunto en el acto.

—Te dije que te enseñaría a montar, ¿recuerdas?

—Será mejor que lo dejemos para otro día. Estoy agotada.

—No te preocupes, hoy no estaremos mucho rato y prometo que mañana trataré de llegar antes. El asunto del lobo me ha tenido muy ocupado.

Fastidiada, golpeé el suelo de cemento con la bota y tuve que morderme el labio para no soltar un gemido de dolor.

—Me da igual lo que digas. No tengo ganas de montar. No puedes obligarme.

—¿No? —Arqueó una ceja perezosamente.

—¡No!

Vance soltó los dedos de las trabillas del cinturón y se hundió el sombrero hasta las cejas. Se incorporó lentamente sin dejar de mirarme, y con un movimiento tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de adivinar sus intenciones, me cogió de la cintura y me colocó encima de la silla de Ranger, que esperaba mordisqueando unos restos de paja unos metros más allá.

Me aferré con todas mis fuerzas al pomo de la silla.

—¡Bájame! ¡Bájame ahora mismo! —A pesar de que estaba aterrada, no

me atreví a gritar, temerosa de que el bicho aquel se desbocase y echara a correr conmigo encima.

—Tranquila, princesa. —Se agarró a las crines del caballo, colocó el pie izquierdo sobre el estribo y con una agilidad pasmosa en un hombre de su tamaño, subió de un salto detrás de mí—. Venga, relájate.

—¡Cómo voy a relajarme! Estoy a más de dos metros de un suelo de cemento que tiene pinta de doler si a esta bestia le da por encabritarse y aterrizo de cabeza sobre él, o imagínate que empieza a soltar coces y...

Ni siquiera terminé de verbalizar mis temores antes de agarrarme con más fuerza aún a la silla de montar, y solo cuando comprendí que el movimiento que sentía a mi espalda era la risa silenciosa de mi torturador, me atreví a abrir los ojos y a lanzarle una mirada de odio por encima del hombro.

—¡Y no te rías de mí!

—Ya sé, no te gusta.

Vance se inclinó un poco más sobre mí, cogió las riendas que colgaban flojas del cuello del caballo y las sujetó con la mano izquierda. Con suavidad, golpeó los costados de Ranger con los talones y lo obligó a avanzar al paso por el pasillo de la nave.

—Acostúmbrate al roce del cuero de la silla contra tus muslos, al movimiento de Ranger. No luches contra él. Déjate llevar, como en un baile.

La voz profunda tan cerca de mi oído, acompañada por el calor de su pecho contra mi espalda y el roce de los muslos compactos contra mis caderas, resultaba tranquilizadora y comencé a relajarme. Traté de hacer lo que él decía y me dejé llevar por el rítmico vaivén del animal. Cuando llegamos al final de la nave, Vance dio un ligero tirón de las riendas para hacer girar al caballo.

—Ahora coge tú las riendas.

Me costó abrir los dedos agarrotados y sostener las riendas como él me indicaba. Sujetarse con una sola mano a dos finas tiras de cuero resultaba mucho más aterrador que hacerlo a la silla. Me sentía completamente inestable y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para reprimir el impulso de dar un fuerte tirón hacia atrás.

—No tires, Ranger tiene la boca muy tierna —me advirtió el vaquero como si me hubiera leído la mente—. Solo tienes que espolearlo ligeramente con el talón... así, ¿ves? y él ya sabe lo que tiene que hacer.

No supe cuánto tiempo estuvimos caminando arriba y abajo del pasillo, pero cuando Vance detuvo por fin el caballo, había perdido buena parte del

miedo que había sentido al principio.

—No ha estado mal para una princesa de ciudad.

Se bajó de un salto y sin pedirme permiso me cogió por la cintura una vez más, me alzó de la silla y me depositó en el suelo. Estaba acostumbrada a que Eric me levantara en el aire durante las funciones y los entrenamientos como si no pesara más que una pluma, aunque yo sí podía sentir la tensión de sus músculos. Sin embargo, tuve la sensación de que a Vance no le costaba el menor esfuerzo.

En cuanto apoyé la pierna, fui incapaz de reprimir un gesto de dolor.

—¿Quieres que te lleve en brazos? —preguntó preocupado.

—Ni hablar, vaquero. *No me gusta* —recalqué las palabras— que me lleven y me traigan como si fuera un saco de patatas.

Me lanzó una de esas lentas sonrisas que dejaban a la vista su blanquísima dentadura.

—Te prometo que sería mucho más delicado.

—No insistas.

—Entonces, ¿te ha gustado montar a Ranger?

—Digamos que no ha estado del todo mal. —Me abroché la zamarra hasta arriba con rapidez—. Acepto que me enseñes a montar, pero, eso sí, quiero el caballo para mí sola. No me gusta compartir.

Me calé bien el sombrero y me alejé cojeando con la cabeza muy alta.

—Bueno, viejo —lo escuché decir. Al instante, me giré con curiosidad y vi que daba unas cariñosas palmadas en el cuello de Ranger, antes de agacharse para aflojar la cincha de la silla de montar—. Está claro que esta diminuta princesa nos va a dar mucha guerra.

Capítulo 7

A partir de entonces, las semanas siguieron un patrón muy parecido. Por la mañana seguía las rutinas de entrenamiento que habían sido parte de mi vida durante tantos años y, pese a que al principio el dolor era casi insoportable, ya empezaba a notar cierta mejoría. Estaba más ágil, mi paso era más seguro y hasta me había atrevido a hacer alguna pirueta sencilla. El trabajo diario en los establos, y las lecciones de equitación también contribuían al fortalecimiento de la pierna.

Además, tanto ejercicio físico me había abierto el apetito. Ahora tenía hambre a todas horas y había recuperado varios de los kilos que había perdido en los últimos meses. Los vaqueros nuevos se ajustaban de un modo seductor a mis caderas, que habían perdido los ángulos rectos hasta el punto de que, en varias ocasiones, había interceptado algunas miradas de rendida admiración masculina dirigidas a mi trasero mientras hacía mis tareas. Eso sí, al terminar el día caía en la cama como un saco de plomo y ya no me movía hasta que la alarma del móvil sonaba a la mañana siguiente.

El tiempo desde que terminaba el entrenamiento hasta la hora de comer solía emplearlo ayudando a Zoe en el despacho. Al menos, eso era lo que esta última, pobre infeliz, pensaba al despedirse de mí con una sonrisa de agradecimiento para ir a hacer el tipo de tareas que ella consideraba mil veces más interesantes y mucho más propias de una explotación ganadera.

Una vez a solas, no perdía el tiempo. En cuanto terminaba con el papeleo rutinario, me dedicaba a husmear entre los datos contables de los últimos años. Después de varios intentos, había logrado hacerme con la clave de Zoe —que tampoco era demasiado cuidadosa en lo que a seguridad informática se refería— y llevaba varios días examinando con minuciosidad el Libro de Registro de la Explotación.

Colin, el vaquero encargado de rellenar las planillas auxiliares de contabilidad que luego Zoe debía volcar en el ordenador, se había presentado

en el despacho en unas cuantas ocasiones. La primera vez, se quedó muy sorprendido al verme allí en lugar de Zoe, pero en cuanto le comenté que la estaba ayudando un poco con la contabilidad, esbozó su sonrisa más seductora y empezó a coquetear conmigo.

Al principio traté de quitármelo de encima con cierta rudeza, pero el tipo era muy insistente. Así que decidí que sería más productivo cambiar de táctica y llevarle la corriente. Cada vez que Colin se presentaba en el despacho o nos encontrábamos en los establos me esforzaba por devolverle las sonrisas, charlar con él y, de paso, hacerle unas cuantas preguntas, procurando no parecer demasiado inquisitiva. Con habilidad —por algo Buck solía mandarme de avanzadilla para sondear a los pajarracos a los que investigábamos— conseguí sonsacarle cierta información, pero en cuanto noté que empezaba a ponerse a la defensiva, no me quedó más remedio que renunciar a mis pesquisas y volver a la cháchara intrascendente, llena de insinuaciones sexuales más o menos veladas, que el vaquero consideraba irresistible.

Lo malo era que el rancho Doble B era un universo en miniatura, poblado por una colección de seres que, en mi opinión, no eran más que un hatajo de cotillas aburridos, y nuestra repentina «amistad» no pasó desapercibida para nadie.

Tuve que aguantar —procurando no rechinar los dientes— los consejos bienintencionados de Zoe, que era varios años menor que yo, previniéndome del peligro de relacionarse con vaqueros mujeriegos; los comentarios sarcásticos de Fernanda, que venían a decir poco más o menos lo mismo; las sonrisas desdeñosas de Tessa quien, a pesar de pasar más tiempo en Jackson que en el rancho, siempre estaba al tanto de los últimos chismorreos. Hasta Carol mostró preocupación por la más que probable ruptura de mi corazón; pero ya el colmo fue cuando, durante una de nuestras cotidianas lecciones de equitación, «mi jefe» se atrevió a llamarme al orden.

Estábamos en el pequeño picadero que quedaba junto a los establos. Vance me había buscado una preciosa yegua castaña y noble de la que me había enamorado a primera vista y, sorprendentemente, enseguida empecé a hacer progresos, hasta el punto de que era mi instructor el que a menudo se veía obligado a refrenar algún exceso temerario.

—¿Puedo galopar ya? —Estaba aburrida de dar vueltas y más vueltas al paso y al trote.

—No, todavía no.

En pie en el centro del picadero, Vance seguía mis evoluciones con una larga fusta de doma en la mano.

—Ya hemos hecho esto mil veces.

—Ponte más recta, las riendas más largas.

Me erguí aún más en la silla y ajusté la posición de las riendas en la mano, conteniendo las ganas de sacarle la lengua. Ese tipo tenía el don de provocar en mí ciertas reacciones que no experimentaba desde mi época de adolescente rebelde.

—A este paso nunca podré salir de este aburrido picadero.

—Deja de quejarte y no bajas la cabeza.

Obedecí apretando los dientes. Si no fuese porque era uno de los mejores profesores que había tenido jamás, ya le habría mandado al demonio unas cuantas veces.

—¿Qué es lo que hay entre Colin y tú?

La pregunta me dejó tan sorprendida que, sin querer, tiré de las riendas haciendo que la yegua cambiara el trote por un paso largo.

—No es de tu incumbencia —repliqué enojada cuando conseguí reponerme del susto y, de manera inconsciente, clavé los talones en los flancos de Maya que volvió a su trote ligero—. No me gusta que me pregunten por mi vida privada.

—Deja de dar órdenes contradictorias. La pobre Maya ya no sabe si tiene que trotar, caminar o hacer un par de volteretas.

Me incliné un poco y acaricié las crines castaño claro sintiéndome ligeramente culpable, pero enseguida volví a alzar la cabeza desafiante.

—No tienes ningún derecho a preguntarme por mi vida privada.

—Eres mi empleada, no me gustaría que acabaras con una depresión por enredarte en una relación sin futuro con un vaquero que no tiene la más mínima intención de sentar la cabeza. Tu rendimiento bajaría.

—Tú no eres mi padre ni tienes ninguna autoridad sobre mí. —Estaba furiosa, pero controlé el volumen de mi voz para no asustar a la yegua—. Así que me enredaré en todas las relaciones, con futuro o sin él, que me de la gana sin pedirte permiso.

—Entonces, ¿ya has olvidado a Eric?

Esta vez, el tirón fue tan brusco que la yegua se detuvo en seco y estuve a punto de salir despedida por encima de la cabeza del animal. Al instante, Vance estuvo a mi lado y con escasa delicadeza volvió a meter en el estribo el pie que se me había soltado.

—Te he dicho una y mil veces, Aisha Brooks, que cuando montas a caballo no puedes distraerte ni un minuto. Hasta el animal más dócil puede reaccionar de forma imprevista y pillarte con la guardia baja.

Lo miré con expresión ultrajada.

—Has sido tú el que ha machacado mi concentración con tus preguntas. ¿Quién te ha hablado...? —Noté que la voz no me salía muy firme y me aclaré la garganta antes de continuar—: ¿Quién te ha hablado de Eric?

—Te vi con él aquella vez, ¿recuerdas? Raff me contó que habíais acabado mal, aunque desconocía los detalles. Me dijo que fue la ruptura de vuestra relación lo que acabó de hundirte.

Me mordí el labio con fuerza; de pronto, había perdido la capacidad de replicar con mi habitual chulería.

—Estoy cansada —dije sin entonación, y sin esperar a que me ayudara como hacía siempre, me bajé sola del caballo teniendo buen cuidado de no aterrizar sobre la pierna mala—. Voy a llevar a Maya a su establo.

Alargué el brazo y cogí las riendas del caballo, pero él no se apartó.

—Aisha.

Me pareció que su tono estaba cargado de compasión, por lo que mantuve la cabeza baja. No soportaba que la gente me mirase con lástima. Sin embargo, Vance colocó un dedo debajo de mi barbilla y, con suavidad, me obligó a mirarlo a los ojos.

—Ya veo que ni Colin ni... nadie —me extrañó ese ligero titubeo, pero lo olvidé de inmediato— tiene nada que hacer contigo.

—No es de tu incumbencia —repetí, aunque en esta ocasión las palabras estaban libres del fuego con el que las había pronunciado poco antes.

Después de mirarme con fijeza durante unos segundos, Vance me soltó y se hizo a un lado.

—No te preocupes por Maya, yo me ocuparé de ella.

Asentí y me alejé con la cabeza gacha. Al llegar a la casa me pasé por la cocina donde Fernanda canturreaba sin dejar de revolver el contenido de la olla que tenía al fuego. Le pregunté si podía hacerme un sándwich. Estaba demasiado cansada para esperar a la cena, expliqué, y quería irme a dormir cuanto antes.

La cocinera observó mi aspecto apagado con el ceño fruncido y, por una vez, no dijo nada. Ella misma me preparó un gigantesco sándwich de tres pisos que dejó encima de la mesa, luego sacó un vaso de la alacena y lo llenó hasta arriba de agua fría. Le di las gracias y empecé a comer en silencio, sin

percatarme de las miradas de preocupación que me lanzaba la mujer a cada rato. Cuando terminé, fregué los cubiertos que había usado, volví a darle las gracias y me despedí.

—Hum. —La escuché decir en voz alta—. No me gusta nada ver a la señoritinga tan mansa. ¿No será que se va a poner enferma? Habrá que vigilarla.

Ya en mi cuarto, me puse el pijama, me lavé los dientes, me tumbé de espaldas sobre el colchón y repetí en un susurro las mismas palabras que había pronunciado Vance:

—Entonces, ¿ya has olvidado a Eric?

Olvidar a Eric. Olvidar al único hombre con el que había hecho el amor. Olvidar el cuerpo fuerte y enjuto que había recorrido desde todos los ángulos con las yemas de los dedos. Olvidar el tacto de los cabellos rubios —más suaves aún que los míos— que él solía llevar recogidos en un moño. Olvidar la pasión que habíamos compartido el uno por el otro y, sobre todo, por la danza.

Lancé una carcajada que no tenía nada de alegre.

Olvidar... jamás sería capaz de olvidarlo.



Al día siguiente hice mis ejercicios como de costumbre, pero cuando terminé, no recogí mis cosas y me fui a duchar como solía, sino que cambié la lista de reproducción del móvil y, en vez de la música cañera que había estado escuchando hasta entonces, sonaron los primeros acordes de *Don Quixote*.

Me quedé inmóvil agarrada a la barra y dejé que la música que tanto amaba me recorriera desde la cabeza a los pies recargándome de energía hasta que, de pronto, me solté y empecé a bailar. Ni siquiera tenía que pensar en los pasos; después de años y años, de miles de días y millones de horas de práctica, estaban grabados a fuego en mi cuerpo.

La música me transportó de nuevo a la sala de *ballet* de Los Ángeles y me olvidé de todo lo demás. Perdida por completo en el baile, me lancé a hacer un *grand jeté* igual que había hecho en innumerables ocasiones. A más de metro y medio del suelo, con una pierna completamente estirada hacia delante y la otra hacia atrás, me sentí volar, pero, justo entonces, la indeseada realidad hizo acto de presencia con su rudeza habitual, y al posar la pierna mala en el suelo esta cedió y caí de bruces contra el suelo.

Sin embargo, no fue el dolor cegador que subió desde el empeine hasta la ingle lo que me hizo prorrumpir en desgarradores sollozos. Lo que me destrozó fue comprobar, una vez más, que nunca recuperaría lo que perdí: ni el *ballet* ni los aplausos ni, por supuesto, a Eric.

Apenas me percaté cuando unos brazos fuertes me levantaron del suelo y me obligaron a recostarme contra un pecho poderoso enfundado en una suave camisa de franela. Con los puños apretados contra ese mismo pecho, seguí llorando con una intensidad desconocida hasta entonces. La persona que me sujetaba no dijo una sola palabra, sino que se limitó estrecharme con fuerza mientras mi cuerpo se sacudía con unos sollozos tan violentos, que pensé que me partirían por la mitad.

No fue hasta mucho más tarde que la potencia de mi llanto comenzó a disminuir. Yo seguía recostada contra ese pecho acogedor, con los ojos cerrados y los puños apretados. De vez en cuando, se me escapaba un hipido incontrolado que me hacía estremecer, pero a pesar del embotamiento de mi cerebro, empecé a captar más detalles de lo que ocurría a mi alrededor.

Lo primero que noté fue que estaba sentada sobre el regazo de alguien y la humedad de la tela sobre la que apoyaba la mejilla, en contraste con el calor que irradiaba la piel que cubría. Luego percibí el aroma de la persona que me sujetaba; una mezcla a jabón, gel de afeitar, cuero y caballo que me resultaba demasiado familiar.

—¿Vance? —susurré, demasiado exhausta para abrir los párpados.

No lograba entender qué hacía el dueño del Doble B allí a esas horas, pero tampoco me apetecía preguntar.

—¿Quién creías que era?

—Nadie.

—Pareces decepcionada.

Me encogí de hombros, pero seguí recostada contra él.

—¿Cómo está tu pierna?

—Bien.

—No me mientas, Aisha, lo he visto todo y no ha sido una buena caída. Sé que debes estar muerta de dolor.

No lo negué. Tampoco levanté la cabeza. Estaba bien así, recostada contra él. El calor de su cuerpo era reconfortante y no tenía ganas de hablar.

—Aisha... —comprendí que él seguiría insistiendo hasta obtener respuestas satisfactorias.

—Me he lesionado suficientes veces para saber si la cosa es grave. No ha

sido nada.

—Entonces, dime por qué llorabas como si se te hubiera roto algo por dentro.

Y, de pronto, me encontré contándole lo que jamás había contado a nadie, ni siquiera a mi hermano Raff.

Le hablé del momento en el que desperté desorientada en la habitación del hospital; del dolor enloquecedor que ni siquiera los analgésicos más potentes lograban calmar; del diplomático discurso con el que el cirujano que me había operado y me había salvado la pierna me comunicó que mi carrera como bailarina había terminado; de la lástima que leí en las pupilas de los compañeros que iban a visitarme; del modo en que Eric, con el que llevaba conviviendo un par de años, desviaba de inmediato la mirada cuando sus ojos se posaban por casualidad en la pierna herida; de las horas interminables que pasé encerrada en el pequeño apartamento que compartíamos, con la vista clavada en la pared tratando de no pensar; de los primeros pasos con las muletas; del dolor, del horrible dolor que nunca cesaba; de mi desesperación; del modo patético en que me arrastré los meses siguientes, enganchada a los calmantes, con la cabeza embotada; del penoso tratamiento que mi hermano Raff me pagó en una costosa clínica de desintoxicación frecuentada por un montón de famosos; de mi recaída; de mi nuevo internamiento; del juramento que me hice a mí misma y firmé con sangre —en el sentido literal, porque me clavé un alfiler en la yema del pulgar igual que hacía cuando era una niña— de que saldría adelante y le devolvería a Raff hasta el último centavo; de mi trabajo en aquella agencia de detectives de mala muerte que, sin embargo, me sacó de mi letargo; del día que llegué a casa y me encontré a Eric con Antea, una de las bailarinas de la compañía y mi más directa rival, en mi cama y comprendí que él lo había hecho a propósito para que me enterase de una vez. Le hablé de la mirada inexpresiva de mi novio cuando le eché en cara que era demasiado cobarde para decírmelo a la cara y me soltó, sin rastro de emoción, que la danza era su vida y que no podía soportar un día más mis movimientos torpes...

Cuando llegué al falso intento de suicidio y la decisión del juez que me había llevado hasta el rancho me detuve; él ya conocía esa parte de la historia y yo tenía la garganta irritada de tanto hablar.

Entonces se hizo un profundo silencio, y me quedé muy quieta, sintiendo el mismo alivio que si esa historia hubiera sido un grano gigantesco, que al reventar hubiera expulsado de golpe todo el pus que acumulaba en su interior.

Pasó un buen rato hasta que Vance, que no había dicho una palabra en todo ese tiempo, habló en tono ligero:

—Te haría una propuesta, pero no quiero que te lo tomes a mal.

—¿Una propuesta? —Abrí los ojos; de pronto sentía una vaga curiosidad.

—Sé que habrías preferido mil veces que Eric estuviera en mi lugar y lo entiendo, claro. Por mucho que se haya portado como un bastardo hijo de perra —me puse rígida, pero no se detuvo—, la persona que amas no está a tu lado para ofrecerte consuelo.

—No hay que ser muy listo para darse cuenta —repliqué con un rastro de mi antigua agresividad.

—Me ofrezco voluntario.

—¿Voluntario? —fruncí la nariz, desconcertada. ¿Podía saberse de qué hablaba ahora ese hombre?

—Para consolarte.

—Estoy bien.

—Soy muy bueno.

Aquella conversación de tintes absurdos después del dramatismo anterior hizo que me incorporara y lo mirase a la cara.

—¿Qué es lo que me estás ofreciendo, exactamente?

Ahora fue el turno de él de encogerse de hombros.

—Nada. Lo típico; un abrazo, algún beso...

—Un beso. —Lo miré desconcertada—. ¿Quieres besarme?

—Solo para ayudarte a superar tu tristeza.

Ese vaquero, ¿se creía que yo había nacido ayer? Estaba a punto de ponerme en pie y largarme a mi dormitorio a lamerme las heridas en paz, cuando se me ocurrió que Eric era el único hombre al que había besado en mi vida. A mi edad sonaba ridículo, pero el mundo de la danza era eminentemente femenino. La mayoría de los bailarines eran homosexuales, aunque por el modo en que me miraban los pocos que conocía a los que no les gustaban los hombres, me daba cuenta de que les resultaba atractiva. Claro que eso había sido hacía un par de siglos; en los últimos tiempos me sentía tan atractiva como un zombie descarnado.

Clavé los ojos en la boca de Vance con curiosidad. Era más ancha que la de Eric y tenía los labios más finos, lo que producía una impresión general de firmeza, acentuada por la barbilla enérgica, con un hoyuelo casi imperceptible en el centro. No debía haberse afeitado por la mañana porque,

al contrario que mi ex, que apenas tenía que pasarse la maquinilla un par de veces cada quince días, lucía unos cañones oscuros en las mejillas que no estaban el día anterior. En conjunto era una boca atractiva. Podría decirse, incluso, que era una boca «besable».

—¿Has decidido algo o solo vas a mirar?

—Está bien.

—¿Está bien?

—Que puedes besarme.

Vance puso sus grandes manos una a cada lado de mi cara y se me quedó mirando fijamente.

—Estás pálida y tienes los ojos muy rojos.

—Se supone que tienes que consolarme, no hacerme sentir peor.

—Tienes razón, perdona. A pesar de ello —prosiguió—, eres una de las mujeres más bonitas que he visto en mi vida.

—Tampoco exageres. ¿Vas a besarme o no? No tengo todo el día y me imagino que tú tampoco.

—Claro, claro. Voy.

Se inclinó hacia adelante, pero se detuvo a unos centímetros de mi boca.

—¿Sabes, Aisha? —Su cálido aliento rozó mis labios—. Estas cosas funcionan mejor si te relajas un poco.

Me di cuenta de que había apretado los párpados con fuerza y de que mis puños presionaban contra mis muslos, así que opté por seguir su consejo y traté de relajarme. Entonces, su boca se posó sobre la mía con extraordinaria suavidad y noté que sonreía. Me fastidió que se riera de mí, pero descarté la idea de enfadarme con él y me concentré en el beso.

Lo primero que me sorprendió fue la delicadeza de sus labios. Vance era un tipo imponente y, aunque, para ser sincera, no me había dado tiempo a darle muchas vueltas al asunto, había pensado que sus besos tendrían un matiz de rudeza. La sensación, en cambio, resultaba bastante fraternal; como darle un beso a un buen amigo o a Raff.

Sin darme cuenta, me relajé un poquito más y coloqué las manos sobre sus hombros. Eran unos hombros muy anchos y podía notar la dureza de los músculos por debajo de la camisa de franela. Vance enredó los dedos en mis cabellos y me atrajo un poco más hacia sí, hasta que nuestros pechos estuvieron en contacto. No me resistí; era agradable sentir el calor de aquel cuerpo tan viril pegado al mío. Entrelacé las manos detrás de su nuca, y la punta de la lengua de Vance dibujó el contorno de mi boca, juguetona,

incitándome a separar los labios y, entonces... entonces...

La verdad es que nunca supe muy bien qué fue lo que sucedió entonces. De repente, la calma, la placidez, incluso el leve sopor que había experimentado hasta ese momento, saltaron por los aires. Ahora la boca masculina se ceñía a la mía mientras su lengua exploraba la suave humedad del interior con una pasión tan repentina como inesperada que anuló en el acto cualquier pensamiento racional. De golpe había dejado de ser una mujer vagamente pasiva que analizaba con desapego hasta la última de sus sensaciones. Estaba tan excitada, que la receptividad de mis terminaciones nerviosas se había agudizado hasta un punto casi doloroso. Asustada por semejante reacción, que no habría previsto ni en un millar de años, apoyé las palmas de las manos contra el pecho de Vance y lo empujé.

Al instante dejó de besarme, echó la cabeza hacia atrás y me miró a los ojos. Los suyos tenían un tono más verde que nunca y fui incapaz de adivinar lo que en ese momento pasaba por su cabeza.

—¿Ya estás mejor? —sonrió solícito.

Se le veía tan calmado y dueño de sí, que me pregunté si solo yo había sentido aquel extraño ardor. A lo mejor lo había imaginado todo; lo cierto era que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había besado a alguien.

—Sí, mucho mejor, gracias —pronuncié la educada respuesta con una serenidad que a mí misma me sorprendió.

Vance me alzó a pulso de su regazo y me sentó en el suelo, antes de ponerse en pie e inclinarse para ayudarme.

—¿Puedes apoyar el pie?

—Ya te he dicho que no es nada. —En cuanto apoyé la pierna mala noté un doloroso calambre que desmintió mi afirmación tan tajante.

—Ya veo. —Chasqueó la lengua con desaprobación, se agachó y me alzó en el aire.

—¡Puedo andar! No me gusta...

—No te gusta que te ayuden. —Terminó la frase por mí, tan exasperante como de costumbre.

Me mordí el labio fastidiada, pero le rodeé el cuello con los brazos.

—No iba a decir eso. Iba a decir que no me gusta que me lleven en brazos —Sin soltarme, Vance se inclinó y abrió la puerta de mi cuarto.

—Bueno, es más o menos lo mismo ¿no?

Me depositó sobre el colchón con extrema delicadeza.

—Hoy no trabajarás en el establo y quedan canceladas las clases de equitación hasta nueva orden.

—Estoy bien, de verd... —empecé a protestar una vez más, pero él colocó un dedo debajo de mi barbilla y me obligó a levantar el rostro con un gesto imperioso.

—Túmbate y descansa. Vendré a buscarte a la hora de comer. Si no te encuentras mejor para entonces, te llevaré a Jackson a que te miren la pierna, ¿entendido?

Estaba más claro que el agua que no iba a dar su brazo a torcer, así que me vi obligada a asentir con la cabeza.

Al notar mi renuencia, esbozó una sonrisa y se dirigió a la puerta.

—Vance...

Mi voz lo detuvo en el acto y, con el pomo en la mano, se giró hacia mí.

—Gracias.

Las arrugas de las comisuras de sus ojos se marcaron un poco más, pero no dijo una palabra. Solo abrió la puerta y salió del dormitorio.

Capítulo 8

Los días que siguieron apenas vi a Vance, lo cual me alegró bastante. No podía evitar sentirme un poco incómoda en su presencia, a pesar de que hacía como si lo que había pasado en la habitación que hacía las veces de sala de *ballet* —tanto mi patética confesión, como aquel beso sorprendente— no hubiera ocurrido jamás.

Como había anunciado Al, la parición de primavera había comenzado y todos en el rancho estaban desbordados de trabajo. Los terneros solían nacer cuando el rebaño descansaba, por lo que el truco consistía en alimentar a las vacas preñadas bien entrada la noche para que los partos se produjeran a primera hora de la mañana. Con este sistema los trabajadores al menos podían dormir un poco entre ronda y ronda y, si surgían complicaciones, evitaba tener que arrancar al veterinario de la cama a horas intempestivas. A pesar de ello, Vance se había visto obligado a levantarse de la mesa en mitad de la cena en dos ocasiones para ir a ayudar a una vaquilla primeriza, que eran las que más dificultades tenían a la hora del parto.

A cualquier hora del día o de la noche, en la cocina estaban siempre listas grandes cantidades de café y caldo bien calientes. Fernanda y Carol tampoco daban abasto preparando sándwiches y hamburguesas, pues con tantas horas extras los trabajadores andaban siempre hambrientos. Me alegré de no tener que encargarme ya de esas tareas; la cocina nunca había sido mi fuerte.

Sin embargo, yo también trabajaba de firme. Como le había dicho a Vance el día que me pilló llorando, solo había sido el golpe; por lo que, tras un par de días de reposo, había vuelto a mis rutinas y no sentía más molestias en la pierna que las habituales. Uno de mis cometidos era limpiar los corrales donde estaban las vaquillas. Cada dos días, con ayuda de una pala y una carretilla, tenía que recoger los restos de paja y bosta, y poner una nueva cama de paja limpia.

Al principio las vaquillas me daban pavor y procuraba trabajar lo más lejos posible del hato de reses. A una de ellas, más curiosa y valiente que el resto, le dio por seguirme a todas partes y, en cuanto me descuidaba, me daba un ligero topetazo en el trasero y me arrojaba al suelo. La primera vez me había levantado a toda prisa y había corrido despavorida a ponerme a salvo detrás de la valla. Desde allí había amenazado al animal con la pala mientras trataba de ignorar las carcajadas incontroladas de Al y Colin, que habían sido testigos de la humillante escena.

Sin embargo, después de la tercera vez que acabé de rodillas sobre el barro había llegado a un acuerdo con ella: yo le traería todos los días un poco de sal y, a cambio, Maléfica —que era el nombre con el que la había bautizado— dejaría de jugar a ese juego tan molesto. A Al, que procuraba estar cerca siempre que me acercaba al corral de las vaquillas, aquella conversación tan seria le había hecho llorar de risa; pero para su sorpresa, la pequeña Maléfica lo entendió a la primera y a partir de entonces se limitó a perseguirme de un lado a otro del corral, con los amorosos ojos castaños clavados en mí.

Por eso, cuando una semana después no vino corriendo a recibirme me preocupé. Me acerqué a ella y le tendí la mano, con un poco de sal en la palma; pero ese día la rechazó. La estuve observando mientras terminaba de extender una nueva cama de paja en el corral. Estaba muy rara. Caminaba sin rumbo de un lado a otro del corral y a menudo la veía manotear o escarbar en el suelo. Preocupada, se lo comenté a Al que, al momento, se acercó a examinarla.

—No hay dilatación del canal del parto. Creo que a Maléfica aún le quedan unos cuantos días para convertirse en mamá.

—Está muy rara.

—Es normal con las primerizas, no te preocupes.

Al continuó con sus quehaceres sin dejar de silbar, pero yo seguía inquieta.

Esa tarde tampoco hubo lección de equitación. Uno de los caballos había patinado en una placa de hielo, y el vaquero que lo montaba había salido despedido y se había roto una pierna. Vance había tenido que llevarlo al hospital de Jackson; desde allí había llamado a Josh y le había dicho que la cosa iba para largo y que no lo esperásemos para cenar.

Miré el reloj del móvil; la una de la madrugada y seguía dando vueltas en la cama. Aparté las sábanas, me levanté, me vestí y salí del dormitorio

procurando no hacer ningún ruido. Me subí bien el cuello de la pelliza y caminé en dirección a los establos encogida por el frío. La luz de la luna llena alumbraba el camino y le daba a la tierra cubierta de nieve un aire fantasmal. En cuanto me acerqué al corral oí un mugido angustioso y supe que algo no iba bien. Maléfica, de pie en un rincón, mugía desesperada sin dejar de chasquear la cola. Me acerqué a ella despacio y le palmeé el cuello tratando de tranquilizarla, pero era obvio que algo no iba bien.

—Espera aquí —dije estúpidamente, cómo si la pobre fuera a irse a algún sitio—. Voy a buscar ayuda.

Corrí de nuevo hacia a la casa, subí los escalones de dos en dos y golpeé la puerta del dormitorio de Vance, pero no hubo respuesta. Impaciente, giré el pomo y, con la única guía de los rayos de luna que entraban por la ventana, me acerqué hasta la cama.

—¡Vance! ¡Vance despierta! —susurré, pero el vaquero ni siquiera se movió.

Me acerqué más y lo sacudí por el hombro.

—¡Vance!

—¿Aisha? —preguntó adormilado.

Pero, antes de que me diera tiempo a explicarle qué hacía allí, me agarró de la cintura y me arrojó de espaldas sobre la cama.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo antes de tenderse sobre mí y empezar a besarme apasionadamente.

Aturdida por su inesperada maniobra, tardé unos minutos en reaccionar, aunque mi mente, que iba por libre, tuvo tiempo suficiente para llegar a la conclusión de que Vance Bennet dormía desnudo a pesar del frío.

Cuando recuperé por fin mis perdidas facultades, desvié el rostro y lo empujé con fuerza; su pecho desnudo irradiaba un calor increíble. ¡Por Dios!, ese hombre era una estufa humana.

—¡Suéltame, Vance! —ordené, aunque noté que mi voz no era tan firme como me hubiera gustado—. No estoy aquí por eso.

Vance se sostenía sobre los antebrazos y aunque ya no me besaba, su cuerpo seguía cubriendo el mío y su rostro estaba demasiado cerca.

—¿No? Vaya, qué terrible confusión. Perdóname, no sé que decir. Estoy profundamente avergonzado. —A pesar de su tono compungido y de que no podía distinguir su expresión en la penumbra, sabía que el muy idiota estaba sonriendo.

—Es Maléfica.

—¿Tu amiga la vaca?

Al parecer en ese rancho las noticias volaban.

—Creo que está de parto y tiene problemas.

Vance se puso serio al instante y se levantó de un salto.

—Hice una ronda al volver del hospital y estaba todo tranquilo.

Empezó a vestirse a toda prisa y di gracias al cielo por aquella semioscuridad que me impedía ver su desnudez. Estaba claro que para ese vaquero exhibicionista el concepto del pudor no tenía demasiada importancia.

—Vamos.

Se inclinó sobre mí, me agarró de la mano y me ayudó a levantarme. Corrimos de nuevo en dirección al establo, Vance superó la valla del corral de un salto y yo le seguí más despacio. Al llegar junto a la vaca, vimos que por el canal del parto ya asomaban las patas delanteras del feto.

—Hum.

Aquel simple sonido se me antojó un presagio funesto.

—¿Qué ocurre? —Estaba asustada, se notaba que el animal estaba sufriendo y, aunque imaginaba que hasta cierto punto eso era lo normal, no estaba segura.

—El ternero es grande y es el primer parto de Maléfica.

—Pues haz algo, ¡rápido!

—Por ahora tendremos que limitarnos a esperar. —¿Esperar? ¿Qué tipo de solución era aquella? Ya abría la boca dispuesta a protestar, pero él me detuvo con un gesto de la mano—. Prepararé algunas cosas mientras tú vas a la cocina y traes un termo lleno de café bien caliente. Va a ser una noche muy larga.

Asentí con la cabeza, contenta de tener algo que hacer y volé hacia la cocina. Cuando volví vi que Vance había acercado un barreño lleno de agua, unos botes de plástico y un maletín de cuero bastante desgastado, y ahora esperaba sentado sobre la paja con la espalda apoyada contra la valla y los ojos cerrados. Comprendí que debía de estar agotado y me sentí ligeramente culpable, pero al oír el mugido de dolor de Maléfica, mi sentimiento de culpabilidad se desvaneció en el acto.

—¿Vas a quedarte ahí parado?

El vaquero abrió los ojos despacio y me lanzó una mirada inescrutable.

—Ah, café, justo lo que necesitaba. —Satisfecho, se echó el sombrero hacia atrás como si no hubiera escuchado mi tono.

Apreté los labios para no soltarle una fresca y me senté junto a él.

Desenrosqué el tapón y vertí un poco de café en el vaso de plástico.

—Toma.

Se lo tendí con un gesto no demasiado amigable. Él dio un largo trago con los ojos cerrados y me lo pasó de nuevo.

—Delicioso, bebe un poco. —Miré el vaso dubitativa y añadió burlón—: No creo que te vayas a envenenar. Recuerda que ya hemos intercambiado saliva un par de veces.

Noté que me ponía roja, pero preferí no contestar. Cogí el vaso y bebí. Vance tenía razón, estaba delicioso y el café caliente me entonó. Volvimos a quedarnos en silencio. Yo me rebullía inquieta y él debió notarlo, porque me pasó el brazo por encima de los hombros y me dijo con esa tranquilidad que me ponía de los nervios:

—Tenemos que esperar un poco más. Si vemos que el parto no prospera, habrá que intervenir.

Apoyó la cabeza contra uno de los maderos de la valla, se caló el sombrero hasta los ojos y los cerró. Me pareció muy poco amable de su parte que se pusiera a dormir como si no tuviera una preocupación en el mundo. Por una vez, no dije nada; tampoco me liberé de su brazo. Hacía frío en aquel establo y su cuerpo desprendía más calorías que un radiador.

—Voy a ver cómo va.

Su voz profunda me sobresaltó y comprendí que me había quedado dormida acurrucada contra él.

Vance se puso en pie, se acercó a Maléfica que se había tumbado sobre la paja y la examinó. Lo vi negar con la cabeza y se me hizo un nudo en el estómago.

—Me temo que esto no avanza.

Se desabrochó la pelliza, se la quitó y la colgó de uno de los postes. Luego abrió el maletín sacó un guante y se lo puso; le llegaba casi hasta el hombro. Con una esponja, lavó con agua y jabón la zona de la vaca por donde asomaba el ternero, antes de untarse la mano y el brazo del guante con lubricante.

—Vas a tener que ayudarme.

—¿Yo? —Estaba horrorizada, pero le dio igual.

—Ponte unos guantes.

Comprendí que no era un buen momento para discutir, así que yo también me desabotoné la pelliza y me la quité. Luego saqué del maletín unos guantes normales de látex. Las manos me temblaban tanto que estuve a

punto de dejar caer uno de ellos. Cuando por fin conseguí meter cada dedo en su sitio, me volví hacia Vance y, al ver que su mano y parte de su brazo andaban perdidos en algún rincón del interior de Maléfica, no pude reprimir un escalofrío.

—Tenemos suerte. El feto está bien colocado, pero sus caderas se han quedado atascadas en la pelvis de la madre. Ayúdame a tumbar a Maléfica sobre el costado.

Empujando, conseguimos que la vaca rodara hasta tenderse de costado y resoplé, aliviada. Ya no notaba el frío, al contrario, estaba sudando y tuve que secarme la frente con la manga del jersey.

—¿Y ahora?

—Ahora el ternero ya tiene más espacio para rotar un poco y liberar sus caderas. —Volvió a meter las manos en el interior de la vaca, que mugía desesperada, para comprobar la posición—. Creo que ya está. Pásame los lazos obstétricos.

Lazos obstétricos. ¿Pero qué se pensaba ese hombre? ¿Que me había pasado la vida atendiendo partos de vacas? Frenética, busqué en el maletín y encontré una especie de lazos metálicos.

—¿Estos?

—Sí, claro.

Me hizo un gesto impaciente, como si fuera la persona más ignorante con la que se hubiera topado jamás. Si no hubiera sido porque la pobre Maléfica lo estaba pasando fatal, le hubiera dejado muy clarito lo que pensaba de los sabelotodo como él.

Colocó un lazo alrededor de cada una de las patas del ternero y me tendió uno de ellos.

—Cuando yo te diga, tiras.

A pesar de mi nerviosismo fuimos alternando los tirones, acompasándolos al ritmo de los pujos de la vaquilla hasta que, con un empujón final, el ternero salió disparado, envuelto en la placenta. Vance se agachó junto a él, lo liberó de la bolsa pegajosa y empezó a limpiarle la nariz de fluidos.

—Coge un puñado de paja y frótale el pecho.

Le obedecí sin rechistar y unos segundos después el animal empezó a respirar.

—Está respirando.

Entonces escuché el mugido lastimero de la madre que se había

levantado. De inmediato, Vance cogió al ternero, lo puso a su lado y Maléfica empezó a limpiar al recién nacido con vigorosos lengüetazos. Pocos minutos después, ya casi seco, consiguió ponerse en pie después de varios intentos y empezó a mamar con ansia.

Yo observaba aquel pequeño milagro maravillada, incapaz de creer aún el papel estelar que habíamos tenido Vance y yo en todo aquello. En ese momento noté el peso de las manos del vaquero sobre mis hombros, volví el rostro hacia él y le lancé una sonrisa cansada, pero feliz.

—Lo conseguimos.

—Lo conseguimos. —Me devolvió la sonrisa y me hizo girar hasta que quedamos frente a frente.

Por unos segundos eternos, pensé que iba a besarme y noté una extraña sensación en la boca del estómago. Los ojos verdes estaban fijos en mis labios y su cabeza, cubierta por el omnipresente sombrero, empezó a descender centímetro a centímetro hacia mí. Cerré los párpados, anticipando el contacto de sus labios, pero, de improvviso, me soltó y dio un paso atrás.

—Será mejor que tratemos de dormir un par de horas antes de que amanezca.

Abrí los ojos en el acto, sorprendida por la frustración que sentía. Vance Bennet no me interesaba lo más mínimo, me dije enojada. No era más que el hombre que había aceptado mi presencia en su rancho unos meses para hacerle un favor a un amigo. No debía olvidarlo. Aún no me había recuperado de lo de Eric y, desde luego, no estaba preparada para tener una aventura insustancial con un vaquero con el que no tenía nada en común, por muy atractivo que estuviera, a pesar de la barba crecida y de su aspecto fatigado, después de traer al mundo a un ternero.

—Tienes razón, estoy agotada.

Le ayudé a recogerlo todo y caminamos en silencio hasta la casa.

—Buenas noches.

—Buenas noches. —Entré en mi dormitorio sin mirarlo y cerré la puerta.



Durante un par de días, evité a Vance en lo posible. Sabía que debía hablar con él cuanto antes sobre lo que había averiguado al revisar los libros de contabilidad, pero con todo el lío que había en el rancho y las pocas ganas de armar jaleo que tenía ahora que empezaba a encontrarme más a gusto allí, llevaba días retrasándolo. Además, al igual que mi hermano, el vaquero no

estaba en mi lista de popularidad, precisamente. Sin embargo, no podía negar que se había portado muy bien conmigo y que se lo debía.

Así que una noche después de cenar, fui a verlo al despacho. Golpeé la puerta con los nudillos un par de veces y entré sin esperar respuesta. Vance alzó la vista de los papeles que examinaba en ese momento y me sorprendió ver que llevaba unas gafas de montura negra.

—Pasa, Aisha. —Me invitó con ironía, al verme acercar una silla y sentarme frente a él.

—Tengo que hablar contigo. —Y sin transición añadí, muerta de curiosidad—: ¿Desde cuándo usas gafas?

Se pasó una mano por el pelo revuelto y sonrió.

—Veo muy bien de lejos, pero desde la adolescencia he necesitado gafas para leer.

Negué con la cabeza.

—No te pegan nada. —En realidad, le quedaban muy bien—. No van con tu treinta por ciento de sangre *sioux*.

—Tienes razón, me temo que es mi veinte por ciento alemán. Una pandilla de ingenieros estudiosos y aburridos. ¿De qué querías hablar conmigo?

—¿Tienes mucho lío? —Sin contestar, señalé el montón de papeles—. Puedo venir en otro momento.

Con un suspiro, se recostó contra el respaldo del sillón y se masajeó el puente de la nariz con un gesto de cansancio.

—Tengo tanto papeleo atrasado que no creo que perder unos pocos minutos charlando contigo supongan ninguna diferencia. Por cierto, quería darte las gracias. Zoe me dijo que la estás ayudando con la contabilidad.

Me encogí de hombros.

—Al contrario que a ella, a mí me gusta.

—Tienes razón, no le gusta nada y yo apenas tengo tiempo de comprobar su labor. Estuve meses buscando a alguien que quisiera ocuparse del papeleo mientras Josh se saca el título. Lo malo es que, al parecer, el Doble B es sinónimo del fin del mundo para los jóvenes con aspiraciones y mi hermano no tienen ninguna prisa por terminar sus estudios, así que convencí a Zoe de que sería algo temporal, pero...

—Pero se ha dado cuenta de que la cosa va para largo y no está nada contenta. —Fui yo la que acabó la frase por él, para variar.

—Exacto.

—Precisamente de eso quería hablarte. He detectado algunos movimientos extraños en los libros.

Me miró con el ceño fruncido y comprendí que había logrado sorprenderlo.

—¿Movimientos extraños?

Decidí no andarme con rodeos.

—Desde hace un par de años, la mortalidad en la explotación ha aumentado casi un 5% sin motivo aparente. Por lo que he podido averiguar, en los últimos tiempos el Doble B no ha sido especialmente castigado con las enfermedades propias del ganado. También el número de cabezas de ganado que se utilizan para consumo interno se ha multiplicado por tres a pesar de que los empleados no han aumentado en un número igualmente significativo.

—¿Tienes pruebas?

Me dirigí a la otra mesa y empecé a teclear con rapidez en el ordenador. Vance se asomó por encima de mi hombro para ver la pantalla y ese aroma a cuero, a caballo, a aire puro... en definitiva, a él mismo, se me subió a la cabeza. Molesta conmigo misma, hice un esfuerzo para dejarme de tonterías y concentrarme en lo que estaba haciendo.

Le enseñé la comparativa que había hecho con los datos de los últimos cinco años. Durante casi una hora repasamos los asientos contables dudosos y el Libro de Registro de la explotación. Vance se mostró muy minucioso en todo momento, quería asegurarse de que mis sospechas no habían surgido de unos cuantos errores sin importancia. Finalmente, pareció convencido.

—No es difícil imaginar quién está detrás de esto. —Apretó los labios, se notaba que estaba muy enfadado, pero, como de costumbre, no había alzado la voz.

—¿Colin?

—Sí, Colin, con la ayuda de alguien, claro está. También tengo mis sospechas en ese sentido.

—Pero es pariente tuyo, ¿no?

—Muy lejano, su padre era primo segundo del mío. Colin llevaba años vagando de rancho en rancho, y fue su madre la que me rogó que le diera un empleo estable. Es un buen vaquero aunque, ahora me doy cuenta, no demasiado honrado.

—¿Qué vas a hacer?

Me miró divertido.

—Lo consultaré con la almohada, estoy cansado.

—Pero...

—Será mejor que tú también te vayas a dormir. —Con el pulgar repasó mi labio inferior en una caricia casi imperceptible que, sin embargo, me provocó un pequeño escalofrío. Aparté la cabeza en el acto.

—¿No vas a...?

—A dormir, Aisha.

Al parecer ese era todo el agradecimiento que iba a recibir. Indignada, me di media vuelta para salir del despacho, pero su voz me detuvo antes de llegar a la puerta.

—Aisha.

Me volví con la barbilla en el aire.

—Te debo una, princesa.

Puse los ojos en blanco y di un buen portazo al salir.

Capítulo 9

La primavera se afianzó por fin. Las temperaturas subían sin prisa pero sin pausa, y la nieve empezó a derretirse con rapidez. Algunas flores asomaron tímidamente la cabeza y los partos de las vacas se fueron espaciando en el tiempo, hasta que un día Al anunció que la parición había terminado.

Desde que se enteraron de que había ayudado a traer un ternero a este mundo, los habitantes del rancho me miraban de otra manera. De pronto era una más, pese a que mi ignorancia respecto a esos asuntos seguía siendo poco más o menos que la misma. Casi sin ser consciente de ello, hacía muchos días que había abandonado la idea de mostrarme lo más odiosa posible. Ya no buscaba que me echaran del rancho de una patada. Es más, me había resignado a pasar el mes y medio que me quedaba «de condena» en el Doble B.

No se lo había confesado a nadie, pero los espacios abiertos y la mole imponente de la cordillera Teton con sus cumbres nevadas —una de las estribaciones orientales de las Montañas Rocosas— me fascinaban cada día más. Si alguien me hubiera dicho que una urbanita convencida como yo, que había pasado de una gran ciudad como Chicago a otra ciudad todavía más grande como Los Ángeles, se iba a volver loca de pronto por los espacios abiertos y semisalvajes, me habría reído en su cara. Y, por supuesto, no quería ni pensar en el súbito amor loco que sentía por Maléfica y Maya, dos animales que tan solo unos meses atrás me habrían dado auténtico pavor.

Apenas me reconocía. Estaba empezando a establecer una sincera amistad con Zoe y Carol; incluso los intercambios entre Fernanda y yo, a menudo resultaban casi amables. Si no fuera porque aún seguía encontrando insoportable a la madrastra de Vance, me habría empezado a preocupar de verdad.

Hasta había aceptado ayudar a los alumnos del colegio de Wilson con la

función de fin de curso. Linda, la directora, y yo habíamos hecho muy buenas migas nada más conocernos, y desde entonces conducía tres tardes por semana hasta la pequeña población. Incluso me había ofrecido un sueldo modesto que me ayudaría a pagar mis deudas.

Jamás había trabajado con niños antes; de hecho, nunca había tenido trato con ellos y fue todo un descubrimiento. Linda insistía a menudo en que debería quedarme a vivir allí para enseñar *ballet* y danza moderna a los niños del pueblo, que tan pocas oportunidades tenían de hacer algo más que ayudar en las granjas de sus padres. Yo me limitaba a reírme de aquella idea descabellada y le recordaba que debía retomar mi vida cuanto antes, aunque cuando en la soledad de mi habitación pensaba en cuál era esa vida que debía retomar con tanta urgencia no lo tenía nada claro.

A pesar de mi nuevo trabajo, seguía ayudando en los establos y todas las tardes montaba a caballo con Vance. La verdad era que estaba orgullosa de mi habilidad encima de la silla. Hasta el vaquero, que disfrutaba regañándome por cualquier cosilla sin importancia —como galopar a muerte sobre un terreno pedregoso o tratar de imitar el modo en el que los vaqueros del rancho se bajaban en marcha del caballo— había tenido que reconocer a regañadientes que no se me daba del todo mal.

Entre mis rutinas de *ballet* temprano por la mañana y montar a Maya por las tardes, mi pierna se fortalecía cada día que pasaba y apenas me dolía ya, salvo cuando estaba muy cansada.

El único contratiempo serio a lo largo de ese periodo casi idílico ocurrió el día que Vance despidió a Colin y a otro vaquero de mirada atravesada que parecía su sombra.

Una noche, apenas una semana después de que informara a Vance de lo que había averiguado, estábamos reunidos en el salón después de la cena como era habitual, cuando empezamos a oír voces furiosas. Al instante, Carol, Josh y yo nos pusimos en pie y corrimos al despacho.

—¡No puedes despedirme de esta manera! —La voz de Colin, llena de rabia, atravesó la puerta cerrada.

—Da gracias de que no meta a la policía en el asunto. —Como de costumbre, Vance conservaba la calma—. Tienes suerte de que compartamos un parentesco lejano.

—Al menos, déjame quedarme mientras busco otra cosa. —Más que una súplica, sonó como una orden.

—Ni hablar. Quiero que esta misma noche tú y tu compinche recojáis

vuestras cosas y os larguéis. No quiero volver a veros a ninguno de los dos por aquí.

—¡Esto no quedará así! ¡Te juro que me las pagarás!

Oímos un estruendo, como si alguien hubiera arrojado una silla al suelo y los tres nos miramos sin saber muy bien qué hacer.

—No seas idiota, Colin. No hagas las cosas más difíciles.

En ese momento la puerta se abrió de golpe y Vance, que tenía bien agarrado al vaquero por el hombro, lo empujó fuera del despacho con rudeza.

Colin trastabilló, pero consiguió recuperar el equilibrio. Entonces reparó en nuestra presencia y al comprender que habíamos sido testigos de su humillación, arremetió contra mí con los ojos llenos de odio.

—¡Zorra! ¿Crees que no sé que has sido tú la que le has ido con el cuento?

Me quedé paralizada, pero antes de que me diera tiempo a reaccionar, Josh se interpuso entre nosotros y Vance sujetó a Colin por detrás de los brazos con una llave Nelson.

—Vuelve a insultarla o a amenazarla, y te juro que tu amigote tendrá que recoger tus restos con una cucharilla.

Pese a que no había alzado la voz, el tono que empleó me hizo tragar saliva. Sin soltarlo, arrastró a Colin hasta la puerta de entrada y lo arrojó afuera.

—¡Me las pagarás, zorra! —Le oímos gritar una vez más, antes de que Vance cerrara de un portazo.

Josh se encaró con su hermano mayor.

—¿Vas a dejar que se vaya tan tranquilo? Deberías haber llamado a la policía, sabes bien que en este estado el robo de ganado está considerado un delito muy feo.

—Déjalo, Josh. No lo he hecho por él, lo he hecho por su madre. Eso sí, si vuelve a molestar a alguien de este rancho, no tendré piedad.

Sus ojos estaban clavados en mí y supe que hablaba muy en serio y, no sé por qué, me dio la impresión de que estaba enfadado conmigo.

—Venga, vamos al salón y os preparo un trago. —Carol, que era experta en distender las situaciones tirantes, intervino en ese momento.

—No me gusta mucho el alcohol, me voy a dormir. Buenas noches.

Vance ni siquiera contestó y me dio rabia. No podía entender que estuviera disgustado conmigo.

«¿Ves lo que ocurre por meterte donde no te llaman?», me regañé a mí

misma. «La próxima vez no te hagas la lista; calladita estás más guapa».

Me fui derecha a la cama y enseguida me quedé dormida. Cuando desperté aún no había sonado la alarma. Los rayos de luz rosada me atrajeron hasta la ventana y contuve el aliento al ver la belleza del amanecer.

A toda prisa, metí los pies desnudos en las botas, me cubrí con la manta de piel y salí a la balconada. El frescor del aire puro me golpeó en el rostro. Aspiré con deleite el aroma de los pinos y me arrebujé mejor en la manta. Ante mí, una inmensa pradera salpicada de pequeñas manchas de nieve se extendía hasta las faldas de las montañas, coloreadas de un profundo azul que contrastaba con el tono rosado que teñía las cumbres. Unas cuantas nubes bajas de aspecto vaporoso le daban al paisaje un aire de cuento.

Inspiré de nuevo con fuerza. Iba a echar de menos todo aquello cuando regresara a Los Ángeles, me dije sintiendo una vez más el anhelo de algo a lo que no era capaz de dar nombre.

Oí un ruido a mi espalda y me volví con rapidez. A pesar del frío, Vance estaba en vaqueros sin más abrigo que otra de sus acostumbradas camisas de franela, en tonos verdes esta vez, y con el Stetson bien calado. Sin decir una palabra, se puso a mi lado, apoyó los antebrazos en la barandilla de madera y fijó la vista en el espectacular panorama.

Yo tampoco dije nada. En realidad, seguía enfadada con él. Nos quedamos un buen rato en silencio, contemplando cómo la claridad rosácea daba paso a una luz dorada que dispersaba las sombras a su paso.

—Me gustaría que durante unos días no vayas a Wilson.

Absorta como estaba en aquel mágico juego de luces, casi me había olvidado de su presencia y di un respingo al oír su voz.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero que andes sola por ahí.

—¿No creerás de veras que Colin es peligroso? —Mi voz estaba cargada de desdén.

—A veces la gente te sorprende —dijo con calma, sin apartar los ojos de las montañas.

—Bah. Es ridículo, Vance. Además, aunque así fuera, ¿voy a tener que pasarme el resto de mi vida encerrada en el rancho?

—Unos días solo. Voy a convencer a Tom para que lo invite a marcharse de Wyoming.

Lo dijo con tanta naturalidad, que no me cupo duda de que Tom, el *sheriff* de Teton County, haría exactamente lo que el dueño del Doble B le

pidiera. Sin embargo, ya iba siendo hora de que comprendiera que yo no era uno de esos peones que él movía a su antojo.

—Lo siento, pero no. Seguiré haciendo mi vida como hasta ahora. No puedo romper mis compromisos cada vez que a cualquier idiota le da por lanzar un par de amenazas.

Por fin se dio la vuelta. Apoyó las caderas contra la barandilla, cruzó los tobillos, enganchó los pulgares en el grueso cinturón de cuero con hebilla de plata que tampoco se quitaba de encima y clavó los ojos en mí. Las poses de ese hombre no tenían nada que envidiar a las del vaquero del anuncio de Marlboro, pensé con fastidio. Lo único que le faltaba era el cigarrillo colgado de los labios.

—Y ¿si te lo pido por favor?

Mierda. ¿Cómo podía conocerme tan bien ese tipo? Nunca había sido capaz de resistirme a hacer las cosas que se me pedían por favor; lo que no soportaba era que me dieran órdenes.

Consideré mi respuesta unos segundos, con el ceño fruncido.

—Está bien, pero solo esta semana.

—Solo esta semana.

Se incorporó y se acercó a mí. Con delicadeza, cerró los extremos de la manta, que se me había resbalado un poco, en torno a mi cuello, y el roce ligero de los largos dedos sobre la piel sensible de mi garganta me dejó sin aliento.

—Gracias.

Las comisuras de sus ojos se fruncieron con ese gesto suyo tan atractivo, pero antes de que empezara a ponerme morada por la falta de oxígeno, se apartó de mí y regresó a su habitación.

Moví la cabeza, disgustada. No entendía por qué me quedaba paralizada cada vez que ese vaquero me rozaba. Ni siquiera era mi tipo. En fin... me encogí de hombros, volví a meterme en mi cuarto y me preparé para bajar a desayunar.



Al final, quedarme en el rancho no resultó un castigo tan terrible. Durante esos días el sol brilló con fuerza, así que en cuanto terminábamos nuestras tareas Zoe, Carol y yo salíamos a dar un paseo a caballo por los alrededores.

Los primeros días de mi estancia en el rancho Zoe no me tragaba. Cada

vez que me veía con Vance torcía el gesto y hasta el último de sus comentarios estaba salpicado de celos. Sin embargo, desde hacía varias semanas su actitud hacia mí había cambiado por completo y sospechaba que Brad, el vaquero rubio de la larga cola de caballo, tenía mucho que ver en el asunto. Desde que la ayudaba con las cuentas, Brad y ella pasaban más tiempo juntos y no había que ser un lince para darse cuenta de que el enamoramiento juvenil que Zoe había sentido por Vance se estaba convirtiendo en algo mucho más profundo, solo que dirigido a otro hombre. Aquel estado de cosas me gustaba; imagino que porque Zoe y yo empezábamos a ser buenas amigas.

—Estaría genial que fuéramos a Wilson el sábado. En el *Coach* actúa una banda *country* muy conocida.

El entusiasmo de Carol era contagioso y enseguida empezamos a hacer planes. Desde que había llegado a Wyoming no había salido de noche y tenía curiosidad por conocer la vida nocturna autóctona, si es que existía.

—Tenemos que convencer a los chicos —dijo Zoe.

—Por lo menos a Brad, ¿no?

Sonreí maliciosa, y Carol y yo lanzamos una carcajada al ver que se ponía roja, pero Zoe contraatacó en el acto.

—Y a Vance, claro.

—Eso, a Vance también, por supuesto. —Ahora fue el turno de Carol de esbozar una sonrisa cargada de malicia.

—Espero que no lo digáis por mí. —Puse la misma cara que pondría un adulto tolerante ante las tonterías de un par de niñas impertinentes—. Porque siento decirlo que estáis muy equivocadas.

Carol y Zoe intercambiaron un gesto de complicidad, pero decidí no darme por aludida. Miré a mi alrededor y, de pronto, me alcé sobre los estribos y señalé en dirección al río. A pocos metros de un bosquecillo de abedules, había un montículo que me llamó la atención.

—¿Qué es aquello?

—¿El qué? —Zoe y Carol miraban en la misma dirección, desconcertadas.

—Creo que es un animal herido.

Sin esperarlas, espoleé a Maya y me dirigí hacia allí a toda velocidad. Al llegar junto al montículo salté del caballo. En efecto era una vaca, pero no estaba herida, sino muerta. Zoe y Carol llegaron en ese momento y se bajaron también de sus monturas para examinar mi hallazgo.

—Le han pegado un tiro, no hay duda. —Zoe señaló el siniestro agujero que se abría debajo de la mandíbula del animal y movió la cabeza con pesimismo—. Vance se va a cabrear.

Como si hubiera intuido que hablábamos de él, en ese momento levanté la vista y vi a tres vaqueros que se acercaban al galope. Me quité el sombrero y lo agité por encima de la cabeza con movimientos frenéticos. Al instante, el jinete que iba en cabeza tiró de las riendas y obligó a su montura a girar en nuestra dirección mientras los otros dos lo seguían de cerca.

—¿Qué pasa? —Vance fue el primero en desmontar.

Zoe señaló la res muerta.

—Le han pegado un tiro.

Josh y Miguel se acercaron al cadáver con cara de circunstancias.

—Ha sido reciente, las alimañas apenas han mordisqueado el cuerpo —dijo este último.

—Hacía mucho que no teníamos problemas con los cuatreros. —Furioso, Josh dio una patada a una piedra cercana.

—No son cuatreros, ni siquiera furtivos.

Nada en el rostro de Vance delataba sus pensamientos.

—¿No? —dijo Carol con los ojos muy abiertos.

Zoe y yo, entretanto, pasábamos la mirada de uno a otro muertas de curiosidad.

—No se han llevado la vaca, ¿no? No se han comido la carne, ¿no? —Al parecer Miguel era igual de impaciente que su mujer.

—¿Colin? —Josh no apartaba los ojos de su hermano.

—Hablé con Tom. Fue a casa de su madre, pero ella no sabía nada. Al parecer, no hay ni rastro de él ni de su compinche.

—Igual se ha marchado a otro lugar —comenté esperanzada.

Los tres hombres se volvieron hacia mí y me miraron con lástima, haciéndome sentir una pobre optimista sin remedio.

—Habrá que reforzar la vigilancia —dijo Vance por fin—. A lo mejor hay que contratar a más hombres. Josh, manda a alguien a que retire los despojos.

Sin más, Vance se subió al caballo y partió al galope.



También el *sheriff*, que se pasó por el rancho a petición de Vance, descartó que se tratara de ladrones de ganado, aunque, según nos contó, en

los últimos meses los robos habían aumentado debido a los elevados precios de la carne. Una prolongada sequía había reducido el número de cabezas de ganado; sin embargo, la demanda mundial de carne de vacuno seguía aumentando. A lo que había que añadir que la de *black angus* era la carne favorita de los Estados Unidos, por lo que nadie desaprovecharía la oportunidad de llevarse más de quinientos kilos, cuyo valor en el mercado negro podía alcanzar los mil quinientos dólares.

Tras el revuelo causado por el hallazgo de la vaca muerta las cosas tardaron unos días en volver a la normalidad, pero por fin llegó el sábado y las chicas del Doble B nos preparamos para nuestra salida nocturna.

Hacía siglos que no me arreglaba. No había vuelto a usar faldas ni vestidos desde el accidente, pero había cambiado mis habituales tejanos y la camisa de franela por unos ajustados pantalones negros y un jersey en pico de lana fina de un tono claro que me favorecían mucho. Además, por primera vez desde hacía meses, me había maquillado. Miré mi reflejo en el espejo y me dije con satisfacción que, puede que no fuera la mujer más guapa del mundo, pero tampoco estaba nada mal.

Habíamos quedado en reunirnos en el vestíbulo y cuando bajé me sorprendió que además de Zoe y Carol, estuvieran Josh y Vance esperando también, muy elegantes con sus vaqueros oscuros y sus camisas blancas y el pelo húmedo bien repeinado.

—¿Vosotros venís?

—No vamos a dejar que las tres mujeres más guapas de Jackson Hole vayan sin la escolta adecuada, ¿verdad hermano? —Vance me miró de arriba abajo y negó con la cabeza en silencio—. En Wilson hay mucho buitre suelto. En marcha, bellas damas. —Josh se echó a un lado con galantería para que pasáramos delante.

Nos apretamos las tres en la parte trasera de una de las *pickup* del rancho y no paramos de charlar y reír en todo el trayecto. La verdad era que no sentía una expectación semejante desde que acudí a la *senior prom* del instituto con el chico más guapo de la clase.

En la explanada frente al Stagecoach Bar ya había aparcados un montón de vehículos, por lo que la noche prometía ser animada. Brad nos esperaba junto a la entrada. En cuanto nos bajamos de la furgoneta, se apresuró a acercarse a recibirnos. También se había puesto sus mejores galas y se había recogido el pelo en una larga trenza rubia. La mirada de absoluta y mutua admiración que intercambiaron Zoe y él resultó bastante cómica.

El siguiente encuentro no fue tan agradable, sin embargo. Nada más entrar en el local, lo primero que vi fue a Colin y a su amigo junto a la barra, bebiendo cerveza y charlando con unas mujeres.

Vance se acercó a ellos de inmediato y, aunque desde donde estaba y con el ruido que había en el bar no pude oír sus palabras, por la cara que tenía el dueño del Doble B y la expresión desafiante de su interlocutor no era difícil adivinar que la conversación no transcurría por derroteros demasiado amigables.

Cuando regresó a nuestro lado, le dijo algo a su hermano que asintió con la cabeza. Al alzar la vista, Vance me pilló mirándolo y debió notar mi preocupación, porque enseguida se acercó a mí.

—No le prestes atención.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que el *sheriff* lo está buscando y que quiere hacerle unas cuantas preguntas respecto a una de mis reses, que ha aparecido muerta de un tiro. Me ha dicho que no sabía de qué le estaba hablando, que había ido a Wilson a pasar un buen rato, pero que no tiene intención de quedarse por aquí. Según él, le han ofrecido un buen trabajo en Utah.

—¿Tú le crees?

Vance se encogió de hombros.

—Lo haga o no, no tengo pruebas de que haya sido él el que mató a la vaca y no me apetece llamar a Tom y estropearos a todos la noche.

Me mordí el labio preocupada. No me fiaba de Colin lo más mínimo, pero no creía que se atreviera a hacer ninguna locura con tantos testigos delante. Como de costumbre, Vance me leyó el pensamiento.

—Tranquila, aquí hay demasiada gente como para que intente hacer uno de esos numeritos que tanto le gustan.

Asentí, aunque no demasiado convencida.

—Ya está lista nuestra mesa —anunció Josh en ese momento.

Nos sentamos en una de las mesas que estaban situadas cerca del pequeño estrado que hacía de escenario y la pista de baile, y pedimos las bebidas y algo de picar. Todavía quedaba un rato para que empezara la actuación. Allí todo el mundo parecía conocer a todo el mundo, y perdí la cuenta de la gente que se acercaba a la mesa a saludar. Poco después, me había olvidado de Colin por completo.

En cuanto terminamos de cenar, la banda empezó a tocar. Nunca había sido una gran admiradora de la música *country*, pero enseguida se me metió

el ritmo en el cuerpo. El camarero acababa de retirar mi plato vacío, cuando un hombre que me habían presentado, pero del que ya había olvidado el nombre, me pidió un baile.

—No tengo ni idea de cómo se baila esto.

—No te preocupes por eso, Aisha —dijo Josh, que ya se ponía en pie para sacar a bailar a una guapa morena a la que había saludado con entusiasmo al llegar—. El *two step* es un baile sencillo, enseguida pillarás el truco.

Le dirigí una mirada vacilante a Vance, que hablaba con un conocido. Él captó mi zozobra al vuelo y dijo con una sonrisa:

—Lo vas a hacer muy bien, princesa.

La verdad es que no parecía demasiado complicado y mis piernas hormigueaban con el deseo de bailar. Así que me levanté y, con una sonrisa, acepté el brazo que me ofrecía el vaquero.

Enseguida capté la dinámica del baile. En realidad era sencillo: dos pasos rápidos y dos lentos que se repetían continuamente mientras mi pareja, con su mano izquierda entrelazada con la mía y la otra a la altura de mi escápula, me guiaba dando vueltas por toda la pista.

Bailé y bailé hasta que los rostros de mis sucesivas parejas se confundieron en mi mente. Sin embargo, era muy consciente de que había alguien con quién no lo había hecho aún. La pierna empezaba a molestarme, pero no hice caso del dolor; estaba disfrutando demasiado.

Acababan de apagarse las últimas notas de una animada melodía cuando sentí que me daban un toque en el hombro. Me giré con una sonrisa, dispuesta a bailar con el siguiente que me lo pidiera, y me sorprendió ver a Vance detrás de mí. Lo había estado observando por el rabillo del ojo y, aunque lo había visto hablar con varias mujeres muy guapas, no había bailado con ninguna de ellas. Así que había llegado a la conclusión de que el baile no era lo suyo.

—¿Bailas?

—Claro.

Me sujetó de esa manera algo impersonal que era la norma pero, no sé por qué, esta vez me pareció diferente. La distancia entre nuestros cuerpos era considerable, no obstante, a través de nuestras manos entrelazadas y de la que tenía apoyada sobre su hombro, podía sentir el intenso calor que desprendía.

—Bailas muy bien —me dijo, al tiempo que me hacía girar con pericia.

—Tú sí que bailas bien.

—Pareces sorprendida.

—Como no te he visto bailar en toda la noche, pensaba que no sabías.

—Al contrario, me encanta. Por desgracia, practico poco.

De nuevo me hizo girar y realizó un elaborado movimiento con los brazos que imité sin dificultad.

Me sonrió; su masculinidad más marcada que nunca.

—Nunca había bailado con una mujer que me siguiera con tanta facilidad.

—Reconozco que es escuchar el ritmo de una canción, y mi cuerpo se pone en marcha.

—Atenta ahora.

Me dejé llevar sin oponer la menor resistencia. Él era tan fuerte y marcaba el paso con tanta habilidad que me hacía sentir casi inmaterial.

El ruido de aplausos y silbidos agudos me hizo volver un poco la cabeza y vi que se había hecho un corro en torno a nosotros, y que el resto de los bailarines nos jaleaba con entusiasmo. Noté que mis mejillas se encendían, y la curiosa sonrisa que esbozaron los labios firmes de mi pareja hizo que me pusiera aún más colorada.

Por suerte, la canción terminó en ese momento.

—Tenemos que repetirlo, Aisha.

—Sí, claro que sí. —No sé por qué extraña razón, de pronto estaba muerta de vergüenza y mis ojos se posaban en todos lados menos en él.

—Pues no hay mejor momento que el presente.

Antes de que me diera cuenta, volvió a cogerme entre sus brazos y esta vez me estrechó con fuerza contra sí. Entonces, reparé en que alguien había bajado la intensidad de las luces y que sonaban los primeros acordes de una canción lenta.

—Se llama *I cross my heart*, de George Strait —susurró Vance tan cerca de mi oreja que me dio un escalofrío—. Es una de mis favoritas.

La romántica letra, su cercanía y el aroma que desprendía su piel me estaban empezando a marear. Mi corazón latía demasiado rápido para ese ritmo tan lento. Apoyé las palmas contra su pecho y, poniendo a prueba toda mi fuerza de voluntad, lo aparté un poco.

—Vance.

—¿Sí, Aisha?

Me aclaré la garganta con nerviosismo y dije con brusquedad:

—No sé lo que buscas exactamente, pero no creo que yo pueda dártelo.

—¿Por Eric?

—Por Eric y por... por todo.

—¿Qué es, *exactamente*, lo que crees que estoy buscando?

Levanté la mirada hacia él y al ver las familiares arrugas en las comisuras de sus ojos me di cuenta de que no solo no se había ofendido lo más mínimo por mis palabras, sino que se lo estaba pasando en grande a mi costa.

Al comprender que se estaba tomando a broma algo que a mí me parecía muy serio, me enfadé.

—Creo que buscas un rollo sin complicaciones. El rancho está bastante aislado y con tanto trabajo no tienes tiempo de ir a Jackson o a Wilson para alternar con chicas. Así que lo que creo, *exactamente* —recalqué la palabra igual que había hecho él—, es que te viene cómodo que yo esté tan a mano, sobre todo sabiendo que en poco tiempo desapareceré de tu vida.

—¿Preferirías una relación más seria?

Me apresuré a negar con la cabeza, fastidiada.

—¡Por supuesto que no! No niego que un rollo sin complicaciones podría tener cierto atractivo, pero es que ni siquiera estoy preparada para algo así.

—Ya veo.

—¿Entonces?

—Entonces bailemos, ya hablaremos de cómo queremos que sea nuestra relación más adelante.

—No habrá ninguna...

Sin dejarme terminar la frase, puso una mano detrás de mi cabeza y me obligó a apoyar la mejilla contra su pecho.

—Calla y baila.

Me sorprendí a mí misma obedeciendo esa orden tan poco sutil. Con un suspiro, cerré los ojos y me sumergí de nuevo en la belleza de la melodía, en el calor arrullador de los brazos que me rodeaban y en el aroma mezcla de jabón, cuero y colonia tan suyo. Poco después terminó la canción y, casi al instante, empezó a sonar otra mucho más movida.

—No, lo siento, estoy agotada. Voy a sentarme un rato —le dije a Mike, un vaquero con el que ya había bailado dos veces y que se había apresurado a acercarse en cuanto vio que Vance me soltaba.

Me dejé caer en la silla, exhausta y algo más, y di un largo trago a mi cerveza. Estaba tibia y no me supo demasiado bien, pero después de tanto

ejercicio al menos sirvió para calmar mi sed.

Busqué a Carol y a Zoe entre las parejas que abarrotaban el local. Enseguida vi a la hermana de Vance bailando con un muchacho con un severo problema de acné que no parecía mucho mayor que ella y que la guiaba con torpeza. Zoe y Brad, en cambio, eran expertos en el *two step* y se movían con destreza arriba y abajo de la pista.

Estiré la pierna con disimulo —el esfuerzo realizado me estaba pasando factura— y lancé una mirada de soslayo hacia el rincón en el que Vance y una rubia despampanante con aspecto de Reina del Rodeo conversaban con animación. Noté un pinchazo de algo desagradable y aparté la mirada al instante; no tenía ningunas ganas de profundizar en el significado de esa sensación.

Bostecé y parpadeé unas cuantas veces; de pronto, me había entrado mucho sueño. Me llevé el vaso a la boca en un intento de despejarme un poco, pero se me resbaló entre los dedos y se estrelló contra el suelo, salpicándolo todo con una lluvia de cerveza y cristales. Incapaz de moverme, me quedé mirando aquel pequeño desastre con estupor.

—¿Qué ocurre, Aisha?

Aturdida, alcé los ojos hacia Vance que se había acercado a toda prisa, pero no podía enfocar la mirada.

—Vance... —traté de decir algo, sin embargo era incapaz de obligar a los músculos de mi garganta a obedecerme y noté que se me cerraban los párpados una vez más.

—Aisha.

Alguien me dio unas palmaditas en el rostro para espabilarme.

—Aisha.

Me sentía incapaz de contestar o de abrir los ojos. Poco a poco me hundía en un pozo de profundo malestar físico y no podía hacer nada por evitarlo. Tenía la misma sensación que me había invadido el día que volví a tomar codeína para calmar el dolor y estuve a punto de morir.

Aquel pensamiento, me espabiló un poco. Aterrorizada, traté de aferrarme al brazo de Vance, pero mis dedos tampoco me obedecieron. Hice un esfuerzo sobrehumano y logré pronunciar una palabra:

—Dro...gas.

—Drogas, ¿has tomado drogas? —Apenas fui capaz de negar con la cabeza.

—Mike, ¿llevas algo en la ambulancia para hacerle una limpieza de

estómago de urgencia?

Pese a que no podía moverme ni hablar, percibía con claridad lo que ocurría a mi alrededor, y al oír las palabras de Vance recordé que el tal Mike me había dicho que era paramédico y que conducía la única ambulancia de Wilson. No oí lo que Mike contestó, pero noté que me alzaban en brazos y me trasladaban a otro sitio en el que ya no se oía apenas el ruido de la gente y de la música.

—Será mejor que salgas, esto no va a ser agradable. Debo introducir una sonda y aspirar el contenido del estómago, puede que incluso me vea obligado a usar el carbón activado.

—Quiero quedarme.

—Hazme caso, Vance, y no te preocupes, no es la primera vez que lo hago.

Escuché cerrarse una puerta y, por segunda vez en mi vida, me sometieron a un lavado gástrico. En cuanto noté la punta de la sonda en una de mis fosas nasales traté de forcejear. Fue inútil, mi cuerpo no respondía a las órdenes que daba mi cerebro, así que me vi obligada a soportar el desagradable proceso sin oponer resistencia.

Mucho tiempo más tarde, escuché el repiqueteo de un puño contra la puerta.

—Pasa, ya hemos terminado.

Abrí los ojos exhausta y vi que Vance entraba en la pequeña habitación, que debía ser el despacho de alguien.

—¿Cómo está?

—Fuera de peligro, pero la llevaré al hospital para tenerla al menos una noche en observación.

Al oír eso traté de incorporarme.

—¡No! Al hospital no.

Vance me tomó de la mano, tratando de tranquilizarme.

—Solo será una noche, te lo prometo. Para asegurarnos de que estés bien.

Las lágrimas empezaron a deslizarse por mis mejillas, incontenibles.

—Por favor, Vance —supliqué—, no lo hagas. Dirán que ha sido una recaída. Me encerrarán en un psiquiátrico. Por favor.

Imagino que fue mi estado de agitación nerviosa lo que le hizo replantearse la situación. Miró a Mike muy serio.

—¿Qué pasa si me la llevo al Doble B?

—No tendría por qué pasar nada, pero tampoco puedo asegurarte que la cosa irá como la seda. Sería conveniente que alguien la vigilara esta noche.

Los ojos verdes se posaron de nuevo en mí, tenía los labios apretados, pero por fin asintió con la cabeza, como si acabara de tomar una decisión.

—Yo lo haré. Yo cuidaré de ella esta noche.

Incapaz de expresar con palabras el alivio que sentía, lo único que pude hacer fue lanzarle una débil sonrisa que se borró de golpe al observar el estado en el que el dueño del Doble B se encontraba y en el que no había reparado hasta entonces.

—¿Qué ha pasado?

Varios botones de su camisa habían desaparecido. Tenía una magulladura en el pómulo y una pequeña raja en el labio que sangraba un poco.

—Nada que deba preocuparte.

Bajé la mirada hacia sus manos y vi que tenía los nudillos en carne viva.

—¿Te has peleado? —Fruncí el ceño desconcertada. Seguía estando bastante mareada y me llevó un rato caer en la cuenta de lo que debía de haber pasado—. Te has peleado con Colin.

Esta vez fue una afirmación.

—Mira, princesa, es tarde. Ya te lo contaré todo en otro momento. Ahora nos vamos a casa. Tienes que descansar.

—Pero solo dime...

Sin hacerme caso, cogió mi zamarra que no sé quién había llevado hasta allí, me ayudó a ponérmela y me la abotonó hasta la barbilla.

—En otro momento.

—No es justo, Vance, no voy a poder pegar el ojo si no me dices...

Interrumpí mi discurso en cuanto me cogió de nuevo en brazos.

—Te debo una de las grandes —le dijo a Mike.

—No te preocupes, ya me la cobraré. El otro día vi un potrillo que promete —respondió este con un guiño.

—Gracias, Mike, no sé qué hubiera sido de mí sin tu ayuda. —Le lancé una débil sonrisa. Pese a mis esfuerzos, mis párpados insistían en cerrarse.

—Solo mándame una invitación.

—¿Una invitación? —repetí perpleja, pero Vance ya se alejaba a grandes zancadas y nadie me contestó—. ¿Qué crees que ha querido decir?

—Ni idea. —Negó con la cabeza, muy serio.

Capítulo 10

Apenas recuerdo nada más de aquella noche, solo sé que la luz del mediodía entraba con fuerza en mi dormitorio cuando abrí los ojos de nuevo. Me dolía la cabeza y tenía la lengua pastosa, pero a pesar de eso experimentaba una profunda sensación de bienestar. Deslumbrada por los rayos de sol, cerré de nuevo los párpados, en un intento desesperado de atrapar el rastro esquivo de un sueño.

No recordaba haber tenido jamás un sueño erótico como aquel. Me estremecí. Aún me parecía sentir los fuertes brazos de un hombre desnudo alrededor de mi cuerpo; el calor abrasador que desprendía el pecho musculoso sobre el que había apoyado la mejilla; el deseo, como lava líquida, que el contacto de unos labios sobre los míos y a lo largo de mi cuello había encendido entre mis piernas; la delicadeza con la que una mano ardiente había recorrido la curva de mis caderas... Noté que se me encendían las mejillas. Tenía la respiración alterada y estaba muy excitada, pero entonces otras imágenes, bastante confusas, de lo que había ocurrido la noche anterior me asaltaron en tromba y destruyeron en el acto mi bienestar.

Drogas. Alguien me había puesto una droga en la bebida. Colin. Cerré el puño con fuerza sobre la almohada; si hubiera tenido enfrente a ese «alguien» lo habría golpeado con saña. Claro, ahora lo entendía todo. El sueño no había sido más que una alucinación provocada por lo que fuera que me hubiera administrado. La rabia que sentía hizo que abriera los ojos y descubrí a Carol sentada en una butaca que había acercado a la cama, leyendo un libro muy concentrada.

—¿Carol? —Pronunciar esa única palabra me arañó la garganta irritada.

A pesar de que lo había dicho muy bajito, la adolescente levantó la mirada en el acto.

—¡Por fin despiertas, Bella Durmiente!

Traté de incorporarme, pero notaba una extraña pesadez en los

miembros.

—Espera, que te ayudo.

Carol saltó de la silla, me puso otra almohada en la espalda y me ayudó a recostarme contra el cabecero. Las sábanas resbalaron hasta mis caderas y me di cuenta de que solo llevaba puestos las bragas y el sujetador. Me apresuré a cubrirme de nuevo y me obligué a hacer una pregunta que no tenía ningunas ganas de hacer:

—¿Me desvestiste tú? —Crucé los dedos, rogando por que la respuesta fuera un «sí», pero ella lo negó de plano.

—No, yo no fui. Fue Vance el que te subió al dormitorio.

Sentí que una oleada de fuego me subía por las mejillas y al verlo, Carol me guiñó el ojo con picardía.

—No te preocupes, mi hermano mayor es un tipo discreto.

—Podía haber avisado a Fernanda —dije de mal humor. Odiaba la idea de que ese vaquero hubiera visto las cicatrices de mi pierna.

—No lo pienses más.

Sí, claro, como si fuera tan fácil.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —Me resistía a hacer ciertas preguntas, pero de algún modo me sentía obligada; de pronto, se me había ocurrido una idea inquietante.

—Desde las siete y media, más o menos. Vance tenía hoy un día complicado y no le ha quedado más remedio que irse. Me ha dicho que cuidara bien de ti.

No me hizo ninguna gracia la sonrisita con la que dijo esto último, pero a pesar de que mi inquietud crecía por momentos, decidí que sería mejor cambiar de tema.

—¿Sabes qué pasó mientras Mike me atendía? Vance y Colin se pelearon, ¿no es así?

—¡No te lo puedes imaginar! —Carol parecía a punto de estallar de pura excitación—. Te pusiste blanca como la leche, y Mike y mi hermano te llevaron en volandas al despacho del encargado y nos cerraron la puerta en las narices. Entonces, Josh, Zoe, Brad y yo nos quedamos esperando al otro lado. ¡Tenías que haber visto a Vance cuando salió por fin! Llevaba la palabra «asesinato» escrita en la cara. Te prometo que hasta a mí me dio miedo.

La creí sin dificultad; desde que lo conocí había sospechado que el día que aquel vaquero perdiera el control sería aterrador.

—¿Y? —pregunté impaciente.

—Volvimos a la sala principal y le dijeron que Colin y su sombra acababan de marcharse. Al oírlo, salió disparado y nosotros lo seguimos a todo correr hasta el aparcamiento. Colin estaba a punto de cerrar la puerta de su furgoneta, pero Vance se lo impidió, lo sacó de un tirón y lo arrojó al suelo. Entonces, Colin le gritó que qué «ejem» —alzó las cejas de un modo muy expresivo— estaba haciendo, y mi hermano le contestó que qué «ejem, ejem» te había puesto en la bebida. Y ahí fue donde Colin la fastidió del todo...

Se quedó callada, aunque saltaba a la vista que se moría de ganas de seguir con la historia. Sin embargo, la pequeña torturadora al parecer quería que le suplicara que siguiera contando. Así que supliqué.

—Sigue, por favor. ¿La fastidió?

—Se puso chulito y eso fue un tremendo error. ¿Sabes lo que dijo?

Negué con la cabeza, impaciente. ¿Cómo iba a saberlo?, en ese momento estaba encerrada en un cuartucho, sometida a un desagradable proceso de limpieza de cañerías.

—Dijo: «¿Vas a creer lo que dice una drogadicta?».

—¡Hijo de perra! —Me salió del alma, pero Carol, siempre tan bien hablada, no se escandalizó lo más mínimo.

—Fue su sentencia de muerte.

—¿Qué? —Casi chillé, asustada.

—En sentido figurado por supuesto. Claro que si no hubiera sido por Brad y Josh que al final tuvieron que sujetarlo, no tengo ninguna duda de que ese habría sido el desenlace. Le dejó la cara hecha pulpa; me temo que Colin no va a ligar demasiado en una buena temporada. Mientras gemía tirado en el suelo del aparcamiento, Vance empezó a rebuscar en sus bolsillos hasta que encontró un bote de Ro-hip-nol. —Deletreó el nombre despacio, para asegurarse de que lo decía bien—. Entonces se lo arrojó con todas sus fuerzas, con tan buena puntería que le acertó en el único ojo que no tenía medio cerrado por los puñetazos.

—Espero que Vance no tenga problemas con el *sheriff*.

—¿Con Tom? Qué va —Carol descartó de plano la idea con un gesto de la mano—. Hay un montón de testigos de que fue una pelea limpia. De hecho, Colin tuvo suerte de que su compinche lo cargara en la *pickup* y se lo llevase antes de que llegara. Ahora hay una orden de busca y captura, así que, si vuelve a aparecer por aquí, acabará de patitas en el calabozo.

Aquella noticia no me tranquilizó demasiado. Por lo poco que había visto de Colin, sabía que era un tipo vengativo y no me gustaba la idea de que andara suelto por ahí. Podía hacerle daño a Vance.

En ese momento llamaron a la puerta y Carol abrió para dejar paso a Fernanda, que venía cargada con una bandeja llena de comida.

—Servicio de habitaciones para la señoritinga. Alguien debe de pensar que esto es un hotel. —Su sarcasmo me hizo revivir. Después de los oscuros acontecimientos de la noche anterior, la actitud de Fernanda era una bienvenida vuelta a la normalidad.

—Qué amable, pero no hacía falta que te molestaras. —Le lancé una sonrisa artificial y me dirigí a Carol como si la otra no estuviera—. De verdad te lo digo: esta mujer a veces consigue sorprenderme.

Con un resoplido, Fernanda me dejó la bandeja encima de los muslos, y entre el olor del café con leche y el de los bollos recién hechos se me hizo la boca agua.

—Gracias, tienen una pinta magnífica. —Al notar mi sinceridad, la diminuta mujer pareció ablandarse.

—A la hora de la cena te traeré algo más consistente.

Tenía la boca llena, así que negué con la cabeza.

—No hace falta, de verdad —dije cuando conseguí tragar—. En cuanto termine con esto, me ducharé y haré una vida normal.

Fernanda me miró con desaprobación.

—Eso no le va a gustar a Vance.

—Y ¿por qué todo el mundo piensa que a mí tiene que importarme lo que a ese vaquero le guste o no? —repliqué con mi aspereza habitual.

Ahora fue el turno de ella de lanzarme una sonrisa de lo más falsa.

—Te recuerdo, señoritinga, que es él quien da las órdenes en este rancho.

—¡Pues a mí no!

—¿Aún no te has dado cuenta de que te ha marcado con su hierro como a una becerro? —dijo en español.

—¿Te importa hablar en cristiano? No entiendo esa jerigonza.

—Ya lo entenderás más adelante. —dijo volviendo al inglés, y no me gustó nada su forma de mirarme como si supiera algo que yo, pobre tonta, ignoraba—. En fin, será mejor que me vaya, tengo cosas mucho más importantes que hacer.

En cuanto salió, le pregunté a Carol:

—Tú entiendes el español, ¿qué es lo que ha dicho?

—No sé, ha hablado demasiado rápido —Esa expresión, llena de inocencia, me hizo saber que lo había entendido de sobra. Al ver que yo abría la boca para insistir, miró su reloj de pulsera con un gesto exagerado—. ¡Uy, es tardísimo! Yo también tengo que irme, adiós. Si me necesitas, pega un grito.

Y antes de que pudiera detenerla, desapareció por la puerta. Enfurruñada, terminé de comer, pero cuando aparté la bandeja me sentía mucho mejor; el desayuno me había devuelto las fuerzas. Me puse en pie con precaución y, al ver que no me mareaba, caminé hasta el cuarto de baño. La ducha caliente terminó de despejarme y después de lavarme la cabeza y los dientes me sentí completamente recuperada. Me puse mi vestimenta habitual: vaqueros, botas y un grueso jersey y bajé la escalera.

La casa estaba en silencio. Imaginé que Tessa estaría en Jackson, como de costumbre, y el resto trabajando en algún punto del Doble B, así que me dirigí al despacho esperando encontrar a Zoe, pero allí tampoco había nadie.

Encima de la mesa había un montón de papeles, y decidí que sería buena idea tratar de organizar un poco aquel lío. El sol entraba a raudales por la ventana sin cortinas y la cálida atmósfera resultaba reconfortante. Absorta en mi tarea de ordenar y clasificar, me olvidé del paso del tiempo hasta que la puerta se abrió y el dueño del Doble B en persona entró en el despacho.

Desvié la vista de la pantalla del ordenador y, sin poderlo evitar, mis ojos emprendieron un recorrido por su cuenta; las botas de cuero manchadas de barro, las perneras de los vaqueros desgastados que realzaban la longitud de las piernas poderosas, la camisa de cuadros cuyos dos últimos botones abiertos dejaban ver el cuello moreno... y cuando finalmente se detuvieron en su rostro, la diversión que leí en esos impactantes iris verde-dorado, hizo que me pusiera como un tomate. Con lentitud, se echó el sombrero hacia atrás con su gesto habitual y noté que se me secaba la boca.

—¿Disfrutando de la vista? —Su comentario burlón me arrancó de aquella especie de letargo babeante.

—¿Qué vista? Es solo que me ha sorprendido verte por aquí a estas horas.

—Es casi la hora de cenar.

Rodeó la mesa y se sentó en el borde, y tuve que echar la silla un poco hacia atrás para que su muslo no me rozara el brazo.

—¿Ya? —Miré por la ventana, sorprendida—. No me había dado cuenta

de que era tan tarde.

—¿Por qué no estás en la cama?

Levanté la barbilla, desafiante.

—Me encuentro perfectamente, no necesito quedarme en la cama.

—Le dije a Fernanda que quería que te quedaras descansando.

—Mala suerte. Ya sabes que yo no obedezco órdenes de nadie.

—Hum.

—Hum. ¿Qué?

Sin contestar extendió el brazo, me sujetó con suavidad de la barbilla y me estudió con detenimiento. Noté de nuevo las mejillas acaloradas, pero entonces me fijé en la raja que tenía en el labio y la herida del pómulo y, de inmediato, hice a un lado la agradable sensación producida por el roce de los largos dedos sobre mi piel. Alcé la mano y, sin apenas rozarlo, deslicé la yema del dedo pulgar por el labio lastimado.

—Lo siento.

—No lo sientas.

Incapaz de enfrentarme al extraño brillo de sus ojos, dejé caer la mano y bajé la vista.

—Fue muy desagradable y encima te viste obligado a pelear. Carol me lo ha contado todo. —Me aclaré la garganta, avergonzada—. Siento haberte causado tantas molestias, tal vez ha llegado el momento de que vuelva a casa.

—¿A casa? —dijo con suavidad.

Una pregunta concisa que me recordó que yo ya no tenía casa. Desde luego, el destartalado apartamento que había alquilado después de dejar el que compartía con Eric no era mi casa. De hecho, quizá debería replantearme la idea de volver a Los Ángeles; ya no tenía sentido regresar allí. Tal vez podría ir a Chicago o... El vaquero debía tener poderes porque adivinó al instante el derrotero que habían tomado mis pensamientos.

—Es mejor que te quedes unos meses más y mientras tanto pienses lo que vas a hacer con tu vida.

—Podría ir a visitar a Raff en Madrid. Quizá un viaje me ayude aclarar las ideas.

—Raff acaba de casarse. ¿No querrás interrumpir a los dos tortolitos en su luna de miel?

Me mordí el labio. No, no tenía ningunas ganas de compartir a mi hermano con su nueva mujer; a lo mejor ni siquiera me caía bien. La verdad

era que no me apetecía nada pensar en el matrimonio de Raff en esos momentos, así que cambié de asunto con brusquedad.

—¿Fuiste tú...? —Me detuve, carraspeé y volví a empezar, sintiendo que me ruborizaba una vez más; eso de ser tan blanca era una lata—. ¿Fuiste tú quien me desvistió anoche?

—¿Te refieres a cuando estabas medio inconsciente y te subí a tu dormitorio?

Entorné los ojos.

—¿Sabes una cosa, Vance Bennet? Cada día me recuerdas más a mi hermano, y no lo digo como un cumplido, precisamente.

—¿Tu hermano? Ni lo sueñes. Yo no soy tu hermano, olvídalo.

La forma de decirlo, tan tajante, me molestó.

—Ya sé que no eres mi hermano, pero tampoco hay que ponerse desagradable.

—Me refiero —me lanzó una de esas sonrisas beatíficas, idénticas a las que empleaba Raff cuando quería hacerse el inocente— a que cuando estoy a tu lado mis sentimientos no son nada... fraternales.

Parpadeé un par de veces. ¿Se me estaba insinuando? ¡Pues claro que se me estaba insinuando!, no era tan estúpida como para no darme cuenta. ¿Era por lo de la noche anterior? Al fin y al cabo me había visto medio desnuda. Me llevé las manos a las mejillas que, una vez más, ardían.

—¿Viste...? ¿Me viste...?

—A pesar de mi treinta por ciento de sangre *sioux*, soy un caballero. — Se salió por la tangente, pero las arrugas que se dibujaron en las comisuras de sus ojos me dijeron todo lo que necesitaba saber.

—Así que has visto mis cicatrices.

Vance recuperó la seriedad en el acto.

—Lo único que vi anoche es que tienes un cuerpo de escándalo.

Apreté los párpados con fuerza unos segundos mientras me preguntaba si una persona podía morir de vergüenza.

—No me gusta que me desvistan cuando estoy inconsciente.

Vance se echó el sombrero unos milímetros hacia atrás.

—No te preocupes, Aisha, te prometo que la próxima vez que te desvista estarás en pleno uso de tus facultades mentales.

No era eso lo que quería oír y menos con ese tono que empleó, como si ambos supiéramos que el desvestirme de nuevo no era más que una cuestión de tiempo. Lo cierto era que no me gustaba nada el rumbo que había tomado

nuestra conversación; sin embargo, aún me quedaba una pregunta por hacer. La pregunta que me rondaba desde que había abierto los ojos hacía unas horas.

—No fue un sueño, ¿verdad? —susurré con las pupilas clavadas en las suyas.

No tuve necesidad de explicarle de qué estaba hablando. Vance negó con la cabeza sin decir nada.

—Te aprovechaste de mí —afirmé en voz muy baja.

Una vez más, él se limitó a asentir.

—Eso... eso no es muy caballeroso de tu parte.

—Culpa a mi ardiente sangre mexicana.

—No tiene gracia, Vance.

—No, tienes razón, no tiene gracia.

Colocó las palmas de las manos sobre mis hombros y clavó los ojos en los míos.

—Anoche estaba muy preocupado por ti. Le prometí a Mike que te vigilaría, ¿recuerdas? —asentí en silencio—. Estabas muy inquieta, gemías como si fueras víctima de una pesadilla. Me dije que si te abrazaba quizá te tranquilizarías, pero no conté con tu reacción.

Aquellas enigmáticas palabras me produjeron una gran inquietud, pero quería llegar hasta el final de ese espinoso asunto de una vez.

—¿Mi reacción?

—Me echaste los brazos al cuello y te pegaste a mí como una lapa. Me gustaría poder decirte que me comporté como el caballero del que hemos hablado antes, pero está feo mentir. La verdad es que no pude contenerme. Ya sabes que hace tiempo que no estoy con una mujer y tú haces unos ruiditos muy sexis cuando...

—¡Basta! No quiero oír nada más.

Se calló en el acto, obediente. Furiosa y con las mejillas ardiendo, me solté de un tirón y empecé a pasear arriba y abajo del despacho.

—Me parece increíble que culpes a una mujer seminconsciente de tu falta de contención. ¿Cada vez que te encuentres a una en un estado semejante vas a hacer lo mismo?

—Hombre, no es algo que ocurra todos los días.

—¡Basta, Vance! No soporto que te rías de mí.

—Pero si ni siquiera he sonreído —protestó.

—Da igual. Son tus ojos; las arrugas que se forman en las comisuras. No

me importa lo que digas, sé perfectamente que te estás riendo de mí, ¡así que deja de hacerlo!

Vance se interpuso en mi camino, me sujetó por los brazos y, como antes, me miró fijamente a los ojos, aunque en esta ocasión estaba muy serio:

—Perdona, Aisha, tienes toda la razón. No debí meterme en la cama contigo en el estado en que te encontrabas, aunque te juro que mi intención era buena; solo pretendía hacer que te calmaras.

Yo no apartaba la vista de su rostro y me pareció que sus disculpas eran sinceras. Sin embargo, había algo que no dejaba de rondarme por la cabeza.

—Pero estabas... ¡Estabas desnudo! —A pesar del color que inundó mis mejillas por enésima vez, creo que conseguí lanzarle una mirada acusadora.

—Si tuviera que elegir una prenda para acostarme, elegiría el sombrero.

—¡Te he dicho que no tiene gracia!

—Es verdad, perdona otra vez. Verás, Aisha, duermo desnudo desde los catorce años. —Alzó las cejas como pidiéndome disculpas—. Te juro que ni siquiera pensé en ello, fue algo automático.

—Pues no quiero que se repita, ¿entiendes? La próxima vez... —Me callé de golpe y sí, noté que me ponía más roja aún.

—Te lo prometo. La próxima vez serás tú quien me desnude a mí.

Por suerte no tuve que contestar porque en ese momento, después de un ligero repiqueteo de nudillos, la puerta se abrió y Fernanda se asomó para anunciar que la cena estaba lista. Alcé la nariz muy digna y salí del despacho, rogando que mi expresión no traicionase la excitación que se había apoderado de mí al escuchar sus palabras.

Capítulo 11

La conmoción por lo ocurrido se fue calmando, y a los pocos días los habitantes del Doble B estábamos de nuevo inmersos en nuestras respectivas rutinas. Había vuelto a acudir a los ensayos en el instituto de Wilson por las tardes, pero Vance insistía en que debía ir siempre acompañada y a pesar de mis protestas se mostraba inflexible. Zoe se había presentado voluntaria para hacer de niñera. Una de sus mejores amigas acababa de dar a luz a su tercer hijo y le había pedido que le echara una mano alguna tarde.

Aquel día el ensayo no estaba yendo tan bien como en otras ocasiones. John Dylan, el protagonista masculino, nos anunció de sopetón que no pensaba bailar en la función. Al parecer su hermano mayor le había pillado ensayando el papel y, no contento con llamarlo mariquita, le había asegurado que iba a ser el hazmerreír de Wilson.

Podía decirse que aquello era un código rojo en toda regla. Quedaban unas pocas semanas para que acabara el curso y no me iba a dar tiempo a enseñarle los pasos a otro de los niños, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de los chicos que participaban ese año parecían tener dos pies izquierdos.

Lo cierto era que la situación me había superado; no tenía la menor idea de cómo iba a sacar el proyecto adelante. Por fortuna, Carla Miles, su pareja de baile en el número de marras y la chica más popular del curso, para más señas —y de la que no habría tenido dificultad para creer que acababa de sacar matrícula de honor en un curso de psicología preadolescente—, intervino antes de que me diera un ataque.

—No se preocupe, señorita Brooks, todos conocemos de sobra la *gran personalidad* —recalcó con sarcasmo— de John Dylan. Además, es un torpe. Me ha pisado en los dos últimos ensayos.

—¡No soy torpe! —saltó John, con dos chapetas muy coloradas en las mejillas.

Estaba claro que le había tocado la fibra sensible. Además sospechaba que el chico, como la mayoría de sus compañeros, estaba bastante colado por Carla y ese comentario, hecho delante de todos, era una dura humillación. Así que cogí al vuelo aquel inesperado salvavidas.

—No es cierto que John sea torpe, Carla, y te lo voy a demostrar. —Me volví hacia el chico, que aún tenía rojas las puntas de las orejas e hice una elaborada reverencia—. ¿Me concede este baile, caballero? Peter, pon la música.

Peter obedeció en el acto y, en cuanto sonaron las primeras notas del animado vals que iba a ser el plato fuerte de la representación, coloqué la mano derecha de John sobre mi hombro izquierdo y envolví su otra mano con mi derecha, antes de apoyar mi mano libre en su hombro.

—Espalda recta, caballero.

Sin que pareciera que era yo la que llevaba la voz cantante, guié al chico a través de los pasos básicos y empezamos a girar por el escenario a toda velocidad. Los ojos de John brillaban como estrellas y cuando los últimos acordes se desvanecieron al fin, nos detuvimos sonrientes y sin aliento, y chocamos las palmas entre los aplausos del resto de los niños.

Carla se acercó corriendo a nosotros.

—Siento haber dicho que eras torpe, John. —Sus ojos azules rebosaban admiración—. Espero que no hagas caso al idiota de tu hermano, me encantaría que bailáramos juntos en la función.

John asintió sin decir una palabra y, aunque tenía el rostro congestionado por el ejercicio, tuve la sensación de que se ponía aún más colorado.

Orgullosa de haber sido capaz de apagar ese pequeño fuego, revolví los cabellos castaños del niño con una caricia ligera y al levantar la vista, sonriente, descubrí a Vance apoyado en una de las butacas del salón de actos con los brazos cruzados sobre el pecho como si no tuviera una preocupación en el mundo y un aspecto más masculino que nunca.

Mi estómago hizo una pirueta extraña al contemplar su despreocupado atractivo y molesta por aquella reacción, me dirigí a él con sequedad:

—¿Qué haces tú aquí?

—He venido a recogerte. Me ha llamado Zoe para decirme que se queda a dormir en casa de su amiga. Al parecer uno de los niños tiene mucha fiebre y la pobre está desbordada.

—Ya te he dicho muchas veces que no necesito una niñera —dije con el ceño fruncido.

Pero como de costumbre, no se inmutó por mi actitud hostil, sino que se dirigió a los niños que nos miraban con curiosidad.

—Enhorabuena, John. Los hombres de Wilson se van a morir de envidia cuando vean cómo bailas. Ya verás cómo los tienes haciendo cola para que les cuentes tu secreto.

—Sí, seguro. —El niño lanzó una carcajada, pero se notaba que estaba orgulloso de que lo felicitara nada menos que el dueño del Doble B, el mejor rancho de los alrededores.

—Bueno, chicos. Terminamos por hoy.

Al instante, se armó un gran revuelo y empezaron a recoger sus cosas entre gritos y risas. Yo también aproveché para coger mi bolso.

—En serio, Vance, no tenías que haberte molestado.

Vance colocó una mano en la parte baja de mi espalda y me guió hacia la salida.

—No es molestia, no me hubiera perdido ese vals por nada del mundo aunque, si te soy sincero, creo que estoy celoso de John.

—¡No digas tonterías! —Lo corté en seco—. No me gusta nada esa costumbre que tienes de coquetear conmigo.

Lanzó un profundo suspiro con el aire de un mártir, ejemplo de paciencia.

—Vaya, eso no lo había apuntado en la lista.

Ahora fui yo la que puso los ojos en blanco. Caminamos en silencio hasta el aparcamiento y subimos a la *pickup*. Vance arrancó, metió una marcha y mis ojos admiraron sin querer ese antebrazo moreno y nervudo, cubierto con una suave capa de vello oscuro que los puños remangados de la camisa escocesa dejaban al descubierto.

Me mordí el labio inferior, incómoda. Nunca había sido tan consciente de la presencia física de un hombre. Los hombros anchos y el modo en que la espalda se iba estrechando hasta llegar a las caderas; la seductora curva de su trasero a la que los vaqueros desgastados se ajustaban como un guante; las piernas largas y rectas no curvadas como las de otros vaqueros debido al tiempo que pasaban subidos al caballo... Vance tenía un modo de llenar el espacio que resultaba sofocante.

Jamás había tenido aquella sensación con Eric. Cierto que el vaquero le sacaba una cabeza y debía pesar al menos veinte kilos más, pero el cuerpo de mi ex también era musculoso y lleno de potencia. Sin embargo, a su lado nunca me había sentido amenazada. Y no era que Vance resultara un hombre

amenazador. En absoluto. Lo que ocurría era que me hacía sentir vulnerable; cuando estaba a su lado tenía que reprimir el impulso de acurrucarme contra él y dejar que me protegiera. Un impulso que en una mujer como yo, que llevaba buscándome la vida desde los dieciséis, resultaba completamente ridículo.

«No te estarás enamorando de él, ¿verdad?».

No sé de dónde surgió ese pensamiento, pero lo descarté de plano. Aún no me había recuperado de lo de Eric. Además, ¿qué podíamos tener ese vaquero y yo en común? Ciertamente había una innegable atracción física; aún se me subían los colores cuando recordaba aquel sueño que no había sido tal.

Y, de pronto, me pregunté por qué me resistía a dejarme llevar; ¿acaso estaba guardando ausencias a Eric después de lo que me había hecho? ¿Qué había de malo en tener una aventura con Vance? Tenía claro que a Raff no le haría ninguna gracia que me enrollara con su amigo, pero hacía años que yo era mayor de edad y no iba a empezar a preocuparme a estas alturas de lo que pensara mi hermano mayor.

—Vance... —Mis labios pronunciaron su nombre antes de que mi cerebro pudiera impedirlo.

—Dime, Aisha.

—Yo... —Me detuve, incapaz de continuar.

Me lanzó una rápida mirada antes de volver los ojos a la carretera.

—¿Sabías que te has puesto como un tomate? —Si había algo que odiara más que ponerme roja, era que me lo hicieran notar. El calor de mis mejillas aumentó de forma exponencial.

—Esto... —Nada, no sabía por donde empezar.

—La curiosidad me está matando. Hace un segundo parecías tan abstraída que no quería molestarte, pero si quieres te puedo ayudar.

—¿Ayudar? —Parpadeé, perpleja—. ¿Cómo?

—A poner en palabras tus pensamientos.

Semejante osadía me arrancó en el acto de ese incómodo estado de incapacidad vocalizadora.

—No tienes ni idea de lo que estoy pensando.

—¿No?

—¡No!

—Aisha, he visto cómo me miras —dijo con tranquilidad, sin desviar los ojos de la carretera.

—Cómo te... ¿qué quieres decir? —Yo en cambio no apartaba los ojos

de su perfil.

—Me deseas.

—Pero qué tont... —Traté de tomármelo a broma, pero no me salió. Me callé y al cabo de un rato admití titubeante—: Está bien... Tienes razón, te deseo.

Bueno, ya lo había soltado, me dije aliviada; casi había esperado que me partiera un rayo después de semejante confesión. Vi que las arrugas de sus ojos se hacían más pronunciadas, pero siguió conduciendo sin decir nada.

—Y bien, ¿qué vamos a hacer al respecto? —pregunté con impaciencia.

Después de considerarlo durante un buen rato soltó:

—Se me ocurren un par de cosas.

Nada, ni siquiera en un momento como aquel conseguía que me tomara en serio.

—Te estás riendo de mí, como siempre —dije molesta.

Vance detuvo la camioneta a un lado de la carretera y apagó el motor. Luego se volvió hacia mí, me cogió de las manos —que yo no paraba de retorcerme en el regazo— y clavó los penetrantes ojos verdes en los míos.

—No, Aisha, no me estoy riendo de ti, pero antes de decir nada, me gustaría saber qué idea tienes en mente.

—Yo... —Intenté apartar las manos, pero no me lo permitió. Me aclaré la garganta, muerta de vergüenza, y dije a toda velocidad—: Podríamos... Podríamos tener una aventura. A ti te vendría cómodo, y yo quizá... quizá podría olvidar a Eric de una vez.

Las comisuras de su boca se curvaron muy despacio, en una sonrisa perezosa que me dejó sin aliento.

—Verás, Aisha...

Aquel inicio tan poco prometedor me hizo temer lo que vendría a continuación, así que me adelanté.

—Déjalo. De verdad, no hace falta que lo digas. Tú no me deseas. Olvida lo que he dicho, ha sido una...

Sin saber cómo me encontré pegada a su pecho. Una de sus grandes manos me sujetaba por la mandíbula, y aunque no apretaba me impedía moverme.

—Me gustaría que quedaran claras unas cuantas cosas —dijo con voz ronca. Su boca estaba tan cerca de la mía que podía sentir el calor de su aliento rozando mis labios—. Una, sí, Aisha, yo también te deseo. Dos, en algún momento tú y yo vamos a acabar en una cama prendiendo fuego a las

sábanas. —Tragué saliva, incapaz de apartar la mirada de los chispeantes ojos verdes que me tenían hipnotizada. Quise decir algo, pero él no había terminado—. Tres, cuando hagamos el amor no será porque yo esté aburrido o porque a ti te apetezca olvidar a un antiguo novio. Cuatro...

Y ahí se detuvo el maldito.

—¿Cuatro? —Lo apremié con un hilo de voz.

—Aún no estás preparada para escuchar el punto número cuatro.

Moví la cabeza indignada, no podía creer que me fuera a dejar con la intriga hasta quién sabía cuándo.

—Al menos me besarás, ¿no? —Apreté los labios con fuerza, pero ya era tarde para detener las palabras.

Su pecho tembló por la risa contenida y quise morirme, pero entonces apoyó su boca contra la mía y susurró:

—Por supuesto.

Y vaya si me besó. Ese vaquero era todo un experto en besos. En besos ardientes que te hacían olvidarte hasta de tu propio nombre; en besos sensuales que te hacían pensar que era la primera vez que te besaban; en besos arrebatadores que te hacían desear que ese momento no acabara nunca.

—¿Ves, Aisha? —Su voz enronquecida me hizo abrir los ojos, aunque seguía tan obnubilada que me costó entender lo que decía. Vance debió darse cuenta porque tomó una de mis manos con delicadeza y la colocó encima de su palpitante erección—. No dudes nunca de lo mucho que te deseo.

Nos quedamos un rato así, mirándonos a los ojos y comunicándonos sin palabras, hasta que por fin retiré la mano y me acomodé de nuevo en mi asiento con la vista al frente.

—Esperaré a que me avises cuando llegue el momento, pero no tardes demasiado, no me quedaré por aquí mucho más. —Me sentí orgullosa de lo serena que sonaba mi voz.

—Tranquila, cuando llegue ese momento serás la primera en saberlo.

Entonces cambió de tema y empezó a hablar del traslado del ganado a los pastos de verano que tendría lugar en los próximos días. Charlamos del asunto con aparente normalidad, y cuando llegamos al rancho al menos había conseguido relajarme.



La semana siguiente fue una locura. Como cada año, había que trasladar el ganado a los pastos de verano, pero antes era preciso etiquetar a los

terneros recién nacidos. Subida en lo alto de la valla de madera de uno de los corrales, contemplaba fascinada el procedimiento.

En realidad, era bastante parecido al que había visto en las películas del Oeste de mi infancia. Los vaqueros atrapaban a los terneros con el lazo, los agarraban por los cuernos y los tumbaban de lado, sujetándolos con la rodilla en el cuello. Sin embargo, en vez de marcarlos con un hierro candente con las iniciales del Doble B, les colocaban unos botones de identificación electrónica y unas etiquetas en las orejas con un aplicador especial, y así cada animal quedaba registrado con un número que podía ser leído a través de un escáner.

Me alegré de que en el Doble B se empleara esa técnica, bastante más civilizada. No habría sido agradable escuchar los chillidos de dolor de los terneros, envuelta en el desagradable olor de la carne quemada.

El trabajo era duro y el sol pegaba con fuerza. Algunos vaqueros se protegían de la polvareda que se levantaba cubriéndose la nariz y la boca con *bandanas* de colores, pero a los pocos minutos todos sin excepción estaban cubiertos de polvo, y sus camisas empapadas de sudor.

—¿Quieres probar?

Josh se acercó sonriente hacia donde yo estaba con un lazo en la mano. Se había quitado el pañuelo y la parte inferior de su cara se veía mucho más limpia que el resto.

—No gracias —le devolví la sonrisa—, tiene pinta de ser difícilísimo.

—Tampoco es para tanto. Venga, te enseñaré.

A pesar de mis protestas, Josh me agarró de la cintura y me dejó en suelo como si no pesara nada. Me dio instrucciones sobre cómo voltear el lazo por encima de la cabeza y se puso detrás de mí para ayudarme. El primer intento fue un fracaso, lo mismo que el segundo y el tercero. Muertos de risa, decidimos intentarlo de nuevo.

—Con este profesor no lo conseguirás nunca.

Vance se había acercado a nosotros y nos observaba con las manos en las caderas, sonriente. Tenía el rostro sudoroso sucio de polvo y su dentadura relucía más blanca que nunca en contraste. En la camisa azul se dibujaban unas grandes manchas oscuras debajo de las axilas, y sus pantalones estaban cubiertos de una fina capa de color gris; pero a pesar de su aspecto desaliñado mi estómago, como de costumbre, hizo una cosa rara al verlo.

—Te recuerdo que quedé finalista en el concurso de lazo del último rodeo —protestó su hermano de buen humor.

—Aparta y deja trabajar a los profesionales.

—Lo tienes difícil, hermanito, nunca había visto a una persona tan torpe con el lazo como Aisha.

—¡Oye! —Traté de lanzarle una mirada amenazadora, pero me entró la risa.

Como había hecho su hermano, Vance se situó a mi espalda. El calor de su cuerpo me envolvió y me cortó la diversión en el acto. Su olor a sudor limpio, a jabón, a caballo y a cuero se me subió a la cabeza.

—Suelta el brazo.

Intenté concentrarme en las instrucciones que me daba, pero resultaba muy difícil teniéndolo tan cerca. Me había rodeado la cintura con un brazo y con la otra mano me ayudaba a girar el lazo por encima de mi cabeza.

—Muy bien, ahora elige a dónde apuntas. —Esa voz grave tan cerca de mi oído me estaba poniendo muy, muy nerviosa.

—¿Al ternero de la mancha blanca en el ojo? —pregunté dubitativa.

—Mejor un blanco más fácil. ¿Ves a Miguel?

El marido de Fernanda estaba de espaldas, dando órdenes a unos vaqueros a pocos metros de nosotros. Asentí con la cabeza.

—Cuando diga «ahora», sueltas, ¿entendido?

Volví a asentir sin apartar la mirada del capataz.

—Una, dos y... ¡suelta!

Obedecí al instante y, sorprendida, vi que el lazo salía disparado formando un óvalo perfecto que se deslizó con suavidad alrededor de los hombros del desprevenido vaquero.

—¡Tira!

Tiré con todas mis fuerzas, y el pobre Miguel quedó atrapado por la cuerda entre las carcajadas de sus hombres.

—No tiene gracia, Vance. —En el rostro enjuto y atezado de Miguel se reflejaba la más absoluta desaprobación.

—No he sido yo. Ha sido ella.

El muy traidor me señaló con el pulgar y me dejó sola ante el peligro.

—Yo... Lo siento Miguel, jamás pensé que fuera a conseguirlo —me disculpé inquieta; el marido de Fernanda siempre me había parecido un hombre con el que no se podía bromear.

Por unos segundos, se me quedó mirando con fijeza con su cara de ídolo azteca. Tragué saliva, pero, inesperadamente, me guiñó un ojo.

—Me alegro de que lo hayas conseguido. Él —señaló a Vance que se lo

estaba pasando de miedo al ver mis apuros— también tuvo un magnífico profesor.

Sin más, se dio la vuelta y siguió dando órdenes a los vaqueros.

Aliviada, me volví hacia Vance y le lancé una mirada que prometía venganza.

Al atardecer, cuando regresamos al rancho vi un todoterreno desconocido aparcado en la entrada. Me imaginé que sería algún invitado de Tessa y crucé con rapidez el vestíbulo dispuesta a desaparecer escaleras arriba antes de que el o la desconocida me pescara cubierta de polvo hasta las cejas. Sin embargo, nada más apoyar el pie en el primer escalón, una voz muy conocida me detuvo en seco.

—¿No vas a saludarme?

Me giré boquiabierta y descubrí la inmensa figura de mi hermano Raff parada en el umbral de la puerta del salón.

—¡Raff! —Corrí hacia él chillando como una loca, le eché los brazos al cuello y apreté mis piernas en torno a su cintura, sin importarme lo más mínimo si le manchaba la ropa.

Raff me estrechó con fuerza, y con la cara hundida en el hueco de su garganta aspiré con deleite el olor familiar de mi hermano. Después de un buen rato desenredé las piernas y me deslicé hasta el suelo.

—Déjame que te vea. —Raff me miró de arriba abajo—. Caramba, hermanita, pareces otra —dijo satisfecho.

—El aire puro, imagino. —Me encogí de hombros sin despegar la mirada de su rostro, en el que destacaban de forma impactante un par de ojos muy azules.

—Y que la hacemos trabajar de firme.

Al oír la voz de Vance miré a mi alrededor, y me di cuenta de que la mayor parte de la familia Bennet estaba reunida en el vestíbulo y nos contemplaba con curiosidad.

—Hola, Vance

—Menuda sorpresa, Raff. —Se dieron uno de esos aparatosos abrazos masculinos llenos de sonoras palmadas en la espalda.

—Veo que todo... bien.

—Más que bien.

No se me escapó la mirada que Raff le lanzó y, al escuchar la respuesta de mi anfitrión, me pregunté qué se traerían esos dos entre manos.

—¿Qué tal India? —Vance hizo una seña para invitarnos a pasar al

salón—. Sentí mucho perderme la boda, aunque Marcus me puso al día con los detalles. Y tenía una hija, ¿verdad? Ahora no recuerdo su nombre.

—Sol, pero ahora también es mi hija. India está muy bien. Quería venir a conocerte, Aisha, pero el médico no la ha dejado volar. Está embarazada. — Su inconfundible expresión de orgullo y el modo en que se le iluminaron los ojos al hablar de su nueva familia me pillaron por sorpresa, y me avergoncé al sentir una punzada de celos.

Poco después de inaugurar la nueva sede de su empresa en Madrid, Raff me llamó para anunciarme que se casaba con una viuda que tenía una hija. Me sorprendió mucho la noticia. A pesar de su aspecto de grandullón bonachón, mi hermano siempre había tenido mucho éxito con las mujeres; sin embargo, no recordaba haberlo visto enamorado jamás. Según me contó, había sido un flechazo, al menos por su parte, porque India solo aceptó casarse con él cuando comprendió que era la única forma de escapar del hombre que la acosaba.

En esos momentos yo estaba sumida en una profunda depresión, entrando y saliendo de una clínica de desintoxicación y no me sentía con fuerzas para volar a España y conocer a esa mujer a la que, en cierto modo, consideraba una rival. Hasta entonces, yo había sido la única familia de Raff. Así que me excusé y le dije que preferiría conocer a India cuando me hubiera recuperado por completo.

A juzgar por lo que Raff nos contó esa noche —con esa gracia especial que tenía y que pronto nos tuvo a todos llorando de la risa— su matrimonio, aunque no había empezado de la manera más ortodoxa, marchaba viento en popa. No había más que ver cómo hablaba de su mujer para comprender que estaba loco por ella.

Por desgracia, dijo también, no podía quedarse. Tenía una reunión muy importante en Nueva York y no tenía más remedio que coger un avión al día siguiente.

Disimulé mi decepción y decidí aprovechar bien el tiempo que estuviéramos juntos. Después de cenar, los Bennet, tan considerados como de costumbre, nos dejaron solos. Me senté en el regazo de Raff y pasé un brazo alrededor de su cuello, como hacía cuando era niña, y estuvimos hablando casi hasta la media noche. Me enseñó fotos de India, una morena bellísima, y de su hija Sol, muy parecida a su madre salvo por el pelo rubio y los ojos azules. También me mostró la foto de una mujer mayor a la que llamaba «la Tata», quien, al parecer, también era un elemento importante de esa familia

numerosa que había formado en tiempo récord.

Después de un segundo bostezo, Raff me ordenó que me fuera a la cama. La verdad era que estaba agotada, pero no quería perderme ni un segundo de estar con él. En ese momento llamaron a la puerta y entró Vance.

—Creo que ya es hora de que te vayas a acostar, Aisha.

Alcé los ojos al Cielo, rogando que me diera paciencia. Aquellos dos eran tal para cual; debían pensar que yo tenía cinco años.

—Soy una mujer adulta, no una mocosa. —Aclaré por si alguien tenía alguna duda.

Vance alzó las palmas de las manos en un gesto apaciguador.

—Perdón, no quería ofenderte. Me gustaría hablar un rato con Raff, si no te importa.

Lo cierto era que estaba agotada, así que besé la mejilla de mi hermano por última vez y les di las buenas noches.

—Y ¿a mí no me besas? —dijo Vance cuando pasé junto a él.

Los ojos de mi hermano, llenos de curiosidad, saltaron de uno a otro y sentí que me ruborizaba.

—No es necesario —dije con aire desafiante y salí de la habitación lo más rápido que pude sin que diera la sensación de que huía.

—Así que es eso —dijo Raff.

—Creo que siempre ha sido eso. —Escuché la enigmática contestación de su amigo antes de cerrar la puerta.

Fruncí el ceño intrigada, me hubiera encantado saber de qué demonios estaban hablando, pero por más que pegué la oreja a la puerta no pude oír nada más. Así que me rendí y me fui a acostar.

Capítulo 12

Y allí estábamos por fin. Casi una semana después de que Raff hubiera regresado a España, había llegado el momento de llevar el ganado a pacer a los pastos de verano. Unos pastos que, por muchas hectáreas que tuvieran sus propiedades, la mayoría de los rancheros arrendaban al gobierno para no esquilmar sus propias tierras.

Yo me debatía entre la excitación de la aventura y la inquietud que me producía la idea de ir de acampada por primera vez en mi vida, con las incomodidades obvias que dormir en una tienda de campaña en mitad del campo traía aparejadas.

Le había puesto a Zoe la cabeza como un bombo con mis preguntas, pero a pesar de ello, había llenado y vaciado las alforjas una docena de veces, cambiando una prenda por otra y luego la otra por esa misma, incapaz de decidirme. Me parecía imposible que en ese espacio tan diminuto cupiera lo necesario para hacer frente a una expedición de casi tres días.

Harta ya de mi indecisión, Carol había tomado cartas en el asunto; la víspera de nuestra partida, relleno las alforjas con lo que ella consideraba indispensable y se las llevó a su cuarto para impedir que yo las vaciara por enésima vez.

Me desperté con una curiosa sensación de expectación. Aún era muy temprano, pero el día se presentaba soleado y caluroso. Ya encima de Maya, con las alforjas, la zamarra y el saco de dormir bien sujetos a la grupa, me remangué las mangas de la camisa. Demasiado nerviosa para estar me quieta, saqué de un bolsillo la bandana roja que Zoe me había regalado como recuerdo de mi primera salida con el ganado, me la até al cuello y me calé el sombrero hasta las cejas, antes de volverme una vez más a comprobar que la mula de la que tenía que ocuparme —cargada hasta arriba de vituallas— estaba bien amarrada a la silla de montar.

Carol y yo éramos las encargadas de cocinar y de la intendencia.

Esperaba que al menos ella supiera qué hacer con todo aquello, porque cuando traté de protestar diciendo que no sabría ni por donde empezar, Fernanda me hizo callar con un gesto tajante y me dijo que me limitara a obedecer las órdenes de la adolescente. Zoe, en cambio, ayudaría a los vaqueros a conducir la manada.

En el fondo me alegraba mi papel en la retaguardia. Según me habían contado, si los hombres eran competentes —y los del Doble B lo eran— cuanto mayor era la manada más fácil era conducir. En teoría, solo había que ponerse detrás de los animales; ellos ya se encargarían de alejarse lo más posible de los caballos y sus jinetes. Sin embargo, pese a mi amistad con Maléfica, no me hacía ninguna gracia la idea de cabalgar cerca de unos cuantos millares de vacas asustadizas.

Esperaba oír los ensordecedores gritos de los vaqueros y verlos con los sombreros en la mano, agitándolos en todas las direcciones como ocurría en las películas, pero no fue así. Sorprendida le pregunté a Carol, quien me explicó que lo mejor era procurar que el ganado estuviera lo más tranquilo posible, para lo cual los vaqueros conducían a sus cabalgaduras por entremedias de los animales con el fin de que estos se acostumbraran a ellos y no los confundieran con un depredador. Al parecer el instinto natural de las reses, sobre todo las que estaban en estado semisalvaje, era el de mantenerse unidas; por lo que la idea era desencadenar ese instinto de agrupamiento hasta juntar la manada.

El movimiento de los vaqueros empezaba a dar sus frutos; las vacas más sociables, las que solían actuar como líderes, ya habían tomado posición a la cabeza y el resto había empezado a caminar a la zaga.

Las pezuñas de los animales levantaban una buena polvareda, y Carol me hizo una seña para que me ajustara el pañuelo sobre la nariz y la boca. Era un espectáculo fascinante. En poco tiempo, el aire se llenó de mugidos que casi ahogaban los silbidos de los vaqueros, que no dejaban de moverse con habilidad en torno a la manada; del olor de las reses y de la hierba fresca; de los relinchos de los caballos y de las llamadas de los jinetes que trataban de hacer avanzar a los animales. Una amalgama imposible que asaltó con violencia mis cinco sentidos.

Entorné los párpados y no me costó mucho distinguir la figura de Vance a lo lejos. El vaquero —que ese día llevaba una camisa azul claro— y su caballo parecían uno de esos centauros de los que hablaban los libros de mitología que devoraba cuando era niña. Lo cierto era que Vance destacaba

con nitidez entre el resto de los hombres. Quizá fuera esa seguridad en sí mismo que le caracterizaba y lo a gusto que se le veía dentro de su propia piel a pesar de su tamaño, lo que hacía que las miradas tendieran a converger sobre él. O al menos mi mirada. No sabía por qué, pero algo en su forma de moverse me atraía como un imán.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

La voz de Carol me recordó para qué estábamos allí. Espoleé a Maya con los tacones de las botas y salimos a paso ligero en pos de la manada.

El río Snake, haciendo honor a su nombre, serpenteaba a lo largo del extenso valle y, mucho más allá, las cumbres puntiagudas y salpicadas de nieve de las Tetons —el nombre con el que los tramperos francófonos las bautizaron, imagino que por la añoranza de unos pechos de mujer en sus noches solitarias— se erguían abruptas contra el cielo azul con el aspecto de gigantescos vigilantes de otra era.

Carol y yo cabalgábamos al paso entre charlas y risas, cada una con nuestra mula bien sujeta a la silla. El aire limpio y ligero se subía a la cabeza, y notaba la misma sensación que si hubiera bebido un par de copas. De vez en cuando los vaqueros se veían obligados a ir a buscar a algún animal que se quedaba rezagado, pero la mañana transcurrió sin mayores contratiempos. Nos adelantamos un poco para hacer la comida y llegamos al pedregoso vado del río en el que Carol había acordado con su hermano que nos detendríamos para hacer la primera parada.

—Ahora no prepararemos nada caliente. —Suspiré con alivio, la verdad era que no me veía cocinando en una fogata; para empezar no tenía ni la menor idea de cómo se encendía una—. Nos limitaremos a hacer unos bocadillos.

Carol había cargado las provisiones con Fernanda y sabía dónde estaba todo. Me tendió varios paquetes y extendió un pequeño mantel sobre una roca plana de la orilla.

—Ahora jugaremos a las cadenas de montaje.

Dicho y hecho; ella partía los panes por la mitad y yo los rellenaba de trozos de pechuga fríos, lechuga picada y un buen chorro de mayonesa de bote. En pocos minutos, teníamos una buena montaña de bocadillos listos, y justo a tiempo, porque ya llegaban los vaqueros con la manada. Los animales se quedaron cerca de la orilla, bebiendo y mordisqueando la hierba que crecía entre las piedras, satisfechos de descansar al fin.

—¿Cómo va eso, chicas? Podría comerme una de estas vacas crudas.

Zoe se quitó el sombrero y se enjugó la frente sudorosa con la manga de la camisa. Brad, que llegaba justo detrás de ella, se limitó a alzar el suyo unos centímetros. No sé que tipo relación tenían esos vaqueros con sus sombreros, pero desde luego era estrecha.

Repartimos los bocadillos y las cervezas, que estaban templadas, a medida que iban llegando. El último en hacerlo fue Vance quien, tras desmontar con su agilidad habitual, llevó a Ranger a beber un poco de agua en la orilla antes de atarlo a la rama de un arbusto cercano. Cuando terminó, se dejó caer a mi lado y aceptó la cerveza y el bocadillo que le tendía.

Después de dar un largo trago a la cerveza —tan largo que tuve que obligarme a desviar la mirada de la nuez que subía y bajaba en su cuello moreno con un ritmo hipnótico—, soltó un suspiro de satisfacción.

—Mmm, deliciosa... —Noté sus ojos fijos en mi cara, y no me quedó claro a qué o a quién se refería con aquel adjetivo; pero para evitar que notara mi rubor, me volví hacia el vaquero que había llegado primero y le tendí otro bocadillo.

Carol y yo no empezamos a comer hasta que no estuvo todo el mundo servido. En cuanto di el primer mordisco me di cuenta de que estaba muerta de hambre, y aquel sencillo bocadillo y la cerveza tibia que lo acompañaba me parecieron lo más exquisito que había comido jamás.

La voz profunda de Vance me arrancó de mi éxtasis gastronómico.

—¿Te duele la pierna?

—No. —Me apresuré a negar con la cabeza; lo cierto era que me molestaba un poco.

—Claro que si te doliera tampoco me lo dirías. —Vance se echó hacia atrás el sombrero con su gesto habitual y le dio un gigantesco mordisco al bocadillo.

Ese hombre leía en mí como en un libro abierto, lo cual resultaba de lo más irritante.

—Te crees que me conoces muy bien. —Alcé la nariz en el aire, pero justo entonces recordé su comentario sobre mi insignificante apéndice nasal y volví a bajarla en el acto.

Cómo no, las arrugas de la risa se marcaron junto a sus ojos; a ese vaquero no se le escapaba una. Molesta, me giré para hablar con Zoe y Brad que se habían sentado muy juntos unos metros más allá.

—Descansaremos un rato —dijo Vance en cuanto se acabaron los últimos bocadillos.

Al instante y como un solo hombre, los cinco vaqueros que nos habían acompañado, Josh y Miguel se apresuraron a buscar un apoyo confortable en los alrededores, extendieron las piernas, cruzaron los tobillos con las puntiagudas botas de cuero apuntando al cielo, se taparon el rostro con sus respectivos sombreros y se pusieron a sestar. Carol terminó de recoger y los imitó mientras Zoe y Brad aprovechaban para perderse en un bosquecillo cercano.

De pronto, era como si Vance y yo nos hubiéramos quedado solos. Lo miré de reojo; los ojos verdes brillaban llenos de diversión.

—Dime, princesa de ciudad, ¿qué tal la aventura?

—Por ahora no va mal —contesté displicente; no pensaba confesar que estaba fascinada.

—Te vendría bien descansar un poco.

Resoplé fastidiada.

—No me gusta que me trates como a una niña.

—Voy a tener que cambiar de cuaderno, se me están acabando las páginas. —Movié la cabeza con fingido pesar. —Ven, apóyate ahí.

Señaló una roca que estaba a su izquierda.

—¿Para qué? —pregunté con desconfianza.

Sin contestar, se levantó, se inclinó sobre mí y me alzó en brazos. Solo me dio tiempo a ahogar una exclamación de sorpresa, antes de que me depositara junto a la roca. Luego volvió a su sitio, colocó mis piernas sobre las suyas y se recostó contra el tronco en el que se había apoyado antes.

—¿Se puede saber qué haces? ¡Suéltame! —susurré para no despertar al resto.

—¿A que estás más cómoda con los pies en alto? Le vendrá bien a tu pierna.

Sin más, se tapó el rostro con el sombrero y cerró los ojos. Podía levantarme y marcharme a otro lado para demostrarle a ese vaquero entrometido que no me gustaba que me trajeran y me llevaran como si fuera un muñeco, pero lo cierto era que estaba bastante cómoda, así que decidí imitarlo. Apoyé la cabeza contra la roca, me tapé con el sombrero y cerré los ojos. Empezaba a invadirme la modorra cuando el peso de una mano en mi muslo, cuyo calor atravesaba la tela de mis tejanos, me hizo abrir los ojos sobresaltada.

—¿Qué haces? —repetí sin aliento, bajando la voz aún más.

—Te doy un masaje. Tienes los músculos agarrrotados.

Sacudí la pierna en un intento de apartarlo, pero no me lo permitió.

—En serio, ¡suéltame!

Pero él siguió a lo suyo.

—Relájate, princesa. Ya verás como más tarde me lo agradecerás.

Lo cierto era que el suave masaje resultaba de lo más placentero.

—Te tomas demasiadas libertades, vaquero. —A pesar de mi tono desaprobador, la sensación resultaba tan agradable que lo dejé hacer. Me acomodé de nuevo contra la roca y exhalé un suspiro de placer—. No sé qué pretendes, pero sé que tramas algo.

Miré por debajo del ala del sombrero y percibí el destello blanco de su dentadura cuando sonrió.

—Es sencillo. Pretendo cortejarte.

—¿Cortejarme? —Me incorporé con rapidez y me eché el sombrero hacia atrás para ver si se estaba riendo de mí. Luego miré a mi alrededor a ver si alguien nos había oído, pero por suerte, todos descansaban a una distancia prudencial.

—Cualquiera diría que jamás habías escuchado la palabra —dijo de buen humor.

—Para tu información, «cortejo» es una palabra bastante anticuada.

—No para mí. —Cambió de tema—. Qué me dices de Eric, ¿nunca te cortejó?

Esta vez no pensaba entrar en ese juego que se traía de tratar de sonsacarme información sobre mi ex a la menor oportunidad, así que respondí con calma:

—Si te soy sincera, no lo recuerdo; llevábamos demasiado tiempo juntos. Pero a juzgar por las historias que contaban mis amigas de Los Ángeles, el cortejo está bastante en desuso hoy en día. Según ellas, si no te acuestas en la primera cita te miran raro.

—Tú y yo no nos hemos acostado en la primera cita.

—¿Quizá ha sido porque no hemos tenido ninguna cita? —repliqué con un soniquete sarcástico.

Sonrió de nuevo.

—Puede que esa sea la razón.

—Y ¿por qué quieres cortejarme? —No iba a dejar que escurriera el bulto después de soltar semejante cosa.

—Por qué iba a ser, por lo obvio.

Reprimí las ganas de soltarle una fresca; no se me escapaba que estaba

intentando sacarme de mis casillas.

—¿Llevarme a la cama? —Traté de sonar lo más indiferente posible—. Sabes bien que estoy dispuesta a acostarme contigo, no necesitas tomarte tantas molestias.

Esta vez conseguí provocar una reacción. Vance se irguió contra el tronco del árbol, se quitó el sombrero y se pasó los dedos por los espesos cabellos oscuros antes de volver a ponérselo.

—Pero yo no quiero acostarme contigo solamente.

Sus palabras, dichas con el mismo tono indiferente que si estuviera hablando del tiempo, me hicieron fruncir el ceño.

—Sé que me estás tomando el pelo, pero en caso de que hablaras remotamente en serio ya te dije que el amor se acabó para mí. Demasiado sufrimiento. No pienso volver a enamorarme nunca más.

—¿No? —Se rascó la mandíbula pensativo antes de continuar—: A lo mejor no depende de ti.

—¡Claro que depende de mí!

—Veremos.

Sin más, se puso en pie y se sacudió los pantalones.

—¡En marcha, chicos! —gritó.

Y yo me alegré —o tal vez no— de haber acabado de una vez con esa ridícula discusión que no llevaba a ninguna parte.

Creo que no olvidaré jamás la visión de aquella inmensa marea negra y marrón cruzando el vado del río en medio de los mugidos y silbidos de ánimo de los vaqueros. Gracias a la pericia de los hombres del Doble B, lo que parecía una tarea imposible se logró en lo que, para mí, fue un tiempo récord.

—Es increíble, ¿no estás de acuerdo? —En el rostro de Carol se dibujaba una enorme sonrisa, pero yo estaba tan apabullada por el cuadro increíble que se desplegaba ante mis ojos, que me limité a asentir con la cabeza. Me sentía como uno de esos osados pioneros de antaño.

—Venga, ahora nosotras —dijo al cabo de un rato, clavando los talones en su cabalgadura. Debió de notar mi inquietud, porque añadió—: No tengas miedo, yo iré delante. Si Maya te ve segura, ya verás como sigue a mi Bella sin titubear.

Volví a asentir con la cabeza y me concentré en seguir sus instrucciones. Unos minutos más tarde, había cruzado el río sin más contratiempos que unas cuantas salpicaduras de agua helada en el pantalón.

—Muy bien, princesa.

Levanté la cabeza y descubrí a Vance, que nos vigilaba encima de Ranger en ese otro lado. Al comprender que había estado preparado para intervenir en caso de emergencia, me embargó una curiosa calidez que intenté ocultar tras una actitud chulesca.

—Acaso lo dudabas, ¿vaquero?

Me lanzó una de esas relucientes sonrisas que me recalentaban el cerebro.

—Jamás, princesa.

Entonces, tiró de las riendas para hacer girar a su montura y partió a cubrir uno de los flancos de la manada.

—Nunca he visto a Vance tan pendiente de una mujer.

Al oír el comentario de Carol, me obligué de mala gana a apartar los ojos del jinete que se alejaba al galope.

—Es normal. Soy la hermana de su amigo. A ver con qué cara le va a decir a Raff que me he ahogado en el río.

—Sí, claro, será eso.

Hice como que no había notado su tonillo burlón y me puse en marcha de nuevo.

Capítulo 13

La mole de las montañas resultaba aún más impresionante según nos acercábamos a ellas. El terreno se volvió bastante abrupto y nos envolvió el penetrante olor de las coníferas. A medida que subíamos hacia los pastos de montaña, el aire se volvía más frío. Zoe me había contado que en verano la temperatura media durante el día en esa zona de Wyoming era de veinticinco grados, pero que podía descender hasta menos uno por las noches. De hecho, en la sierra abundaban los neveros; unas zonas umbrías en las que la nieve no se derretía hasta bien entrado el verano.

Conseguí ponerme el jersey sin necesidad de refrenar a Maya y me dije que en cuanto anocheciera necesitaría también la zamarra. A juzgar por lo alargado de las sombras, no debía faltar mucho para que el sol se ocultara por completo. Me alegré. Lo cierto era que me dolía todo el cuerpo y, muy especialmente, la pierna mala.

—Ya vamos a parar —dijo Carol como si me hubiera leído el pensamiento.

En efecto, pocos minutos después nos deteníamos al abrigo de un extenso bosque de pinos. Carol descendió con agilidad de su montura, pero yo estaba tan entumecida que no me atreví. Seguía elucubrando cómo haría para bajarme de Maya sin aterrizar de cabeza en el suelo, cuando unas manos se cerraron en torno a mi cintura y me alzaron de la silla como si yo no pesara ni un gramo.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Vance sin soltarme. Me agarré a su cintura, temerosa de que las piernas no me sostuvieran e hice una mueca.

—Creo que nunca más volveré a caminar.

Noté su risa silenciosa.

—Te ayudaré a dar unos pasos hasta que la sangre empiece a circular de nuevo.

Me rodeó la cintura con un brazo y yo me aferré a su camisa. De esa

guisa conseguí llegar hasta la fogata que había encendido uno de los hombres, y en la que Carol ya había dispuesto una gigantesca olla de hierro fundido, y me dejé caer sobre la hierba, desmadejada .

—Maya...

—No te preocupes, yo me ocuparé de tu caballo.

—Gracias —dije con voz débil, no me quedaban fuerzas para discutir.

Hice unos cuantos estiramientos y me froté la pierna con fuerza hasta que se me pasaron un poco los calambres.

—Dime qué hago, Carol.

—Vete cortando tiras de bacon para añadir a las judías. No te cortes con el tamaño, que sean gorditas. Todos estamos muertos de hambre.

En cuanto terminaron de ocuparse de los caballos y de preparar el campamento, los vaqueros empezaron a acercarse impacientes a la hoguera, atraídos por el delicioso olor que despedía la olla.

—Listo.

Carol empezó a llenar los platos que yo me encargaba de repartir junto con la correspondiente cuchara y una taza llena de un brebaje que llamaban café, y que era tan fuerte que no pude reprimir una mueca cuando di el primer sorbo. Una vez que estuvieron todos servidos, me senté en una pequeña roca y empecé a devorar mi ración. Aquellas judías, tan calientes que me quemé la lengua un par de veces, desbancaron al bocadillo de la mañana en mi lista de los manjares más exquisitos que hubiera probado jamás y, una vez que me acostumbré a su sabor, el café también me pareció delicioso. No estaba acostumbrada a tomar cafeína por la noche, pero después de un día tan agotador estaba más que segura de que no iba a afectar para nada a la calidad de mi sueño.

Alrededor de la fogata las conversaciones fluían acompañadas a menudo de ruidosas carcajadas. Los vaqueros eran como niños grandes y disfrutaban gastándose bromas unos a otros sin parar. Cuando terminamos de comer, alguien sacó una armónica y enseguida el aire se llenó con las notas cargadas de melancolía de viejas canciones de amor. Una vez más, me vinieron a la cabeza aquellos valientes pioneros que avanzaron en dirección al Oeste, atravesando tierras llenas de peligros en pos de vagos sueños de una vida mejor.

Ayudé a Carol a recoger y fuimos a lavar la olla y los platos. La temperatura había bajado bruscamente, y en cuanto me alejé de la reconfortante luz de las llamas tuve que subirme hasta las orejas el cuello de

la zamarra. El campamento no estaba lejos del río, pero los pocos metros que nos separaban de él se me hicieron muy largos. Los sonidos de la noche, nada familiares al menos para mí, me parecían inquietantes y me pegué a Carol todo lo que pude. Después de lavar los cacharos nos sentamos sobre una roca. La luna ya había salido y el firmamento, sin una sola nube a la vista, estaba acribillado por millares de diminutas estrellas. Las contemplé fascinada; no estaba acostumbrada a la ausencia de la contaminación lumínica característica de las grandes ciudades.

—Es tan hermoso —susurré apenas, como si temiera que mi voz pudiera perturbar semejante belleza.

—Lo es.

No fue la voz de Carol la que me respondió, sino una mucho más grave y masculina. Al instante, noté el peso de unas manos sobre los hombros y me giré sobresaltada.

—No tiene gracia, Vance. Casi me matas del susto. —Lo cierto era que mi corazón latía con furia, aunque, para ser sincera, no tenía demasiado claro si esta súbita agitación era debida al susto o al calor que desprendían sus manos.

Carol se levantó de un salto.

—Tengo que volver, si no, Zoe acaparará todo el espacio de la tienda.

—Yo también tengo que... —Traté de seguirla, pero las manos de Vance, sin apretar pero con firmeza, me lo impidieron.

—Buenas noches, Carol. Yo ayudaré a Aisha a cargar con los trastos.

—No es necesario, puedo sola. Buenas noches, hermano, que tengas dulces sueños.

No sé si serían imaginaciones mías, pero me pareció detectar un deje burlón en las palabras de Carol. Sentí que se me subía toda la sangre a la cara; por fortuna, Vance seguía detrás de mí y estaba demasiado oscuro para que lo notara.

—Será mejor que yo también me vaya a dormir. —De pronto tenía unas ganas locas de huir—. Estoy agotada.

—No tan deprisa, princesa. Ven, quiero enseñarte algo.

Me cogió por debajo de las axilas y me puso en pie. Al instante, me encaré con él con los brazos en jarras.

—¿Tienes que ser siempre tan mandón?

—¿Mandón? ¿Yo? Creo que me estás confundiendo con otro.

Sin hacer caso de mi evidente renuencia, me rodeó por la cintura con un

brazo y me obligó a caminar río arriba. Por encima del crujido de las ramitas que aplastaban nuestras botas, se oía el ulular de las aves nocturnas, el canto de los grillos y algún mugido aislado.

—Suéltame, Vance. Me duele la pierna, no quiero caminar más.

Sobre todo no quería estar a solas con él. Tenía una extraña sensación en la boca del estómago; puede que fuera que me habían sentado mal las judías, pero mucho me temía que era por algo muy distinto.

—Perdona, por un momento me he olvidado de tu pobre pierna.

Se agachó y me cargó sobre su hombro como si fuera un saco de harina.

—¡Vance!

—Es solo un momento, princesa. No sé a cuál de mis antepasados le debo esta vena cavernícola —dijo caminando a buen paso a pesar de soportar mi peso, y sin que en ningún momento le faltara el aliento—, pero reconozco que en cuanto te veo se hace notar.

Sin hacer caso de mis protestas cargó conmigo un buen trecho, hasta que por fin se detuvo y dijo:

—Cierra los ojos.

Mareada por la incómoda postura, obedecí. Al instante me depositó en el suelo y me hizo girar.

—Ya puedes abrirlos.

Obedecí una vez más y, boquiabierta, miré a mi alrededor incapaz de pronunciar una sola palabra. Estábamos subidos a una roca de un tamaño colosal y casi plana que sobresalía a modo de balcón sobre el río. Más allá de las montañas, que se cernían protectoras por encima de nosotros, asomaba una deslumbrante luna llena que arrancaba destellos plateados de la nieve que salpicaba las cumbres y del agua del río que fluía a nuestros pies con engañosa placidez. Si antes había pensado que las estrellas se contaban por miles, desde ese observatorio natural habría hablado de millones. Millones de puntos diminutos que daban a la bóveda celeste un aspecto lechoso.

Sin aliento, me recosté sobre el pecho de Vance que seguía detrás de mí.

—Es... No puedo describirlo —dije maravillada y sin pensar me volví hacia él con una sonrisa—. Gracias por este increíble regalo.

—No es un regalo.

Vance no había apartado las manos de mis hombros, y estábamos tan cerca que podía distinguir el brillo inquietante de sus ojos.

—Ah, ¿no?

Intenté no prestar atención a su turbadora cercanía concentrándome en

nuestra conversación.

—En realidad, espero que me des algo a cambio.

Inhalé profundamente en un vano intento por conservar la calma y traté de usar mi tono más indiferente.

—Algo ¿como qué?

—Algo como esto.

Sujetó mi rostro entre sus grandes manos y me besó.

Mi primer pensamiento fue: «¿Cómo se las arreglaré para que el sombrero nunca le estorbe?», el segundo fue «¡Oh, Dios mío!», y un instante después ya no pude pensar en nada más. Comprendí cuánto había deseado que me besara de nuevo cuando me sorprendí de puntillas, bien pegada a su cuerpo, con los brazos alrededor de su cuello y los dedos enredados en el pelo de su nuca, haciendo lo imposible por acercarlo aún más.

Mi apasionada respuesta pareció liberar algo que hasta entonces había estado a buen recaudo detrás de esa calma impenetrable. De repente, las fuertes manos habían dejado de ser amables y se habían convertido en ansiosas exploradoras, que tomaban posesión con avidez de los nuevos territorios. Con habilidad y urgencia desabrochó los botones de la zamarra e introdujo la mano por debajo de mi camisa. Al sentir el calor de sus dedos se me puso la piel de gallina. Tenía los pezones tan duros que me dolían y el roce calloso de su mano sobre uno de ellos hizo que me arqueara frenética contra él. Al segundo, apartó los labios de los míos y sin dejar de acariciarme un pecho empezó a succionar el otro por encima del jersey. La sensación era tan increíble que un incontenible gemido de placer se escapó de mi garganta y se mezcló con el aullido de un lobo solitario.

—Aisha... —Lo oí jadear roncamente contra mi pecho.

Mis manos también habían decidido explorar por su cuenta debajo de su camisa y en ese momento acariciaban con ansia los duros músculos de su espalda; pero no me bastaba con eso, necesitaba estar mucho más cerca de él para calmar ese ardor que se había apoderado de mí.

—Vance... —pronuncié su nombre en un susurro suplicante, y eso fue suficiente.

El vaquero se apartó, pero antes de que me diera tiempo a protestar, se quitó su propia zamarra y la extendió sobre la piedra helada. Luego me ayudó a tumbarme sobre la prenda y él se apresuró a tenderse encima de mí. Con un movimiento brusco me subió la camisa y el jersey hasta la garganta. Entonces, apartó también el sujetador con dedos impacientes y dejó al

descubierto mis pechos, cuya blancura era visible en medio de la oscuridad.

—Dios, eres tan hermosa —gimió con voz áspera tan cerca de mi piel, que el calor de su aliento acarició mis pezones y los sentí contraerse aún más.

Volvió a colocar la boca sobre uno de ellos, y en menos de un segundo desapareció el frío que me había entrado al sentir el aire gélido sobre mi carne desnuda. Sin aliento, enredé los dedos en los cabellos oscuros y abrí los ojos. Al contemplar el esplendor del firmamento sobre nuestras cabezas, me embargó una emoción casi primitiva de pertenencia; pertenencia a aquel lugar intemporal; pertenencia al hombre que me devoraba con caricias hambrientas.

Los dedos hábiles del vaquero forcejearon con la hebilla del cinturón y no tardó demasiado en desabrocharme los vaqueros. Impaciente, alcé las caderas para ayudarlo a quitármelos; no podía esperar ni un minuto más. Vance tironeó frenético de la cinturilla de los pantalones, soltó un sonoro juramento y... se detuvo.

—¿Vance? —Moví un poco las caderas para apremiarlo, pero él se dejó caer encima de mí, aunque tuvo cuidado de apoyarse sobre los antebrazos para no aplastarme con el peso de su cuerpo.

—No podemos, Aisha.

—¿Cómo que no podemos? —Ni siquiera acertaba a entender lo que quería decirme; estaba tan cegada por el deseo no podía pensar en nada más.

—Si hacemos el amor, mañana no aguantarás en la silla.

¡No podía creerlo! Ese vaquero «calientamujeres» me estaba rechazando una vez más. ¿Acaso era aquella otra de sus bromas?

Pero Vance estaba muy serio, y noté que respiraba con dificultad.

—Y ¿puede saberse por qué no lo has pensado antes?

Mi tono sonó un poco demasiado alto en el silencio nocturno.

—Caramba, Aisha, cuando te tengo cerca me resulta difícil pensar.

—No me vengas con esas, listillo. —Estaba tan rabiosa que me temblaba la voz—. Lo has hecho a propósito. Para calentarme, para demostrar tu poder sobre las mujeres. Sobre cualquier mujer.

—Te aseguro que en este momento, mi diez por ciento de ardiente sangre mexicana está a punto de alcanzar el estado de ebullición. ¿Crees de verdad que jugaría con esto? —Frotó las caderas contra las mías y, a pesar de lo furiosa que estaba, no tuve la menor dificultad en comprobar hasta qué punto estaba excitado—. Y si estás pensando en vengarte, olvídalo. Mi caballerosidad lleva aparejada su propia penitencia. Una dolorosa penitencia —subrayó con voz ronca.

—¿Caballeroso? Ja, permítame que me ría. Jugar con las emociones de una mujer de esta manera resulta de lo más rastrero.

—Se nota que eres una niña mimada, incapaz de ponerte en el lugar de los que realmente sufren.

Entonces, el muy traidor bajó la cabeza y me besó, y aunque estaba furiosa le devolví el beso, al tiempo que le acariciaba las nalgas por encima del pantalón incapaz de contener la pasión que había desatado en mí.

Mucho más tarde, Vance se apartó de nuevo y cuando oí la brutal maldición que escapó por entre sus dientes apretados, no pude evitar sonreír. Al menos, había logrado sacar a ese listillo de sus casillas.

—Aisha Brooks, eres... una mala mujer —afirmó en un susurro sofocado—. Me has tentado más allá de lo que un hombre puede aguantar. Esta noche no me queda más remedio que dejarte ir, pero ya sabes el dicho: la venganza es un plato que se come frío.

Solté una risita maliciosa por toda respuesta.

Con un suspiro, me colocó el sujetador y se inclinó una vez más para depositar un último beso en cada uno de mis pechos. Con otro suspiro aún más profundo, me bajó la camisa y el jersey y me ayudó a incorporarme. Para descartar nuevas tentaciones me abroché el pantalón y el cinturón con rapidez, y me abotoné la zamarra hasta la barbilla. Tardé un poco más de la cuenta; me temblaban los dedos y no era por el frío, precisamente.

—¿Sabes lo que más me ha llamado la atención de nuestro... intercambio? —dije con fingida indolencia mientras regresábamos al campamento cogidos de la mano.

—¿Mi atractivo sexual?, ¿mi maestría como amante? —bromeó.

—Frío, frío. —Negué con la cabeza—. Lo que más me ha sorprendido es que tu sombrero no se ha movido de su sitio en ningún momento.

—Vaya, qué decepción.

Sabía que estaba sonriendo, y yo también sonreí cuando alzó mi mano hasta su boca y me besó la palma con pasión.



A la mañana siguiente me costó un gran esfuerzo despegar los párpados. Las tres chicas compartíamos tienda de campaña, y fue Carol la que nos tuvo que llamar varias veces hasta que consiguió despertarnos al resto. A juzgar por la sonrisita boba que no se le caía de la boca, estaba claro que Zoe también había disfrutado de su momento romántico en tierras salvajes.

Abandonar el calor del saco de dormir fue duro y no dejé de despotricar ni un segundo mientras me calzaba las botas, para diversión de mis compañeras que ya habían acampado antes en numerosas ocasiones y estaban acostumbradas a las incomodidades. Después, cada una con una pastilla de jabón y una toalla en la mano, nos encaminamos entre risas hasta la zona del río más protegida de miradas indiscretas, donde nos lavamos como pudimos. No dejé de dar diente con diente durante todo el tiempo que duró mi aseo matinal.

Carol terminó enseguida porque aún tenía que preparar el café y las galletas del desayuno, y Zoe tenía mucha prisa por volver a ver a Brad, pero yo, que la verdad fuera dicha, aparte de distribuir las tazas de café y las galletas cuando estuviera todo listo no iba a resultar de mucha ayuda, decidí quedarme un rato más.

Los etéreos jirones de niebla que flotaban sobre el agua y entre las ramas de los árboles le daban al paisaje un aire encantado; casi esperaba ver salir de debajo de una piedra a un par de elfos de los bosques. Tarareando una canción, caminé río arriba unos minutos, tratando de localizar la roca donde Vance me había hecho perder la cabeza la noche anterior y distinguí su forma protuberante a lo lejos.

Me hubiera encantado llegar hasta allí para revivir la apasionada escena, pero decidí que sería mejor regresar al campamento; Carol ya debía de tener el café listo. Estaba despidiéndome en silencio de aquel lugar mágico, cuando el roce helado del metal justo al lado de la oreja me dejó paralizada.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —reconocí esa voz burlona en el acto, y mi corazón se saltó un par de latidos.

Muy despacio, porque tenía el cañón del rifle casi pegado a la sien, me giré hacia Colin y no pude reprimir un gesto de horror al contemplar su rostro maltratado. La hinchazón casi había desaparecido, pero aún tenía los ojos morados y el tabique nasal completamente desviado. Colin Hilton ya no sería nunca más el vaquero de rasgos perfectos que volvía locas a las chicas.

—Así que no te gusta lo que me hizo tu amiguito, ¿verdad? —Los ojos casi negros destilaban odio, pero enseguida frunció la boca en una mueca malvada—. A él tampoco le gustará lo que tengo en mente para ti.

—Yo... —Estaba muerta de miedo, pero hice un esfuerzo para dominar el temblor de mi voz y traté de razonar con él—: Ya me hiciste pagar con la droga que me pusiste en la cerveza. Será mejor que lo dejes estar si no quieres meterte en un buen...

Apretó con fuerza el cañón del arma contra mi cabeza y me callé en el acto.

—Así me gusta. Calladita estás más guapa.

—Tú también estás más guapo calladito. Baja el arma.

Al oír la voz de Vance, estuve a punto de lanzar un grito de alegría. Estaba tan concentrada en aquel tenso intercambio que no lo había visto llegar; sin embargo, era demasiado pronto para cantar victoria.

—No, baja tú el arma si no quieres que le vuele la cabeza a tu chica.

Me había olvidado por completo del inseparable colega de ese miserable que, a un par de metros de distancia, también apuntaba a mi cabeza con los pies bien plantados sobre el terreno. Debía de haber estado escondido todo el tiempo.

Vance sopesó la situación durante unos segundos que me parecieron los más largos de mi vida.

—Voy a soltar el arma, no le hagas daño —Muy despacio, se agachó hasta depositar la escopeta en el suelo con mucho cuidado.

En cuanto se incorporó, Colin echó el codo hacia atrás sin previo aviso y lo golpeó de lleno en el estómago con la culata del rifle. Vance se dobló sobre sí mismo con un gemido ahogado. Abrí la boca para gritar, pero el compinche de Colin me la tapó con una mano no demasiado limpia y me lo impidió.

—Aquí no —le advirtió a su compinche, quien en ese momento acariciaba el gatillo de su arma con una expresión que me aterró.

Colin sofocó un juramento.

—Tienes razón, ya me resarciré más tarde.

Se acercó a mí con una sonrisa siniestra, y el otro me soltó sin dejar de apuntar a Vance, que seguía encogido y respiraba con dificultad.

Colin me amordazó con mi propio pañuelo y me ató las muñecas con un trozo de cuerda que había sacado del bolsillo de la chaqueta. Luego hizo lo mismo con Vance, aunque a él le ató las manos a la espalda.

—Andando. —Acompañó la orden de un fuerte empujón que estuvo a punto de derribarlo.

Caminamos por entre los pinos hasta que llegamos a donde habían ocultado los caballos. Solo había tres, ya ensillados, y al comprender que, en un principio, raptar a Vance no había entrado en sus planes me asusté aún más.

Colin se subió al caballo y nos apuntó con el cañón del rifle.

—Arriba. Tendréis que compartir montura.

No sabía cómo iba a subirme al caballo con las manos atadas, pero Joker —había recordado su apodo en cuanto vi esa sonrisa malvada— solucionó mi dilema.

—Agárrate a la crin.

Obedecí. Con su ayuda metí el pie izquierdo en el estribo, y él me impulsó hacia arriba, sometiéndome de paso a un humillante manoseo. Protesté rabiosa, pero la mordaza convirtió el insulto que le lancé en un murmullo ininteligible que le arrancó una carcajada mientras sujetaba las riendas al pomo de la silla.

Sin embargo, pronto olvidé mi humillación. Estaba demasiado angustiada tratando de elucubrar cómo iba a arreglárselas Vance para montarse en el caballo sin ayuda. Me eché hacia adelante todo lo que pude, procurando dejar libre el mayor espacio posible, pero no tenía que haberme preocupado; con un movimiento increíblemente ágil logró subirse detrás de mí y permanecer encima del caballo, que asustado por aquella brusquedad había avanzado unos pasos.

Se notaba que Colin había esperado al menos un par de caídas humillantes, porque golpeó a su montura con una violencia innecesaria para que avanzara. Nosotros lo hicimos detrás de él y Joker cerraba la marcha.

Aunque estaba muy preocupada por lo que ese bastardo pudiera hacerle para vengarse, sentir la sólida presencia de Vance a mi espalda me reconfortaba. En realidad, era él quien guiaba el caballo sin otra ayuda que la de sus piernas; yo me limitaba a agarrarme a la silla con desesperación.

Colin nos guió por un sendero pedregoso que se iba empinando cada vez más. Imaginé que sería más fácil borrar las huellas de nuestro paso en ese tipo de terreno, y tragué saliva con fuerza. Avanzábamos con mucha rapidez y comprendí con un nudo en la garganta que, para cuando en el campamento se dieran cuenta de que algo debía de habernos pasado, ya le sacaríamos una considerable ventaja a nuestros rescatadores.

La niebla se espesaba a medida que ascendíamos y ahogaba los ruidos de nuestras monturas. Era tan densa, que a veces perdía de vista al jinete que marchaba delante de mí. Tenía la sensación de que llevábamos horas subiendo y a juzgar por lo entumecidas que tenía las manos, la temperatura debía haber bajado al menos diez grados. El camino se volvía cada vez más escarpado, y en un momento en que la niebla se abrió, la visión de la profunda garganta a menos de un metro a mi izquierda hizo que se me secara

la boca. También tenía hambre. Ni siquiera había tenido la oportunidad de tomar una taza de café caliente pero, sobre todo, tenía ganas de llorar.

Como si hubiera adivinado mi estado de ánimo, Vance frotó la barbilla contra mi hombro y aquel gesto afectuoso hizo que las ganas de llorar aumentaran.

«¡Qué injusto es todo!», me dije, con una mezcla de furia y desesperación.

Después de casi tres años viviendo en un estado de ánimo que fluctuaba entre la desmoralización más absoluta y la rabia más profunda, en los últimos tiempos había recuperado el gusto por la vida. Sin embargo, una vez más, el destino, el karma o lo que quiera que fuese se reía en mi cara. Por las miradas y los desagradables comentarios de aquellos dos, no tenía demasiadas dudas de lo que pretendían hacer conmigo. Si las probabilidades de que yo sobreviviera a ese secuestro no parecían demasiado halagüeñas, era consciente de que las de Vance eran prácticamente inexistentes. Incluso en el caso remoto de que ambos lográramos salir con vida, quién sabe las espantosas secuelas que nos quedarían después de lo que se anunciaba como un rosario interminable de torturas y violaciones. Sin dejar de temblar, me obligué a apartar aquella terrible idea de mi cabeza.

No había hecho el amor con Vance —y lo más seguro era que no volviera a presentarse la oportunidad—, pero tenía la convicción, casi supersticiosa, de que la unión de nuestros cuerpos habría sanado las heridas del pasado; de que después de que ocurriera habría sido libre por fin. Libre para empezar una nueva vida, libre para amar y ser amada, libre para volver a ser feliz.

En ese momento, me prometí a mi misma que si por algún milagro lográbamos salir indemnes de aquello, no dejaría pasar más tiempo y tomaría cartas en el asunto dijera lo que dijese ese vaquero cabezota. Apreté la mordaza entre los dientes y asentí con decisión. Lo cierto era que no tenía sentido preocuparse por el futuro, lo que tocaba era concentrarse en el presente y buscar la manera de huir.

Capítulo 14

Cuando por fin nos detuvimos cerca de un conjunto de rocas que sobresalía unos metros por encima del terreno escarpado, estaba medio inconsciente. El cansancio, el dolor físico, el estrés y el frío me nublaban la mente. Colin se bajó del caballo, se acercó al nuestro y dijo algo, pero yo me lo quedé mirando sin comprender.

—Baja del caballo. Si tengo que ayudarte, te advierto que no seré muy delicado.

Esta vez sí lo entendí, pero el suelo parecía estar muy lejos y tenía las extremidades tan rígidas que era incapaz de moverlas.

—Mmm.

Me di cuenta de que Vance había conseguido descabalgarme y de que estaba tan cerca que su pecho me rozaba la pierna izquierda. Por los gestos que hacía con la cabeza adiviné que quería que me apoyara en él. Aturdida, me pregunté dónde habría dejado el sombrero, pero casi al instante recordé que se le había caído cuando Colin lo golpeó y no le había dejado recogerlo. Con esfuerzo, desenganché los dedos entumecidos del pomo de la silla y le pasé los brazos alrededor del cuello. El dolor era terrible, pero no me permití pensar en él y me dejé caer sin demasiada gracia.

Las piernas me fallaron y me quedé colgada del cuello de Vance. Literalmente. Con la mejilla apoyada contra su pecho, traté de mover las piernas para activar la circulación. Una nueva serie de dolorosos calambres hizo que se me saltaran las lágrimas, pero al cabo de un par de minutos logré sostenerme por mí misma. En cuanto me vio algo más segura, Vance agachó la cabeza y me ayudó a desenganchar los brazos.

—Bien hecho.

El colega de Colin, quien con aquella horrible sonrisa en los labios se parecía al Joker más que nunca, golpeó la culata del rifle con la palma de la mano como si aplaudiera.

—Será mejor que no encendamos el fuego esta noche. —Las palabras de Colin hicieron que se me cayera el alma a los pies, pero al menos tuvieron la virtud de borrar la desagradable sonrisa de su compinche.

—No jodas, estoy calado hasta los huesos con la jodida niebla. Les sacamos una gran ventaja.

—Puede que sí o puede que no—. Colin se encogió de hombros—. Te aconsejo que no subestimes a Miguel. Es uno de los mejores rastreadores que conozco; estuvo en no sé qué cuerpo de élite en Vietnam. —Se dio media vuelta y empezó desensillar a su cabalgadura. Sin volverse a mirarlo ordenó secamente—: Átalos en un lugar donde podamos vigilarlos y ocúpate de su caballo.

A Joker esas órdenes no parecieron hacerlo muy feliz, no obstante obedeció sin dejar de lanzar maldiciones por lo bajo. Sin la menor gentileza, apuntó a Vance y con un gesto de la cabeza le indicó que se pusiera en marcha delante de él. A mí me agarró de un brazo y me obligó a avanzar en dirección a unos altos troncos, secos y solitarios, que quedaban a pocos metros del refugio de rocas que habían elegido para ellos y los caballos. Recé con todas mis fuerzas para que atara a Vance cerca de mí, y el tipo pareció leerme la mente.

—Tu aquí y tu amante en ese. No quiero que hagáis guarradas esta noche y que luego no quede nada para mí. —Más que el comentario soez, fue el modo de recorrerme con esos ojos estrábicos lo que hizo que me estremeciera con violencia.

Nuestro captor enrolló la cuerda en torno a los hombros de Vance y lo ató al tronco de uno de los árboles y, como si pensara que no era suficiente, también ligó sus tobillos. Había dejado el rifle en el suelo para tener las manos libres y concentré en él toda mi atención, confiando en que en algún momento se despistara y pudiera quitárselo. Sin embargo, el Joker era bastante meticuloso y de todas formas, aunque hubiera podido hacerme con el arma, no sabía muy bien hasta qué punto podría hacer uso de ella con las muñecas atadas.

Luego Joker repitió la misma operación conmigo. Apretó tanto que apenas podía respirar, pero al menos no me ató las piernas. Eso sí, aprovechó para toquetearme todo lo que pudo y aunque intenté defenderme a fuerza de patadas, lo único que conseguí fue que me sujetara las piernas con un brazo y volviera a reírse de mí.

—Lástima que Colin tenga que ser el primero, pero estaré esperando mi

turno con impaciencia. Me gustan las fierecillas.

Entonces, se inclinó sobre mí y me lamió la mejilla con la lengua, al tiempo que me daba un doloroso pellizco en un pecho. Me estremecí de asco y de impotencia, pero por suerte Colin lo llamó en ese momento y me dejó en paz.

Apreté las mandíbulas y parpadeé varias veces para contener las lágrimas. Cuando conseguí recuperar el control, volví la mirada hacia mi compañero de cautiverio. Se había levantado el viento. La luna llena asomó justo entonces por entre las nubes cada vez más amenazadoras e iluminó su rostro. Tenía los ojos clavados en mí con una expresión que me hizo tragar saliva. En ese momento entendí lo que había querido decir Carol cuando dijo que llevaba la palabra «asesinato» escrita en la cara.

Nos quedamos así no sé cuánto tiempo, y sentí que nos comunicábamos sin necesidad de palabras. Era como si me dijera que estuviera tranquila, que haría lo que fuera necesario para liberarme y, aunque sabía de sobra que no había nada que él pudiera hacer en realidad, el pensamiento me reconfortó.

Debí dar una cabezada, porque no vi llegar a Colin hasta que una dolorosa patada en la suela de la bota me hizo abrir los ojos y mirar a mi alrededor, asustada.

—No te he dado permiso para dormir, ¿no?

Llena de recelo lo observé acuclillarse a mi lado. En la mano llevaba algo que parecía comestible y empecé a salivar. Estaba hambrienta y sedienta; ya era noche cerrada y desde el día anterior no había bebido ni comido nada.

—Tienes hambre, ¿verdad? —Me pasó lo que parecía un trozo de carne curada por delante de las narices con una mueca maliciosa.

Yo me limité a mirarlo con fijeza. Ese imbécil iba listo si creía que le iba a suplicar. En realidad, era más que probable que en unas pocas horas me arrastrara ignominiosamente a sus pies, pero por el momento esos bastardos aún no habían quebrado mi espíritu por completo.

Él pareció leer el desafío en mis ojos, porque me soltó la mordaza sin la menor delicadeza, arrancó un pedazo de la tira de carne y me lo metió en la boca haciéndome daño. Pensé que si se lo escupía a la cara no se lo tomaría muy bien, así pues, pese a que me dolía hasta la lengua, empecé a masticar despacio.

Cuando conseguí engullir el trozo duro y salado, pregunté con la voz enronquecida.

—¿No vas a dar de comer a Vance?

—A mi madre no le gustaría, siempre ha dicho que no hay que desperdiciar la comida.

Semejante frase no dejaba lugar a demasiadas dudas —y más cuando iba acompañada de un brillo enloquecido en los ojos oscuros—, pero hice como que no me daba por enterada.

—¿Puedes darme agua?

Sacó la cantimplora que llevaba colgada del hombro con una correa de cuero. La destapó y la apoyó sobre mis labios. Bebí con avidez, pero él la retiró demasiado pronto. Luego me obligó a comer dos trozos más de carne, pero cuando le rogué que me diera más agua dijo que ya era suficiente.

—Me imagino que sabes lo que os espera. —No bajó la voz, estaba claro que quería que Vance lo escuchara todo.

Me mordí la lengua para no contestarle con impertinencia que «aunque no conocía los detalles la cosa me olía bastante mal». No creía que Colin apreciara mi negro sentido del humor, así que me limité a negar con la cabeza.

Sacó una navaja del bolsillo, la abrió con chasquido y me quedé paralizada al ver el brillo intimidante del acero tan cerca de mi cara.

—Tienes suerte de que Miguel sea tan buen rastreador. Ahora no tengo tiempo para hacerte todo lo que quiero, pero en cuanto estemos en un lugar seguro, te prometo dolor, mucho dolor. —Muy despacio, trazó un mapa de líneas en mi frente y en mis mejillas con la punta de la hoja afilada y, aunque llevaba horas dando diente con diente, el violento escalofrío que me sacudió de arriba abajo no tuvo nada que ver con la temperatura nocturna. Al notar mi reacción, soltó una risita siniestra—. Luego le dejaré al Joker lo que quede de ti; por suerte, no es un tipo demasiado exigente.

Lo llevaba crudo, me dije. Un psicópata y un violador, qué combinación tan poco atrayente. Pero por mucho que tratase de tomármelo a broma, estaba aterrada. Tan aterrada que tan solo logré balbucir mi siguiente pregunta.

—Y... ¿qué... qué harás con... él?

—Mañana antes de irnos, le daré a probar su propia medicina hasta que muera por sobredosis. —Lanzó una carcajada, estaba claro que su chiste le parecía muy gracioso.

—¿No te parece un desperdicio? —Hice un esfuerzo sobrehumano para sonar calmada—. Podrías pedir un buen rescate por él, al fin y al cabo es el dueño del Doble B.

Me lanzó una sonrisa similar a la de un padre orgulloso ante el comentario de una hija avispada.

—Lo pensé, no creas. Pero más que el dinero, me atraía la idea de que pudiera contemplar en primera fila lo que voy a hacer contigo. Él me da una paliza y, a cambio, yo desfiguro a la chica que le gusta hasta que no la reconozca ni la madre que la parió. Pura justicia poética —dijo en tono soñador mientras me volvía a amordazar—. Por desgracia es demasiado peligroso. Conozco sus trucos y sé que será difícil vigilarlo todo el tiempo, sobre todo si tenemos en cuenta que sus hombres no deben andar lejos. En fin... —Lanzó un bostezo y se puso de nuevo en pie—. Es tarde, ha sido un día duro, así que os dejo para que reflexionéis sobre lo interesantes que serán las próximas horas. Descansad... si podéis, claro.

Con una última carcajada, se dirigió en dirección al afloramiento rocoso que habían elegido como abrigo contra el frío nocturno y desde el que podían vigilarnos sin problemas. Nosotros en cambio no gozábamos de más protección que la de los gruesos troncos a los que nos habían amarrado, y aunque las ligaduras de las muñecas no me apretaban en exceso, volvía a tener las manos entumecidas. Además, cada vez que respiraba se me clavaba la cuerda en el pecho. No recordaba haber tenido nunca tanto frío; no paraba de temblar y me castañeteaban los dientes. Por fortuna llevaba la zamarra, pero a pesar de ello no estaba segura de ser capaz de sobrevivir al raso con una temperatura nocturna de casi cero grados. Para rematarlo, empezó a llover.

Primero fueron unas gotas aquí y allá, pero enseguida empezó a caer un aguacero. Escuché un trueno a lo lejos y comprendí que se acercaba una tormenta. La cortina de agua apenas me permitía ver a Vance, pero noté que se retorció con furia contra el tronco. Yo también había forcejeado con mis ligaduras, pero tuve que desistir al comprender que mis esfuerzos eran en vano y tan solo servían para agotarme aún más. Por eso me quedé de piedra cuando oí su voz por encima del sonido de la lluvia y el viento.

—Tranquila, Aisha.

Quería preguntarle cómo había podido deshacerse de la mordaza, pero lo único que salió de mi garganta fueron unos sonidos ininteligibles. Un irrefrenable sentimiento de esperanza me invadió y volví a luchar para liberarme. El viento había arreciado, los truenos retumbaban cada vez más cerca y la luz de varios rayos rasgó la oscuridad de la noche. Aterrorizada, cerré los ojos y traté de no pensar en hasta qué punto estábamos a merced de

los elementos.

—Tranquila —repitió la misma voz, en esta ocasión tan cerca de mi oído que me pregunté si estaría soñando, pero en ese momento noté unos leves tirones en mi pañuelo y comprendí que eran sus dedos, luchando por desatar el nudo. Debía tenerlos tan entumecidos como yo, porque tardó un buen rato en conseguirlo.

—¡Vance! —Casi lloré de alivio cuando pude pronunciar su nombre.

—No hay tiempo que perder, Aisha. Ya casi tenemos encima la tormenta.

De pronto, la cuerda que me sujetaba al tronco dejó de apretarme y cayó floja alrededor de mi cintura. ¡Estaba libre! Vance me agarró de la mano y tiró de mí para ponerme en pie. Me tambaleé, aún sin poder creérmelo del todo, y me volví hacia él; en ese momento lo único que quería era que me abrazara, pero él se limitó a darme un leve empujón.

—¡Rápido! Estamos en serio peligro.

«Como si a estas alturas no me hubiera dado cuenta», me dije fastidiada. Sin embargo, el ensordecedor estallido de un trueno en ese preciso instante me recordó que no era el momento de discutir. Intenté dar un paso, pero si no hubiera sido porque el vaquero me agarró justo a tiempo, me habría caído al suelo de narices y, lo más probable, era que me las hubiera roto. Tenía las extremidades tan agarrotadas por el frío y la inmovilidad que dudo mucho que hubiera tenido los reflejos o la fuerza necesarios para parar el golpe.

Vance se agachó y, como en otra ocasión de más grato recuerdo, me cargó sobre su hombro y corrió hacia un bosquecillo de pequeños abetos que quedaba a una veintena de metros del saliente rocoso. En cuanto llegamos, me dejó caer al suelo y se alejó unos pasos.

—¡Mantente alejada de mí! —No me gustó nada esa orden, en especial, cuando lo único que deseaba era que me estrechara contra su pecho como si fuera una niña y me asegurara que todo iba a salir bien. Por otra parte, tenía bastante claro que deberíamos de haber aprovechado la tormenta para alejarnos mucho más. Desde nuestra posición aún podía ver las siluetas de los caballos y Colin y Joker debían estar echados, bien envueltos en sus sacos de dormir, no muy lejos de ellos. Vance debió de adivinar mi intención de dejarme caer sobre la tierra húmeda, porque al instante disparó una nueva ráfaga de órdenes—: ¡No te sientes! Aléjate del tronco y procura que únicamente las suelas de tus botas estén en contacto con el suelo.

Aunque no entendía nada, procuré seguir sus instrucciones. El aire

estaba cargado de un desagradable olor a huevos podridos y noté que se me había electrificado el cabello. De pronto, vi unas lenguas de fuego azulado que bailaban en lo alto de dos de los troncos secos en los que habíamos estado amarrados unos minutos antes y escuché un zumbido sordo.

—¡Vance! —Asustada, señalé con un dedo en esa dirección. Justo entonces, distinguí también la silueta de uno de nuestros secuestradores, que se había puesto en pie y contemplaba el escalofriante espectáculo con los brazos en jarras.

—¡Es el fuego de San Telmo! ¡Ponte en cuclillas!

Aturdida, obedecí en el acto. Se oyó un estruendo ensordecedor y, segundos después, un rayo agrietó el firmamento justo encima de nosotros. Aferrada a mis piernas vi que una de sus ramificaciones alcanzaba el terreno que separaba los troncos secos del refugio de rocas. El suelo tembló debajo de mis pies y la sacudida me tiró al suelo. Casi al mismo tiempo oí un desgarrador grito de dolor y el relincho de un caballo mortalmente herido.

—¿Estás bien?

Distinguí la voz de Vance por encima del zumbido de mis oídos.

¿Estaba bien? No lo sabía. Moví las piernas, los brazos, la cabeza... y me alivió profundamente no sentir ningún dolor.

—¡Aisha, contesta! ¡¿Te encuentras bien?! —Su preocupación me hizo sentir un poco mejor y los latigazos de la lluvia en pleno rostro me ayudaron a despejarme.

—¡Sí, estoy bien!

—¡Pues no te quedes ahí tirada, vuelve a tu posición!

Con un gruñido, volví a ponerme en cuclillas. Estaba calada y me dolían todos los huesos, pero lo cierto era que la tempestad seguía rugiendo con intensidad, y aunque según el refrán un rayo nunca caía dos veces en el mismo sitio, el fuerte aparato eléctrico que acompañaba a esa tormenta me hizo dudar de la sabiduría popular.

No sé cuánto tiempo pasó. Yo traté de quedarme lo más encogida posible, con los brazos alrededor de las piernas y la frente apoyada en las rodillas. Debí de sucumbir al cansancio en algún momento, porque el contacto de unos dedos que se cerraron alrededor de mis brazos me sobresaltó.

—Aisha.

Vance me obligó a ponerme en pie y, esta vez sí, me envolvió en un abrazo asfixiante que me pareció el paraíso. Aferrada a su cintura, abrí los

ojos y me di cuenta de que había dejado de llover. El viento se había calmado también y tan solo se oía ya el retumbar lejano de algún que otro trueno.

—Ya pasó, estamos a salvo —susurró en mi oído con voz ronca.

—¿A salvo?

—Colin y Joker han muerto.

Sorprendida por aquella inesperada noticia, alcé el rostro hacia él.

—¿Muerto? —repetí incrédula.

—Al parecer no sabían demasiado sobre cómo enfrentarse a una tormenta eléctrica en la cumbre de una montaña. Los muy idiotas eligieron el peor refugio posible. Las rocas atraen los rayos tanto como los árboles solitarios, y los animales, al igual que los humanos, son grandes conductores de la electricidad.

—Pero el rayo cayó justo delante de nosotros, yo lo vi.

—Los rayos no suelen descargar directamente sobre un objeto o una persona. Es más frecuente que golpeen la tierra; la electricidad se extiende sobre una amplia superficie y si a su paso encuentra alguna persona o animal, puede subir por una pierna, viajar por el cuerpo, salir por la otra y saltar al siguiente ser vivo que esté próximo. Por eso te ordené que te alejaras de mí.

—¿Seguro que están muertos? —Aún no podía creer aquella especie de milagro. Jamás habría pensado que sería capaz de alegrarme con la muerte de una persona, pero lo cierto es que tenía ganas de gritar de felicidad.

—Tiosos. Me imagino que ha sido una parada cardiorrespiratoria, es lo más habitual. Los caballos también han muerto.

Esa noticia me apenó mucho más y, de pronto, se me ocurrió una idea preocupante.

—Y ¿cómo nos las arreglaremos sin los caballos? No creo que pueda regresar caminando.

—No te preocupes por eso ahora. He cogido unas mantas y algo de comida. Buscaremos un buen sitio para pasar la noche, vamos.

Me rodeó la cintura con uno de sus brazos y me ayudó a caminar. Creo que ni siquiera durante las largas horas de entrenamiento en mi época de *prima ballerina* había sentido nunca los músculos tan agarrotados. Tuve que morderme los labios para no gritar de dolor cada vez que apoyaba la pierna mala, pero, por fin, llegamos a un rincón protegido en dos de sus lados por una pared de piedra que al vaquero le pareció adecuado.

Me dejé caer en el suelo. Incapaz de mover ni una pestaña, lo observé ir y venir buscando ramas que no estuvieran demasiado húmedas. En pocos

minutos, unos cuantos troncos ardían frente a mí. Alargué las manos heladas hacia el calor que desprendían las llamas con un suspiro de bienestar y pensé que jamás había escuchado un sonido más reconfortante que el crepitar de esa hoguera.

Vance había hecho dos viajes más hasta el promontorio de piedra donde yacían los cadáveres de nuestros secuestradores, y en el fuego borboteaba una cafetera. En cuanto estuvo listo el café, me ofreció una taza metálica llena hasta los topes y unas galletas de avena. Devoré las galletas con ansia y di un largo trago al café, sin importarme que me quemara la lengua. Era increíble lo que un poco de calor y un estómago lleno podía hacer por una persona. En cuanto di el último trago al café, me sentí revivir.

Miré a Vance, que en ese momento se inclinaba sobre la hoguera para rellenar las tazas y lo encontré muy distinto sin su sombrero. Las llamas jugaban con los rasgos varoniles, iluminando unos planos y dejando otros en sombra, y una vez más detecté en sus facciones ese treinta por ciento de sangre *sioux* del que tanto presumía. En honor a la verdad, me pareció más atractivo que nunca.

Teníamos tanta hambre que apenas hablamos mientras comíamos, pero gracias a la cena y el calor de la hoguera, se me había pasado buena parte de aquel terrible cansancio que ni siquiera me dejaba pensar.

—¿Cómo conseguiste soltarte? —rompí el silencio, al tiempo que me arrebujaba bien con la manta que Vance me había echado sobre los hombros.

Se llevó la mano a la cabeza, pero al no encontrar el sombrero para echárselo hacia atrás con su gesto habitual, se conformó con pasarse los dedos por los revueltos cabellos oscuros.

—Verás, mi padre siempre tuvo el temor de que alguien intentara secuestrarme. Unos años atrás el mercado de la carne no estaba tan boyante y muchos ganaderos se habían visto obligados a echar el cierre. Algunos lo pasaron realmente mal. De hecho, cuando yo tenía unos diez años, recibí una serie de amenazas anónimas exigiendo dinero a cambio de protección. Así que, durante la semana anual que pasábamos en las montañas, además de aprender técnicas de supervivencia, Miguel se ocupó de enseñarme otros trucos. Entre ellos cómo liberarme de unas ataduras, o a tener siempre un as en la bota.

Se subió la pernera del pantalón, metió la mano en la caña de la bota y sacó un cuchillo de pequeñas dimensiones. Las llamas arrancaron un destello de la hoja afilada antes de que volviera a guardarlo de nuevo en su sitio.

—¡Caramba! —dije sin esconder mi admiración—. Y ¿cuál es el truco para liberarse de unas ataduras? Viendo cómo se las gastan por estos pagos, puede que a mí también me resulte útil en el futuro.

Los blancos dientes brillaron en una seductora sonrisa.

—Tranquila, a partir de ahora no voy a permitir que te alejes de mi vista ni dos segundos. —Algo en su forma de decirlo hizo que se me pusiera la carne de gallina, pero hice una mueca tratando de disimular—. El truco —continuó como si no hubiera notado mi nerviosismo— consiste en inspirar con fuerza y tensar los músculos todo lo posible mientras te atan. De ese modo, en cuanto sueltas el aire y aflojas la tensión, las ligaduras ya no quedan tan apretadas. Una vez que conseguí liberar los hombros, no me costó nada pasar los brazos por debajo de las piernas, arrancarme la mordaza, coger mi arma secreta y cortar las cuerdas de tobillos y muñecas.

Así contado parecía muy fácil, pero no se me habían escapado la cantidad de arañazos y rozaduras ensangrentadas que cubrían sus manos.

—Desde luego, tu padre tuvo lo que se llama «visión de futuro».

—En efecto, la tuvo.

Me quedé con la mirada clavada en las llamas, pensando aún en la increíble suerte que habíamos tenido. Si no hubiera sido porque Vance había aparecido justo en el momento preciso... si no hubiera sido por aquella extraordinaria «visión de futuro» que había demostrado tener su padre... si no hubiera sido por la habilidad y la sangre fría de ese vaquero... Pese al calor de las llamas me estremecí violentamente.

—No pienses en ello, Aisha. —El calor de la mano de Vance sobre mi hombro me reconfortó; como de costumbre, me había leído la mente—. De hecho, esta noche vas a tener que pensar en otra cosa.

Fruncí el ceño sin comprender.

—¿En qué cosa?

—En lo que está a punto de pasar entre tú y yo.

La ardiente expresión de sus ojos no dejaba ninguna duda en cuanto al significado exacto de esas palabras. Noté que la sangre se me acumulaba en las mejillas, y tragué saliva antes de preguntar con voz débil:

—¿Ahora?

—Ahora.

—Pero ha sido un día muy... estresante. —Lo cierto era que no sabía ni lo que decía, su mirada me tenía completamente idiotizada.

—Quizá no es lo que yo habría elegido para nuestra primera... —dejó la

frase en el aire y un nuevo chorreón de sangre me coloreó la piel—. Nuestra primera ¿cita?

—Quizá sería mejor dejarlo para otra ocasión, los dos... los dos estamos cansados.

Me mordí el labio. ¿Por qué salía con semejantes excusas? Cuando creía que ya nunca tendría la oportunidad de acostarme con él no pensaba en otra cosa, y ahora que lo que había esperado con tanta impaciencia estaba a punto de ocurrir, hacía lo posible por esquivarlo.

Vance no había estado ocioso mientras hablábamos; primero colocó un par de colchonetas de acampada cerca del fuego y luego las cubrió con una de las mantas.

—Ven.

Me tendió la mano y, como si fuera un títere sin voluntad, me agarré a ella y me levanté. Con delicadeza me hizo tenderme sobre la manta y se me quedó mirando. Asustada —aunque quizá esa no era la palabra exacta— por lo que asomaba a sus ojos, traté de oponer algún tipo de resistencia.

—No nos hemos duchado...

Las comisuras de sus ojos se fruncieron de esa manera tan atractiva y sentí que me derretía. Lo intenté de nuevo, tratando de hacerme oír por encima del ensordecedor latido de mi propio corazón.

—Y no vamos a estar muy cómodos —susurré.

Vance acercó las otras mantas, se arrodilló frente a mí, me quitó el sombrero, lo arrojó a un lado con un giro de muñeca y empezó a desabotonarme la zamarra.

—Tienes razón. Ha sido un día estresante, estamos cansados, no nos hemos duchado y no vamos a estar muy cómodos. —Me quitó la zamarra y dirigió su atención a mis botas—. Además hace frío y habrá que olvidarse de desnudarnos por completo.

Con habilidad me sacó las botas y se quitó las suyas y su pelliza. Luego me hizo tumbarme, colocó su cuerpo sobre el mío con cuidado de no aplastarme y extendió las dos mantas que quedaban por encima de nosotros sin dejar de hablar mientras yo me dejaba hacer como si estuviera en trance.

—Sí, te doy la razón. Las condiciones no son idóneas —me quitó el jersey y sus dedos fueron soltando uno a uno los botones de mi camisa. Yo ya no notaba el frío; de hecho, empezaba a sentir un intenso calor en ciertas partes de mi anatomía—, pero es difícil, si no imposible, pretender que todo salga a la perfección.

Me subió el sujetador y con la yema del pulgar torturó mi pezón con una destreza que me arrancó un gemido.

—Sin embargo, también creo que no hay mejor momento que el presente. —Bajó la cabeza y atrapó uno de mis pechos con su boca. Sentí que había muerto y estaba en el cielo, pero aquella dicha celestial terminó demasiado pronto. Mi atormentador levantó la cabeza y continuó con ese monólogo al que yo apenas prestaba atención—: Sobre todo, si tenemos en cuenta, que ya he esperado demasiado. ¿No crees?

Desesperada, sujeté su rostro entre mis manos y lo miré con fijeza, a pesar de que apenas distinguía sus rasgos en la oscuridad.

—Te importaría... callarte, no puedo... concentrarme. —El hecho de que mi voz sonara completamente falta de aliento, parecía desmentir mi afirmación—. No me gusta tanta cháchara en un momento como este.

—Vaya, ese «no me gusta» no lo tenía en mi lista.

—¿Tienes que ser siempre tan cargante? —Ya estaba cansada de que él llevara la voz cantante, así que le solté el rostro y mis dedos se recrearon en los fuertes músculos de su espalda y de sus hombros antes de introducirse por debajo de la cinturilla de sus vaqueros y deleitarse con esas nalgas duras como piedras.

Oí un jadeo ahogado y sonreí; por una vez, aquel vaquero tan seguro de sí mismo no lo tenía todo tan controlado como solía.

—¿Te callarás de una vez? —Me incorporé ligeramente y lo besé con pasión, saboreando el interior de su boca con hambre atrasada.

—Oh, sí, ni una palabra más. —Sentir su risa ronca contra mi garganta cuando liberé al fin sus labios fue la puntilla. La piel se me erizó y noté un latido sordo entre las piernas. Me arqueé contra él, pegando las caderas a las suyas en un intento de aliviarlo, y al sentir su erección contra mi pelvis estuve a punto de dejarme ir en ese mismo instante.

Vance se apartó un poco, y solté un gruñido de protesta; no recordaba haber sentido una excitación semejante jamás. De nuevo noté su risa silenciosa segundos antes de que me bajara los vaqueros y la ropa interior de un fuerte tirón; acto seguido se quitó los suyos, se puso un preservativo y volvió a echarse sobre mí.

—No había imaginado así nuestra primera «cita». Y ¿tú?

Pero yo no estaba dispuesta a que empezara de nuevo con el palique. Impaciente, sacudí las piernas con fuerza hasta que conseguí desembarazarme por completo de los pantalones y las bragas.

—Esto es lo que hay, vaquero, así que más te vale hacer un buen papel.

—Lo intentaré.

Entonces enredé las piernas en torno a sus caderas y me apreté contra él. El vaquero ya no se reía. Con un gemido, enredó los dedos en mi pelo y me besó con una avidez que si la mía no la hubiera igualado quizá me habría asustado. Quizá.

No fue un recorrer despacio hasta el último rincón de la piel del otro. No fue un recrearse en unas caricias lentas hasta aprendernos el mapa erótico de nuestros cuerpos de memoria. No fue una maratón de posturas imposibles. Ni siquiera fue «un aquí te pillo, aquí te mato» entre dos desconocidos que practican el sexo por primera vez.

Vance se introdujo en mí de un poderoso empujón hasta llenarme por completo. Se retiró un momento y volvió a entrar con embestidas duras y rápidas mientras yo lo acompañaba con el mismo ritmo frenético. No sé si transcurrieron segundos o fueron horas. No sé si el haber visto la muerte tan de cerca influyó de alguna manera en mis emociones. Lo único que sé es que volé cada vez más alto, cada vez más rápido y, de repente, el universo se detuvo un instante antes de estallar en mil pedazos.

Me aferré a él y hundí el rostro en su garganta, mientras las réplicas de aquel terremoto me sacudían una y otra vez. Cuando los temblores se detuvieron por fin, volví a tomar conciencia de lo que me rodeaba, saciada por completo y con un curioso sentimiento de paz.

—Aysha... —susurró, pero yo estaba demasiado exhausta para contestar o moverme. Él prosiguió en voz muy baja, sin dejar de acariciar mis cabellos —: Tengo que confesar que hubo varios momentos en los que pensé que tú y yo jamás lograríamos estar así: el uno en brazos del otro después de haber hecho el amor como si solo existiera el instante presente. —Los labios de Vance me acariciaron la oreja mientras su voz ronca vibraba en mi oído, y me estremecí una vez más—. Tal vez tenías razón; quizá deberíamos haber esperado a volver al rancho, a que ambos descansáramos unas horas después de esta ordalía. A lo mejor nuestra primera «cita» debería haber sido en una cama caliente con un cómodo colchón después de una larga ducha. Sin embargo, no me arrepiento lo más mínimo.

Me apreté un poco más contra él. Yo tampoco me arrepentía de nada y, desde luego, estaba decidida a comprobar si ese increíble éxtasis solo había sido producto de la novedad y el alivio de haber salido indemnes de una situación desesperada o, por el contrario, se repetiría cada vez que

volviéramos a hacer el amor. Mi silenciosa respuesta pareció bastarle, y sus siguientes palabras fueron un reflejo de mis pensamientos:

—No podía dejar en manos de un destino incierto la posibilidad de hacer el amor contigo y ahora que he probado cómo es... estoy decidido a repetirlo una y otra vez.

—Ha sido... increíble. —Las palabras resultaban insuficientes para describir lo que había sentido.

—Sí —me besó en el pelo—, increíblemente increíble. Quiero hacerte una proposición.

—¿Indecente?

—Ya te dije en una ocasión que jamás te haría una proposición indecente.

—Oh, vaya. —Hice una mueca de desilusión y aunque él no pudo verla en la oscuridad se rió con esa risa ronca, tan suya, que tenía el poder de despertar a la fiera hambrienta de sexo que no sabía que habitaba en mí.

—Conozco un sitio muy especial. Si no estás demasiado traumatizada por los acontecimientos, me gustaría que acampáramos unos días. Solos tú y yo.

—¿Acampar? —La posibilidad de pasar unos días a solas con él resultaba de lo más tentadora, pero después de aquella interminable cabalgata, del terror que había pasado antes y durante la tormenta, de saber que a unos cuantos metros de nosotros yacían los cadáveres de dos hombres víctimas de esos mismos elementos descontrolados... En fin, la idea de pasar más días en aquellas agrestes montañas no me resultaba especialmente atractiva—. No sé si me gusta la idea. Confieso que después de estas últimas experiencias los espacios abiertos y salvajes me producen un cierto repelús. Además, no tenemos comida ni sacos de dormir ni caballos ni...

Vance detuvo esa enumeración que amenazaba con volverse interminable de forma expeditiva; es decir, me besó en la boca y en el acto olvidé de qué estábamos hablando.

—Miguel va a aparecer de un momento a otro. —Saltaba a la vista que su fe en la capacidad del marido de Fernanda para seguir nuestras huellas era inquebrantable—. Entre lo que llevaban esos dos bastardos y lo que él traiga tendremos más que suficiente.

—Y tendrás suficientes... —Me detuve avergonzada, pero Vance captó mis inquietudes al vuelo.

—Desde que supe que venías al Doble B, llevo siempre una caja en el

bolsillo. —A lo mejor debería de haberme hecho la ofendida por la seguridad que mostraba ese vaquero engreído, pero me entró la risa—. Además, si se nos acaban se me ocurren otras maneras muy creativas de gozar sin riesgo.

Fue increíble. Entre el agotamiento producido por tantas emociones, el calor que desprendía su cuerpo, y lo bien que me sentía acurrucada en sus brazos, llevaba un rato luchando para no quedarme dormida. Sin embargo, bastaron esas palabras y el tono que empleó para espabilarme en el acto. Incapaz de contener mi deseo, me pegué aún más contra él y sin decir una palabra, Vance buscó otro preservativo, se lo colocó y volvimos a hacer el amor con la misma urgencia de la primera vez.

Cuando por fin, aferrada aún a él, dejé de estremecerme de placer, susurré contra su garganta en una voz casi ininteligible por el cansancio:

—Creo que vamos a necesitar toda esa creatividad, vaquero.

El sonido de su risa silenciosa fue lo último que oí antes de caer rendida en un sueño profundo.

Capítulo 15

Un movimiento brusco me despertó. Abrí los párpados y con el cerebro confundido por los últimos vestigios del sueño, observé sin comprender la silueta amenazadora del rifle con el que Vance apuntaba en dirección a unos arbustos a nuestra izquierda. Por unos instantes sentí un terror tal que me olvidé hasta de respirar, pero en seguida reconocí la voz que provenía de esa misma posición.

—He estado a punto de pillarte desprevenido —dijo Miguel.

Vance se puso en pie y agitó el rifle.

—Ya ves que no.

Dos jinetes surgieron entonces de entre la espesura; el segundo de ellos era Josh. Tanteé con urgencia debajo de la manta en busca de mis vaqueros, pero me di cuenta, aliviada, de que Vance debía habérmelos puesto en algún momento de la noche.

—¿Colin y Joker? —preguntó Miguel.

—Muertos.

El hombre se limitó a asentir con ademán satisfecho, como si esa noticia fuera exactamente la que había esperado escuchar.

—¿Muertos? —Josh, en cambio, no podía esconder su excitación—. ¿Cómo lo has hecho? ¿Estás bien Aisha?

Asentí con una sonrisa vacilante. Josh parecía dispuesto a someternos a un exhaustivo interrogatorio, pero su hermano levantó la mano pidiendo silencio.

—En un momento contestaré a todas tus preguntas, Josh, pero ahora ayudadme a preparar el desayuno.

Pocos minutos después, el fuego estaba encendido y la cafetera dispuesta sobre una sencilla rejilla de hierro. Al oler el delicioso aroma del café, mi estómago rugió y me di cuenta de que volvía a estar hambrienta.

En un periquete, dimos buena cuenta de un succulento desayuno a base de

bacon frito y galletas de avena recién hechas por Miguel, quien al parecer había aprendido algún que otro truco de su mujer. Mientras saboreábamos la segunda taza de café, Vance contó lo ocurrido desde que Colin y Joker nos sorprendieron junto al río y contestó con paciencia a las innumerables preguntas de Josh, que no dudaba en interrumpirlo a cada rato.

Yo me alegré de que fuera él quien hablara; de ese modo tenía la sensación de que todo aquel horror le había ocurrido a otra persona. Sin embargo, no pude evitar estremecerme más de una vez al revivir ciertas partes del relato, incapaz aún de creer del todo en la inmensa suerte que habíamos tenido. En una de esas ocasiones, Vance posó la mano sobre mi muslo en un gesto tranquilizador. Su hermano y Miguel cruzaron una mirada cargada de significado y noté que se me subían los colores. Aparté la pierna en el acto, lo que dio lugar a una de esas sonrisas casi imperceptibles del vaquero.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. —Miguel se levantó y se sacudió los fondillos del pantalón—. Tenemos que llamar al *sheriff* y si no nos damos prisa no llegarán antes de que se haga de noche y para entonces las alimañas se habrán dado un buen festín.

La naturalidad con la que hablaba me produjo un escalofrío.

—Nosotros no esperaremos a Tom y sus hombres. —dijo Vance mientras guardaba el café y el saco de avena en las alforjas de uno de los caballos.

—¿No? —Josh lo miró sorprendido.

—Aisha acaba de pasar por una experiencia traumática, quiero que se reponga un poco antes de enfrentarse a ningún interrogatorio. Hemos decidido acampar unos días por aquí. —Noté que se me subían de nuevo los colores y para disimular bajé la cabeza y empecé a doblar las mantas con las que nos habíamos tapado la noche anterior—. Vosotros podéis informar a Tom de lo ocurrido, decidle que el martes nos pasaremos por su oficina para terminar de ponerlo al día.

—¿El martes? Pero si quedan tres días. ¿Estás seguro de que Aisha no prefiere ir al rancho a descansar? Entre Fernanda y Carol la cuidarán como un par de gallinas cluecas. Además, a Tom no le va a gustar nada, es un caso de secuestro. Hay dos muertos...

—Cualquiera con dos ojos en la cara puede ver que Vance no ha tenido nada que ver con la muerte de estos dos —intervino el marido de Fernanda, que llevaba un rato observando a Vance en silencio, y añadió tajante—: Tom

tendrá que conformarse con nuestras explicaciones por el momento.

—Pero...

—Me llevo tu caballo —Ahora fue Vance el que cortó en seco las protestas de su hermano. Con un movimiento fluido, pasó las alforjas llenas de provisiones por encima de la grupa de la montura de Josh y sujetó las mantas.

—¿Mi caballo?

—Vamos, nene, deja de repetir todo lo que dice tu hermano y ayúdame con esto.

Miguel le lanzó con fuerza un saco de dormir.

—¡Ouch! —Josh lo atrapó al vuelo y se quedó inmóvil con el saco apretado entre los brazos.

—Gracias. —Su hermano se lo arrebató, lo ató a su vez a la silla y comprobó por última vez que todo estuviera bien sujeto—. Creo que tenemos todo lo que necesitamos. Aisha, ¿estás lista?

Claro que estaba lista, no recordaba una excursión a la que hubiera llevado menos equipaje. Me agaché para coger el sombrero, me lo puse y me acerqué al caballo.

—Por cierto, Josh, no te importa que lo tome prestado, ¿verdad? —Antes de que el otro pudiera decir nada, Vance se apoderó de su sombrero y se lo caló hasta las cejas—. Me temo que el mío sigue en algún lugar junto al río.

—Lo encontré y se lo di a Carol para que te lo guardara —dijo Miguel—. Imaginé que lo echarías de menos.

—¡Joder, Vance! —protestó Josh—. El sombrero y la montura es algo que jamás debería pedírsele prestado a un hombre.

—Pero tú eres mi querido hermano. —Vance le dio unas palmaditas en la espalda con aire paternal, y a su hermano no le quedó más remedio que resignarse a la doble pérdida con un bufido de indignación.

—¡Arriba, princesa!

El vaquero me agarró de la cintura, me subió al caballo y con un rápido movimiento se sentó detrás de mí.

—Miguel, Josh, espero que seáis capaces de vivir sin mí unos cuantos días.

Vance tiró de las riendas para obligar al caballo a dar media vuelta y nos alejamos al paso.

—¡No te preocupes, estaré encantado de ser yo el que da las órdenes para variar! —El grito de Josh a nuestra espalda me arrancó una sonrisa.

Seguimos el mismo camino que nos había conducido hacia allí, pero en un momento dado, Vance se desvió por un sendero apenas visible. Parecía que la historia se repetía: él detrás y yo delante, encima de un mismo caballo, pero, por supuesto, nada era igual. Ahora podíamos hablar y reír sin cortapisas. El vaquero pegaba la boca a mi oreja y susurraba unas palabras que unas veces me arrancaba una carcajada y otras un escalofrío y, a menudo, iban acompañadas de una lluvia de besos a lo largo de mi cuello o algún suave mordisco en mi nuca.

Avanzábamos muy despacio charlando de naderías. En ocasiones señalaba un ave de enorme tamaño que planeaba sobre nosotros impulsada por las corrientes de aire, o una de las profundas simas que cortaban el terreno, terribles cicatrices abiertas en la tierra a las que bastaba asomarse un poco para que se apoderase de ti un vértigo paralizante, y me contaba apasionantes leyendas de los indios que habían habitado aquellas tierras salvajes mucho antes de que llegara el hombre blanco.

El tiempo pasó sin sentir, y por fin nos detuvimos a la entrada de un estrecho desfiladero por el que discurría un arroyo poco profundo.

—Ahora tienes que cerrar los ojos.

—¿Te he dicho ya que no me gusta que me den órdenes? —dije al tiempo que me acomodaba mejor contra su pecho y cerraba los párpados.

—Creo que solo un par de cientos de veces.

Sentí que golpeaba los talones contra los flancos del caballo con suavidad y volvimos a ponernos en marcha. Podía escuchar el chapoteo de los cascos del animal y me pregunté qué tipo de sorpresa me aguardaba. Luché conmigo misma para no hacer trampas, pero, justo entonces, y haciendo gala una vez más de aquella inquietante habilidad que tenía para leerme el pensamiento, la cálida mano del vaquero me tapó los ojos.

Avanzamos durante unos minutos y cuando ya abría la boca dispuesta a protestar por esa interminable marcha a ciegas, apartó la mano de mis ojos y susurró junto a mi oído:

—Ya puedes abrirlos.

Parpadeé unos segundos deslumbrada por la luz del sol, antes de soltar una exclamación de incredulidad.

—Vance... —Pronuncié su nombre en voz baja, maravillada por el panorama que se extendía ante mí.

Aquel paso estrecho nos había conducido a lo que parecía otro mundo. Atrás quedaban las altas paredes rocosas que impedían el paso de los rayos

del sol. Frente a nosotros se extendía una pradera no mucho mayor que un par de campos de fútbol, cubierta casi por entero de millares de flores azul pálido. La tormenta de la noche anterior había barrido las nubes por completo y el brillo del sol arrancaba destellos de color zafiro de las aguas profundas de un pequeño lago de montaña que parecía una joya engastada.

Abrí la boca, pero fui incapaz de decir nada más. La belleza indómita de ese paraje virgen de cualquier rastro de presencia humana me había robado el aliento.

—¿Te siguen produciendo repelús los espacios abiertos y salvajes?

De pronto, comprendí lo que aquel vaquero aficionado a la psicología se proponía: sepultar los malos recuerdos bajo una tonelada de nuevas y mucho más agradables memorias. Me volví hacia él, lo besé en la rasposa barbilla que era lo único que alcanzaba y tan solo dije:

—Gracias.

Vance esbozó una sonrisa lenta que hizo chisporrotear los ojos verdes y que tuvo un extraño efecto sobre mi estómago. Moví la cabeza con resignación; ese vaquero era puro pecado y yo no era lo suficientemente virtuosa como para resistirme. Con decisión, le pasé un brazo por detrás de la nuca, lo obligué a bajar la cabeza y lo besé llena de deseo. Él me devolvió el beso con la misma fiereza hasta que un movimiento brusco de nuestra montura nos hizo recordar dónde estábamos.

—Si llego a saber que la belleza de este lugar tendría este efecto sobre ti te habría traído mucho antes —dijo Vance con voz ronca, acariciándome los pómulos con los pulgares antes de inclinarse para darme un último beso.

Nos separamos entre risas y me ayudó a bajarme.

—Voy a instalar el campamento debajo de esos árboles. Si quieres puedes aprovechar para lavarte un poco, yo lo haré en cuanto termine.

Más que unos árboles eran un conjunto de arbustos algo crecidos en el borde del lago; pero el sol pegaba con fuerza y la escasa sombra sería bienvenida. Miré a mi alrededor buscando un lugar un poco más protegido en el que asearme y localicé una roca solitaria a unos metros que quizá podría servir a modo de biombo. Vance me lanzó una pastilla de jabón y una manta, los cogí con destreza y me alejé a toda prisa; la idea de lavarme por fin resultaba de lo más seductora.

Tras una breve lucha, conseguí sacarme las botas y me aseguré de que la roca me protegía lo suficiente antes de quitarme el resto de la ropa. Me metí en el agua con mucho cuidado para no escurrirme con los resbaladizos cantos

rodados que formaban la pared del lago y contuve un gemido; estaba congelada. Cuando el agua me llegó a medio muslo decidí no adentrarme mucho más. Además de enjabonarme, aproveché también para lavarme el pelo, pero creo que fue el baño más rápido de mi vida. Tiritando, salí a toda prisa y me envolví bien en la manta con manos trémulas antes de lavar la ropa interior y la camisa y ponerlas a secar sobre la roca.

—¿Has terminado?

Alcé los ojos sobresaltada, estaba tan enfrascada en esas tareas tan hogareñas que no lo había oído acercarse, y al verlo de pie a mi lado se me secó la boca. Debía haber aprovechado para darse un baño también, porque, al igual que yo, iba cubierto solo por una manta enrollada en las estrechas caderas. Mis ojos se demoraron más de lo necesario en los músculos que se marcaban bajo esa piel algo más clara que la de manos y rostro, y en la fina línea de vello oscuro que desaparecía bajo el borde de la improvisada toalla. Tragué saliva, me aclaré la garganta y traté que no se me notara demasiado que solo de mirarlo me ponía a cien:

—¿Ya está la comida?

—Aún le queda un poco. —Los ojos verdes no se apartaban de mis hombros desnudos y algo que leí en ellos me impulsó a seguir hablando a toda velocidad, aunque no tenía ni idea de lo que decía.

—El agua está helada, ¿verdad? Vaya, estoy muerta de hambre.

—Yo también.

Se sentó junto a mí, me alzó sobre su regazo y me pasó un brazo por los hombros, al tiempo que posaba la otra mano sobre mi rodilla. El calor que desprendía atravesaba la gruesa tela de la manta e hizo que me olvidara en el acto de que hacía apenas unos segundos estaba muerta de frío. Despacio, inclinó la cabeza y empezó a repartir suaves mordiscos a lo largo de mi cuello. Automáticamente se me puso la carne de gallina y se me erizaron los pezones. Temblorosa, coloqué las palmas contra el pecho desnudo y de nuevo noté ese calor abrasador.

—Vance... —Su nombre escapó de mis labios como un gemido—. Hay demasiada luz, yo...

Un nuevo mordisco alcanzó un punto especialmente sensible debajo del lóbulo de mi oreja y me olvidé de lo que iba a decir. Le rodeé el cuello con los brazos y me apreté más contra él. Vance alzó un segundo la cabeza, atrapó mi boca y se abrió paso con la lengua. Mi lengua salió al encuentro de la suya y pensé, como ya había hecho en otras ocasiones, que ese vaquero

sabía besar.

Introdujo un dedo por dentro del borde de la manta y al instante la sentí resbalar. El movimiento me arrancó de golpe de aquel nirvana de deseo y, haciendo alarde de unos sorprendentes reflejos, conseguí sujetar la manta sobre mi pecho justo a tiempo y me aparté de él.

—¿Qué ocurre? —preguntó con la voz ronca por la pasión.

—Vance... Es de día... yo... no sé si... —Me quedé callada y apreté la áspera tela de lana contra mi pecho, sin saber cómo continuar. No me gustaba la idea de que mi actitud pudiera hacerle pensar que estaba jugando con él; pero ya tendría que haberlo conocido mejor. Al instante, se hizo cargo de la situación.

—Veamos. —Con una mirada cargada de ternura, apartó con el dedo un mechón de pelo empapado que me había resbalado sobre la cara y lo colocó detrás de mi oreja—. Gracias a la única «cita» que hemos tenido hasta el momento sé que no eres una mojigata... —Negué con la cabeza mientras sentía que la sangre se me subía a la cabeza; no, no era eso—. Tampoco creo que seas una «vampira» que odia la luz del sol...

Incapaz de sostenerle la mirada, me mordí el labio inferior y volví a negar con la cabeza, pero él me sujetó la barbilla entre el índice y el pulgar y me obligó a mirarlo.

—Es por tu pierna, ¿no es así? No quieres que la vea.

En realidad no era una pregunta, así que en vez de contestar me limité a tragar saliva.

—¿Crees que si veo tus cicatrices dejaré de desearte?

Claro que lo creía, ni siquiera yo era capaz de mirarlas cuando me duchaba.

—Nadie... —Carraspeé nerviosa antes de continuar con voz ronca—. Aparte de los médicos, solo la ha visto Eric y ya sabes cómo acabó la cosa. Créeme, no es una visión nada agradable.

—Aisha... —Enmarcó mi rostro con sus grandes manos y con los ojos clavados en los míos, dijo con una seriedad impresionante—: Eres una mujer bellísima; tanto, que a veces soy incapaz de apartar la mirada de ti. Ahora que has recuperado algo de peso, puedo decir sin exagerar que tienes el cuerpo más sexi que he visto en mi vida.

Si antes me había puesto colorada, ahora debía de estar de un llamativo rojo chillón. El modo en que lo decía hacía imposible dudar de su sinceridad y la forma de mirarme me hizo tragar saliva una vez más. Hacía años que no

me sentía ni siquiera medianamente deseable.

—Pero... —Se detuvo.

Fruncí el ceño; ese «pero» no me había gustado un pelo.

—¿Pero?

—Pero no es solo tu físico lo que me gusta de ti.

—Ah. ¿No? —Intenté no parecer demasiado interesada, aunque me moría de ganas de que siguiera hablando.

—No. Me gustan aún más la pasión que le pones a la vida, lo gruñona que puedes llegar a ser, tu valentía, tu obstinación. Me haces reír y me pones de los nervios.

—Tú no tienes nervios —repliqué incapaz de callarme.

—Ah. ¿No? —Me imitó—. Entonces, ¿por qué me muero de ganas de darte unos azotes y, acto seguido, de besarte hasta dejarte sin aire cada vez que discutimos? ¿Por qué me temblaban las manos la primera vez que te estreché entre mis brazos? ¿Por qué me quedo con la mente en blanco cada vez que te beso?

—¿En serio? —Me costaba creerlo; siempre había pensado que Vance ejercía un férreo autocontrol sobre sus emociones.

—En serio.

Me incliné un poco hacia adelante, apoyé la frente contra la suya y susurré:

—Eso me gusta.

—Me alegro. Porque pienso seguir besándote, pienso seguir haciendo el amor contigo y pienso disfrutar cuando vea tu cuerpo completamente desnudo.

Al oírlo me estremecí entre sus brazos y él lo notó.

—¿Tienes miedo?

—Un poco.

—Conmigo no tienes nada que temer.

Y comprendí que era cierto; a su lado siempre me había sentido segura.

—Está bien —lo dije muy bajito, pero él me oyó.

—Entonces relájate y déjame hacer a mí.

Inspiré hondo y me dejé llevar y, para ser una mujer a la que no le gusta recibir órdenes, creo que lo hice bastante bien.

Como si fuera una niña, Vance me agarró de la cintura, me alzó en el aire y me sentó sobre la hierba. Luego se puso en pie.

—Empezaré yo.

Lo miré expectante, no tenía ni idea de lo que se proponía aquel vaquero.

—Voy a mostrarte todas mis imperfecciones, no quiero que haya secretos entre nosotros. ¿Ves esto? —Señaló una pequeña cicatriz, apenas mayor que un araño, que tenía en el costado—. Me enganché en un alambre de espino cuando tenía cuatro años.

Puse los ojos en blanco. Ese hombre desconcertante era capaz de hacerme pasar de una emoción profunda a tener ganas de soltar una carcajada en apenas unos segundos.

—Hum. Veo que no te ha impresionado, pero aún no lo has visto todo...

Alzó las cejas varias veces de un modo muy expresivo, antes de enganchar el borde de la manta con el pulgar y bajarla hasta la mitad de su cadera, para mostrarme la huella casi borrada de los puntos de sutura de una antigua operación.

—Apendicitis aguda, once años —dijo muy orgulloso—. ¿Impresionada?

—Mucho —asentí muy seria, aunque lo que me impresionó de verdad fue la visión de esa pelvis musculosa que parecía esculpida en mármol.

De pronto, dejó caer la toalla con un suave giro de muñeca y se quedó inmóvil frente a mí, en toda su gloriosa desnudez y con signos inconfundibles de estar muy, pero que muy excitado. Se me secó la boca en el acto, pero fui incapaz de apartar la vista.

—Ves, ya no tengo secretos para ti. —Negué con la cabeza incapaz de decir una palabra. Vance recogió la manta que había caído a sus pies y la extendió sobre la pradera. Luego se agachó a mi lado, me cogió en brazos y me depositó sobre ella con delicadeza—. Ahora es tu turno.

Me empujó hacia atrás con cuidado, hasta que quedé tendida sobre la manta. Entonces, me cogió de las manos y, con mucha suavidad, empezó a aflojarme los dedos que sin darme cuenta había cerrado con fuerza sobre la tela uno a uno.

Cuando la solté, se tendió sobre mí y pasó la punta de la lengua a lo largo de mis clavículas. Muy despacio, centímetro a centímetro, fue deslizándose el paño hacia abajo. Primero dejó mis pechos al descubierto y los saboreó con detenimiento; luego, con una fina lluvia de besos, siguió bajando a lo largo de mi torso hasta llegar al ombligo. Dejó caer la manta un poco más y el calor de su aliento tan cerca de esos lugares secretos hizo que tuviera que apretar las mandíbulas para contener un gemido. Ya solo mis piernas seguían tapadas y, con un rápido movimiento, abrió la manta por completo e

hizo a un lado los extremos.

Cerré los ojos con fuerza y apreté los puños. No quería ver su cara de asco cuando viera mis cicatrices.

—Tranquila, Aisha —dijo al cabo de un tiempo que se me antojó interminable—. Ya conozco tu secreto y sigo pensando que eres preciosa.

Había un mundo de ternura en su voz, y al sentir sus labios recorriendo mis horribles costurones sin dejar de murmurar palabras cariñosas una lágrima se deslizó por la comisura de mi ojo y luego otra, y otra más.

De repente, era como estar en mitad de uno de aquellos ritos de sus antepasados chamanes. Como si a través de sus delicadas caricias invocara a los espíritus de la aceptación, del perdón, del olvido... y fue entonces cuando me invadió una inmensa sensación de paz.

—Abre los ojos. —Obedecí y me topé con los suyos a apenas diez centímetros de mi rostro—. Eres una mujer preciosa, Aisha, por dentro y por fuera.

Con un sollozo ahogado, lo abracé y lo besé con todas mis fuerzas. Vance respondió con la misma pasión y unos pocos segundos más tarde estaba dentro de mí. Juntos nos elevamos por encima de la pradera, por encima de aquellas montañas, por encima del universo... y luego descendimos despacio, sudorosos y agotados, meciéndonos con suavidad en las últimas sacudidas del placer.

—Gracias. —Fue lo único que pude decir, con el rostro hundido en su garganta.

Vance me apretó más contra sí.

—Soy yo el que tengo que darte las gracias.

En ese instante recordé algo:

—¡La comida!

Nos pusimos en pie de inmediato y, envueltos apenas en las mantas, corrimos descalzos y muertos de risa en dirección al improvisado campamento donde la olla de hierro que Vance había colocado en el fuego desprendía un sospechoso olor a pegado.

Sin embargo, teníamos tanta hambre que nos comimos el guiso y, a pesar del más que ligero sabor a quemado, no dejamos ni las raspas.

Capítulo 16

Durante aquellos pocos días me sentí como una Eva a la que hubieran devuelto al paraíso; de hecho, pasamos más tiempo desnudos que vestidos. Nunca había estado tan aislada del mundo como en esa pradera cubierta de flores que Vance y Miguel habían descubierto en una de sus acampadas en la sierra, y ni siquiera cuando conducíamos el ganado a los pastos de montaña había vivido en condiciones tan primitivas.

En todo ese tiempo no vimos un alma. Nosotros éramos los únicos seres humanos en kilómetros a la redonda y no había ni rastro de la civilización moderna; ni una antena, un cartel, una casa... nada. El hombre no había dejado su huella en ese lugar encantado.

La temperatura diurna era muy agradable. Solíamos despertarnos tarde y empezábamos la mañana con baños y juegos en el lago de agua helada. Vance me enseñó a poner trampas. Cuando por primera vez vi a un conejo atrapado en una de ellas, luché entre la compasión y las ganas de lanzar un grito de triunfo. Insistí en que el vaquero me enseñara a desollarlo y, aunque al principio me dio un asco horrible, en seguida le cogí el tranquillo. Ese día cenamos un sabroso guiso de conejo que yo misma preparé. Me había convertido en una mujer prehistórica, y la emoción de conseguir sobrevivir en plena naturaleza casi como lo hicieran nuestros antepasados hacía millones de años me hacía sentir poderosa.

No recordaba haberme reído tanto en mi vida; tampoco recordaba haber tenido unas conversaciones tan animadas con otra persona. En cuanto terminábamos de cenar nos acurrucábamos el uno en brazos del otro, y con los ojos clavados en la danza de las llamas hablábamos de lo divino y de lo humano, como si el pequeño círculo de luz que proyectaba el fuego, en contraste con la oscuridad a nuestro alrededor, crease una burbuja que nos aislaba del mundo y desataba nuestras lenguas.

Mucho más tarde, debajo de las mantas, hacíamos el amor hasta el

amanecer y, olvidado el frío por completo, caíamos en un sueño profundo y exhausto.

Pero, como ocurre siempre en la vida, todo, lo bueno y lo malo, llega a su fin. Al cuarto día levantamos el campamento. Cuando estuvo todo recogido, miré a mi alrededor por última vez, tratando de grabar en mi cerebro hasta el último detalle de ese bellissimo paraje en el que había sido tan feliz.

—Me da tanta pena irme de aquí —dije pesarosa.

Vance me cogió de la cintura y me montó sobre el caballo.

—No te preocupes, te prometo que volveremos todos los años por estas fechas.

Fruncí ligeramente el ceño, pero no dije nada; no quería estropear el buen ambiente que reinaba entre nosotros. En todo este tiempo no habíamos hecho ningún tipo de planes; no había habido promesas ni sesudas conversaciones sobre el porvenir de nuestra relación. Tal y como yo lo veía, esos últimos días habían sido una cura integral. El cúmulo de emociones negativas que se habían ido almacenando en mi interior desde que desperté en el hospital tras el accidente había desaparecido sin dejar ni rastro. No me sentía tan libre desde hacía años. Ya no miraba al futuro con prevención ni temor, ya no miraba al pasado con anhelo y amargura. Las caricias de Vance me habían devuelto al presente, al aquí y ahora, y sentía que ante mí se abría, una vez más, una existencia llena de posibilidades.

Por su modo de mirarme, creo que él notó mi incomodidad, pero tampoco dijo nada. Colocó un pie en el estribo y se subió con su habitual agilidad detrás de mí. Emprendimos el camino de vuelta y enseguida me olvidé de ese casi inapreciable momento de tensión.

De nuevo la temperatura era muy agradable, y el sol brillaba en lo más alto del deslumbrante cielo azul. Avanzamos al paso, sin prisa. Yo iba recostada contra su pecho, charlando y besándonos a cada rato. Cuando nos detuvimos para comer volvimos a hacer el amor y nos entró la risa al darnos cuenta de que ya solo quedaba un preservativo en la caja.

Llegamos al Doble B cuando el sol empezaba a ponerse. Alguien debía habernos visto y había dado la alarma, porque a la entrada del rancho nos aguardaba todo un comité de bienvenida.

Vance saltó del caballo y me ayudó a bajar y, en segundos, me encontré emparedada entre Zoe y Carol, que me abrazaban riendo y llorando al mismo tiempo. De pronto, me di cuenta de que yo también lloraba y me sorprendió

comprobar lo unida que me sentía a ellas, pese al poco tiempo que hacía desde que nos conocíamos. Estaba tan contenta de estar de vuelta, sana y salva, que también abracé y besé a Fernanda con un cariño que a mí misma me asombró. Cuando nos separamos, la vi llevarse un dedo a los ojos para enjugarse una lágrima con disimulo y sonreí. Por supuesto, el recibimiento más comedido fue el de la madrastra de Vance, quien me dio un frío beso en la mejilla que yo devolví con la misma frialdad; era obvio que Tessa y yo jamás nos llevaríamos bien.

Vance, que también había sido objeto de una buena cantidad de cálidos abrazos húmedos de lágrimas, tendió las riendas del caballo a Josh y puso fin a al emotivo recibimiento.

—¿Cenamos ya? Estamos muertos de hambre.

Por supuesto, en cuanto nos sentamos a la mesa hubo que contar de nuevo toda la historia y responder a un sinfín de preguntas, pero cuanto más hablábamos de lo ocurrido, más lejano se me antojaba todo; me parecía increíble que yo hubiera sido una de las protagonistas de esos dramáticos acontecimientos. La velada fue una de las más animadas que había pasado en el rancho; no paré de charlar y de reír, aunque no se me escapó el desconcierto de Tessa al verme tan animada, ni la expresión calculadora de sus ojos mientras los posaba en Vance y en mí alternativamente.

Era bastante tarde cuando nos fuimos a la cama. La marcha a caballo y las emociones me habían dejado agotada y pensé que me dormiría en el acto; sin embargo, me equivoqué. Una hora después, seguía en la cama con los ojos bien abiertos, echando de menos el calor del cuerpo de Vance. Harta de dar vueltas, aparté las sábanas con decisión y justo en ese momento escuché unos golpecitos en el cristal de la puerta ventana que daba a la galería.

Salté de la cama y corrí a abrir.

—Me has leído el pensamiento —le dije a Vance, que era quien estaba al otro lado, vestido tan solo con los pantalones azules del pijama.

El sonido de su risa silenciosa bastó para que me sacudiera una descarga de deseo. Me puse de puntillas, le pasé los brazos alrededor del cuello y lo besé con ansia. Él respondió como si hiciera un par de siglos que no nos besábamos, y con un rápido movimiento me cogió en brazos y me llevó a la cama.

Mucho más tarde, con la cabeza apoyada en el hueco de su brazo, comenté con voz somnolienta:

—Sabes, vaquero, creo que cuando no estés a mi lado me va a costar

conciliar el sueño.

Me rozó el pelo con la punta de la nariz.

—En ese caso, no habrá ningún problema. Dormiremos juntos todas las noches.

De pronto, me invadió una sensación de frío.

—Ya te dije... —titubeé— te dije que en cuanto pase la función de fin de curso, volveré a Los Ángeles. Los dos sabemos que esto no es real.

Me arrepentí de esas palabras en cuanto se escaparon de mis labios. El brazo sobre el que descansaba mi cabeza se puso rígido y su cuerpo se tensó.

—¿Qué quieres decir con eso de que «no es real»?

Sonaba tan sereno como de costumbre, pero a pesar de ello, me dio la impresión de que estaba enfadado.

—Quiero decir... Lo que quiero decir... —Me aturullé; en realidad, ni yo misma sabía muy bien lo que quería decir—. En fin, mi estancia aquí es solo un paréntesis. He pasado más tiempo en el Doble B del que decretó el juez, así que creo que ya va siendo hora de que retome mi vida y decida qué es lo que voy a hacer a partir de ahora.

—Así que lo nuestro es solo «un paréntesis». —Nunca le había escuchado un tono tan frío. Me incorporé un poco y maldije la escasa claridad que entraba por la puerta ventana, que me impedía adivinar la expresión de su rostro.

—Vance —coloqué la palma de la mano sobre su mejilla—, no puedes imaginarte hasta qué punto me han ayudado los meses que he pasado en el Doble B y, es especial, estos días que hemos pasado juntos. Si te digo que me han devuelto las ganas de vivir, no exagero ni un poquito. Gracias a ti he conseguido aceptar mi... discapacidad.

—Tú no eres una discapacitada —me interrumpió tajante.

—Bueno, dicho de otra manera: aceptarme como soy ahora, aceptar que ya nunca seré la primera bailarina de ningún *ballet*. Aceptar mi cuerpo, no avergonzarme de él y hasta ser capaz de dar gracias a Dios por estar viva; algo que en los últimos años había sentido más bien como una maldición.

—Entonces, ¿por qué quieres irte?

—Porque esta no es mi vida, Vance. —Alcé un poco la voz con impaciencia; no me gustaba que me interrogaran sobre mis motivos cuando ni yo misma los conocía demasiado bien.

—¿Por qué no? Puedes hacerla tuya cuando te dé la gana. ¿Qué es lo que te ata a Los Ángeles?

Era una buena pregunta, pero no tenía la respuesta y me salí por la tangente.

—Tengo que buscar trabajo.

—Aquí tienes un trabajo, Aisha. Necesito a alguien que lleve la contabilidad del Doble B y, si eso no te parece suficiente, tengo otro empleo a jornada completa que tal vez te podría interesar.

—¿Otro empleo? —lo pensé un momento y negué con la cabeza—. No me gusta demasiado cocinar.

—No es un empleo en la cocina lo que te estoy ofreciendo.

Fruncí el ceño, perpleja.

—¿Entonces?

Con un rápido movimiento, Vance se colocó encima de mí y me inmovilizó con su peso. Su rostro estaba tan cerca que podía distinguir el brillo de sus ojos en la penumbra.

—Quiero que te cases conmigo, Aisha. —Su tono era urgente y yo me quedé muda al escuchar esa inesperada proposición—. Quiero tener «citas» contigo todas las noches y alguna que otra mañana. Quiero que demos largos paseos a caballo por el rancho. Quiero ir a trabajar cada día sabiendo que si me paso por el despacho tú estarás allí, enredando con los números. Quiero regresar todos los veranos a nuestra pradera secreta; dejar a Fernanda y Carol a cargo de nuestros hijos, y hacer el amor contigo sobre las flores hasta que no podamos ni movernos.

¡Por Dios, eso ya era demasiado! Por un momento, imaginé a un niño moreno y serio y a una niña rubia y traviesa montando en sus ponis en el rancho mientras sus padres jugaban a Adán y Eva en el paraíso, y la escena me pareció tan real que se me cortó la respiración.

—Pero ¿casarnos? —repetí con incredulidad. Aún no era capaz de asimilar semejante propuesta; era lo último que habría esperado—. Hasta hace unos minutos estaba convencida de que para ti lo nuestro era una aventura más.

—Debo tener mayores problemas de comunicación de lo que creía si realmente piensas eso. Desde que te conocí he intentado dejarte bien claro que no iba a hacerte ninguna proposición indecente. Que quería que fuéramos despacio, que te estaba cortejando.

—Pensé que lo decías en broma.

—Y lo que ha ocurrido entre nosotros estos días, ¿también te ha parecido una broma? ¿Ha sido para ti una aventura sin importancia, como has dicho

antes?

Al escuchar su tono acusador, salté como si me hubiera pinchado. Me dolió que, siquiera por un segundo, Vance hubiera pensado que para mí lo nuestro había sido un episodio intrascendente.

—¡Por supuesto que ha sido importante! No soy ninguna Mesalina, ¿sabes? Eres el segundo hombre con el que me voy a la cama, por el amor de Dios. Es solo que no había pensado... que no se me había ocurrido...

—Que yo pudiera estar enamorado de ti.

No fue una pregunta y no tuve que contestar; aunque lo cierto era que la idea ni se me había pasado por la cabeza. Había estado demasiado concentrada en la avalancha de sentimientos y emociones que se habían desatado en mi pecho, como para preocuparme de los suyos.

—Pues lo estoy —prosiguió con firmeza al cabo de un rato—. Me enamoré de ti la noche que fui con Raff a felicitarte a tu camerino.

El silencio duró un poco más esta vez. Yo estaba tan estupefacta por aquella revelación que no fui capaz de decir una palabra, y fue él el que lo rompió de nuevo.

—Amor a primera vista. El mismo que cuando lo lees en una novela dices: imposible. Pero lo es. Posible, me refiero. Desde entonces, aunque haya tenido alguna que otra relación esporádica, no he dejado de pensar en ti. Me imagino que Raff sospecha algo; siempre me ha tenido al tanto de tus movimientos y no dudó en recurrir a mí cuando necesitaste un sitio donde reponer fuerzas.

—Yo... No sé qué decir.

—Solo di que sí.

Y no puedo negar que estuve tentada de hacerlo.

Vance era un hombre muy atractivo, y un amante imaginativo y generoso. Y no solo eso, también era una gran persona: atento, inteligente, con sentido del humor, valeroso... la lista era interminable. Si tenía que ponerle un «pero» sería que quizá disfrutaba más de lo necesario riéndose de mí. En ese aspecto se parecía mucho a mi hermano Raff pero, aunque a veces podía sacarme de quicio, en el fondo tampoco me parecía un vicio imperdonable.

Sin embargo, había hablado de matrimonio, de hijos; en definitiva, de un compromiso para toda la vida. ¿Estaba preparada para dar semejante paso? Tan solo unos meses atrás lloraba aún por la traición de Eric y por mi malograda carrera de bailarina y maldecía a los dioses por mi sufrimiento.

¿De verdad estaba curada? ¿Estaba preparada para un cambio tan radical? Yo, la princesa de ciudad por excelencia, tendría que vivir en el Doble B, del que la ciudad más cercana quedaba a varios kilómetros. Y lo más importante: no estaba segura de cuáles eran mis sentimientos hacia Vance. Cierto que lo deseaba, que me volvía loca con sus caricias, pero lo que sentía a su lado era tan distinto de lo que había sido mi tormentosa relación con Eric que no podía evitar que me entraran las dudas.

A Vance lo consideraba un buen amigo; a su lado me encontraba cómoda, segura. En nuestras conversaciones podía decir lo primero que se me pasaba por la cabeza sin temor a desencadenar una hecatombe; podíamos hablar de cualquier cosa sin acabar discutiendo a gritos, pero ¿era eso el amor?

Con Eric todo era muy intenso; como buen artista, era propenso a los altibajos emocionales. Si estaba animado, la vida a su lado era maravillosa y era capaz de convencerme de cualquier locura; en otras ocasiones, me arrastraba con él a abismos de abatimiento y amargura. Cualquier cosa podía desencadenar alguno de esos sombríos estados de ánimo: un *échappé* que no le había quedado del todo perfecto, la rotura de la goma de una de sus zapatillas favoritas, ataques de celos profesionales de algún compañero o incluso de mí. Cuando ocurría, yo tenía que andar de puntillas a su alrededor mientras rogaba que la crisis pasara cuanto antes. La vida al lado de mi exnovio era como viajar a toda velocidad en el vagón de una montaña rusa; podía ser muy emocionante a veces, pero otras resultaba agotadora.

Yo también había experimentado el amor a primera vista y mira cómo había acabado aquello. La primera vez que vi a Eric en uno de los ensayos me quedé deslumbrada, y no necesité más que cruzar con él unas pocas palabras para enamorarme con locura. Cierto que yo era muy joven; que no tenía ninguna experiencia; que Eric era un hombre muy guapo y un fabuloso bailarín; que me llenó de orgullo que me eligiera a mí, pudiendo hacerlo entre tantas otras. Quizá pequé de ingenua, pero fuera como fuese le había entregado mi corazón sin condiciones y él me lo había devuelto unos años más tarde terriblemente magullado, justo cuando más necesitaba su amor.

Pero todo eso era el pasado. Ya lo había olvidado, ¿no? ¡Por el amor de Dios, ni siquiera estaba segura de qué era lo que sentía por Eric, si es que aún sentía algo!

—Tengo... tengo que pensarlo.

Vance se apartó de mí y lo escuché exhalar un profundo suspiro.

—¿Cuándo te vas? —dijo al fin. Ahora nuestros cuerpos ni siquiera se rozaban y aunque me había tapado con las sábanas, sentí frío.

—Tenía pensado empezar a mirar vuelos para después de la función.

—Y ¿por casualidad te habías parado a pensar también en qué iba a ser de nosotros?

Lo cierto era que estaba tan embebida en el maravilloso presente que no había tenido tiempo de reflexionar sobre el futuro. De una manera vaga había dado por hecho que lo nuestro terminaría en cuanto yo regresara a mi mundo. Que con el tiempo, los días llenos de magia que habíamos pasado juntos, igual que los amores de verano, se convertirían en un recuerdo lejano y dulce; de esos que, al evocarlos, te hacen esbozar una sonrisa cargada de ternura.

—Pensé... No sé, pensé que tal vez nos veríamos de vez en cuando. Tú irías a visitarme algún fin de semana a Los Ángeles y yo pasaría aquí unos días de mis vacaciones...

—Hasta que, poco a poco, la distancia diera paso al olvido. Entiendo.

Dicho así no sonaba demasiado bien, pero no podía negar que eso era lo que había imaginado que sucedería. De nuevo el silencio se convirtió en una presencia más en el dormitorio. Era increíble que en unos minutos hubiera pasado de sentirme la reina del universo a convertirme en una piltrafa humana, y eso que Vance ni siquiera había alzado la voz.

—Está bien, haremos una cosa.

Suspiré aliviada al ver que no solo seguía dirigiéndome la palabra, sino que al parecer había encontrado una solución.

—¿Qué propones?

—Soy consciente de que te han ocurrido demasiadas cosas en poco tiempo. Además, estás en un entorno que no te resulta familiar y entiendo que puedas tener dudas. Es una decisión muy importante que afecta a todos los ámbitos de tu vida. Creo que sería bueno para ti tomarte un tiempo para aclarar las ideas.

—En realidad sería bueno para los dos, ¿no crees? —Lo interrumpí un poco molesta. No me gustaba que me hiciera sentir como una muchachita tonta que no sabía lo que quería, aunque fuera cierto.

—Aisha, no es ningún pecado pararse a reflexionar con calma. —Pese a que no podía verlo en la oscuridad, sabía que estaba sonriendo y no pude evitar poner los ojos en blanco—. Y, créeme, yo no necesito aclarar mis ideas. Sé muy bien lo que quiero. Llevo años sabiéndolo.

Aquella seguridad aplastante me quitó de golpe las ganas de discutir.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Qué te parece a principios de otoño? Entretanto te dará tiempo a organizarte, buscar un trabajo y... hacer las despedidas que sean necesarias.

No lo dijo, pero ambos sabíamos que estaba hablando de Eric.

—Y ¿no te veré en todo ese tiempo? —Me temblaba la voz. De pronto, la idea de no poder verlo, no abrazarlo, no hablar con él o, incluso, de no enredarnos en discusiones interminables como solíamos se me antojó aterradora. Y entonces me di cuenta de que, una vez más —y aunque odiaba admitirlo—, el vaquero tenía razón: yo no sabía lo que quería.

Volvió a pasarme el brazo por detrás de la cabeza y yo me pegué a su pecho, buscando el consuelo de su calor.

—No, no nos veremos, pero hablaremos a menudo por teléfono.

—Pero ¿qué tiene de malo vernos algún fin de semana? —protesté.

—Aisha, si voy sabes lo que va a pasar, ¿verdad? Vamos a darle al sexo hasta que se nos funda el cerebro.

Desde luego, ese vaquero sabía cómo excitarme con unas cuantas palabras bien escogidas.

—No sé qué tiene eso de malo —dije mimosa, al tiempo que esparcía una lluvia de besos sobre su pecho.

—Quiero que tengas el cerebro bien despejado, Aisha. Un matrimonio es mucho más que un poco de atracción sexual. ¡Aisha! Aisha, me estás matando... —gimió y yo sonreí contra su piel. No había nada que disfrutase más que ver a un hombre con semejante dominio de sí mismo perder algo de ese control.

—Está bien... —mis labios trazaron una despaciosa línea de besos desde el esternón hasta el ombligo, y me vi recompensada por otro gemido ahogado —, haremos lo que dices: esperaremos al otoño.

De pronto, se me ocurrió una idea que no me gustó nada y levanté la cabeza.

—Pero hasta que me vaya seguiremos con nuestras «citas», ¿no? —Noté el temblor de su pecho bajo las palmas de mis manos y le dí un leve pellizco —. No te rías. No tiene gracia.

—¿Que no? —Me cogió de los brazos y, al segundo, era yo la que estaba atrapada debajo de su cuerpo—. A ver si te crees que voy a dejar pasar la oportunidad de dejar mi impronta en ti.

—¿Impronta? —fruncí la nariz—. ¿Te refieres a eso que me contó Zoe sobre los gansos? ¿Lo de que crean un vínculo con lo primero que ven al salir

del cascarón?

—Veo que vas camino de convertirte en toda una princesa de campo.

—Yo no soy un ganso —dije y, para demostrárselo, me incorporé un poco y lo besé de lleno en los labios.

Vance me devolvió el beso de inmediato, y los rescoldos de la pasión que habíamos compartido poco antes se avivaron hasta convertirse en llamaradas descontroladas.

—Puedes apostar que voy a aprovechar hasta el último minuto que nos quede —dijo con voz ronca antes de atrapar uno de mis pechos con su boca y arrancarme un profundo suspiro de placer—. Voy a hacerte el amor hasta que no concibas hacerlo con otro que no sea yo.

Y, fiel a su promesa, hicimos el amor hasta que las primeras luces de la mañana nos recordaron que sería bueno que descansáramos al menos un par de horas.

Capítulo 17

Con dedos temblorosos apliqué de manera uniforme la última capa de máscara de pestañas, y lancé una maldición cuando se me escurrió el cepillo y me manché uno de los párpados. Cogí un poco de papel higiénico para arreglar el pequeño desaguisado y, cuando terminé, examiné con fijeza el reflejo que me devolvía el espejo.

—Bien, Aisha Brooks —dije en voz alta—, estás todo lo guapa que puedes llegar a estar.

Me giré y miré por encima del hombro para cerciorarme de que no me asomaba la tira del sujetador por el escote redondo de la espalda. Llevaba un vestido negro sin mangas que había comprado para la ocasión —en realidad el primer vestido que me había comprado en años— y unas medias tupidas que disimulaban las cicatrices de mi pierna. A pesar de que tanto el espejo como la dependienta de la tienda me habían asegurado que me sentaba muy bien, me sentía insegura y, por millonésima vez, me pregunté si no habría sido mejor ir con pantalones.

Llevaba dos meses en Los Ángeles y hasta ahora no había reunido el valor suficiente para enfrentarme a Eric y aclarar por fin mis sentimientos. Había sacado entradas para el *ballet* hasta en tres ocasiones. Las primeras las regalé y las segundas conseguí revenderlas por internet, pero esta noche estaba decidida a acudir al estreno de *Giselle*, con Eric en el papel de Albrecht y su novia en el de la joven e inocente campesina. Se me escapó una risa amarga al pensar en Antea como en una joven inocente.

Salí del cuarto de baño y eché una ojeada al reloj que estaba colgado en la pared de la cocina abierta al salón del minúsculo apartamento; quedaba más de una hora para que empezase la representación.

Fui a la nevera que, como el resto del mobiliario del apartamento, era de pequeñas dimensiones y me serví un poco de té frío. Quizá habría sido mejor un copazo para templar los nervios, pero no había ni gota de alcohol en toda

la casa.

Había alquilado el estudio en la zona de South Los Angeles, cerca del Museo de Historia Natural, porque quedaba a poca distancia del trabajo; una gestoría en la que me habían contratado para hacer la sustitución de una empleada que acababa de tener un bebé. El sueldo no estaba mal, así que, aunque la vivienda no tenía nada de extraordinario y los muebles dejaban bastante que desear, al menos era mucho mejor que el cuchitril en el que había vivido durante mi última estancia en la ciudad.

Me senté en el sillón con el vaso de té en la mano, coloqué los pies — calzados con unos elegantes zapatos de salón de tacón extra-alto que estrenaba también y que me apretaban un montón— sobre la mesa de centro, y clavé la vista en la pantalla apagada del televisor mientras jugueteaba con el largo collar de piedras semipreciosas de colores que me había regalado Raff cuando me saqué el título en administración de empresas y contabilidad.

«Me gusta su collar, señorita Brooks» Oí en mi cabeza la voz aguda de Carla, la pizpireta protagonista de la función de fin de curso, y mis labios esbozaron una sonrisa que se ensanchó al recordar las palabras que Vance me susurró al oído en ese momento: «A mí lo que me gusta es la garganta de la que cuelga ese collar».

Había sido una tarde memorable y, salvo por un par de chicos que se quedaron unos segundos en blanco en mitad de sus respectivos diálogos, la representación había resultado un gran éxito. De hecho, el vals de Carla y John había levantado al público de sus asientos, y cuando se agacharon en una elaborada reverencia para agradecer tanto entusiasmo, no pude evitar fijarme en que la familia de este último —su hermano incluido— aplaudía enardecida unas filas más allá.

Después fue mi turno de recibir la felicitación sincera de padres y profesores y, por unos instantes, casi me sentí transportada a mi camerino después de una función. Vance estuvo a mi lado todo el tiempo con el brazo alrededor de mi cintura, y no se me escaparon las miradas envidiosas de más de una de las allí presentes. Mi amiga Linda, la directora, me suplicó por enésima vez que me hiciera cargo del departamento de danza del colegio y, por enésima vez también, estuve tentada de dejarme de dudas y aceptar la propuesta del vaquero.

¡Por Dios que lo echaba de menos!

Le di un sorbo al té helado abstraída en mis pensamientos. Durante el día estaba muy ocupada y, salvo en momentos puntuales, podía controlar la

añoranza, pero por las noches daba vueltas y vueltas en la cama hasta que me dormía por fin. Eso sí, más de una vez me había despertado entre jadeos después de soñar que Vance repasaba con sus manos morenas, de palmas anchas y dedos largos, hasta el último ángulo y la última curva de mi cuerpo.

Ante la insistencia de Hanna, una compañera de trabajo con la que había congeniado desde el principio, habíamos ido un par de veces a tomarnos una copa al salir de la oficina, pero en las dos ocasiones no había podido evitar comparar a los hombres que se nos acercaban con Vance y lo cierto era que todos ellos salían muy mal parados en esa comparación.

Suspiré al recordar los últimos días en el Doble B. Por supuesto, al día siguiente de nuestro regreso, el vaquero me acompañó a la oficina del *sheriff*. Estaba muy nerviosa, pero no habría tenido que preocuparme. Aunque Tom le echó a Vance un buen sermón por no haberme llevado ante su presencia de inmediato, se había mostrado muy amable conmigo en todo momento. En cuanto llegué le ordenó a uno de sus hombres que me trajera un café y, con paciencia, había ido sonsacándome la información que le interesaba. Si no estaba muy segura de algo, Vance me echaba una mano. Después de escuchar su declaración y la mía, el *sheriff* nos dijo que no nos preocupáramos porque lo más probable era que ni siquiera tuviéramos que declarar ante el juez. Yo había suspirado aliviada; ya había tenido suficientes «dosis de juez» como para durarme una vida entera.

Lo peor sucedió al salir a la calle. De repente, una mujer de mediana edad salió a nuestro encuentro con las mejillas empapadas y los ojos muy rojos.

—Lo siento, de verdad. Lo siento tanto...

Sorprendida, me volví hacia Vance sin saber qué decir, pero este ya había rodeado la espalda encorvada de la mujer con un brazo y le ofrecía consuelo.

—No tienes por qué sentirlo, Nora. Nada de lo que ocurrió fue culpa tuya.

Entonces comprendí que esa desconocida, que parecía cargar con todo el peso del mundo sobre sus hombros, debía ser la madre de Colin. Al instante, me invadió una lástima infinita, así que me acerqué a ella y tomé sus manos entre las mías.

—Siento la pérdida de su hijo. —Y no lo dije por decir; siempre he pensado que no debe haber nada más terrible para una madre que perder a un hijo amado, aún cuando ese hijo haya sido un monstruo.

Nos quedamos con ella hasta que se calmó un poco. Luego la acompañamos a su casa y, cogidos de la mano, nos alejamos en silencio.

La voz del vecino con el que compartía el rellano de la escalera, que debía de acabar de llegar del trabajo, me devolvió al presente. Sobresaltada, volví a mirar el reloj de la pared y me levanté de un salto. Más valía que corriera si no quería llegar tarde. Cogí el pequeño bolso de seda y el único abrigo elegante que tenía y me apresuré a salir, poniéndomelo por el camino.

Por suerte, conseguí parar un taxi libre frente al portal, y justo cuando me dejé caer sin aliento en una butaca de las primeras filas del Royce Hall, se apagaron las luces doradas del teatro y empezaron a sonar los primeros acordes de la música compuesta por Adolphe Adam. Al instante se me puso la carne de gallina, y creo que mi piel no recuperó su estado normal hasta que bajó el telón por última vez.

Recordé otras noches de estreno y otros aplausos, y no pude evitar que se me hiciera un nudo en la garganta. La gente empezó a ponerse los abrigos y a marcharse, pero yo me quedé ahí un buen rato, incapaz de moverme. Me llevé las manos a la cara y me di cuenta de que tenía las mejillas empapadas; pero no eran lágrimas de tristeza, sino de profunda emoción. La emoción de volver a disfrutar de un arte que siempre me había fascinado, aunque yo ya no formara parte de él.

Eric había estado magistral, y debía reconocer que su Giselle había estado a la altura.

—¿Le ocurre algo, señorita? —preguntó un anciano que caminaba por el pasillo detrás de su mujer.

—No, nada gracias. —Negué con la cabeza sonriente y el hombre siguió su camino. Inspiré con fuerza, ahora venía la parte más difícil. Me dirigí a los camerinos sin titubear ni una sola vez; conocía de sobra el camino.

Cómo echaba de menos la alegría tras el estreno; los bailarines yendo de acá para allá hablando y riendo a gritos, brindando con champán, con los rostros muy maquillados, y vestidos aún con los vistosos ropajes que habían utilizado en la representación.

Una de mis antiguas compañeras me vio en ese momento, y el brindis que estaba a punto de hacer se atascó y se quedó con la copa en el aire. Poco a poco, los que estaban más cerca se volvieron a mirar hasta que, de manera inconsciente, empezaron a formar un pasillo por el que avancé despacio.

Al fondo, frente a uno de los amplios tocadores rodeados de bombillas encendidas, Eric y Antea, con sendas copas de champán en la mano, hablaban

sonrientes con el bailarín que había hecho el papel de Hilarion.

Antea fue la primera en advertir mi presencia y su boca se abrió de golpe, como si se le hubiera desencajado la mandíbula; tenía un aspecto realmente estúpido y me alegré.

—Hola, Antea.

Al oír mi voz, Eric se volvió hacia mí con expresión de incredulidad.

—¡Aisha!

—Hola, Eric.

Iba a tenderle la mano, pero de pronto pensé que era ridículo que empleara un saludo tan formal con un hombre que había sido mi amante durante años, así que la dejé caer a un costado. Di un paso más, me incliné hacia adelante y le di un beso en cada mejilla. Olía a la misma colonia que usaba desde que lo conocí y, de pronto, me pareció un aroma empalagoso y artificial.

—Estás... Estás guapísima. —Me examinó de arriba abajo, y no se me escapó que sus ojos se detenían un segundo más de lo necesario sobre mi pierna mala.

—Tú también estás muy guapo. —Era verdad. Eric siempre había sido un hombre de rasgos perfectos; tan perfectos, que su belleza resultaba un tanto afeminada.

Moví la cabeza, sorprendida por semejante reacción ante un hombre que, hasta hacía nada, había considerado casi un dios. Pero era cierto; al lado de Vance, Eric parecería una niña enclenque. La imagen estuvo a punto de hacerme lanzar una carcajada, y tuve que morderme los labios con fuerza para controlarme.

Eric entornó los ojos como si se hubiera dado cuenta de mi reacción; imagino que debía estar más acostumbrado a mi antigua expresión de adoración.

—¿Dónde te has metido en los últimos meses? Te he echado de menos.

Ja. Seguro. Sin embargo, disfruté con el destello asesino que sorprendí en los grandes ojos azules de Antea y le lancé una sonrisa melosa.

—He estado en el campo.

—¿En el campo? —Noté que había conseguido sorprenderlo de verdad. Creo que en todo el tiempo que habíamos pasado juntos, nuestro único contacto con la naturaleza había sido algún que otro baño en la playa de Santa Mónica.

—En un rancho ganadero de Wyoming.

—Vaya.

—Rodeada de vaqueros, imagino. Qué romántico.

El sarcasmo de Antea me divirtió, aunque creo que a Eric no le ocurrió lo mismo. Había apretado los labios en un mohín de desagrado que yo conocía demasiado bien.

—Sí, lo es. Puedo asegurarte que en Wyoming, además de ser guapísimos, los hombres están hechos de una madera distinta. Más... masculina, por decirlo de alguna manera.

Supe que había tocado nervio. Una de las cosas que más cabreaban a mi exnovio era que la mayoría de la gente, en cuanto se fijaba en su cara bonita y se enteraban de que bailaba *ballet*, automáticamente le tomaban por homosexual.

—¡Aisha, amor mío, estás preciosa! —Adam, un compañero con el que siempre me había llevado muy bien y que me había servido de paño de lágrimas en numerosas ocasiones, se acercó a darme un abrazo—. Creo que te sienta bien estar lejos de este ambiente.

—Yo también lo creo —asentí con una sonrisa deslumbrante. Adam me guiñó un ojo, me dio un beso ligero en los labios y se alejó a charlar con otro grupo.

—Pero has venido a quedarte, ¿no es así? —Eric alargó la mano y tomó la mía, pero yo me solté en el acto—. No miento cuando digo que te he echado de menos. Hace siglos que no me río como cuando estaba contigo.

—¡Eric! —Los pómulos de Antea se tiñeron de rojo por la furia.

—Calma. —Alcé las palmas de las manos en son de paz—. No he venido aquí para que os peleéis.

—¿Entonces a qué has venido si puede saberse?

—Simplemente he venido a felicitaros por la fabulosa actuación de esta noche —dije sin inmutarme por el tono grosero de Antea—. Hacía mucho que no disfrutaba con el *ballet* y os lo agradezco de veras.

Eric no apartaba los ojos de mí.

—Estás distinta. —De pronto, entrecerró los párpados y preguntó a bocajarro—: ¿Sales con otro?

Los celos manifiestos que vibraban en su voz no se me subieron a la cabeza. Eric siempre había sido un hombre muy posesivo y no soportaba la idea de perder a uno solo de sus adoradores. De nuevo me sorprendió ese pensamiento tan poco amable; era como si acabaran de operarme de cataratas y la figura de mi exnovio hubiera recobrado la nitidez. Solo que no era lo de

fuera lo que veía, sino lo que había dentro. De súbito, podía discernir lo verdadero de lo falso; ya no estaba ciega en lo que a él se refería.

—Bueno, he conocido a alguien. —Mi lacónica respuesta no daba demasiada información, pero no estaba dispuesta a utilizar lo que me unía a Vance para tratar de darle celos a un antiguo novio; habría sido devaluarlo.

—Aisha —Eric volvió a estrecharme la mano entre las suyas—, te pido perdón, no estuve a la altura; pero aún estamos a tiempo de recuperar lo que hubo entre los dos.

Quizá debería haberme hecho feliz ese pequeño triunfo, pese a que sabía de sobra que solo lo decía para demostrarse a sí mismo que aún tenía cierto poder sobre mí, pero lo único que sentí fue lástima por la mujer que, a mi lado, escuchaba humillada sus comentarios incapaz de reaccionar.

—Creo que deberías disculparte con Antea. —Eric me miró con desconcierto, como si hubiese olvidado por completo que su novia actual estaba allí presente, y recordé que mi ex era capaz de llevar su egocentrismo hasta extremos inimaginables—. No hay nada que recuperar entre nosotros. Ahora me doy cuenta de que, en realidad, nunca hubo demasiado: solo una pobre tonta que te adoraba y una estrella del *ballet* que se dejaba querer.

—Al parecer no me adorabas lo suficiente. La prueba es que no has tardado mucho en encontrar a otro. Me juraste que nunca amarías a nadie como a mí.

Suspiré profundamente, mirándolo con la paciencia que una madre emplearía con un hijo consentido que está a punto de tener una rabieta.

—En fin, no tiene sentido remover el pasado.

Liberé la mano que aún sostenía entre las suyas, apoyé las palmas sobre sus hombros y lo miré a los ojos. Me pareció raro no tener que ponerme de puntillas; casi había olvidado que apenas medía unos centímetros más que yo.

—No creo que volvamos a vernos, Eric. Esto es también una despedida; hacía tiempo que sentía la necesidad de despedirme de ti, de dejar atrás el pasado de una vez. —Me incliné sobre él y volví a besarlo en ambas mejillas—. Adiós, te deseo una buena vida.

Eric no me devolvió los buenos deseos.

—No entiendo que después de haber tenido todo esto —hizo un gesto con los brazos abarcando lo que le rodeaba— puedas conformarte con un paleta de Wyoming —se limitó a decir en tono hiriente.

Pero su comentario no me ofendió en absoluto.

—Si fueras mujer me entenderías, créeme. Gracias a Dios que Vance no es bailarín; si tuviera que enfundarse unas mallas de *ballet* te aseguro que no habría una sola espectadora en el auditorio capaz de concentrarse en la coreografía. —Solté una risita pícara, me di media vuelta y abandoné el camerino sin mirar atrás.

Capítulo 18

De vuelta en mi apartamento, me quité los zapatos con un suspiro de alivio y los arrojé al otro extremo del diminuto salón. Cojeando un poco, abrí la nevera, saqué una tarrina de helado del congelador y me dejé caer en el sofá. Con las piernas apoyadas sobre la mesa de centro, empecé a comer helado a cucharadas sin dejar de dar vueltas a lo ocurrido.

Después del subidón de adrenalina inicial tras el enfrentamiento con Eric, me había quedado sin fuerzas. Lo cierto es que me sentía bastante deprimida. ¿Acaso no era deprimente haber sufrido tanto por un hombre que no lo merecía en absoluto? Casi habría preferido que no se hubieran hecho añicos los cristales color de rosa a través de los cuales solía mirar a mi ex. No era una sensación agradable sentirse como la protagonista de un melodrama barato.

Me llevé otra cucharada de helado a la boca y tragué sin apenas saborearlo. El sonido del teléfono me sobresalto y estuve a punto de dejar caer la cuchara. Alargué la mano para coger el bolso y saqué el móvil.

Era Raff desde Madrid. Llamaba para decirme que acababa de ser padre. Noté el temblor emocionado de su voz y yo también me emocioné. Raff estaba eufórico y hablaba atropelladamente. Me hizo prometer que en cuanto tuviera unos días iría a visitarlos y a conocer a mi sobrino. De paso aprovecharía para presentarme a India, su mujer, y a Sol, la hija de esta, a la que al parecer mi hermano adoraba también. Charlamos unos minutos más, y cuando colgué me sentí todavía más triste.

Me llevé otra cucharada de helado a la boca. No era que no me alegrara por Raff. Mi hermano era un hombre extraordinario y se merecía con creces todo lo bueno que le pasara. Era solo que...

Ahora fue el sonido del timbre lo que me arrancó de mis tristes pensamientos. Miré el reloj de la cocina, eran casi las once de la noche. Fruncí el ceño y me dije que quizá mi vecino se había puesto enfermo y su

mujer necesitaba que me ocupara de la niña mientras iban al hospital.

Con la tarrina de helado aún en la mano, corrí a abrir la puerta.

—¿Qué ocu...?

Me quedé muda. No era la vecina la que estaba al otro lado.

—¿Abres siempre la puerta sin preguntar? Y ¿si hubiera sido un violador o un asesino en serie?.

Con los brazos en jarras y el sombrero tejano bien calado hasta los ojos, Vance me miraba con desaprobación.

Apreté los párpados con fuerza y volví a abrirlos, por si me había quedado dormida y estaba soñando.

—Entonces, ¿puedo pasar?

—Pero... si aún... aún no es otoño —balbuceé sin saber lo que decía, al tiempo que me hacía a un lado para que entrara.

—Verás, pasaba por aquí...

Aquello era tan manifiestamente falso, que se me escapó una risa tonta mientras seguía mirándolo con las manos casi congeladas, apretadas en torno a la tarrina de helado. Aún no podía creer que fuera real.

Vance me examinó de arriba abajo y, a juzgar por el modo en que brillaron los ojos verdes, creo que le gustó lo que vio.

—¿Te has puesto tan elegante para cenar eso? —señaló el helado.

—Acabo de volver del *ballet*.

Se quedó muy quieto y no dijo nada, pero no presté demasiada atención; aún estaba tratando de recuperarme de la impresión de verlo en mitad del salón, empequeñeciendo todavía más las minúsculas dimensiones de mi apartamento con su tamaño.

—¿No vas a besarme? —¿Estaba suplicando? Patético.

Había fantaseado cientos de veces sobre qué ocurriría cuando volviéramos a vernos, y en ninguna de mis fantasías nuestro reencuentro había sido ni parecido.

Vance se echó el sombrero para atrás unos centímetros; pocas veces lo había visto tan serio, pero yo solo podía pensar en cuánto lo había echado de menos y en lo guapísimo que estaba.

—¿Has vuelto con Eric?

Ni siquiera oí lo que me había preguntado. Dejé la tarrina de helado sobre la mesa con un golpe seco y avancé hacia él decidida. Le arrebaté el sombrero y, con un rápido giro de muñeca, lo lancé al mismo sitio al que habían ido a parar los zapatos. Satisfecha, me puse de puntillas y hundí los

dedos en el cabello oscuro y espeso.

—Pues si no lo haces tú, lo haré yo.

Y lo besé.

Y él me devolvió el beso.

Y entonces me di cuenta de lo ciega que había estado.

Era él, Vance Bennet, el hombre del que estaba enamorada. Un amor de verdad; maduro y sin desequilibrios. Donde no era uno el que lo daba todo y el otro se limitaba recibir como si fuera su derecho.

Estaba segura de que nuestra vida juntos no sería un eterno camino de rosas; que discutiríamos con frecuencia, que su autocontrol me sacaría de quicio a menudo, al fin y al cabo, él era el tipo más imperturbable del mundo mientras que a mí cualquiera diría que me inyectaban hormigas en vena nada más levantarme de la cama. Sin embargo, no tenía la menor duda de que siempre estaría ahí para mí. Me lo había demostrado sobradamente y, en ese mismo instante, me juré a mí misma que yo también estaría siempre ahí para él.

—Vance, Vance, Vance —murmuré contra sus labios sin dejar de acariciarle el pelo—. No puedo creer que estés aquí precisamente esta noche. Te necesitaba tanto...

Me estrechó con más fuerza entre sus brazos.

—No podía aguantar un minuto más sin verte, Aisha. Según mi hermana, llevo unos meses insoportable. Josh huye cada vez que me ve, Miguel me hace una veintena de comentarios impertinentes al día y hasta Fernanda no ha dudado en lanzarme más de una indirecta al respecto.

Sonreí con mi boca pegada a la suya.

—¿Sabes? En el fondo, me cayeron bien desde el principio. Confieso que los he echado mucho de menos, a Fernanda incluida.

Vance sonrió a su vez al oírme, y volvimos a intercambiar un beso cargado de pasión que subió la temperatura del apartamento unos cuantos grados.

—Quería tener una conversación seria contigo lo primero de todo, pero me temo que tendrá que esperar hasta más tarde. —El inconfundible matiz de deseo que detecté en su voz me hizo estremecer—. ¿Cómo demonios se quita esto?

Impaciente, dio un tirón a la cremallera de mi vestido.

—Tranquilo, vaquero. —Me llevé las manos a la espalda para ayudarlo y dejé que el vestido cayera a mis pies.

Lo escuché jadear al ver el conjunto de encaje negro que llevaba debajo y sonreí encantada al escuchar su siguiente comentario, que en realidad sonó más bien como un gruñido impaciente:

—Definitivamente tendrá que esperar hasta mucho, mucho más tarde. — Se agachó, pasó un brazo por detrás de mis rodillas y me alzó en el aire. Yo me aferré a su cuello, hundí el rostro en su garganta y aspiré con deleite ese olor a limpio tan familiar.

Una vez más, me había equivocado por completo.

El reencuentro no había sido como ninguno con los que había fantaseado desde que me marché del Doble B. Ese reencuentro era y prometía ser mil veces mejor.

Un verano más

—¿Has visto a Josh?

Sin esperar la respuesta, Sol, la hija mayor de India y Raff, pasó a mi lado como una exhalación en dirección al establo. La visión de esa vaquera en miniatura que se alejaba a toda velocidad con las dos trenzas rubias volando detrás de ella me arrancó una carcajada.

Desde que había llegado al Doble B se había pegado a Josh como una lapa y había anunciado a todo el que quisiera escucharla que cuando fuera mayor se iba a casar con él. Por supuesto, ese anuncio había desencadenado un aluvión de bromas que el pobre Josh sobrellevaba con una paciencia admirable y, por supuesto también, la tarea de enseñarla a montar había recaído sobre él. Afortunadamente, el hermano de Vance además de sentido del humor tenía una paciencia infinita, y en solo dos semanas la pizpireta españolita ya montaba como si hubiera pasado toda su vida a lomos de un caballo.

Después de su inesperada aparición en la puerta de mi apartamento de Los Ángeles, a Vance no le había costado demasiado convencerme de que debíamos casarnos cuanto antes.

Creo que la balanza se inclinó definitivamente a su favor cuando me contó que Tessa había anunciado que se casaba con un conocido empresario de Jackson Hole y que se iría a vivir allí después de la boda. Por supuesto, Josh y Carol se quedarían en el Doble B, por lo que el arreglo me pareció fantástico. Como le dije a su hijastro muy orgullosa de mi perspicacia: «Ya decía yo que tantas idas y venidas a Jackson resultaban sospechosas». A lo que él había contestado poniendo los ojos en blanco, antes de darme uno de esos besos que tenían la virtud de volverme completamente idiota.

O quizá acepté casarme con él porque no había mucha gente capaz de resistirse a ese vaquero testarudo y mandón cuando se le metía una cosa en la cabeza.

O tal vez fuera porque me hizo el amor durante horas y horas hasta que ya ni siquiera fui capaz de pensar.

Lo cierto fue que dos semanas más tarde nos casamos en el Doble B, en una ceremonia íntima y perfecta, en la que no se cumplieron ninguno de los pesimistas augurios de Fernanda, quien no dejó de quejarse de que con tan poco tiempo para prepararlo todo el convite resultaría una chapuza.

Raff voló desde Nueva York para ser mi padrino y, unos días después, iniciamos la increíble luna de miel que nos llevó por toda Europa y cuya primera escala fue Madrid, donde conocí a India, a Sol y al pequeño Rafa, y volví a enamorarme por partida triple.

Ahora era la familia de mi hermano al completo la que, aprovechando las vacaciones escolares, había volado hasta Wyoming para pasar unas semanas en el Doble B. Esa mañana me había ofrecido a quedarme con el adorable Rafa para que India y Raff dieran un largo paseo a caballo y, por las miradas hambrientas que le lanzaba mi hermano a cada rato y las que ella le devolvía llenas de adoración, no tenía la menor duda de que iban a hacer algo más que admirar las vistas. Algo que podía entender sin problemas, porque yo también contaba los días que faltaban para volver a tener nuestra pradera secreta para nosotros solos.

Me sentía como Annie, la pequeña huérfana, cuando cantaba aquello de: «Mañana, ya verás que pase lo que pase, sale el sol». No importaban las veces que había perdido toda esperanza; en mi vida había vuelto a salir el sol. Mi pasión por el *ballet* había encontrado una vía de escape en las clases que impartía a los alumnos del instituto de Wilson, a los que podía transmitir todo el amor que sentía por la danza. Y para rematarlo estaban esas veladas de los sábados por la noche, en las que mi marido y yo íbamos a bailar a una sala de Jackson. ¿Alguien puede imaginar algo más sexi que bailar un tango con el vaquero más guapo del mundo?

En ese momento, el pequeño Rafa empezó a canturrear y bajé la mirada hacia él, sonriente.

—Y tú ¿qué opinas, Rafa? ¿Se saldrá Sol con la suya? Yo apuesto por ella.

El bebé regordete que llevaba colgado de la cadera atrapó un mechón de mi melena con una mano llena de babas y gorjeó con animación.

—¿Eso es un sí? —Me incliné para besar el suave moflete sonrosado y aspiré su olor con deleite.

—Eso parece.

Levanté la vista y descubrí a Vance parado frente a mí con esa pose tan característica: las piernas ligeramente separadas, los pulgares enganchados en las trabillas del pantalón y el sombrero echado un poco hacia atrás. No esperaba verlo aquella mañana, porque sabía que él y el resto de los hombres del rancho estaban muy ocupados preparando el traslado del ganado a los pastos de verano.

Hacía bastante calor y se había remangado la camisa azul hasta los codos, dejando a la vista los antebrazos morenos. Los vaqueros desgastados y llenos de polvo ponían de relieve las largas piernas y ese trasero duro y bien formado que, aunque desde aquel ángulo no podía apreciarlo, era de esos que te hacían salivar al verlo. En definitiva; mi vaquero favorito era un anuncio andante del salvaje Oeste, en el que abundaban los hombres viriles y peligrosos.

—Hola, vaquero —susurré provocativa.

—Hola, princesa. —Sus ojos sonrieron.

Rafa me dio un fuerte tirón de pelo y me vi obligada a prestarle atención.

—Eso no se hace, señorito. —Liberé mi pelo y le di un sonoro beso que le arrancó una carcajada.

—¿Sabes? —dijo Vance—. Nunca te había visto con algo que te favoreciera tanto.

Bajé la vista, sorprendida. Llevaba la misma camisa rosa que me había puesto cientos de veces y mis tejanos favoritos, tan usados, que la tela amenazaba con rasgarse en las rodillas.

—¿Estos vaqueros viejos?

—No, ese pequeñajo de ojos azules.

Entonces volví a levantar el rostro hacia él y nuestros ojos se enredaron. En la comisura de los suyos se dibujaron esas pequeñas arrugas tan familiares, y una lenta sonrisa distendió mis labios. Y ya no hubo necesidad de decir nada más, porque ambos sabíamos que en ese intercambio subyacía una maravillosa promesa.

¡Gracias!

¡Gracias por leer *El sol sale por el Oeste*, espero que hayas disfrutado!
¿Quieres saber cuándo saldrá mi próximo libro? Puedes suscribirte a mi Newsletter en www.isabelkeats.com (solo te enviaré información sobre futuros lanzamientos), seguirme en twitter [@IsabelKeats](https://twitter.com/IsabelKeats) o dar «Me gusta» en mi página de [Facebook](https://www.facebook.com/IsabelKeats).

Las opiniones son muy útiles para ayudar a otros lectores a encontrar mis libros. Agradezco todo tipo de opiniones tanto positivas como negativas.

Mis otras novelas son:

El protector

Algo más que vecinos

Empezar de nuevo

Abraza mi oscuridad

Vacaciones al amor

Nada más verte

Cuéntaselo a otra

Te quiero, baby

Te odio, pero bésame

Un bonsái en la Toscana

Mi tramposa favorita

Escrito en mis sueños

Escrito en las estrellas

Me vuelves loco

Los príncipes solo viven en los cuentos

Mis relatos:

Patas de alambre

Nunca es tarde

¡Espero que los disfrutes también!

Fragmentos de algunas de mis novelas

Los príncipes solo viven en los cuentos

—Espera. ¿Puedes hacerme un favor?

Ella se giró con desgana.

—No soy muy de favores, la verdad.

—Es solo... ¿puedo ducharme en tu casa? Últimamente las duchas del gimnasio no están demasiado limpias.

Rolo reprimió una mueca al escucharse a sí mismo lanzar piedras contra su propio tejado.

—No invito a desconocidos a mi casa.

«¿Nunca?» estuvo a punto de preguntar él, lleno de curiosidad, pero se detuvo a tiempo.

—Caramba, rubia, no soy un desconocido.

—No me llames rubia.

—Caramba, Taty, soy tu entrenador personal.

Las cejas rubias se fruncieron un poco.

—Tampoco me gusta que me llames Taty, con tantas confianzas.

Rolo puso los brazos en jarras y preguntó sarcástico:

—¿Pretendes que te llame señorita...? Ni siquiera sé tu apellido. —
Decidió que sería mejor no esperar su respuesta, así que añadió a toda prisa —: No tardo nada, te lo prometo. Ni siquiera usaré tu gel ni tu champú; en mi bolsa tengo todo lo que necesito.

Pero ella todavía no estaba muy convencida.

—Y ¿si resulta que eres un violador? No parece que te muevas en las mejores compañías.

—Oye, sin faltar —replicó con gesto ofendido—. De sisar alguna cosilla de vez en cuando a violar a una mujer van unos cuantos pueblos.

Tatiana movió la cabeza con resignación.

—Creo que me estoy volviendo una blanda. Anda, sube, pero —lo apuntó con el índice— no te acostumbres.

Rolo la siguió al interior del edificio, feliz de haber logrado salirse con la suya por una vez. Tatiana quien, como de costumbre, estaba hablando por el móvil, abrió la puerta del tercero derecha y le hizo un gesto para que pasara. Rolo obedeció y miró a su alrededor con curiosidad. Sin embargo, no le dio tiempo a apreciar los detalles porque la conversación telefónica atrajo toda su atención.

—¿Que me acabas de ver? ¿En una moto? Sí, era yo.

—...

—¿Un tío buenísimo? Qué exagerada eres. Más bien un tipo con pinta de palurdo.

«Será cabrona» se dijo Rolo, que la seguía de cerca muy atento a la conversación.

—...

—Pues no sé qué decirte. Ya veo que la mezcla de David Gandy y Paco Martínez Soria tiene su público.

«Cabrona, más que cabrona». Rolo apretó los puños. Y pensar que hacía unos minutos había creído que estaba enamorado de semejante arpía.

—Te dejo, Cris, que tengo que ducharme. Hasta luego.

Te quiero, baby

India se vio obligada a corregir los modales de su pupilo unas cuantas veces —desde enseñarle a coger bien los cubiertos, a impedir que, en un par de ocasiones, se llevara el cuchillo a la boca y lo lamiera—, pero aquel hombretón, cándido y apacible, aceptó sus constructivas reprimendas con deportividad y sin ofenderse lo más mínimo. Lo que más le estaba costando, sin embargo, era quitarle esa irritante manía que tenía de llamarla baby a todas horas, así que lo intentó una vez más.

—Raff, no soy tu baby, ni tu cari, ni tu churri, ni tu chatina. Cuando te dirijas a mí llámame por mi nombre de pila, por favor. A las mujeres nos agrada saber que el hombre que tenemos al lado es capaz de diferenciar en compañía de quién está. Estoy convencida de que conoces un montón de babies y, te lo aseguro, a nadie le gusta sentirse parte de una masa impersonal.

—Entiendo lo que me dices, India, baby —respondió con mansedumbre.

Te odio, pero bésame

—Seguro que te alegras de que la Mantis haya recibido por fin su merecido, ¿verdad? Apuesto a que te estás partiendo de risa solo de pensar que ahora mis posibilidades de tener una familia se alejan más y más.

—Uno: no me estoy riendo. Y dos: no veo por qué.

Pero Candela no estaba en disposición de iniciar un debate racional.

—Puedo sentir... sentirlo per... perfectamente —incapaz de controlarlas, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, una detrás de otra—. Está cla... claro que te... te sientes muy fe... feliz.

Sin decir una palabra, Lucas alargó los brazos y la estrechó con fuerza contra su pecho, pero ella estaba tan inmersa en su tragedia particular que ni siquiera protestó. Con la mejilla apoyada sobre el anorak oscuro siguió balbuceando frases sin sentido:

—Nu... nunca tendré hijos pro... propios. Solo se... seré la tía solterona de los... los de India y... de... de los tuyos, por... porque cla... claro está que aunque te... te odie, a ellos ta... también les haré rega... regalos en sus cum... cumpleaños. Los po... pobres no ti... tienen la culpa de... tener un padre como... como tú.

Con la mejilla apoyada sobre su llamativo gorro de lana, Lucas reprimió una sonrisa y siguió acariciando con suavidad los cortos cabellos que escapaban por debajo, hasta que, por fin, Candela apoyó las palmas de las manos contra su pecho y se apartó de él.

Mi tramposa favorita

—Y ahora, ¿qué ocurre?

—Se me acaba de ocurrir una idea espantosa.

—Venga, anda, dímelas —rogó él.

Pero ella estaba muy seria y sus ojos tenían una mirada de reproche cuando preguntó a quemarropa:

—¿Te has enamorado de mí?

De nuevo, los dientes blancos relampaguearon en una sonrisa burlona y Bruno contestó sin inmutarse:

—Qué entretenida resultas, Daniela.

Al ver su actitud despreocupada, Dani exhaló el aire que había estado conteniendo hasta entonces, sintiendo un profundo alivio.

—¡Uf, menudo susto! Bueno, tenía que preguntarlo, no me negarás que tu ofrecimiento resulta un tanto sospechoso.

—¿Eso es un «sí» al préstamo?

—En realidad es un «no». Te lo agradezco mucho pero, por ahora, no necesito pedirte dinero prestado a pesar de las magníficas condiciones que me ofreces.

—No seas cabezota, Daniela. —Notó que había logrado irritarlo y eso la alegró.

—¿Podríamos hablar de otra cosa que no fuera mi economía, por favor? A este paso, estos magníficos *tagliatelle* me van a producir indigestión.

Me vuelves loco

—Vete extendiendo la manta mientras yo enciendo el fuego.

Lo malo era que aquello era mucho más fácil de decir que de hacer. Sin dejar de jurar entre dientes, froté la quinta cerilla contra la lija, pero la puñetera brisa marina la apagó también.

—¡Jo... demonios! En las pelis que tu dices resulta mucho más sencillo encender un fuego.

—Déjame a mí.

—Ni hablar, esto es cosa de hombres.

Ali puso los ojos en blanco, un gesto irritante al que era muy aficionada, pero el maravilloso espectáculo de la luna llena y la profusión de estrellas que moteaban el cielo bastaron para que recuperase la calma, al menos en apariencia.

—¡Cojones, me he quemado! —Me soplé la punta del pulgar, frenético.

—A este paso va a amanecer antes de que hayas encendido una llama raquíica. Claro que si pudieras prender una fogata a base de decir palabrotas seguro que ganabas un concurso. ¿Me dejas a mí?

Me molestó un montón aquel tonillo de paciencia infinita.

—¡Vale, listilla, inténtalo tú! —Le lancé la caja de cerillas en el regazo y me crucé de brazos con una sonrisa de superioridad en los labios, dispuesto a

disfrutar con su fracaso.

Ali raspó una cerilla y, protegiendo la llama con la otra mano, la acercó con mucho cuidado a una astilla que prendió casi al instante; poco después, un pequeño fuego crepitaba con alegría delante de la manta.

—¡Sí, sí, sí! —Ejecutó una danza enloquecida entorno a la hoguera—. ¡Mujeres al poder! ¡Viva la Pachamama!

Sobre la autora

Isabel Keats es una mujer normal y corriente a la que un día le dio por escribir. Madre de familia numerosa (con perro incluido), tiene la suerte de contar con algo más valioso que el oro: tiempo libre, aunque no tanto como quisiera. Le gusta la novela romántica, le encantan los finales felices, así que, en resumen, escribe novela romántica porque en este momento de su vida es lo que más le apetece leer.

Isabel Keats —ganadora del Premio HQÑ digital con *Empezar de nuevo*, finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El protector* y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR con *Abraza mi oscuridad*—, es el seudónimo tras el que se oculta una licenciada en Publicidad madrileña, casada y madre de tres niñas. A día de hoy ha publicado más de una docena de obras entre novelas y relatos, algunas de las cuales han sido traducidas al inglés, alemán, italiano y portugués.

Encontrarás más información sobre la autora en:

www.isabelkeats.com